

-Ya le he dicho, señor ingeniero, que mi padre no dice nunca cuando piensa volver... Él, se fué a Rota a sus mandados...

-Estoy perdiendo el tiempo.

-Yo también.

El ingeniero elevó sus cejas un poco condescendiente pensando en la tontería que había oído: ¿acaso podría comparar su tiempo con el de él? ¿iban a tener el mismo valor? A él le esperaban múltiples cosas que hacer; tantas, que no eran suficientes las horas que le quedaban al día, y le amanecería también como tantas veces le amaneció sobre su mesa de trabajo; entrevistas, cálculos, planos, proyectos; y como otras veces, le haría sufrir a su mujer, que todavía no se había acostumbrado al acelerado ritmo de su vida; sentía hondísimo pesar por la soledad de su mujer y siempre se proponía sincero y decidido dedicarle más atención; al día siguiente, sin embargo, todo transcurría igual; oficinas, consultas y viajes a Rota; siempre corriendo por las carreteras; siempre recorriendo tierras para tasar su valor y comprobar su rendimiento.

Volvió a mirar al mar y comprobó que el sol pronto dejaría de verse.

-No puedo perder más tiempo... - exclamó de mal talante - Tengo que irme. Mañana hablaré con su padre...

-Si señor.

-Y le dice usted que no tiene nada que pensar; que esto lo tiene que vender quiera o no...

-Si señor.

-...que yo le he tasado la tierra como nunca pudo soñar...

-Si señor.

-Mañana volveré. Buenas tardes.

-Buenas tardes señor ingeniero.

Ya el señor ingeniero andaba ligero para montar en el coche.

El labriego esbozó una sonrisa y arrugó tanto sus ojos, que los pómulos parecieron más elevados; se empinó para ver arrancar el coche y cuando lo vió en marcha, dijo:

-Ya puede usted salir, padre...

Por la puerta de la casa asomó la figura ascética de señor Manué.

-¿Se fué ya ese tío? - preguntó.

-Se fué y volverá mañana.

-¿Se creyó lo de mi ida a Rota?

-Se lo creyó y estuvo esperandolo refunfunando porque decía que perdía tiempo.

-¿Que perdía tiempo? ¿Y qué tiene que hacer un tío que está todo el día paseando en coche?... ¡Si tuviera que trabajar como nosotros de sol s sol, y nada de noche y de madrugada!.. ¡Si él supiera lo que es trabajar!...

El hijo cortó, diciendo:

-¿Y mañana? ¿qué piensa usted hacer mañana?

-¿Mañana? Mañana, Dios dirá.

-No pensará usted esconderse, como hoy...

-Ya veremos

El hijo parecía impaciente;

-Es que se tiene usted que dar cuenta de que hay que hacer. ..

Chilló el viejo;

-¿Qué dices?...¿También tú?

-También yo...Lo manda el gobierno y hay que hacerlo. Lo tiene usted que hacer quiera o no quiera...

-¿quieres callarte? ¿quieres callarte?

Señó Manué agitaba amenazador los garfios de sus manos; el color de su cara se había vuelto gris y brillaba su frente cubierta de sudor.

El hijo anduvo unos pasos y desapareció tras la casa.

El padre se recostaba en el quicio de la puerta y temblaban sus labios sin cesar.

La figura de una mujer joven se dibujó en el fondo de la casa. Se le acercó suavemente y dijo:

-¿Otro mal rato, padre?

Se agitaron más los labios del viejo y exclamó rabioso;

-¡Canallas! ¡Canallas!!....

Lo tomó la mujer con delicada entereza por los brazos y lo obligó a sentarse en una silla.

-Ya se arreglará todo, padre...

-¡Canallas! ¡Canallas!!...

Del campo entraron los chiquillos cargados de amapolas, cantando y alborotando; colorados, gruesos y alegres.

-Comida para los conejos... - gritaron soltando la carga en el suelo.

La madre les ordenó:

-Ahí, no; llevar las yerbas a su sitio...

Y volvió la chiquillada a cargarlas, saltando de nuevo jubilosas.

-¡Canallas! ¡Canallas!!...!Es criminal lo que quieren hacer conmigo!

La mujer lo miró de soslayo y dejó la casa sin pronunciar palabra; en la cernana muerta, la esperaba el marido haciéndole señas para que llegase hasta allí.

El viejo quedó solo sentado junto a la puerta, cabizbajo, apretando sus dedos entrelazados fieramente. Los niños volvieron a salir; el más pequeño, miró al abuelo y tomó asiento en el escalón de la puerta; un escalón de madera tosca y nudosa, que antes había sido pino erguido y grueso; los hermanos salieron al campo en busca de sus vecinos de correrías. El abuelo, había callado hostil. Reinaba la calma en la casa; todas las cosas semejaban estar poseídas del mismo tremendo pavor; inanimadas y frías, parecían surgir con movimiento vigoroso, ardorosas y habladoras: "Nosotras..., nosotras...", y el viejo repasó las paredes, el techo, el suelo, los muebles; todo le pareció cambiado; eran

cosas hechizadas que repetían: "Nosotras..., nosotras.." Y las miró angustiado y sobrecogido de espanto; quedaron sus manos destrenzadas y caídas sobre las piernas en súbito abandono; de las paredes colgaban cromos, retratos, un almanaque, un espejo; los cromos y los retratos alternaban la primacía de los sitios; el almanaque voceaba en caracteres grandes el año 1,957; las cuatro cifras ocupaban por entero el trozo que regularmente es ocupado por un dibujo anunciador; el espejo, recogía toda la luz que entraba por la puerta, un trozo azul de mar, unos pinos enhiestos, una casita blanca, y un vecino que andaba por la vereda. el viejo seguía escuchando las mismas palabras: "Nosotras..., nosotras..."

Cierto. Todo aquello que le rodeaba, estaba allí colocado cuando él nació. Siempre se habían respetado los sitios y solo se cambiaban cada año los calendarios. Y a veces, se añadía un retrato más a los muchos que ya colgaban. Él mismo, colocó allí, debajo del espejo, el de Aurora. Los hijos dijeron una vez: "Haremos una ampliación y la pondremos allí.", y señalaron el sitio de honor. El de Aurora destacaba por la hermosura que copiaba y por la blancura de la cartulina nueva. "Buena hembra la sená Urorra", decían al contemplantarla algunos. "No era maleja, no", se apresuraba él a contestar, poseído de un íntimo y fuerte orgullo, como si la belleza y hermosura de la mujer hubiese dependido de su voluntad. "No era maleja, no", y al decirlo, más se refería a sus dotes morales, que a sus encantos personales, aunque pareciera todo lo contrario. "Lo que uno piense, nadie lo sabe", decía alguna vez, pensando entretanto, que en el retrato había salido muy mejorada, aunque no fuese "maleja, no".

En el espejo se reflejaba el caminito que unía la casa con otra que blanqueaba en el pinar. Un hombre se acercaba. Al llegar dijo:

-¿Qué cuenta el señó Manué...?

Señó Manué se volvió sorprendido, y nuevamente sus manos se juntaron amenazadoras.

-¡Por vida de...! - exclamó el vecino: - que esto es muy grande, ¿verdad? ¡que es muy gordo lo que nos pasa ¿verdad?...que es una pena muy honda ¿verdad?

Señó Manué no contestaba. El otro, en cambio, tenía gana de contar.

-El ingeniero estuvo a verte ¿no?...Lo ví desde mi casa...!Más maldiciones le llevo echadas!.. ¡que es una cosa muy grande la que está pasando en Rota! ¡Y todo, porque a los americanos se les antojó venirse a vivir aquí!..!Como que son tontos! ¡Natural! El mejor rincón del mundo, verdad, Manué?...¿tú eres de los míos!...Te resistes a vender... ; también yo ..

Señó Manué seguía cabizbajo sin pronunciar palabras ni hacer el menor gesto. Y el vecino proseguía a cortos intervalos:

- ..y he vendido ...¿qué remedio!...! a la fuerza anorcan!...Primero, vinieron a tasarme la tierra ; luego me trajeron un papel para que yo lo firmara; me entraron unos anoguitos por el cuerpo, cuando me presentaron el papel con los guardias delante!... Cualquiera se resistía; lo dejaban a uno sin tierra y sin parré... Eso sí: yo firmé sin rechistar tragandome los lagrimones; pero me queda una tranquilidad; que no he vendido ni por gusto, ni por necesidad,

7

...i no a la fuerza...!que a la fuerza anorcan! ..Y menos mal que lo pagan bien, ¡pero bien!; con los dineros de mi rancho podemos agenciarnos en Rota un buen vivir, porque si es verdad lo que se dice, Rota vá a subir como la espuma, y habrá trabajo para muchísimas criaturas...Ya tú ves, ¿quién me iba a mí a decir que iba yo a traicionar esto!....

Y el campesino miró nostálgico el rumoroso pinar, cuyo ramaje se estampaba vigorosamente en el cielo rosado. Calló unos segundos; anduvo unos pasos con las manos escondidas en los bolsillos del pantalón; carraspeó, desastacando la garganta, y buscó luego con la mirada un sitio donde sentarse. Cuando lo hizo, maniobró en sus ropas y extrajo los útiles de fumar: una gruesa petaca que acomodó en sus rodillas, un librillo de papel, y el encendedor del que pendía la amarillenta mecha enrollada como una diminuta maroma. Ofreció tabaco al señor Manué. Denegó éste con un leve movimiento de cabeza. Insistió el amigo. Volvió a renusar, ésta vez, introduciendo trágicamente los dedos en el rebelde, blanco y escaso mechón que se le pegaba a su frente. El nietezillo miraba absorto a uno y otro viejo, mientras se afanaba en mamarse un dedo y hurgarse en la nariz. El visitante, dijo, mientras sostenía en el aire la petaca, con acento insinuante:

-Anda, Manué, que es del mismísimo Gibraltar...De los que mi yerno trae para don Carlos me apartó este paquete...Toma, y nó desprecies...

Pero señor Manué, la cabeza en vaivén sobre el pecho, murmuraba:

-¡Canallas! ¡Canallas! ¡Canallas!!.....

El nieto dejó de chuparse el dedo y de hurgarse en la nariz; un mocarro se unió a la saliva que se deslizaba por el labio columpiando sobre la barbilla.

El vecino retiró pesaroso la mano; elevó sus hombros y alargó la boca, moviendo pausadamente la cabeza; se rascó la calva, se acarició con un dedo la punta de la nariz, y se dispuso seguidamente a liar un cigarro de aquel contrabando con sabor a nectar.

-¡La vida, Manué...! - dijo, tras de dar una profunda chupada.

El chuiquillo se habia acercado para mirar de cerca las maravillas del humo.

-¡La vida, Manué...! - volvió a decir el viejo - ¡que no hay que olvidar que estamos en el mundo para chincharnos!...Que el que manda, manda. Y que lo que te dije ¡punema! que al fin y al cabo, joroban pero sueltan las perras.. - hizo una más larga pausa y resumió sentencioso: - Y que ya lo dice el refrán, Manué: "los duelos con pan son menos"....

Tampoco contestó señor Manué. Aunque hubiese contestado, no se hubieran oido sus palabras, porque en el mismo moento entraban en avalancha los otros niños.

El vecino los señaló y volvió a hablar:

-Aquí está la ley, Manué... Ellos... Nosotros lo sacrificamos todo por los hijos; ahora nuestros hijos, por nuestros nietos...?Se van a criar ellos con

mo nosotros nos criamos? ¿verdad que no? El hombre debe aspirar a mejorar lo suyo... Estos niños, al pueblo, a la Escuela, a tomar cultura... Lo demás es egoísmo...

Se levantó fiero la cabeza señor Manué y quisieron sus pupilas lancinantes atravesar la lengua del charlatán.

-¡Quieto, Manué, que yo sé lo que te digo!.. ¿Qué razones das para no querer vender tu rancho?... Tú ta ni trabajas apenas; pescar con caña y andar trasteando los tomates y los melones... ¿Cuántos años tienes? No, no me los digas porque somos de la misma quinta... ¿Y qué? que ya nos están aguardando en el patio de los calladitos para criar malvas... ¿Y qué?... Se quedan ellos: los hijos, y los nietos... ¿Y qué?... ¿Qué razones das? Las mismas que yo dí; que naciste aquí... ¿Y qué?...

La estancia se oscureció completamente con la entrada del matrimonio joven, que habían escuchado las últimas palabras.

-Pero si no valen razones, señor Diego - hablaba Perico, el hijo de señor Manué - si aquí lo que hay que hacer es alargar la mano y punto en boca... Si mi padre se está portando como un crío... Lo manda el Gobierno y se acabó... Que duele porque se le toma cariño a las cosas y... ¡claro! pero vamos a mejorar... Viviremos en Rota; que si una enfermedad, que si una desgracia... Y los niños, señor Diego...

-Si eso le estaba yo diciendo a tu padre, hombre; los niños a la Escuela, a aprender, a tomar cultura; los grandes y los chicos; la familia reunida, como toda la vida de Dios, nó, que en el rancho los padres y los chicos y en el pueblo los dos mayores solos picardeándose...

-¿Picardeándose, señor Diego? - terció la mujer, mientras limpiaba la cara al pequeño con el revés de su delantal - Mi Reglita está sirviendo en casa de la señorita Maruca.. Y que allí están sus otros abuelos que le dan buena somera... Y en cuanto a mi Juan, que no quiere el campo ni bendito sea! Y ya usted sabe, de noche en la taquilla del Cine, que es un puesto de mucha confianza, y de día de camarero en una tienda...

-Sí, mujer, sí; pero lo que yo digo: la familia reunida...

-En nombrando al ruín de Roma por la puerta asoma; aquí llega mi Juan... Un joven de semblante risueño y alegre penetró en la pieza.

En el campo se desarrollaban las sombras; en el cielo apuntaban tímidas algunas estrellas; Cádiz se convertía en un broche de pedrería.

-¿Qué? ¿que pasó por fin, papá? ...Se vendió el naranjal?... Yo ví en Rota al ingeniero...

-Todavía no...

-¿Todavía no? ...Pero...

-¡Cállate, Juan!

-...pero, ¿pero es que estáis en la realidad de la vida?... a velocidad es lo que priva... El primero en llegar es el que gana. Vivís en otros tiempos.

América es la reina del mundo porque tiene dólares, pesetas ¿estamos? La cuestión es esa: pesetas; hay que ganarlas...

-¡Cállate, Juan!

-...y hay que correr para eso. Lo que es yo... ¡vamos que yo!.. Hay mucha ignorancia, mucha ceguera... A don Carlos le he hablado esta tarde...

Señó Manuel levantó la cabeza interesado.

-Sí, abuelo, para que te enteres: que voy a aprender inglés para colocarme con los americanos que son los tios más grandes del mundo...

-¡No!!...-gritó irguiéndose señó Manuel - ¡No!! - volvió a gritar como un poseso.

Se hizo un silencio doloroso.

Juan se engañó y remedió cruel:

-¡No, no, no!... pues sí, sí, sí...!quién manda, manda!..Y mañana, lo más tardar, arreando todos para Rota...

-¡Cállate, Juan, cállate!... - amenazó el padre, mientras acudía a sostener al abuelo.

Volvió el silencio embarazoso y ancho. La mujer se apresuró a encender el reverbero. Se replegaron los niños asustados a un rincón. El visitante apagaba el cigarro y lo guardaba en un bolsillo para fumarlo en mejor ocasión.

-Vamos a comer,.. y mañana será otro día... - decía la mujer preparando la mesa.

Señó Manuel no quiso volver a sentarse. Señó Manuel encorvaba su figura vencido. Señó Manuel miró al campo con una profunda tristeza. Señó Manuel miró el retrato de Aurora que colgaba debajo del espejo en el testero principal. En el espejo se reflejaban borrosas las figuras humanas mezcladas con las siluetas de los pinos; y en primer término, la única figura difana: la de Juan, con su cabellera brillante y ondulada, sus ojos oscuros, su boca sensual, su cuello al aire, su camisa a cuadros llamativos, su pantalón de vaquero, y el hermoso reloj apretado apretado a su muñeca. Señó Manuel abatió sus párpados para recoger unas lágrimas que se le escapaban. Vaciló su cuerpo. Luego anduvo seguro unos pasos y desapareció del grupo.

-Vá a la cama...

¿Quién lo dijo? Nadie. Que todos sabían que iba a acostarse. Que todos participaban algo de su dolor. Y que todos habían visto conmovidos los lagrimones del viejo. Nadie habló. Mirarónse en silencio. Por fin, Juan, dijo malhumorado:

-Está chocheando...

Y no le contestaron con palabras, si nó con movimientos. La madre, aceleró sus preparativos. El padre se acomodó en su sitio. Los niños comenzaron sus estrategias diarias en la lucha por el mejor puesto en la mesa. Señó Diego, volvió a sacar su colilla para saborearla de nuevo. El pequeño recrudecía golosamente sus afanes con la nariz y el dedo. Juan volvió a hablar:

-¡Y para esto pedí permiso al del cine!...!Si lo llego a saber..; hoy

que es una película de la Sofía Loren ¡ojú!...

.....

Hubo un tiempo en qué señó Manué no tenía los ojos hundidos, ni huidiza la boca, ni plegada la piel, ni blanco el pelo, ni encorvado el cuerpo, ni torpes y tardías las piernas. Hubo un tiempo en que no era llamado señó Manué.

Fué antes. Muchos años antes. ¿Veinte? ¿Treinta? Había que apelar a la memoria de señó Diego, más diligente y tenaz.

Fué antes. Cuando sus ojos brillaban candentes, sobresalían sus labios carnosos, se estiraba la piel en su rostro de espesa barba negra, como su cabeza de indómito pelo, se erguía la vigorosa armazón de su cuerpo, y era ágil y gracioso su andar. En aquel tiempo le llamaban Maoliyo.

Vivía en la casa del naranjal con sus padres y su hermano Perico, trabajando en la tierra y holgazaneando en el mar. De niño, plantó en la delantera de la casa un pino; a los pocos días le había dicho su padre: "Ese árbol vivirá más que tú y más que tus nietos". Lo miraba orgulloso y lo cuidaba con mimo. En los corrales pescaba peces grandes y luchadores. Su padre miraba complacido la caza; pocos años tenía y ya era capaz de encerrarse en el corral para atraparlos; algunos poseían dientes como si fueran mamíferos y daban dentelladas atroces; a veces, Maoliyo, salía ensangrentado de la lucha. "Coge el bieldo," - le aconsejaba el padre; y entonces, el chiquillo parecía un pequeño dios de las aguas, roja la cara y palpitantes las sienes; acosaba a los peces, hasta poderlos coger por la cola o por la cabeza; era difícil, por escarridizos, pero los dedos de Maoliyo parecían tener ventosas y se agarraban fuertemente a los lomos de los animales arrojándolos fuera del corral, a las arenas, donde agonizaban lentamente, derrochando en convulsiones el brillo de la plata de sus escamas. Perico, bastante más pequeño, diableaba envidiando el poderío de su hermano, consolándose con que algún día él podría pescar en un corral.

Maoliyo era valiente y trabajador. Al volver del servicio militar, siguió unido a sus padres, ayudándoles a cuidar de la tierra. Se ufanaba de criar los

más grandes y dulces melones, y de las más raras y escasas castas; las voluminosas, dulces y rojas sandías; los mejores tomates; las más colosales calabazas. El rancho de Maoliyo tuvo fama. En la plaza de Cádiz se cotizaban los frutos de su huerta como si hubieran sido de oro. Y eso, que, los mejores quedaban en Rota en casa de la señorita Lola. Allí iba el mozo, con su canasto, casi diariamente en épocas de cosecha.

La señorita Lola Onieva, era viuda de don Pedro Brizales, rico hacendado que dejó pronto esta vida y que en corto tiempo arruinó su hacienda y la de su mujer. Lola Onieva, fina, culta, elegante, guapa, quedó viuda con un hijo y se dedicó afanosamente a su educación. Ya no salió del pueblo. Cuidaba del resto de su fortuna y ajustó su existencia a una estrecha economía. El naranjal de Maoliyo, había sido de don Pedro Brizales, y fué adquirido por muy poco dinero. Por eso tenían los nuevos dueños especial cuidado en ofrecerle a la antigua ama la flor y nata de sus productos.

Era esta una obligación que Maoliyo no le dejaba hacer a Perico, y que él cumplía con el mejor agrado. La señorita Lola sospechaba el motivo; los padres de Maoliyo también abrigaban sus sospechas.

Claro. Sí.

En casa de la viuda de Brizales, servía una garrida moza.

Aurora. Justamente; ella.

-Esta calabaza, Maoliyo, la llevas a la tarde a Rota, a casa de la señorita Lola, que se la regalo yo...

-Está bien, padre.

-Y... - se detuvo el padre arrepentido de lo que pensaba decir; esperó el muchacho a que se lo dijese sin sospechar qué fuera; decidió por fin el padre hablar, y siguió tosiendo ligeramente: - y... ¡vamos! que ya está tardando tu asunto... - se rascó la cabeza, y luego bajó la voz para preguntar: - ¿La Urora y tú...?

Enrojeció el mozo y agachó la cabeza atareándose en colocar mejor la calabaza en la capacha.

-¿Me has oído, Maoliyo?

-Sí, padre.

-¿Entonces...?

-Descuide, padre, que todo está ya arreglado.

-¿Cuándo es la boda?

-Pronto..., pronto... - y rió socarrón, tomando la vereda del pueblo cargado con el cesto.

El padre que le seguía mirando murmuró:

-¡Todo hecho y yo sin enterarme! ¿Cómo no me dí cuenta antes?...Pues la madre tampoco sabe esto....

Entretanto, Maoliyo, bajaba al pueblo henchido de alegría. De alegría y de temores, porque enfrentarse con la Urora no era tan fácil; y hablar con

ella, menos; y hablarle de amores, todavía menos. Fanfarroneó al decirle a padre que todo estaba hecho. Nunca se había atrevido ni siquiera a piropear aunque le gustaba a rabiarse. La Urorra tenía un no sé qué en los ojos que lo dejaba paralizado, cosa que no le ocurría con las demás mujeres. Pero la Urorra no tenía la moza par. Y su miedo de cada día, de cada hora, de cada minuto, era que alguien con más arranques que él, se le adelantase y así la perdiese para siempre. Por eso, de aquella tarde no pasaría la cosa. Le echaría valor al trance. Sudaría, se le apretaría la voz, hasta le temblarían las piernas, pero dentro de unos instantes se le declaraba a la moza como dos y dos son cuatro.

La casa de la viuda de Brizales tenía dos puertas; la principal daba a una buena calle y la otra del jardín se abría a una callecita sin importancia y poco transitada. Él acostumbraba a llamar por la principal, dando dos golpes seguidos con el aldabón y ella que ya conocía la llamada le abría. Siempre parecía estar detrás de la puerta.

Menos aquel día. La casualidad hizo que abriese el portón la propia señorita Uola.

Maoliyo quedó cortado y mostrando la costa en el suelo, dijo:

-Esto de parte de mi padre que se lo regala.

La señora lanzó unos grititos de admiración:

-¡Qué hermosura! ¡Es más grande que una Catedral!.. ¡Ay, cuánto se lo agradezco a tu padre!.. - se volvió para llamar a la muchacha y no se sorprendió al encontrarla detrás de la puerta a la que había llegado sigilosamente; la señora miró a los ojos de la moza y a los del mozo y los advirtió prendidos mutuamente en un arrobamiento inefable; sonrió imperceptiblemente, y luego dispuso: - Aurora recoge la calabaza; y tú, Maoliyo espera a que té dé la capacha... Y le dices a tu padre que gracias ¿eh?,,,

El mozo afirmó con la cabeza que así lo haría y apoyó su mano en el marco de la puerta para esperar la vuelta de la muchacha.

La señora había desaparecido con suavidad.

¿Supo comprender Maoliyo la ayuda de la viuda de Brizales?

Maoliyo se ahogaba en la casa-puerta. Toda la sangre de sus pulsos corrían en torrenteras y se agolpaba en su frente, y nacía que el corazón golpear se atolondrado y loco en su pecho.

-Aquí tienes la capacha, hombre...

Aurora parecía una rosa. El mozo se atrevió a mirarla. Ella bajó sus ojos. Palpitaban sus senos con violencia. Se entreabrió su boca. Se dilataron las ventanillas de su nariz.

Maoliyo enloqueció. Tomó el cesto y lo tiró al suelo para después agacharse a recogerlo y volverlo a dejar por fin en un rincón.

Ella reía al ver tantas y tan innecesarias maniobras.

-¿Qué haces, hombre...?

Ella había reído. Y él quedó pasmado mirándole la boca, mirándole los

dientes, perfectos, iguales, blancos; mirándoles los hoyuelos que se abrieron en sus carrillos; mirándole la suave pelusilla oscura que le cubría el bozo; mirándola reír.

-Oye, Urorita, ¿tú sabes que yo...?

-¿Que tú..?

-Eso...

-Sí...

Y rieron los dos felices.

-¿Entonces, Urorita...?

-¿Qué..?

-¿Que cuando nos casamos?

-Depende...

-¿De quién depende?

-De tí.

-¿Tú estás dispuesta?

-¡Uy, qué tonto, ¿pués no lo sabes?

A Maoliyo le rebose la boca una saliva dulce. Volcó su cuerpo hacia el de la mocita, que no retiró el suyo, y aspiró un vaho caliente y turbador.

-¡Urorita...!

-Maoliyo...!

-¿Quieres que te dé un beso?

(¡Pero, Maoliyo, cuánto atrevimiento!)

-Nos pueden ver...

-Que nos vean..

-¡Quita, zagal, que una es una mujer decente!

-¡Y por eso te quiero yo, Urorita!...

Se hizo muy blanda la voz del mozo. A ella le provocó más risas. Nuevamente rieron los dos. Pero los ojos de él suplicaban.

Ella se apiadó.

-Espérame por la puerta del jardín.

Maoliyo recogió la capacha; la dobló bajo su brazo y encaminó sus pasos a la trasera de la casa.

Aquella parte del cuerpo estaba solitaria. Las casas de alrededor parecían desabitadas y algunas lo estaban realmente. El mozo se felicitó por disfrutar una soledad tan favorecedora. Esperó mirando impaciente la casa de la senorita Lola y la contigua que también era de su propiedad y que la tenía arrendada desde hacía muchos años a don Horacio, el viejo prestamista que un verano llegó a Rota y quedó prendado y prendido del hechizo del pueblo. En alguna época las dos casas fueron una sola y al dividirla también se partió el jardín; en el trozo que cuidaba la senora, seguían cultivándose las más lindas flores; el que correspondía a la casa de don Horacio se había convertido en un erial y solo mantenía su vigor un viejo limonero arrimado a la baja tapia y que volcaba su

ramaje en la barda buscando la amistad de las flores.

La soledad del lugar se vió comprometida: don Horacio salía a la calle por una de aquellas ventanas convertidas en puerta.

-¡Hola, Maoliyo, qué buscas por aquí?

-Que pasaba ..

-A ver cuando me traes algo de tu huerta...

-Sí señor, sí...

Don Horacio prosiguió su camino lento y seguro. El mozo se entretuvo en mirarlo, hasta que la puerta suspirada se abrió discretamente.

Maoliyo de un salto entró en el jardín.

y besó a su novia.

El padre del mozo creía sinceramente que ya estaba todo arreglado y supondría que sus trabajillos le habría costado rendir a la moza; pero no sabía que había sido todo tan fácil y rápido.

Aurorita era una mujer decidida y dispuesta.

¡Ay, desde aquel día, qué sabrosas entrevistas! ¡Qué regalados los sentidos! ¡Qué risueño el porvenir!

Hasta que con el verano llegó la señorita Maruca y lo entorpeció todo, porque Aurora no tuvo ya tiempo libre para sus pliques, ni Maoliyo tuvo más el humor alegre y bien dispuesto.

La señorita Maruca llegó como un torbellino. La señorita Maruca era como un fiero levante que lo arrollaba todo.

.

La llegada de Maruca fué inesperada, sin previo aviso. Un día llamó a la puerta de la casa; le abrió Aurora; la apartó a un lado, dando grandes voces:

-¿Y mi tía Lola? ¿Y mi tía Lola?

La moza la veía por primera vez, pero supo que era sobrina de la señora y se encargó de meter dentro de la casa el gran equipaje que había traído.

Cuando la vió luego departiendo jubilosa con la señora, quedó parada, simple y arrobada, escuchándola y mirándola. Aurora estaba acostumbrada a ver durante el verano señoritas de postín procedentes de Sevilla, de Madrid, de Córdoba y de muchísimos sitios. Pero aquella...

Aquella señorita Maruca sobrepasaba a todas.

Maruca hablaba con suave acento extranjero; tenía cruzadas las piernas

montadas una en otra; entornaba los ojos al hablar, grandes y verdes, y fumaba voluptuosa un cigarrillo. La viuda de Brizales la escuchaba con atención y sin asombro. La señora no se asombraba de lo que la sobrina le contase por muy disparatado que pareciese.

-¡Ay, tía, estoy cansada de vagar por el mundo! Papá no se cansa sin embargo...; bueno, papá, tú conoces a papá...; se ilusiona como un chiquillo. Creo que se casará...; ahora vá de veras... También ella es viuda, pero ¡millonaria!, claro que si se casa con papá pronto dejará de serlo... Yo me separé de él...; él queda en Roma... ¡tiene un encanto!... ¡me refiero a papá, claro!.. No hay mujer que se le resista... Sospecho que papá se alegra de que me haya venido...; al principio pareció contrariado, pero a los dos nos consta que a la viuda no le era grata mi presencia...; pensé en tí, en mi querida tía Lola... ¡Ah, y me pregunto, tía, ¿qué es de mi delicioso primo Luís? Rabio por conocerlo... Lo conoceré porque pienso quedarme en Rota todo el verano... Cuando papá se case me llamará... ¡Ay, tía Lola, tienes sobrina pata rato!...

Tía Lola, refa bobalicona. Como Aurorita.

.....

Maruca aventó rutinas en la casa. Lola la dejaba hacer con tal de que no escandalizara mucho y la dejara a ella libre para proseguir su vida. La vida de Lola era sencilla; la Misa diaria, las menudencias caseras, las cartas al hijo, las visitas, y su labor de catequista. Lola tenía los más distintos alumnos: vaquerillos, cabrerillos, criaditas. Siempre sembrando. Instruyó a Aurora apenas entró en la casa; enseñó a Maoliyo y a Perico cuando los chiquillos tuvieron uso de razón. Y pasaban los años y un día seguía a otro. Alterada su paz, por las noticias del hijo; asustada por sus constantes peticiones de dinero cada vez más difíciles de satisfacer. Luis vivía en Madrid, decía periodista; decía político. A veces pasaba en Rota unos días, asombrando con sus relatos a los amigos. Quizá algunos lo creyeran. Otros, no. Tampoco la madre. El hijo, como el abuelo y como el tío, tenía una fantasía poderosa. Como el abuelo, poseía un espíritu aventurero. Los Onieva eran seres soñadores e inquietos; solo ella parecía distinta, austera y firme, sosteniendo la carga difícil. Más difícil desde que llegó Maruca, la hija del hermano que paseó por todas las capitales europeas embriagándose de arte y de lujo. También era arte el vivir como conseguía vivir, pensaba Lola, y un arte bien difícil.

-Hay que ser valientes para vivir, ¿verdad, tía Lola? - decía a veces

Maruca con un gesto igual al del padre, al del abuelo, al del mismo Luis - Hay que ser valientes.

Asentía la viuda muy convencida porque se llamaba a sí misma heroína; heroína desde su matrimonio; porque su esposo, que no, noble, simpático, inteligente, fué dominado por la pasión del juego; desatendió primero su hacienda, malvendió parte de ella, y se jugó el resto. ¿A qué llamarían las demás valentía?

Una mañana, Maruca le hizo una pregunta; estaban ambas sentadas en el patio, a la sombra de un tordo muy remendado y renegrido; balanceándose la joven en una vieja mecedora de zurcida rejilla; repasando la otra un montón de ropa limpia; en el patio había cuadros, mesas, macetas y un hermoso brocal de marmol de un aljibe que ocupaba casi todo el subsuelo y que estaba siempre vacío. Maruca hizo una pregunta:

-¿Por qué no tiene agua?

Se estremeció Lola, pero contestó serenamente.

-No nos hace falta porque el jardín tiene un pozo...

-No se concibe un aljibe vacío...; es como una jaula sin pájaro, como un árbol sin hojas... Este año, tía, dejarás libres las cañerías para que se llene; de eso me encargaré yo...

-¡No! ¡no!...

Maruca percibió la angustia en el tono de su voz.

-¿Por qué no?

-¿No sabes?... Tu tío la desocupó; le gustaba jugar ahí dentro...

-¿Dentro del aljibe?

-Sí. Es una habitación, como una cripta; figúrate, muy fresquita...

-Ya. ¿Y como se baja?

-Él usaba la escalera que tenemos en el jardín...

-Yo quiero bajar, tía.

-¡Criatura!

-Quiero bajar. Será emocionante. ¡Una sala de juego! ¿Te das cuenta, tía? ¡Emocionante! Me hubiese gustado conocer al tío... ¡qué daría yo por revivir aquellos días...!

Lola había soltado la prenda en la cestita de mimbre arrebuñándola nerviosamente sobre las otras cuidadosamente dobladas.

-¡Pero tía, es maravilloso!.. Voy a bajar..

-¡Criatura! ¡Criatura!..

Maruca llamó a la criada y le pidió que le trajese la escalera.

-¡Criatura!...

-¡Qué graciosa eres, tía!... Estás asustada como una niña... Hay que ser valientes!...

Lola no supo impedir los propósitos de la muchacha; se retiró pálida y nerviosa.

En el gabinete la esperaban sus alumnos; llegaron puntuales, como siempre,

pero ella los hizo esperar porque le urgía la terminación del repaso de la ropa de cama, tan escasa ya en sus cofres de cedro, que siempre estuvieron atiborrados. Los alumnos eran dos hermanos, niño y niña que guardaban unas vacas muy cerca del pueblo; acudían puntuales a la lección: "¡Alabado sea Dios, señorita Lola!" Y quedaba encogiditos junto a la puerta.

-Pasar, pasar niños...

Y ellos se entraban en el gabinete, torpes y mudos.

-A ver tú, dime el padrenuestro.

El señalado apretaba sus brazos cruzados sobre el pecho, y recitaba la oración con los ojos desorbitados y enrojecida la piel.

Lola los alentaba dándoles conversación.

Aquella mañana, los vaqueritos aguardaban impacientes en el gabinete.

-Hoy ha matado mi hermano un alacrán - exclamó la niña nada más ver entrar a la señora, deseosa de pregonar la hazaña del muchacho.

-¿Sí?...- contestó Lola con fingido interés.

-¡Uy, señorita, yo pasé un miedo!...!pero él es valiente!..

Lola la miró con gravedad; la palabra recrudeció el escolor que molestaba su espíritu.

Y la niña calló.

Del patio llegaban las risas divertidas de Maruca y las risotadas de Aurora.

-Vamos a empezar, niños...

.....

En la casa de Lola había varias arcas de cedro y algunas de alcanfor. En la casa de Lola, había demasiados muebles macizos de lustrosa caoba, de oloroso cedro, de severo palosanto. En la casa de Lola, también había muebles de bambú y de laca, y marfiles, porcelanas y cristales de Bohemia. En los cajones de los muebles guardaba relicarios, abanicos, mantillas, mantones. Mucha riqueza. Toda la que fueron amontonando sus antepasados.

Pero de los cajones de aquellos muebles faltaban cosas: estuches que misteriosamente desaparecían de tiempo en tiempo.

Lola hacía algunos viajes a Cádiz; los anunciaba entre sus amistades.

-Tengo que ir a Cádiz...; tengo que ir a Cádiz....

Lo decía mucho; con una escondida ansia; como implorando que alguien le

impidiese realizar el viaje proyectado; en Cádiz quedaban los estuches que salían de los cajones de sus muebles.

-Que nadie se entere... - suplicaba a la encargada de entrevistarse con la compradora presunta.

-Descuida, Lola..; yo estoy acostumbrada a estas cosas...

Desde Cádiz giraba al hijo la cantidad que tan premiosamente le había pedido.

Pocas cosas quedaban ya en los cajones de los preciosos muebles.

.....

Maruca llegó a la casa de Lola como un torbellino, aventando rutinas.

-Tienes que abrir las ventanas, tía.

-Hay que desempolvar el piano, tía.

-Tienes que tocar algo...

Se asustó Lola y se negó. Maruca aporreó las teclas.

-¡Oh, por favor, toca bien!... - y se angustiaba al decirlo.

-No sé tocar, tía; toca tú...

Casi a la fuerza la sentó en el taburete porque se resistía puerilmente ¿Y qué iba a tocar? No se acordaba de nada. Le era imposible hacerlo. Pero la sobrina insistía terca. ¿Qué iba a tocar?

Aurora asistía asombrada a la escena. Jamás vió ella a la señora sentada en el taburete del piano. Jamás la sintió tocar. En ocasiones, al limpiar el salón, abría las ventanas de par en par, y se acercaban curiosas algunas personas ella tomaba bríos y se enorgullecía al sentirse rodeada de tantas cosas de valor y tan delicadas de limpiar; al principio, no la había dejado la señora por temor a que rompiera algo, pero ella era muy hábil y sabía limpiar mejor que todas las mozas del pueblo, y lo hacía sola; las curiosas hablaban desde la calle y enumeraban las cosas de valor que allí se exponían; invariablemente terminaban diciendo:

-...y el piano. La señorita Lola tocaba el piano como un ángel...! en aquellos tiempos!...

Aurora asistía asombrada y esperanzada a la escena del salón. Lola no quería tocar; no se acordaba; ya no sabía; de verdad que no sabía.

-Anda, tía, dame gusto, toca algo...papá siempre hace elogios de tí: mi hermana es la mejor pianista del mundo...

Sonreía Lola. ¿Qué podía tocar? Los papeles estaban guardados y ni se acordaba en qué sitio; la memoria no le ayudaba; no podía.

-Es imposible, tía... - y se apoyaba tenaz en sus hombros - No puedes negarte a esto; toca algo...

Se movieron los dedos de Lola por el aire, encima del teclado; separó los dedos, atirantando las manos. Bueno, tocaría. Iba a salir una birria, pero tocaría. ¿Qué tocaría?

Maruca se detuvo a pensar para elegir.

Aurora pidió entusiasmada:

-Toque, toque eso de "pisa morena, pisa con garbo..."

-¡Oh, - suspiró la señora - eso no lo sé; es muy moderno.

Sonó en el salón una dulce y lánguida habanera.

Aurora se paralizó junto al piano.

Maruca se recostó en un diván para fumar.

Esta costumbre de Maruca, molestaba mucho a su tía; la avergonzaba tanto, que hasta le dijo a la moza:

-¡Por Dios, Aurora, no le digas a nadie que la señorita fuma!

Pero a Aurora le hacía gracia aquello. A la moza, todo cuanto hacía y decía la señorita joven le parecía muy bien. Todo; hasta el bañarse en la playa con aquellos pantaloncitos tan cortos; a la moza le llenaba de orgullo, que la vieran acompañandola.

-¡Que rabien! ¡Que rabien!

La señorita Maruca era de lo más sencillito y campechano; como si la hubiera conocido de toda la vida. Siempre estaban juntas; siempre le estaba haciendo preguntas y contándole cosas que le habían ocurrido en sus viajes.

-¿Qué vió al Papa, señorita? ¿Y al Rey también?

Se asombraba extraordinariamente. Y Maruca le enseñaba fotografías y le explicaba todo.

-Esto es guiza ¿sabes? Y esto blanco es la nieve...

-¿Nieve... ?

-Sí. ¿Tú no la has visto? ¿No ha caído alguna vez nieve en Rota?

-No.

-¿Nunca?

-Que yo sepa...; quizá...

-Entonces, ¿tú no has visto la nieve?

Brillaron los ojos de la moza al recuerdo:

-Sí, una vez. Fuí un invierno con la señora a Sevilla y por el camino ví esos árboles que echan almendras...

Rió Maruca. Maruca reía siempre de las contestaciones de la moza. Y de las turbaciones de la moza.

-Hoy, Aurora, vas a aprender a fumar...

-!Señorita!!... - y se llevó las manos a la cabeza, horrorizada.

-Hoy vas a aprender y te vas a marear como si fueras un camaleón.

-!Señorita!!...

Fumó Aurora y tosió de una forma alarmante.

-!Si lo supiera mi novio!...

Lo supo su novio y no dijo nada. A Maoliyo le aturdió la señorita, empleándolo en las cosas más raras. A Maoliyo se le abrían los ojos a cada capricho de la señorita. Pero siempre la obedecía silencioso y diligente.

-Maoliyo ¿me buscrás tabaco?

-¿De ese?

-De cualquiera. Del que fumes tú.

-Se lo traeré del de Gibraltar.

Aurora le hizo una advertencia a solas;

-Que no se entere nadie?sabes?

Y él:

-Descuida.

Maruca aventó rutinas. Ya no hablaban los novios a solas casi nunca. Ya no existían las horas en la casa, que Maoliyo frecuentaba cada vez más. Era como si en la casa hubiera entrado un criado más. Un criado al servicio de Maruca aunque algunas veces lo utilizaba Lola. Dos veces, para ser justos. La viuda de Brizales lo llevó misteriosamente a su cuarto. Maoliyo presintió un encargo delicado y secreto. Podía fiarse de él la señora.

-¿No lo contarás, Maoliyo?

-A nadie.

-¿A tus padres?

-A nadie.

-¿A la novia?

-A nadie.

Y Maoliyo tomó el estuche religiosamente y lo guardó entre las ropas más pegadas a su cuerpo. salió de la casa y le dió la vuelta a la calle. Se apostó cerca y esperó a don Horacio. Don Horacio volvía a su casa al anochecer. Algunas veces él lo esperó para venderle frutos de su tierra. Era un viejo encorvado y enjuto, amarillo y desaliñado; se le hundía la boca por falta de dientes; también se hundían sus ojos y bajo la frente abombada; su cabeza monda tenía blancura de calavera; don Horacio era repugnante, por su andar de zambo; por el movimiento desgarrado de sus cortas brazos; por su tacañería notoria; por la ruindad de sus ropas; por la usura de sus préstamos.

Maoliyo esperó pacientemente al prestamista.

-Tengo un recado para usted, don Horacio.

-Pasa.

Maoliyo conocía la escalera, ruinoso y casi desvencijada; atravesaron una espaciosa sala desamueblada y entraron en otra de escasos y pobres muebles.

La luz del atardecer dábale un tinte sombrío. El mozo miró ávidamente por la ventana desde donde se veía el jardín convertido en erial; calculó, como buen campesino, el rendimiento que se le podía sacar a aquella tierra abrigada del levante y defendida de rateros; junto a la tapia, el limonero parecía querer huir de tanta ruina, y volcaba generosamente su ramaje al jardín de la viuda de Brizales. Maoliyo pensó que, podría haber entrado por allí saltando la tapia y nadie lo hubiera visto; todo era muy fácil arrimando la escalera y bajando por el tronco del árbol.

Don Horacio encendió un reverbero y cerró la ventana.

-Desde la calle, con la luz dentro, pueden vernos.... - explicó con su vocecilla agria; y luego: - ¿Qué traes?

Maoliyo enseñó el estuche y lo abrió. quedó deslumbrado. Luego cerró los ojos, con cierta embriaguez.

-Dame.

El mozo se lo entregó confiadamente y esperó a que el viejo diara vueltas entre sus dedos a la joya.

Luego hablaron.

-¿Cuanto? - había preguntado, para rebajar de golpe la mitad, como era su táctica, hasta llegar a un acuerdo.

Don Horacio se guardó la joya y le entregó unos billetes.

Maoliyo le dió el dinero a la viuda de Brizales con el mismo secreto que ella le había entregado el estuche.

Pero aquella vez no hubo envío de dinero a Madrid.

Aquella vez solo hubo un desconocido desasosiego en la viuda de Brizales y una mayor asiduidad a la parroquia. Alguna vez invitó a la sobrina para que la acompañase. Ella rehusó, alegando que en la iglesia sentía enormísimos deseos de bostezar.

-¡Qué chiquilla tan rara, Dios mio! - musitó Lola pesarosa.

En la calle se le acercó para hablarle un día el médico.

-¿Tienes noticias de tu hermano, Lola?

-Sí, - contestó ella deteniéndose anhelante - la última carta hace una semana desde Roma, decía que se casa dentro de un mes y que vendrá a España y llegarán a Rota...

El médico parecía preocupado.

-¿No sabes nada de...? ¿Lees los periódicos?

-¿Pasa algo?

-Aquí no pasa nada, mujer, por ahora, ni creo yo que pase luego tampoco.

-¿Entonces...?

-Es por ahí ¿sabes?. Europa, ¿comprendes? que ya mismo van a andar a la greña...

-Pero...

-Una guerra ¿sabes, Lola? una guerra...

-¡Santo Dios!...

-Pero no te apures, mujer, España no se meterá en nada, tú verás...

-¡Santo Dios!..

-Vamos no te alarmes, Lola...

-Es que mi hermano...

-Tu hermano está en Italia. Si estuviera en Alemania o en Francia sería peligroso. No te apures, mujer...

Claro que se apuraba Lola. Casi temblando y a punto de llorar estaba, cuando por fin llegó a la iglesia.

-¡Lola, hija, cuanto tiempo sin vernos!..

Alzó la viuda la cabeza y vió a su amiga Concha.

-¿Tú...?

-Aquí me tienes un verano más...¡Hija, en Sevilla nos achicharramos! Se abrazaron y besaron cariñosas.

-¿Y qué me ganx dicho, Lola, que tienes en tu casa de temporada a la hija de tu hermano?

-Si,

-Ya, ya me han contado...¡Ay, en el extranjero se ha perdido la moralidad y la decencia!..Bueno, no te ofendas, que no lo digo por tu sobrina ¡Dios me libre! aunque sé que trae al pueblo escandalizado.., porque en la playa usa unas ropas que ¡ya! Ya!..Aquí, hija, gracias a Dios, todavía nos dá vergüenza ciertas cosas!..Dicen de ella unas cosas.., que en la azotea toma baños de sol con el mismo traje que vino al mundo...¡Hija, tú no debias consentir eso en tu casa si es que es verdad eso, que yo todavía me resisto a creerlo! que dicen que además fuma...

-¡Ave maria! ¡Qué cosas dicen!..

-Ya tú ves, como que yo llegué anoche y esta mañana estaba enterada de la novedad...Pero mira, lo que yo digo: que otras cosas son peores, y que al fin y al cabo si tu hijo es conforme con eso...

-¿Mi hijo? ¿pero qué tiene que ver mi Luis con todo esto?

-Hazte de nuevas, mujer. Siempre igual de reservada, hasta con las má amigas; pero si todo se sabe en un pueblo, y en Rota ¡figúrate! ¡como que no hay gente desocupada en el verano.

-Pero bueno, ¿mi hijo?...

-Tu hijo que se casa con tu sobrina. Pero si todo se sabe, mujer, a qué gíngir?...¿Y sabes lo que yo digo, que me parece muy bien; así la chiquilla encuentra en la familia un apoyo, y tu hijo se dejará de perder el tiempo...

-Bueno, Concha, yo entro en la iglesia que ya estrá empezado el rosario.

-Adiós, adiós...

volvieron a abrazarse y a darse sendos y sonoros besos en ambas mejillas. Concha quedó murmurando:

-¡Negra vá, negra! Y eso que no le he dicho que deben casarse los pri-

mos porque más vale que se pierda una casa que no dos...

Maruca ignoraba estas cosas y otras. Y si las hubiese sabido hubiera quedado indiferente a las habladurías porque ella se consideraba independiente y libre por lo menos mientras permaneciera soltera; después todo le habría de ser más sencillo porque el estado le proporcionaría cierta respetabilidad. La respetabilidad era necesaria para andar por la vida aunque ella interiormente se riera de todos los convencionalismos sociales. ¡Si fuera rica...! ¡La llegaría. Entretanto tendría que seguir recurriendo a la tía Lola; gazmoña, beata e intolerante. No. La hubiera visitado por simple curiosidad, como si se le hubiere proporcionado visitar una tribu de negros. Nunca hubiera vivido en su compañía tantos días seguidos, llenos de aburrimiento. Como el de aquella tarde, en que tuvo que escoger entre acompañarla a sus rezos o vigilar el palique amoroso de Aurora. ¡Y sonrió al pensar en los mozos! ¡Buena se jugó a su tía!

Maruca se recreaba en recordar su jugarreta, mientras se balanceaba rítmicamente en una mecedora en el patio.

La cosa ocurrió así; mandó aquel día a la moza a regar el jardín;

-Y no te muevas de allí hasta que yo te llame; no tengo gana de verte alrededor mio como si fueras un moscardón.

Aurora obedeció humilde.

Transcurrido un rato muy pequeño llamaron suavemente a la puerta. Maruca la abrió y dijo:

-¡Qué bien llegas, Maoliyo!... Vete al jardín y riégalo mientras yo voy a ver a una amiga que me está esperando... Anda, vete, yo cierro la puerta al salir.

Y el mozo obedeció humilde y servicial, mientras pensaba que, desde que llegó la señorita Maruca se había revolucionado todo y que él rara vez podía hablar a solas con la Urora. Con la señorita Maruca había llegado la negra para sus relaciones.... ¡Y mira que si por mor del Demonio se encontrara la Urora solita en el jardín!.... ¡Juy, hasta repelucos le daba nada más pensarlo!..

Anduvo, anduvo....

¡Puñema! ¡El Demonio que lo dispone todo! ¡Esmorecidito sin poder dar un paso!

Cuando Maruca lo vió desaparecer, volvió a su mecedora dispuesta a fumarse tranquilamente un cigarrito. ¡Y estaría la tía Lola tan confiada! Reía Maruca figurándose el dulce encuentro de los tortolitos; los muchachos le agradecerían el plan; aquellas criaturas no tenían ocasiones de saborear encuentros; cierto que, ella era el impedimento; por eso les debía una reparación. Una sabrosa reparación. Reía Maruca llevándose el cigarro a la boca. Reía picarescamente.

Sintió pasos por el patio.

Se volvió sorprendida enarcando las cejas.

Maoliyo con la cara arrebolada y un fuego insospechado en sus ojos de

de continuo serenos, explicaba su vuelta:

-Allí está la Urorra..; se enfadó al verme..; me echa....

-?Y tú...te vas?

Movió el mozo las cejas, explicativo.

-Vete, hombre bendito, vete...

Maruca rió más. Maruca reía con muchísima gana. Todavía reía cuando llegó Aurora sofocadísima diciendo:

-!Qué bromas gasta la señorita!

Y la señorita no dejaba de reír.

-!Que cuando yo mí a mi lado al Maoliyo, me dije: "¡Urorra, guasa pura de la señorita!" Y le dije a él: "¡Tú, fuera de aquí!!Mala!"

-Y se fué.

-!Quía! Se vino hacia mí con unas intenciones.., y entonces yo levanté la regadera llena de agua y le dije: "O te vas o te hago una sopa". Y ni por esas. Y entonces abrí la puerta del jardín y me planté en la calle, y le grité: "Ahora mismito te sales por donde has entrado."

!Cómo se reía Maruca!

-Que mire usted, señorita, que la honra de una mujer es como el cristal, que el aliento lo empaña. Y aunque sea mi novio, cualquiera sabe si un día me planta y ...

-?Crees que no se casará contigo?

-!Cualquierilla sabe! Pero aunque se case...Es que yo, señorita Maruca, levanto mucho la cabeza !porque puedo! Y quiero seguir levantandola...Porque yo...

Aurora no pudo terminar su discurso; en la puerta llamaba alguien que al parecer tenía prisa.

-?Quien será? - y al abrir, dejó escapar un gritito de sorpresa: - !Jy, !madre mia de mi alma! ?quién se quiere morir? !Pero si es el mismísimo señorito Luis!..!que alegría se vá a llevar la señora cuando venga!...!Voy a avisar!

Maruca alargó la cabeza para verlo.

-Mi madre estará en la iglesia, desde luego...Lleva la maleta a mi cuarto y prepárame el lavabo; vengo lleno de tizne.

Luis Brizales, alto, elegante, guapo...

Andaba ya dentro del patio, de espaldas al aljibe, a la mecedora, al amplio comedor por cuyas puertas y ventanas veíase el jardín. Cuando vió a Aurora cargada con la maleta, se volvió, mientras pasaba un pañuelo por su frente llena de sudor.

Maruca se regocijaba con el esperado asombro del madrileño, cuando oyera su voz.

-Te saludo, primo Luis.

Luis dió un salto; se le cayó el pañuelo que se pasaba por los ojos; abrió estos desmesuradamente; ladeó el cuello; entreabrió la boca; y por fin

pareció comprender:

-¡La prima Maruza!...!Chica, qué alegría!...!Lo que menos me podía figurar yo!...!Qué susto más rico!...?Cuando has venido?

-¡Uf, hace un siglo!

-¡Exageradilla!

Se estrechaban las dos manos. Él, se le quedó mirando luego, conocedor y experto. Ella ~~miraba~~ mostraba las filas de sus dientes parejos, chiquititos, deslumbrantes y desafiaban sus pupilas verdes y maliciosas.

-Bueno, chica, dime; estoy muerto de curiosidad; ¿y tu padre? tengo interés en charlar con él...

-Pues como no vayas a Roma...

-¿No está aquí? Estoy asombrado, a ver, cuenta, cuenta... - a la vez tomaba asiento en otra mecedora: - ¿Como es que has venido a Rota precisamente?

-Puedes figurártelo; aquí está tu madre.

-Bueno, chica, perdona si soy indiscreto, pero somos familia y...

-Pregunta.

-Sí, pregunto: ¿por qué estás aquí? ¿qué le ha ocurrido a tu padre? Supongo que serán sus asuntos de siempre; es un hombre inquieto y temerario...Supongo...

-No sigas, primo, porque la cosa es muy sencilla; mi papaito se vá a casar y mi presencia molestaba algo a mi futura madrastra...

-¿Que se casa...??

-Dentro de un mes....Papá es encantador; y ella...!oh, ella es deliciosa, elegantísima, cultísima; habla varios idiomas a la perfección, figúrate que parece haber nacido en varios países a la vez... Audaz, moderna, inteligente, bellísima y ¡millonaria! Papá ha emloquecido por ella...

-Pero a ella no le simpatizas tú...

-Es lo que dice papá; yo en cambio, no he llegado a notarlo; ¡ella es tan fina, tan sutil...!

-¿Cuántos años tiene?

-¡Oh, primo, me desencantas! Nunca se pregunta la edad de una mujer.

-A otra mujer, sí.

-¡Malo...!

-Graciosa...!

-Mi futura mamá no tiene edad, como no tiene patria...Posee la juventud de una niña y la experiencia de una anciana. Papá dice que es única y maravillosa. ..

.....

A Maoliyo le cayeron nuevas faenas con la llegada del señorito don Luis. El mozo tenía casi abandonado el trabajo del naranjal con los nuevos que-
naceres. Por la mañana, escogía y seleccionaba los tomates y las calabazas; lo
mejor quedaba en casa de la viuda de Brizales; a los tomates le limpiaba previa-
mente el polvo con un trapajo y los dejaba como de cera, o como los cachetes de
su Urorita, encendidos y estallantes, despertando siempre las ganas de hincar
en ellos golosamente sus dientes. Lo mejor a la casa de la viuda; lo demás, al
mercado, o a Cádiz, o al Puerto.

Y la pesca. Y la venta de la misma. Y hacer los mandados de la madre,
que eran pocos pero diarios y que no quería nunca que se los niciese Perico. Y
el comer en cualquier sitio, cualquier cosilla: pescado frito, tomates con sal,
hermosas tajadas de melón, o un puñado de higos; cualquier cosilla. Y luego a
la casa. Y al bote. Con ellos; con los señoritos. Y la señorita Lola, llamándole

-Mira, Maoliyo, habrá que encalar esta habitación que se le van a caer
las paredes a pedazos...

-Mira, Maoliyo, amarra bien los alambres de la azotea, que el último
levante me los echó abajo y no habrá donde tender la ropa esta semana...

-Mira, Maoliyo, me traerás tierra para las macetas...

-Mira, Maoliyo...

-Mira, Maoliyo...

-Mira, Maoliyo...

Una tarde no le habló. Le hizo señas para que le siguiese. Y el mozo se
se entristeció porque percibió de lo que se trataba. Llegó hasta el cuarto de la
señora; y ella, arrebolada, temblorosa y en voz chita, le dijo:

-Como la otra vez... - poniendo un objeto en sus manos.

El mozo abrió la suya con una crispación dolorosa y cansada, y aprisio-
nó un objeto pesado y sinuoso.

Y le habló de dinero, y de regateos, y de artimañas.

-Pero, escucha Maoliyo, si nó consigues todo el dinero, no importa; se
lo das por lo que sea...Lo que te pido es que no se entere nadie; que no digas
una palabra..; ni a tu madre...

-No.

-Ni a tu padre...

-No.

-Ni a tu novia...

-No.

Y nuevamente se entrevistó el mozo con el viejo prestamista y quedó

maravillado al sacar y ver por primera vez el envoltorio, y la gruesa y larga cadena de oro.

Don Horacio dijo:

-En el salón de los Onieva, hay el retrato de un caballero adornado con este collar; era el abuelo de la señora...

Después, todo siguió nuevamente su curso, sucediéndose los días calurosos, y las risas de la señorita Maruca, y los chistes del señorito Luis, y las miradas y muecas que Urorita le hacía a escondidas de la señora.

Luis y Maruca formaban pareja siempre; en la playa, en el bote, en las reuniones.

Luis y Maruca hablaban siempre de cosas intrasndentes; ella contaba cosas de sus viajes; él, de Madrid; ambos, de Paris. Pero los dos sentían igualmente deseos de otras confidencias. La ocasión llegó una tarde inesperada; una tarde en que se hacía desagradable la calle porque el levante saltó furioso e indómito y la madre se vió obligada a salir para visitar a una amiga muy enferma.

Maruca se balanceaba, fumando nerviosamente, en el patio junto al aljibe.

Luis, igualmente fumando, estaba todo lo tumbado que podía en la mecedora.

Aurora iba de un lado para otro trajinando y velando por la honestidad de la pareja, atendiendo órdenes de la señora, y procurando no perder palabra de lo que hablasen, si es que por fin hablaban algo, porque parecían aburridos y ni siquiera se miraban.

Hasta que:

-Bueno, chica, lo que es yo no aguanto más el pueblecito.

-¿Te irás?

-Pero que enseguidita.

-Te envidio. Tampoco yo puedo vivir en este ambiente.

Sospechó Aurora que aquello era una rina en forma, aunque con palabras muy finas, y aguzó la oreja para empaparse bien de todo; al otro día se lo contaría a Maoliyo.

-El hombre más valiente, prima, tiene alguna vez momentos de cobardía y debilidad...Te digo esto, porque yo me vine de Madrid, lleno de humos y decidido a todo...

Maruca pareció interesarse.

-Cuenta, cuenta.

-Desde que llegué estoy deseando hablar contigo y consultarte mi caso.

-Lo sospeché.

Luis se incorporó en la butaca y comenzó premioso.

-Tú no ignoras que la situación de Europa es difícil y que en cualquier momento estallará una guerra terrible. Yo en Madrid estoy muy enterado

por mi situación en el Ministerio... porque tú sabrás que estoy empleado allí... Sí, chica, todos mis estudios me han servido para no carecer de un humilde sueldo... navego entre periodistas y políticos... Y vivo en Madrid y no en Rota, ¿comprendes?

-Sigue.

-Quiero sacar a mi madre de aquí. Se ahoga entre cenizas y sudarios; se va consumiendo; se quedará cualquier día muerta entre estas paredes de cárcel, rodeada de recuerdos y de pasadas grandezas. Mi madre no vive ya; no es vivir lo que hace. ¿Pero qué hace mi madre en este pueblo, rodeada de palurdos, de cursis, de gentes que ya no la quieren tratar porque no tiene dinero? Bueno, chica, eso de no tener dinero, no me lo creo yo; eso es lo que ella y el pueblo dicen; pero no debe ser así. En la familia había muchas joyas y todas pasaron a sus manos, hasta las que pertenecían a tu padre que las cedió por buenos billetes de Banco... Yo las ví una vez amontonadas, siendo niño, ya muerto mi padre, y enterré las manos en oro y piedras preciosas; ella me dijo: "Niño, esta es tu carrera; de aquí saldrá." No, no me digas chica que las consumió todas en ella. Mi carrera ha costado poquísimos dinero. Estudié aquí, en este mismo patio, en estas mismas butacas; me daba la clase un amigo de mi padre y me consta que no cobró ni un céntimo; ¡oh, el noble don Isidoro, se hubiera muerto de sonrojo si mamá le hubiese hablado de honorarios!..

Hizo una pausa. Maruca escuchábale muy atenta.

-¿Qué gasta mi madre? ¿Tú puedes hacer un cálculo? Ahora contigo y conmigo aquí, debe estar derrochando, a juicio suyo, pero, ¿y cuando está sola? ¿Qué come? Ya la ves: arrugada, consumida. Claro que la Aurora... Pero eso es otro cantar; con tomates y melones la tienes con más vitalidad que un toro de casta... Pero mi madre, mi madre, sospecho que vive como un camaleón. ¿Como viste Ella fué elegante; la más elegante de su tiempo en Madrid y en Cádiz y en Rota naturalmente; ¿y ahora? ya la ves, ropa negra, amortajada; seguramente que sus ropas interiores están llenas de recosidos, como las sábanas que nos pone en las camas; como las servilletas y manteles... Y esto me subleva ¿sabes? ¡me subleva! Porque ¿tú ves todos estos arcones que hay repartidos por pasillos y cuartos? pues ni se pueden cerrar de cosas que guardan en ellos; los mejores linos, los mejores bordados y encajes...

Maruca quiso recordar que una mañana en que su tía sudaba poniendo en orden uno de aquellos arcones que su primo decía, ella se acercó y le ayudó a doblar una sábana inmensa, riquísima, que se movía como si estuviera surcada por finísimas venas que la hicieran palpitar. Ella le preguntó: "¿La vas a guardar, tía? Pero si dá gusto resbalar el cuerpo desnudo por la frescura de estas telas?" Y recordaba perfectamente que le contestó: "No sabemos el tiempo que vivir." Decididamente su tía poseía un espíritu apocado y mezquino.

-...me subleva verla mal alimentada, mal vestida, ahogada en la ruindad de un pueblo. No puedo consentirlo, ¿verdad, chica?... Eso se piensa y se dice,

pero lo que yo gano no es suficiente ni para mí; tú eres joven y estás acostumbrada a otra vida y comprendes que los vicios, lo que los timoratos llaman vicios son vitales para nosotros; para tí, para mí y para personas delicadas y sensibles como nosotros; ¡vicios! ¡vicios! ¡bah! : comer, vestir y divertirse; ya ves, lo más elemental; pues ni para mí tengo con lo que gano y en ocasiones hasta he tenido que pedir ayuda a mi madre...?Y ves, chica?; absolutamente siempre me ha enviado el dinero que le pedía...!para que diga luego! ¡no, estas pueblerinas saben lo suyo!...?Te das cuenta, prima? Pero si te digo que todo esto me subleva! Si te lo digo yo!!Yo! Yo, que la veo fea y ridícula cuando ella era...

Luis se detuvo.

-...cuando ella era como tú eres ahora, prima; exacto; iguales; ¿te has fijado en el cuadro del salón? Ven, ven...

Y la ayudó a levantarse y tiró de ella precipitado.

El salón estaba oscuro porque tenía todas las ventanas cerradas y echadas las cortinas que impedían la entrada de la luz por las rendijas. Luis las recorrió nerviosamente y abrió los postigos de las tres ventanas; los cristales estaban empañados con un polvo fino recientemente depositado por el levante; no existían visillos; la luz de la tarde, fuerte y clara se posó en los objetos y devoró las sombras. Se destacaba el piano como un ataúd, cubierto con una funada clara; enfrente el sofá con la tapicería deslucida y desvaído el color; la consola majestuosa, y los ramos de conchas marinas cubiertos por fanales; el reloj dorado, quietas las agujas; el espejo grande; y los cuadros; los retratos; se detuvieron delante de uno; Maruca se estremeció ligeramente.

-Pareces tú misma.

Sí; parecía ella misma; las gasas velando la morbidez de los senos; los brazos desnudos; las manos finas; la cintura inverosímil; el cuello delgado; el óvalo perfecto; la boca fresca; los ojos maravillosos y verdes.

-... verdes como los tuyos; soñadores como los tuyos; endemoniados como los tuyos....!Prima, prima, desde que te ví me atormento día y noche pensando en esto: que ella fué como tú...

Aurora andaba cerca; la moza sabía de exposiciones y soledades y escuchaba ciertas palabras que la alarmaron. Su obligación era entrar como la que boquiere la cosa y evitar la ocasión; aunque la riñeran; aunque la echaran del salón a patadas.

Aurora entró sin que Maruca ni Luis se apereibieran.

-...que fué como tú; que ahora es un fantasma, una sombra. Y que tengo que desgarrarla de esto; de estos.. - y abarcí con un gesto los otros retratos que colgaban de los testeros. - ¿Ves este? - La pasó frente al sofá; - Este fué nuestro bisabuelo; el Onieva venido de Castilla, casado con una gaditana y enamorado de Rota. Ahí lo tienes: soberbio y altivo, luciendo en su pecho un collar de oro que vale una fortuna; el collar lo tiene mi madre guardado; el bisabuelo Onieva fué un gran erudito y tuvo la mejor biblioteca de la provincia. Allí tie-

nes al abuelo Brizales, gran Almirante, señor de mares y rutas. Y aquél. Y aquella... Me ahoga el salón; le pegaría fuego a estos trastos. Escucha, prima... Salgamos al patio.

Y volvieron a ocupar sus respectivos asientos.

-Yo...?Te dije que en Madrid ando entre escritores y políticos? Se huebe ya la pólvora, porque la guerra es inminente. En Madrid se refugian cuantos tienen ocasión y medios de quitarse de enmedio; son gentes que acostumbran a respirar aires más libres; Madrid es un pueblo comparado con las grandes capitales del mundo; pero a Madrid le ha tocado su turno y puede engrandecerse... En Madrid, ahora es facilísimo emprender ciertos negocios, ¿comprendes? Pues eso es lo que deseo. A eso he venido. A convencer a mi madre de que debe deshacerse de todo esto: la casa, los muebles, las joyas. En Madrid nos haremos de oro; se abre un salón ¿comprendes? al estilo de París; con lujo, con mucho lujo; y mujeres hermosas y música y...; pero lujoso, sin escatimar nada, ¿comprendes, chica?

-Comprendo perfectamente y me parece la tuya una buena idea.

-Me alegro, así podrás ayudarme a convencer a mamá.

-Desde luego...Pero es que además creo que si es cierto que la guerra estalla.., quiero decir, que si tengo que pasar en España una temporada muy larga, yo podría ser en el negocio una buena colaboradora.

Se entusiasmó Luis.

-¡Justo, chica! Y yo no me he atrevido a proponértelo; pero tú con tu figura, con tu aire, con tu inteligencia serías el elemento más valioso de nuestro salón.

-Sí.

-Seguro, porque yo, prima, por respeto a mi madre y por no saber como te iba a sentar a tí no me atrevido a decirte que me gustas...

-¡Ya salió aquello!..

-que sería redondo si quisieras casarte conmigo.

-Hablemos más claro aún, chico; yo soy una mujer moderna y práctica; lo que a mí me interesa de ser cierto el conflicto de la guerra, es asegurarme la existencia aunque para ello tuviera que casarme; pero felizmente, en el caso esto yo seguiré siendo libre y tú también...Al negocio además no le precisa ninguna respetabilidad si nó es la financiera; al frente de él puede estar o tu madre, o una bailarina o yo.

-Eres una mujer valiente...; dame la mano, prima...

-Un abrazo Luis, bien lo merece la alianza.

Se abrazaron amigablemente.

Aurora los miró estupefacta.

Maruca la vió y estalló en una fuerte carcajada.

-Oye Luis - dijo sin dejar de reír y señalando a la asombrada moza: - ¿Nos serviría de atracción?

Él la valoró con una mirada experta que la hizo ruborizar.

-Una belleza campestre; ruda, salvaje y apetitosa.

.....

No entendió Aurora las palabras del señorito Luis. Calculó que se estaba riendo de ella y disimuló dando una vuelta por el patio y retirándose más tarde.

Ciertamente que Aurora era todo lo que había dicho el hijo de la señora viuda de Brizales: ruda, campestre, salvaje y apetitosa. Sana y fuerte. Vivaz y graciosa. Su pelo negrísimo, suave, peinado tirante, dejando descubiertas las tersas y sonrosadas orejas; el cuello honestamente descotado; la blusa floja enmascarando en vano la potencia de sus senos; como floja también la falda, rizada en la cintura sin conseguir agrandar ni disminuir la turgencia levantisca de sus posaderas. Brillaban sus ojos, combinando picardías y candores; se afilaba discreta su nariz; discreto también era el bozo que le sombreaba la impertinente y descarada blancura de sus dientes y el color encendido de sus labios y encías.

Aurora llegó a la casa de Onieva porque antes había llegado su madre, sus hermanas y sus tías y primas; de niña, ya aprendía de boca de la señora las primeras oraciones y los principios básicos de una educación cristiana. La bondad natural, su prontitud y alegría al ejecutar cualquier mandato, y su aire sumiso, ganaron la voluntad de la señora que la retuvo en su casa acomodándola a sus costumbres y enseñándola a trabajar. Aurora fue primeramente mandadera y ayudanta, y quedó luego de doncella para todo, por un pequeño sueldo y mucha consideración y cariño por parte de su ama.

Consideración y cariño que eran correspondidos por la feliz muchacha. Feliz. Lo era, porque estaba satisfecha y porque lo que siempre deseó, que fue el amor de Maoliyo, lo tuvo al fin. Y porque ella, mantenía la idea de que no se puede ser feliz siendo exigente.

Cuando esto dijo, la señora se rió compasiva y le aclaró:

-Eres feliz, porque eres joven, sana, comes y duermes y no piensas...

Aurora arrugó levemente el ceño; aquello era tanto como llamarla animal; pero no, ella tenía sus penas, porque también la desgracia había llamado en su familia. Le había tocado a su madre, que nacía ya unos meses que se había quedado ciega. Y a Aurora le dolía eso; le dolía llegar a su casa y encontrar a su madre sentada en una silla bajita en un rincón apartado, con las manos flojas en la falda, con el rostro siempre anhelante esperando algo. Aurora lloraba silenciosa y se le acercaba cariñosamente; le oxebaba las moscas; le colocaba bien la toca; le alisaba el cabello escaso y cano y se sentaba a su lado un ratito.

La madre preguntaba noticias de la casa, del pueblo, de la familia. Y la muchacha hablaba cuanto sabía.

-Tengo que darle una noticia, madre... - le dijo un día.

Le había temblado la voz; la ciega captó la emoción y adivinó.

-Ya la sé, Urorita, ya la sé; me lo dijo tu hermana...Que sea para bien hija, y que seais muy felices.

Otro día, la joven llegó nerviosa y parlanchina:

-Ha llegado la señorita Maruca...

Se alborozó la ciega:

-?La hija de don Fernando y de doña Ana?

-La misma.

La ciega se pasó varias veces sus dedazos arrugados y oscuros por la frente y por los ojos.

-Dime como es...

-Muy bonita, muy bonita.

-?Pero cómo es? ?cómo es?

-Alta, delgaducha, rubia...

-?Rubia? La señorita Ana era morena y bajita...; cuando vino a Rota estaba yo casada y habían nacido hasta tu hermano Juanelo; me llamaron a la casa y fui; la señorita Ana no tenía leche y yo me quedé de ama...

-Entonces, la señorita Maruca y yo...

-Soys hermanas de leche, pero eso no hace al caso, hija; los señores son unos, y los criados somos otros... Sigue contándome como es la señorita Maruca, mi niña Maruca...

-Es muy buena, muy cariñosa, muy graciosa y se ríe mucho...

-?Se ríe mucho? Natural, hija, es muy joven; tendrá novio o...?viene casada?

-Solterita y sin compromiso.

-No me extraña porque ya no es rico don Fernando...!Ay, lo que yo tengo disfrutado al lado de ellos!..Sigue, cuéntame como es mi niña...; se criaba hermosísima y preciosa...; cuenta, cuenta; ?qué dice? ?vendrá a verme don Fernando?

-No. El señor no ha venido. Dice que se vá a casar...

-!Avermaría! ?Y quien será esa fe infeliz? Alguna que no lo conozca...

-La señorita Maruca sabe montar caballos y guiar coches y fumar...

-!Avermaría! Eso te lo dirá para reirse de tí; no te lo creas...

-Yo la veo, !dig! yo la veo fumar...

-!Claro, como anda por esos mundos al lado de su padre!.. !Ay, quien la pudiera ver!.... - y su voz adquirió repentinamente un tono de hondísima tristeza

Aurora se conmovió y dijo:

-!Si que es usted desgraciada!

La ciega acompasó suavemente la cabeza a sus palabras:

-No, no, no, Urorita, !que yo he disfrutado mucho en el mundo!...Desde

niña tuve la suerte de entrar en casa de los Onieva, y tuve la suerte de ser muy bien mirada por toda la familia siempre; con decirte que yo nunca tuve que comprarme ni siquiera unas alpargatillas; me vestían por dentro y por fuera y cuando me casé me regalaraon esta casa y me pusieron la casa completa, hija. Y cuando estuve con ellos, disfruté de todo; me llevaban a los carnavales...!ay, como se reían después cuando yo cantaba las chirigotas que me las aprendía de memoria nada más oír las! ¡Cómo se reía la señorita Ana, luego, cuando vino casada con don Fernando...; por cierto que don Fernando las cantaba a la vez que yo; ¡cómo nos reíamos!, la señorita Ana era de la Montaña y no conocía Cádiz, pero le gustaba mucho todo lo de aquí...!qué tiempos!...La que más gracia le hacía era aquella de

¿de la niña, qué?
de la niña ná
y la niña dale que dale
dicen que está...

¡cómo se reía don Fernando! ...Me llevaban a los torps, a las ferias, a los teatros, ¡lo que se dice disfrutar!...!Ay, que no lo mismo de mocita que de casada he disfrutado mucho; porque tu padre me ha dado muy buena vida; pobres siempre, pero no nos ha faltado que comer; y ahora, ya ves, tu hermana que está muy desahogada me tiene recogida... - calló unos segundos, y dijo luego, muy convencida y satisfecha: - Mi parte no me la quitó nadie.

Su parte no se la quitó nadie. Tampoco a ella. Ella, como antes su madre, tenía la suerte de estar en una casa muy bien mirada; ¿disfrutar...? bueno, disfrutar como la señorita Maruca, no; no. Porque, había que fijarse en las cosas que contaba la señorita Maruca; diversiones, y más diversiones; viajes y más viajes; trajes y más trajes; y más alhajas, y más de todo. Contaba cosas la señorita, que parecían de cuento. Y le enseñaba lo que guardaba en las maletas y parecían ropas de teatro; todas de encaje, de sedas, de pieles. A veces, se probaba para que ella la viese, un traje; la moza se maravillaba y juntaba las manos en éxtasis:

-¿Y...así ven a la señorita?

-Así, tonta; si es para bailar.

Tampoco le habían quitado su parte a la señorita, solo que, (y aquí, la moza, en lo más profundo de su ser, sentía un leve cosquilleo de tristeza); solo que, a la señorita le había tocado más en el reparto, que a ella.

Es posible que la moza no supiera que sentía envidia. Reaccionaba rápida. Se brillaban los ojos alegres. Se recreaba en su íntima y sorda revancha:

-La señorita no tiene novio; y aunque lo tenga, no puede ser como mi Maoliyo...

Aurora estaba, total, plenamente enamorada del mozo campero. Orgullosa de haber sido elegida por un hombre de bien. ¿Cuántas mujeres en Rota podían sentirse seguras del cariño de un hombre de las buenisimas cualidades de su novio?

Y además, guapo. Lo dijo la señora:

-De buen parecer...

Lo dijo la señorita Maruca;

-Tienes un novio muy guapo...

Se lo dijo al otro día de conocerlo; la señorita estaba en el patio y ella se lo presentó. La señorita lo miró fijamente; la señorita tenía una forma de mirar muy rara; como si estuviese mirando un canasto de frutas y las repasara para regatear el precio; así miraba a su Maoliyo; porque se hacía nuevo el conocer de cerca a un hombre del campo y del mar. Luego, la señorita Maruca lo llamó y le dijo, casi sin mirarlo a la cara:

-Mañana ¿me darás un paseo en bote?

Maoliyo dijo que sí, pero rojo como una cereza. Maoliyo era muy vergonzoso, como una zagala. Luego, la señorita Maruca le dijo:

-Tienes un novio muy guapo.

Y quedó pensando.

Su novio además de guapo era trabajador, dócil, honrado; y su familia, lo mismo; decente a carta cabal. Y además, y aquí la moza sentía que se le encogía el corazón de gustito; que no estaba desnudo, que tenía su buen rancho, ¡vamos, que al fin de cuentas, tampoco salía ella malparada en el reparto!

Y añorando mucho, mucho, hasta quizá que en él saliera ganadosa, porque tener un novio como Maoliyo!.. ¡Claro, que la señorita, no pensaría así! La señorita estaba acostumbrada a otras cosas; era refinada y delicada; y cada oveja con su pareja; y a la señorita le pegaban honores así como el señorito Luis, y como otros señoritos de Rota, y de Cádiz o de Sevilla; porque la señorita, aunque le había dicho que su novio era guapo, lo miraba como a una cosa rara, y en el fondo hasta se reiría de él.

Así pensaba Aurora.

.....

Maruca sin embargo no se reía del mozo.

Cuando Maruca vió al mozo por primera vez, le llamó la atención; estaba Maoliyo, hablando o escuchando a la novia, y la miraba sonriente, entornando los ojos arrobado; el mozo, tenía desabrochada la tirilla de la camisa de un color claro, y pujaba queriendo salir por el escote, bravamente, la pelambreira oscura de su pecho; el mozo no era bello en el sentido que de la corrección y armo

nía tenía Maruca; pero tenía el mozo sobre la frente, aplastado, un mechón áspero de cabello reluciente; y tenía la frente recta; y las cejas pobladas y formando un arco muy suave; y los ojos, entornados, se le adivinaban oscuros; la nariz casi correcta; la boca ancha, gruesa, sensual; la barbilla redonda; la barba cerrada como la de un abencerraje; su cuerpo alto, proporcionado.

-¡Magnífico ejemplar! - catalogó Maruca.

Y se ensanchó su nariz y tembló levemente su boca.

Pensó que tal vez el mozo olería a cuadra, a estiércol. Y aspiró con morbosos deleites. También olería a pino fresco y a marisco. Y cerró los ojos.

La novia lo llevó a su presencia;

-Señorita, es Maoliyo, mi novio...

Maruca se esforzó por encontrar y adoptar una indiferencia elegante. Lo miró de cerca. Captó la potente vitalidad que emanaba su cuerpo y se rindió a su influjo. El patio se había llenado de auras de bosque y de mar. Ella apretó su boca y lo miró con detenimiento. El mozo parecía cohibido y hasta asombrado. Pero no admiró la hembra. Era como si a un caballo semental, lo hubieran enfrentado con una suave gatita. Lo pensó así Maruca, y se sintió insignificante y herida en su vanidad de hembra. Luego, lo llamó y le ordenó resueltamente;

-Mañana, ¿me darás un paseo en bote?

Maoliyo dijo que sí en voz muy baja.

Cuando Aurora le preguntó:

-¿Qué le parece mi novio, señorita?

Estuvo a punto de contestar;

-Es un magnífico ejemplar...

pero le dijo;

-Tienes un novio muy guapo.

Y se quedó pensando.

-De buen parecer, - dijo su tía, y comenzó seguidamente una sarta de alabanzas: - Es buenísimo ¿sabes? Casi como de la familia lo trato yo; lo conozco desde que era así de chiquitito, porque conozco a los padres y a toda la parentela desde hace muchos años; los padres fueron colonos nuestros; después compraron el rancho, por muy poco dinero ¿sabes? estaba yo muy apurada, muy apurada... Ellos compraron, pero parece que todavía no he dejado yo de ser la dueña; lo mejor de la huerta, para mí, ¡claro que yo consumo bien poca cosa! Los mejores pescados, para mi casa, en fin... Con decirte que me proveen de picón durante todo el invierno... Y Maoliyo como si fuera creado mio: "Mira, muchacho, que las goteras". "Mira, que si el pozo negro..." "Mira que hay que podar la parra..." "Mira, que si regar el jardín..." que lo utilizo para todo...

Ciertamente que la señora viuda de Brizales, utilizaba al mozo para muchísimos menesteres; pero, era cierto también que el mozo lo hacía con gusto, y que sus padres consentían con agrado. Que en la casa había un imán con el nombre de Aurora, creyeron siempre los padres, pero Maoliyo sabía que también a la señora le tenía mucha ley, y la hubiera servido siempre de cabeza, aunque no hubiese mediado la robustez y la belleza de la moza que lo enamoraba. Bajaba al pueblo, con un secreto gusto, preguntándose siempre si aquel iba a ser el día de su declaración. Declararse era muy difícil y además innecesario, ¿no sabía la Urorra desde que los dos eran tamañitos así, que se gustaban y se querían? ¡Jé! Eso de bajar al pueblo, llegar a la calle, pararse en la puerta, llamar, abrir ella... ¡Jé! Pues eso; que los dos se quedaban parados, mudos y como amapolas. Ella era siempre la más decidida:

-A qué vienes?

-A traer esto... - y a lo mejor era verdad que llevaba algo para la señora.

Otras veces:

-¿A qué vienes?

Se encogía de hombros:

-Pues nada; que pasaba por casualidad, y me dije: "A lo mejor..."

-Pasa, pasa...

Y luego la señora:

-¿Vienes a algo, Maoliyo?

-Pues eso: ¡jé! que pasaba por casualidad y me dije: "A lo mejor..."

Algunas veces encontraba ocupación; otras se veían los tres muy apurados sin saber qué decir, ni qué hacer.

-Pues con Dios...

-Adios, Maoliyo.

Ahora lo acompañaba para cerrar la puerta.

-Hasta mañana Urorrita...

-Hasta mañana, hombre...

¡Y qué! ¿No sabían los dos que se querían? ¿No lo sabían? Pues, ¿por qué esperaba la moza a que él se declarase con lo difícil que era eso? ¡Y se querían! ¡Vaya si se querían! ¡Jé! Las lágrimas y los lloros de la Urorra cuando él tuvo que irse a servir al Rey! Y vuelta más lágrimas y más lloros cuando volvió licenciado. ¡Y maldita la malasombra que él tenía por no saber hablar, porque si él hubiera sido capaz de juntar cuatro o cinco palabras seguidas, se hubiera declarado tiempo

há. !Y aquella vez que delante de la moza le preguntaron:

-Cuenta, cuenta, ¿que tal te ha ido en la mili?

Él contestó:

-Eso hay que pasarlo.

-Hombre, es que unos pasan más que otros.

Y él contestó bajando la cabeza;

-Cada uno pasa lo suyo.

Pues ahí estuvo una ocasión para declararse diciendole a la moza al quedar solos:

-!pasar! !pasar! Yo soy capaz de aguantarlo todo teniendote a tí a mi vera..; pero sin tí !tú sabes lo que se sufre?

Pues lo pensó y no lo dijo. Como pensó muchas veces, muchísimas cosas y tampoco las dijo, aunque ocasiones no le faltaron.

Hasta que un día:

-Oye, tú, ¿estás en relaciones con la Urorra...?

Y con él callase, prosiguió el otro mozo:

-No es por mí ¿sabes? Pero si no andas listo te la quitan...

Todo el mundo era a pincharle. Y él, sin atreverse. Y su madre;

-!Hijo, cuando te cases, dormirás con tu mujer en esa sala.

!También tenía su madre unas ocurrencias! Con que con solas esas palabras se le espantaba el sueño a primera hora cada noche al recordar! !Y vuelta! !Y otra vuelta! Crujía la cama, sonaba el colchón, los hierros...

-¿Qué le pasará a Maoliyo...? - preguntaba en voz queda la madre.

-Estará soñando...

-!Pero si está despierto, hombre!

-Así soñará lo que quiera...

Hablaban los dos muy bajito, pero el silencio de la casa era muy grande, y solo estaban separados por un delgado tabique.

"Soñará lo que quiera." Y él sonrió, porque su padre demostraba tener mucha sabiduría. !Ay, aquella Urorra, redondita, durita, olorosa...! !Y se la podía quitar!

Al día siguiente, tornaba a la misma amargura. Y menos mal que por fin...Y menos mal que ella ayudó... Desde aquel día le entró el cuerpo en caja y se tranquilizó algo; poco, pero algo, porque era mucha mujer la Urorra; mucha mujer.

Vinieron unos días dulces, dulcísimos; tranquilos, reposados, deliciosos

-¿Sales a la puerta del jardín?

-Cuando pase un ratito y no se dé cuenta la señora.

Y detrás de la puerta se la comía a besos. Y a la noche, al acostarse, las palabras de su madre haciendole recordar;

-...dormirás con tu mujer en esa sala...

!Jé! !Y lo de comedias que él hizo! !Hasta se acostaba en un filito para dejarle mucho sitio a su mujer! Y hasta debajo de la cama, ponía junto a sus

alpargatas, unas botas que él trajo de la mili y que con la colcha solo se veían las punteritas, que simulaban ser las botitas de ella. ¡Comedias! Loco que estaba por la Urra.

Hasta que llegó la señorita Maruca. Entonces se les acabó a los dos la tranquilidad. La señorita era como el levante: que saltaba de pronto; se le antojaba siempre algo; un día era un paseo por el campo; otro, un paseo por el mar; otro, pescar; otro... ¡qué señorita más nerviosa! Y él, ¡claro, él! con tal de estar mucho tiempo al lado de su novia...

La señorita Maruca tenía un no sé qué, que gustaba; pero un no sé cuánto, que repelía. A él, la verdad, más le gustaba que le disgustaba, porque bien mirada, era guapa y resultaba bien. A él, sobre todo, lo que le encontraba mejor era aquellode constantemente humedecerse los labios, porque se ponía hasta provocantona. Pero lo mejor era su olor. Olfía muy requetebien la señorita Maruca, mejor que todas las señoritas del pueblo, y mejor que todas las señoritas que iban allí a veranear. Le gustaba olerla. Y se acercaba a ella siempre que podía, tanto, que, algunas veces hasta llegaron a rozarse, sin que ella se diera cuenta. La señorita, tenía para su gusto, una falta muy grande: que estaba delgaducha. ¡Ojú, donde se ponía una mujer de las hechuras de su Urra...! Para soñar durmiendo y despierto... Como que él, no comprendía que la señorita Maruca pudiera gustarle al hijo de la señora. Tampoco el hijo de la señora sería muy apetitoso para las mujeres: flacucho, amarillento, ojeroso, con el pelo clareando... ¡un cromo de niño! Pero cada oveja con su pareja, y aunque él no veía nada de particular en tocante a noviazgo, a la gente de Rota, dale que dale, les faltaba poquísimo para casarlos.

.....

La gente de Rota, como las gentes de todos los pueblos, hablaban por hablar y por ciertos indicios que veían. Sin embargo, Luis no llegó al pueblo en busca de su prima; le sorprendió agradablemente su presencia; se alegró de tener una buena compañera para pasar mejor los pocos días que estaría en Rota; se alegró luego, muchísimo más, de tenerla por confidente y por colaboradora. La cosa marchaba. Tuvo que frenar a algunos amigos que le dieron más de una broma. Pero la cosa marchaba. Decididamente Maruca estaba de su parte. Y Maruca, por excesivamente moderna, sería una gran cosa para el negocio. A Luis le apremiaba cada día más el plantear sus proyectos a la madre. Y llegó el día por fin, y la hora. Fue en

la sobremesa del almuerzo:

-Mamá, tengo pensamiento de volverme mañana a Madrid.

-¿Tan pronto?

-Pues sí, tan pronto.

-¡Qué pena, hijo, otra vez separados!

-Pues vente conmigo... Sí, sí, no pongas esa cara de asombro... Pienso montar en Madrid un negocio que rinde mucho; conmigo no te faltará nada; se acabaron tus apuros y tus tristezas; a la buena vida; no, no te rias, que te hablo en serio... No te ocuparás de nada; solo de cuidarte y de divertirte; irás a conciertos, a paseos; volverás a tu vida antigua, mamá....

-¡Ay, Dios mio...!

-Bueno, o a otra vida; a la que tú quieras, pero dentro de la tranquilidad y el bienestar; irás a las iglesias, harás novenas, oirás buenos predicadores, ¡la gran vida, mamá, la gran vida!...

-Es como un sueño lo que tú dices, Luis...

-Y es un sueño, mamá. Es un sueño, porque todo depende de tí, de que hagas lo que te diga...

Y Luis expuso detalladamente sus proyectos, con un nuevo entusiasmo y vigor. Ella le escuchaba con gesto cansado; al final habló, lentamente, muy dolorida y angustiada: que no vendería nunca la casa; que buscara el dinero de otra forma; que ella no podría darle nada, nada, nada..., si nó cobijo en aquel techo. Se exasperó el hijo; debía vender hasta el último rancho que tuviera; hasta el último solar; y él transformaría la miseria en auténtica riqueza. Y aclaró la madre:

-No me queda ni un solar; el último, cerca de la playa se lo vendí al médico y edificó un chalet que alquila en verano; solo tengo un ranchito en Agua dulce, poquísima cosa, un huertecito con dos chozos y una tierra muy mala; no vale nada; pero además, ya es como si nó fuera mio..; eso es, como si nó fuera mio

-Bueno mamá, pero tenemos joyas ¿verdad? tenemos joyas...

-Ya no; una a una las he vendido.

-Pero el collar.... Dijiste que el collar de oro de tu abuelo no lo venderias jamás, mamá...

Lola Onieva bajó la cabeza.

-No lo habrás vendido; supongo que no habrás sido capaz de venderlo...

-Tambien lo vendí...

Luis se levantó airado y salió del comedor dando un gran portazo.

Lola Onieva bajó aún más su cabeza; en su regazo botaron unas gruesas lágrimas.

Maruca sacó un cigarro y por señas le pidió a Aurora que le trajese fuego para encenderlo; luego dijo:

-Creo, tia, que la situación no es tan desesperada...; quizá mi primo lleve razón; debes meditar, tia Lola....

Luis estaba desesperado. Buscó a Maruca varias veces para hablar con ella. Maruca no parecía advertir el deseo, hasta que él se lo dijo, premioso:

-Prima, ¿no te importa subir a la azotea conmigo. Quiero hablarte.

Era un día desapacible de levante; el cielo blanco y la atmósfera impregnada de polvo. Maruca se ajustó a la nuca su moño y aplastó cuanto pudo sus cabellos. Luis Brizales Onieva ofrecía un lamentable aspecto, el menos parecido a un presumido petimetre: despeinado, empolvado, ojeroso.

-¿Qué te ha parecido lo que he dicho a mi madre?

-Ya lo sabía.

-Pero qué te parece su actitud?

-No es hora de discutirla si nó de decidir.

-Eres la mujer que yo necesito; valiente y práctica. Bien, prima, ¿cuento contigo?

-¿Cuentas con dinero?

-¿tubebó, y luego;

-Es posible...; es posible...Buscando un socio...Pero eso en Madrid, ¿sabes? en Madrid.... - se enfureció más repentinamente y dando unos pasos fuertes y largos, se detuvo de nuevo ante ella y exclamó: - ¡Y pensar que yo podía no tener estos agobios! ¡Y pensar que soy un Brizales Onieva, heredero de dos familias acaudaladas! ¡Y verme reducido a esto!...!Yo! !Yo!... - se golpeaba el pecho rabiosamente; - Y la culpa de todo ya sabes de quien es; de ella; de su egoísmo; de su miedo; de su ruindad; de su torpeza...Mi madre, ¿sabes? está considerada en este cochino pueblo por santa, por mártir, cuando solamente ha sido y es una jorobada tonta...

-Es una manera de ver la vida...

-Es una... - (Luis Brizales Onieva no se detenía ya diciendo palabrotas) - Pero, vamos a ver, ¿se concibe que una mujer aguante pasivamente que el babieca de su marido le juegue el capital? Porque esa es otra; mi padre, además de todo lo que era, era un solemnísimo idiota. La prueba la tienes en lo que hizo; jugarse el capital metido dentro de un algibe; ¿concibes algo igual? Porque se puede jugar con unas miras, las de ganar dinero para darse la gran vida y gozarla; mujeres, juergas, viajes; ¡vivir! ¿Qué tiene mala suerte y se arruina? : pues eso; mala suerte, pero lo que su cuerpo lleve encima¿Ves? Yo se lo hubiera perdonado, pero.., que nó, chica, que nó....

paseó de nuevo y volvió otra vez para encararse con ella;

-...que nó; que se me resiste...Pero bueno, él podría ser así, pero ¿y ella? ¿que hizo ella?... Más vale callar porque voy a decir un disparate. . porque vamos aver, otra ~~XXXXXXXXXX~~ mujer con más inteligencia le hubiera dicho: "Mira, rico, entre los dos tiraremos el capital", y le hubiera hecho salir de Rota, separandolo de los amigos y ¡a vivir que son tres días!...Que mi madre no tiene disculpa, Maruca, que no la tiene... Y lo que hace que me dé a todos los demonios, es que el capital era mio.. ; bueno, lo hubiera heredado yo...Es horri-

ble, Maruca, es horrible... - hizo una pausa y después prosiguió: - Y si yo pudiera convencer a mi madre de la lógica de las cosas... Basándome en esto: que esta casa y esa que habita don Horacio han de ser mías dentro de poco tiempo, porque es ley de la vida, que tiene que llegar la Muerte, y es más natural que mueran primero los viejos y después los jóvenes... Supongamos que mi madre muriera hoy, o que muriera mañana, o que hubiera muerto hace una semana: estas casas serían ya mías y yo haría de ellas lo que me viniera en gana; las vendería, las hipotecaría, y montaría mi negocio; al cabo del tiempo yo podría comprarlas, estas u otras, cosa que, comprenderás chica, que no haría yo nunca, porque yo mañana le diré adios a Rota para siempre... Pero, bueno, volvamos a la lógica: ¿por qué mi madre no me cede en vida esto?... Te digo Maruca, que me entran deseos de pegarle fuego al pueblo y que ardieran dentro todos los rotenos...

Volvió a pasear. Volvió a pararse. Volvió otra vez a pasear.

Maruca habló con suavidad:

-Tu actitud no conduce a nada. Creo que debes formar un nuevo plan y ver si te sale mejor que el primero.

-El plan ya lo tengo; un socio.

-Bien, supongamos que lo encuentres; ¿qué dinero aportarás tú?

-Pues... yo en realidad ninguno, pero tengo una amiga que me ayudará si se lo indico...

-¡Ah!

-Ella no aparecería mezclada; sería algo así como un préstamo secreto; ella ocupa una situación muy respetable en la sociedad...

-¡Ah!

-Pero en principio no me seduce la idea de acudir a ella.

-¿Y si en vez de ella fuera yo?

-¿Tú tienes dinero?

-No, pero puedo hacerlo...

Fué Luis el que dijo:

-¡Ah!...

-No es por ahí, primo; debes saber cuanto antes que soy una mujer decente; por comodidad ¿sabes?; no me gusta depender de nadie; además, que papá ha cuidado mucho de mí... Sí; primero en un colegio en Madrid, luego a su lado colmandome siempre de lujos...

-¿En qué se ocupa tu papá, chica?

-Pues mira, en la misma tarea que el tuyo, solo que, el mio coincide con tu forma de pensar.

-¿Sabes que me das una idea? Podía estar con nosotros...

-¡Oh, papá tiene miras más amplias! Y además veo muy difícil que pueda salir por ahora de Alemania...

-¡Chica!...

-La última carta estaba fechada en Hamburgo

-Y... bueno, que tú sabrás que la cuestión...

-Naturalmente, Luis; pero papá es muy listo y hay que confiar en él...

Se hizo más bravo el viento, y los jóvenes se sentían demasiados molestos.

-No soporto más tanta suciedad como está cayendo sobre nosotros; vámonos abajo... Y quedamos en lo siguiente: tú te marchas a Madrid y te vas situando; yo iré muy pronto a reunirme contigo. Y silencio, en?, silencio...

Los dos callaron su acuerdo.

.....

Luis Brizales Onieva visitó aquella tarde los lugares más fruentados del pueblo.

Maruca, disimuló cuanto pudo, y para evitar posibles preguntas de su tía empezó a bromear con Aurora proponiéndole que avisara a su novio para que les diese un paseo en bote; la moza le hizo saber lo peligroso que sería embarcar con un temporal tan fuerte; que tal vez su novio no vendría aquella tarde porque sabía que ella, Aurora, tenía permiso para estar con su madre unas horas.

Maruca recordó:

-Tu madre fué mi ama...

-¡Y qué tiene la mar de ganas de ver a la señorita; bueno, es un decir, porque la pobrecita está ciega...

-Iré contigo.

-¿De verdad, señorita?

-De verdad.

Para Maruca, el hacer la visita, era un recurso y no un motivo sentimental; iría a ver a la vieja; estaría con ella toda la tarde; se aburriría soberanamente, pero conseguiría separarse de su tía y esquivar sus preguntas.

La casita de Aurora estaba muy cerca del mar; humilde y limpia; llena de niños y de personas mayores, como si fuese un hormiguero humano; los hombres en el patio, el pecho desnudo y descalzos los pies, remendaban las redes y las velas; una mujer joven lavaba en una pila un montón de ropa sucia; en las orillas del patio se arremolinaban papeles sucios, palitroques y arenas; había algunas macetas con flores, pero con las hojas ~~existaaxaxaxia~~ empolvadas, caídos los tallos y reseca la tierra, mustias las flores como un lamento tristísimo.

Maruca entró en la casa con bastante indiferencia incapaz de sonreír con verdadero afecto o simpatía.

-Aquí está mi madre...

Y Aurora la indicó señalando a un punto umbroso del corredor; la señorita disimuló un profundo sentimiento de repulsión.

La ciega parecía dormitar agobiada por el calor bochornoso; las moscas se paseaban por sus manos que se tendían abandonadas en la falda; una falda amplia que le cubría fácilmente hasta los pies embutidos en unas negras alpargatas; el vientre monstruosamente desarrollado, como si debajo de las telas guardase un cántaro, tan grande, que las piernas tenían que estar forzosamente separadas para dejarle espacio; los senos colgaban por la cintura y descansaban en la ampulosidad del vientre; unas carnes plegadas profundamente, asomaban por el escote de la blusa abierta para recibir algún fresco; colgaba también la barbilla, redonda y desbordante de ásperos vellos, tan espesamente nacidos, que parecían defender unas barbas patriarcales; en la boca, al parecer, conservaba algunos huesos, por eso, aún no se le sumía y campeaba sobre el labio superior un abundoso y todavía oscuro bigote; la nariz, corta y ancha; los pómulos altos; y los ojos... Los ojos inmóviles en un círculo opaco y sanguinolento; la frente despejada por escasez de pelo. La madre de Aurora estaba casi calva.

-Aquí está mi madre...

Pareció despertar ésta y oxeándose las moscas que le picoteaban el rostro, preguntó:

-¿Quién es?

-Soy yo; yo que vengo con la señorita Maruca...

Intentó moverse la ciega; osciló la masa esférica entre sus piernas; separaronse más los flácidos senos al impulso del cuerpo. Sonrió la boca, y se agitaron las barbitas en un vaivén.

-No se mueva usted, madre...- volvió a decir Aurora, acercándose y calmando sus nervios poniéndole sus rollizas manos en ambos hombros.

En el patio todo se alteró, como si el levante hubiese arreciado y hubiese arrancado de mano de los pescadores las redes y las velas, y hubiese empujado a los niños hacia el corredor; y hubiese secado el agua de la pila donde antes lavaba la mujer.

-La señorita de Onieva...

-¡Zagal, buena pesca!

-Parece una anguila!

-Según por donde se mire, tú.

Y la mujer, con la mirada huidiza, murmuraba:

-Rara es..., muy rara...

Maruca miraba a su alrededor y buscaba una silla donde poder sentarse, mientras Aurora acariciaba a la madre sin dejar de decirle:

-No se mueva usted, madre, la señorita se vá a acercar...

Se acercó Maruca; la mano de la ciega asió el filo de la falda y tiró suavemente; Maruca alargó una mano que la mujer se llevó a sus labios numil-

demente. Pero Maruca sintió un escalofrío al percibir junto con la saliva el áspero bigote de la ciega. La miraba en silencio, arrepentida de su impulso de acercamiento; luego, consideró los senos colgantes, renegros, aplastados sobre el odre monstruoso de las tripas; se figuró que podría sentirlos en su propia boca, que la obligarían a succionar, y se estremeció de tal forma que la ciega le preguntó:

-¿Tienes frío, niña?

-¿Frío vá a tener, madre?

-¡Qué sabes tú! Algunas personas son tan delicadas que cuando los demás sudamos ellas tiemblan de frío; la madre de la señorita era así; y de noche no salía sin llevar algo de abrigo; y a la playa no iba sin llevar un chal...!Ay, quién tuviera ojos para verte, niña!...!Y tú sabes lo que yo te agradezco esta visita!...Desde que sé que estás en Rota, quería yo ir a verte pero ya unas cosas, ya otras nunca encontraban ocasión para llevarme...

Maruca había tomado asiento y se dispuso a escuchar unas páginas de su infancia.

La vieja no cesaba de hablar; tan contenta y dichosa que dijo sentir hasta ganas de cantar como en sus mejores tiempos; como cuando el padre de la señorita la acompañaba y se cantaban los dos, las chirigotas que aprendió de los carnavales de Cádiz.

-...La señora se reía y el señor hasta se bailaba al compás de la chirigota; ¡tenía tan buen humor! Siempre hacía que le repitiera la de Los Claveles, aquella de

Yo quisiera que tú te murieras ¿sabes?

hay que guasita,

yo quisiera que a tí te enterraran ¿sabes?

en mi camita;

¡como se reía! Y cada año, cuando venía al verano, me preguntaba nada más verme: "¿Qué? ¿Sabes alguna chirigota nueva?".

Maruca sentíase mareada y sin disimulo posible.

Porque la ciega reía a carcajadas, feliz al recordar sus mejores años, y el vientre subía y bajaba, como negro oleaje; la joven se imaginaba verlo al descubierto y toda la monda brillante y enroscada en asqueroso revol-tijo.

-¿Qué le pasa, señorita? - preguntóle Aurora.

-No sé..., no sé...

-Debe ser el calor del levante - aseguró la ciega - a tu madre le pasaba igual; se ponía irritada y malísima; y siempre decía que no le sentaban bien los aires de Rota...!Muy delicada! !Uf! !Una cosa!...En cambio tu padre, niña....

-Me voy a salir al patio, Aurora...,creo que estoy mareada...

En el patio todos la compadecieron comprensivos porque el levante de

de aquel día era de "lo mejorcito en levantes". El hombre de más edad, soltó la red, apartóla a un lado y exclamó:

-!Como que el que no esté acostumbrado, lo pasa malamente estos días. Claro, que a esto no llega uno a acostumbrarse...Pero señorita, se nota antes de que esté aquí! Mire usted, se pone uno de malhumor!...Yo, la verdad, no soy de los peores, pero algunas personas.... - miró de soslayo para la mujer del lavadero - ?y las criaturas? Bueno, ¡una cosa! las criaturas se ponen diabólicas, como ellas son una señal, y se dice: "Va a saltar el levante; vá a saltar" que no marran las señales...Más de un disgusto mete en las familias...

-!Cállate, Pepe, cállate y no atolondres a la señorita...

-Tú, a lavar, mujer...

-No le haga usted caso, señorita, que es muy exagerado y...!bueno, la verdad, es que algo hay de eso, pero él vá con segunda...que sí, Pepe, que sí... Mire, usted, señorita, que es un guasa viva...

-Vamos, vamos...

¶ la ciega, desde el interior, quiso mediar:

-!Otra vez!...!Ay, pero otra vez!..

Se revolvió el Pepe, con la red en la mano:

-Sí, otra vez, abuela, otra vez...Que esta mujer es como es...

-?Yo?

-Tú. Mira, mujer, que todos los días esto...!ea, me voy! - y volviéndose hacia Maruca, le guiñó y le dijo: - El levante, señorita, el levante tiene la culpa.... - arrimó la red a un rincón del patio y salió a la calle.

La mujer, secándose los brazos que tenía llenos de espumas, se plantó en medio del patio y quiso explicar:

-!Conque el levante! !El levantito!..Diga usted, que es otra cosa.. que es la suerte mia, !qué suerte!...Mire usted, señorita, mi Pepe, es el hombre más bueno del mundo; yo para él, soy la única y sus hijos lo mismo, pero... !Claro, que yo al casarme sabía a lo que iba, porque mire usted, señorita, mi Pepe es hombre de mar ?sabe usted? la mar para él es como una querendona; hasta se levanta a media noche desahentado y al bote...Si pesca algo, que la verdad casi siempre pesaca, se vende y ese día comemos hasta hartarnos; pero si el tiempo se pone guasón y no pesca, no se enciende en mi casa la candela...Bueno, de por él no se encendería, pero las criaturitas, que entienden? Nueve hijos que tenemos y...los que vengan - y mostraba la majestad de su vientre; los niños más pequeños lo miraban ávidos de secretos - ?Me voy a cruzar de brazos? y allá vá una a la calle a procurar aunque sea un mendrugo de pan...; porque una es como es, que si nó...!Es mucho Pepe!...Más bueno que nadie, pero en sacándolo de la mar no dá golpe...Porque otros hombres, señorita, van al campo, que si los espárragos, que si los pajatitos, que si los conejos, que si la carquita de picón..., y él, nada...!Más irritaciones me dá! Anora se ha ido a la playa...!Ay, no sé como una puede estar gorda... - y la mujer mostró la profusión de sus grasas - Y dice que el levante...El levante que vá a tener la

culpa!..De verdad, señorita, un hombre muy rebuenísimo, pero un guasa viva...

El espectáculo de la chiquillería, a pesar de todo, era deprimente, por los pies descalzos, y la repa escasa y la cara mocosa.

Maruca escuchaba de mala gana. Realmente ella también estaba nerviosa y la visita a la casa había acrecentado el desconcierto de su espíritu. Manifestó seguidamente su deseo de marchar y se despidió de la ciega que volvió a besarle las manos llorosa; Aurora dijo adiós a la familia y ambas salieron; como la moza tomara el camino que más directamente las llevaba a la casa, la señorita le dijo:

-Vámonos a la playa...

-?A la playa?

-O al campo.

-?Pero...?

-Que me dá igual; vámonos; lo que quiero es pelearme con el viento.

Aurora musitó temerosa:

-!Avermaría...!

.....

Don Fortunato era médico y ejercía en el pueblo.

De edad más que mediana, aspecto saludable, cara bonachona a pesar de la picardía de sus ojillos grises, más que grueso, excesivamente grueso, con amplio y sonrosado morrillo descansando en el cuello de la chaqueta, abundante papada, mofletudo, largo y muy curvado el arco de su vientre, donde lucían como expuestos los botones del chaleco y la cadena de su reloj; descendiendo rápida la línea hasta encontrar las piernas anchas y cortas. Pero don Fortunato, con su rotunda silueta de fanteche, era feliz y gozaba con la felicidad de los demás; bonachón, amigo de hacer favores, caritativo y hasta enterado de su profesión; las lagunas que pudiera tener, las suplía con creces su buena voluntad. Amigo de pobres y rícos. Casado. Sin hijos. Un lunar grave destacaba en su personalidad; decíase descreído en ciertas materias religiosas un defecto que le procuraba más de un disgusto; y más de un éxito en su simpatía personal; se le formaban leyendas, comentarios y suposiciones.

Don Fortunato tenía en su haber la amistad estrecha con el señor Brizales, con su viuda Lola Onieva y con el señor cura párroco. Con este último la amistad era estrechísima.

Don Fortunato habia sido llamado con urgencia por Lola Onieva. Dejó el almuerzo apenas empezado y siguió los pasos de Aurorita.

Lola estaba en la cama. Entre el médico y ella medió una corta conversación por la que él, quedó enterado de la marcha, aquella mañana, del gijo; del disgusto que con sus proposiciones el día anterior le habia dado. Y don Fortunato diagnosticó rápidamente:

-Nervios, Lolita, nervios...

-Estoy mal, Fortunato, esto no lo resisto...

-Ya verás como sí; tienes una buena naturaleza; anora tienes el sistema nervioso alterado; con tila y azahar quedarás tan reuena...

-No debes decirme eso, Fortunato; yo estoy mal, no son nervios ni caprichos...

-!Pero, qué demonios! ¿por qué te voy a recetar? ¿quieres que te recete? Pues te receto, pero que sepas que el boticario saldrá ganando, porque lo que yo ponga en la receta serán solo antiespasmódicos ¡demonios! ¡también es capricho!..

-No te enfades, Fortunato; me tomaré la tila y el azhar y lo que tú me digas; si tienes razón...

-Mira Lolita, lo que mi ciencia no alcance, lo discurre mi corazón; me voy a quedar un ratito contigo y cuando tengaé ganas de hablar para desahogarte, te escucharé...

Don Fortunato se acomodó en la butaquita y entornó beatíficamente los ojos.

Lola esperó a comprobar que Maruca andaba por el patio con Aurora y dijo:

-Tú conoces el rancho que tengo en Aguaduñce ¿verdad?

-Lo conozco.

-En septiembre quedará libre porque termina el contrato de arrendamiento...; para entonces quiero vendérselo a Maoliyo, tú sabes el novio de Aurora..

-Sí.

-Los muchachos aún no saben mi voluntad; yo pienso darles las escrituras, pero como ellos no tienen dinero para pagar, yo no les voy a cobrar nada; vamos, es un regalo que les hago...

-Pero, Lolita, en tu situación...

-No sigas, Fortunato; ellos se merecen eso y más; a la muchacha le pago una miseria y ella me sirve con mucho cariño; los Onieva siempre hemos sido generosos con los sirvientes; además, de que el rancho vale bien poco; un huertecillo, un par de chozos por vivienda,; bien mirado, el regalo es ridículo, pero no poseo nada mejor...

-Por eso...

-No sigas, Fortunato; si me muere ¿para qué lo quiero? y si vivo mucho tiempo ¿qué me vá a solucionar a mí eso?

-Eres una calamidad, Lolita...

-Y tú un pelmazo.

-Bueno, gracias, hija...?Y...no hay otra cosa?

-Sí hay; que te encargues con el mayor secreto del asunto de las escrituras; para los gastos, ahí en el tocador tienes dinero...

-¡Y un cuerno!...?Nada más que los Onieva son generosos con sus amigos? A la Aurorita le regalo yo los gastos, y que además no vá a haber ninguno...Yo me encargo de eso...

-De eso y de que nadie se entere.

.....

Cuando al cabo de los dias supo Aurorita la noticia, ya resueltos los trámites de rigor, quedó sobrecogida de emoción; se hincó de rodillas delante de la señora y no se cansaba de besar sus manos y de proferir palabras de agradecimiento.

Por eso Maruca tambien se enteró y quedó muy sorprendida y un tantico disgustada, tanto por el secreto guardado por su tia, como por el conocimiento de la propiedad del campo que ella no podía tasar en su valor económico. Lola le explicó someramente el emplazamiento y le hizo ciertas consideraciones que Maruca no comprendió e insinuó que la finca de Aguadulce como las dos casas, eran patrimonio de su primo. Se alteró Lola Onieva y gravemente aclaró;

-Mi hijo, como antes su padre, juega...Me horroriza pensar en lo que sería de mí si consintiera en sus proposiciones...Yo conocí a la tia Pepa Brizales, la pariente pobre que toda la familia esquivaba; cuando la conocí era ya una viejecita; vestía ridículamente de las ropas desechadas por sus primas y sobrinas; comía cada vez donde podía...; dormía en un cuartucho de la casa de Charito Brizales; pero Charito necesitó el cuarto...!pobre tia Pepa! Aquí, en el pueblo, en mi casa, nunca dejaré de ser Lola Onieva, la señora venida a menos, pero considerada y querida...

-Viviendo en la mayor estrechez...

-No necesito holgura.

-Desprendiéndote de la finca de Aguadulce...

-¡Oh, si conocieras la finca como tú la llamas! Dos chozos, una tierar para criar melones... Arrendada estaba y ni un solo año he podido cobrar la renta...; aquello rinde poco...

A Aurorita que conocía el rancho, le parecía de maravilla; no tanto

por lo que pudiera rendir bajo la experiencia y cuidados de Maoliyo, si nó por la seguridad que le daba de casamiento; porque si el ranchito era para los dos ...; y si por San Miguel habia que hacerse cargo de aquello...; pero, ¿San Miguel? ¡Si San Miguel estaba detrás de la puerta, como quién dice! Mes y medio escasos...

-Pero, señorita, ¿se dá usted cuenta? ¿se dá usted cuenta? Me tienen que pedir; tenemos que hacer el ajuar; y luego las amonestaciones... ¡ojú, señorita, pero ¿se dá usted cuenta?

Maruca la miraba con nosquedad. Le molestaba su alegría inocente; le molestaba el gozo que le saltaba de los ojos, de las manos, de las piernas. Le molestaba la felicidad de la moza.

-Pero, ¿se dá usted cuenta, señorita?... ¡Jé, y casarme con un hombre como Maoliyo!....

Verdad. Un hombre como Maoliyo. Salvajamente hermoso y de una potencia física extraordinaria y de una puerilidad deliciosa. Dotes que la moza no sería capaz de captar.

Y que ella tuvo y tenía aún mucho empeño en poder paladear. Pero el mozo pareció siempre insensible a sus encantos. Maruca coqueteó con disimulo y abiertamente; se le insinuó más de una vez; él, no la advertía; él, solo tenía ojos, oído y tacto para la zafia muchacha que olía a ajos, a cebolla, a tizo. Maruca, se descubría en la playa con excesiva confianza; él, miraba entonces a la lejanía, algo turbado y violento; Maruca, impaciente, se mostró en la casa más de una vez, demasiado ligera de ropa;

-¡Uf, qué calor!... - y se desabrochaba impúdica la blusa y se descubrían transparencias de sus ropas íntimas, y el temblor de aleteo de sus senos; Maoliyo, enrojecía, mirábala aturdido y escapaba cuando podía.

-¡Uf, que calor hace en Rota, ¿verdad, Maoliyo?

Y él, torva la mirada, contestaba enrojecido y sudoroso:

-¡Ojú!....

Ella no cejaba; procuraba tomar su brazo en cualquier ocasión en que podía fingir resbalar a causa del alto tacón de sus botitas; el codo del mozo se hincaba involuntariamente en la cintura de ella. Aurora se reía de la torpeza de la señorita, y le ofrecía también su apoyo.

Siempre era esquivo el varón, a pesar que, luego, a solas, la novia le reprochaba su falta de atención para con la señorita.

-Eres un burro, zagal... A la señorita debias ayudarle antes de que ella te lo pidiera...

-¿No te tiene a tí?

-¿Vas a comparar, chiquillo?

Igual pensaba Maruca; que no cabía comparación posible entre el mozo y la moza; le molestaba la amabilidad de ella y le repelía su olor a polvos de arroz y a colonia baratacha; y le enardecía la indiferencia del varón y el

olor fuertemente agrio a sudor, y el olor intensamente fresco de retama y pinar y el olor fino y penetrante del mar; le gustaba por todo lo que tenía de contraste con los otros hombres que ella había conocido y tratado; por todo lo que no encontraba en él; rendimiento, admiración, deseo. Por todo le gustaba. Y acechaba cada momento y provocaba las ocasiones del tacto de su piel; y se enfurecía al no poder retener su mano dura, desduidada, erizada de callos, entre las suyas, largamente, gozando su imaginación con una caricia atormentadora.

-¡Y que yo, ¡yo! estéx como una loca por un ser tan estúpido como insensible....!

Se asombraba de sus propios sentimientos, pero no oponía cordura, ni voluntad para ocultar sus apenencias carnales.

-Dame la mano Maoliyo que puedo caerme....

Y se la apretaba apasionada, raspando las ásperamas del mozo, las suavidades de las suyas; y aspiraba con deleite el olor agrio del sudor que exhalaba su cuerpo con un deleite enfermizo. "¿Y si Felix supiera esto"? Y Felix se le aparecía imaginativamente y casi le parecía oír su voz y sus pasos. ¿Qué hubiera dicho Felix? Sin duda hubiera creído que todo era una broma de mal gusto. Las palabras de Felix se repetían una y otra vez: "Maruca, eres deliciosamente delicada". La admiraba con sinceridad; a veces sus palabras eran como una queja: "Exiges mucho, Maruca, exiges mucho". Sí. Era exigente para todo; para la amistad, para el amor. Su padre se lo había reprochado en algunas ocasiones; el círculo de sus amistades era cada vez más estrecho. A Maruca no parecía importarle; ella no podía compartir ciertas aficiones ni corresponder a algunos sentimientos. "Exiges mucho, Maruca, exiges mucho..." ¿Y si hubiera conocido al zafio campesino que turbaba de tal modo sus sentidos? ¿Y si supiera que cazaba los momentos para rozar simplemente su piel? "¿Eres insensible, Maruca? Nunca noto calor en tus brazos, ni veo latir tus venas, ni siquiera se alteran sus ojos..." Y ella se reía de aquello; como se reía ante las confidencias de las amigas y de las exaltaciones de algunas muchachas raras que explicaban cosas extrañas. "Eres una mujer refinada, Maruca."

-Dame la mano, Maoliyo, que puedo caerme...

La mano del mozo era ancha y sus dedos duros y gruesos remataban en largas y negras uñas; la mano del mozo, sin embargo, parecía no tener fuerza, ni seguridad, ni siquiera parecía posible que pudieran evitar una caída. El pecho del mozo se adivinaba potente y bravo, aunque la respiración era tranquila y sosegada; como su mirada y como su sonrisa.

¶ Maruca le invadía un deseo salvaje de zarandearlo; y de volverle la espalada y de echar a correr; y de colgarse de su cuello y de martirizar su boca.

Le dió por reír. Le daba por reír siempre. En sus oídos parecía escuchar la voz cálida y el tono de admiración de Felix: "Eres una mujer refinada, Maruca"...

Maruca reía. Maoliyo la miró asombrado y luego miró a su alrededor para ver que cosa podría hacerle reír tanto a la señorita. Aurora también estaba extrañada, pero se contagió de la risa, y la suya fué tal, que tuvo que llevarse las manos al vientre porque podría reventar.

-¿De qué te ríes, Aurora? - le preguntó Maruca.

-¿Yo? De verla a usted reír...

-¡Tonta!!...¿Y tú, Maoliyo, no te ríes?

-¿Yo?...¿Yo?...

-Tú, tú...¿Tú no te ríes?

-¿Y de qué me voy a reír?

-De mí, tonto, de mí...

La señorita Maruca se puso repentinamente seria y triste. Aurora sintió un leve malestar y miró a su novio.

.....

Maoliyo se había encogido de hombros y siguió caminando. Sus ojos, oscuros y brillantes, parecían dos puntas de fuego; su frente se había plegado; acaso su cerebro anduviese trabajando intensamente. Maoliyo no habló.

¿Acaso Maoliyo se daba cuenta de los sentimientos de Maruca?

Un día Maoliyo se había preguntado perplejo si la señorita hacía aquellas cosas con intención. Porque la cosa había resultado excesivamente fuerte; él aguantaba sin querer conmovirse las insinuaciones de los movimientos de su cuerpo, de sus ojos, de sus manos, pero aquello... Aquello de aquel día había sido demasiado. La señorita lo llamó. Él iba por el pasillo en busca de la señora que con la Urora lo esperaban en el jardín; cuando pasaba por el cuarto de baño, se abrió la puerta y le dijo ella: "¿Eres Maoliyo?" - "Sí." - "Entra y él obedeció. Y salió seguidamente huyendo... Le daba vergüenza reconocer que huyó, pero fué verdad que salió escapado... La señorita estaba ¡cómo estaba!... ¿Y si se hubiera quedado dentro mirándola y tocándola... porque a él siempre se le apetecía tocarla porque debía ser todavía más suavita que la Urora y olía siempre a gloria, a flores, a limpiísima. Como que cuando salían a los campos y a la playa y él las acompañaba siempre echaba por los peores sitios para que ella le tuviera que decir: "Dame la mano, Maoliyo..." Y él se la daba ¡con un miedo y un gusto! Miedo de que lo notara la Urora, porque, ¿como le iba a explicar que aquello no tenía importancia, que a él le gustaba el olor y la suavidad

de la señorita, pero que ella, ¡ella, Urorra! con aquellas carnes, aquellas hecurnas, aquellos movimientos al andar... porque juntas las dos, no cabía dudarlo: Urorra siempre. Le gustaba a él su Urorra. Le gustaba después de aquello, mucho más. Él no había visto a su novia desnuda; él, solo había entrevisto por el escote alguna cosilla, y luego al subir la escalera de la azotea, procuraba darse trazas para pillar algo de los bajos ¡que vaya bajos! Lo demás por palpaciones lo sabía. Nunca vió a la Urorra desnuda, pero la sabía más hermosa que la señorita.... La señorita le dijo: "Entra", y él entró y salió; pero la vió; blanca, torneada... Salió corriendo, escapado. Se avergonzaba de haberlo hecho así. Y más cuando escuchó la risa guasona de ella. Ella lo habría hecho para burlarse de él. Pero ¿y si él, se hubiera llegado a quedar? ¿Y si él se le hubiera acercado y la hubiera olido? ¿Y la hubiera palapado?... ¡Bah! Nunca se lo hubiese consentido ella. La señorita Maruca quería burlarse de él. Se escuchaba su risa guasona desde lejos; y cuando llegó al jardín, aún sentía en sus oídos la risa nerviosa... También él estaba nervioso...

-¿Qué te pasa Maoliyo? Tienes la cara encendida...- observó Aurora.

La señora lo miró también.

-¿Has venido corriendo?

-Corriendo... sí...

La señora se agachó para mirar de cerca unas flores. Urorrita le mandó con la puntita de sus dedos un beso. Él se la quedó mirando, mirando... Nunca la había visto desnuda, pero aquella tarde la despojó con el deseo de sus ropas... ¿Cómo se iban a comparar? Una mujer mejor, su Urorra, mucho mejor... Pero la señorita... Temblaba al pensar en ella, al pensar que pudiera presentarse en el jardín aquella misma tarde.

-¿Pero, qué te pasa Maoliyo? No atinas a hacer nada bien hecho - le reñía su novia a cada paso - Pero, ¿qué te pasa Maoliyo? Parece que toda la sangre se te ha montado en la cabeza y hasta tienes los ojos enramados...

Toda la sangre la tenía en la cabeza y creyó que se le escaparía por algún sitio de su cuerpo cuando sintió los pasos y la voz de la señorita Maruca en el jardín.

-¿puedo ayudar? - preguntó - ¡Hola, Maoliyo...!

Le reía ella.

-¡Si no fuera por lo que es... - se atrevió él a decirle muy bajito pero con mucho coraje.

-¿Qué...?

-Que ya vería la señorita quien soy yo...

Y la señorita rió tan fuerte y tanto, que llamó la atención de las dos mujeres.

Aquella noche sonó con la señorita; con las carcajadas de burla y con su cuerpo de serpiente que se introducía lascivo entre el de Urorra y el de él. Al despertar, se preguntó perplejo si la señorita hacía aquellas cosas con intención. Aquella mañana, se hizo el firme propósito de observar con muchísima

atención a la señorita, porque ¡claro! que si la señorita... Seguro que no correría más....

.....

Aquel otro día fué fecundo en proyectos.

Proyectos de Aurora, un poco enloquecida por la preparación de su ajuar preguntando a cada paso la opinión de Maruca.

Proyectos de Lola Onieva, que tendría que hablar con albañiles si quería evitar goteras en el salón y en su dormitorio.

Proyectos de Maruca, que se cansaba de su estancia en la casa y en el pueblo y le fastidiaba la idiotéz del mozo campesino y pensaba marcharse cuanto antes.

Proyectos de Maoliyo, que repentinamente espabilado, pensaba aprovecharse de la marea, porque en eso no era faltarle a su novia y él tenía que responder como hombre y quedar bien.

Todos en la casa tenían sus proyectos aquel día. Hasta el vecino de la casa contigua. También don Horacio tenía planes.

Por eso llegó a casa de Lola Onieva aquella tarde.

Llegó atildado y revetencioso, y quedó esperando en el patio. La señora no tardaría en llegar de la calle. La señorita estaría avisada en seguida. Y don Horacio esperó paciente retrepado en el sofá, hasta que un ligero taconeó le avisó y se puso de pié rápido y galante.

-Señorita...

-Buenas tardes...

Maruca tenía los ojos verdes y misteriosos. Maruca aquella tarde estaba muy ~~ansiosa~~ preocupada buscando la forma de poder salir del pueblo; porque Maruca no tenía dinero disponible en el momento, y sabía que su tía no podría proporcionarle nada. La muchacha, venía arisca e impertinente. Por eso miró al hombrecillo con insolencia y tropezó con unos ojos sumisos, humildes y llenos de admiración. La mirada de la mujer se hizo curiosa.

-Siéntese...

-Con su permiso.

Los dos se sentaron. El hombrecillo dejó su postura cómoda y quedó muy al filo del asiento, forzado e inmóvil. La joven comenzó a balancearse en la butaca, montadas las piernas, movibles la falda, desenvuelta y grácil, entor-

nados los ojos y fruncida la boca.

Los dos callados.

Fué ella la que empezó, aburrida por tan larga silencio.

-¿Usted es de Rota?

-Soy montañés.

-¿Vive usted solo?

-No tengo familia. Yo no me casé...

Dejó el balanceo Maruca y envolvió al hombre en una mirada apreciativa.

Sonrió él, torpemente, excusándose:

-Los hombres no valemos por el físico, señorita...

pareció ella sonrojada. Dijo:

-Calculaba su edad...

-Ya paso de los sesenta.... - sonrió vanidoso y ufano; - Fuerte soy como un roble. Nunca he guardado cama; no sé que es pasar una calentura, ni sé que es un dolor de cabeza...Llevo una vida sana, siempre al aire libre...

-¡Qué bien! Lo que no comprendo es que pueda usted vivir solo y encerrado en este pueblo...

-Hago mis escapadas a Cádiz, a Jerez...Ahora me voy más lejos; voy a la Montaña...; por eso vengo a ver a su tía de usted, porque al marcharme quiero dejar mis asuntos en orden y el alquiler de la casa pagado...

-¡Como le envidio!..De buena gana me iría con usted...

Don Horacio se irguió asombrado; ella rió ladinamente y coqueteó al decirle;

-¿Por qué se espanta? ¿No sería usted capaz de llevarme?

-Al fin del mundo la llevaría yo...

-¡Exageradillo!..

Temblaron un poco las manos del vejete y enrojecieron sus pómulos.

Maruca sonrió comprometedora y prosiguió divertida;

-Le hablo de verdad, porque yo quiero irme de aquí...En Rota peligra la tranquilidad de mis nervios; no vivó a gusto; rabio por salir de aquí...

-La comprendo, la comprendo - y al decirlo, don Horacio parecía gravemente preocupado; - Yo estoy en el secreto de lo que le ocurre...

-¿Usted...? - estaba francamente extrañada; -¿Que usted sabe...?

-Sí, señorita, en el pueblo se habla de su caso.

-¿Mi caso?

-Sí..., me refiero a la guerra, a su papá...

-Bien, ¿y qué?

-Que todo se sabe, y se dice...

-¿Qué se dice?

-Pues se dice que usted vino huyendo de la quema, del conflicto, y que su papá quizá esté más o menos en peligro....

Maruca rió fuertemente.

-¡Qué gana tiene la gente de inventar! De esas cosas, don Horacio más vale no hablar...Mire usted, yo sé que estoy hablando con una buena persona capaz de ayudarme si se lo pido; hablemos en serio; yo quiero irme de aquí sencillamente porque me aburro y me agobian las estrecheces de mi tía. Pienso irme a Madrid para esperar allí a mi papá. No tengo dinero, pero en cambio tengo un buen brillante...Si usted ayuda a las personas que a usted acuden, pienso que podrá ayudarme a mí también...

Don Horacio miraba a la muchacha con admiración creciente. Le turbaban sus grandes ojos verdes llenos de malicias; le turbaban la boca carnosa y fresca como pulpa de fruta madura; le turbaba el vaivén de su cuerpo fino y moldeado; le turbaban las piernas descubiertas. La luz del patio, dulcemente tamizada por la remendada vela, lo hacía todo suave y amigo; era una intimidad sosegada y placentera que hacía natural la confianza y lógico el ensueño. Don Horacio escuchaba a la joven e intentaba apaciguar las bravatas de sus pulsos hostigados por la confianza que daba el patio y por la belleza de la mujer. El vejete, sentíase remozado y emprendedor. La muchacha - pensaba él - era lista y resuelta; seguramente que lo del brillante era un anzuelo que le tendía; seguramente; porque si ella necesitaba dinero para salir de Rota, no iba a ser tan tonta que se lo pidiera a ninguno del pueblo porque pondría en entredicho a su tía; la muchacha pensaba sin duda, que un hombre como él, serio, formal y solitario... Y quizá fuera demasiado lejos en sus suposiciones, y lo del brillante fuera verdad. De todas formas él pensaba dejarse coger en el anzuelo, al fin y al cabo, la mujer era un bocado de gusto, y no iba él a ser tan tonto que desaprovechara la ocasión. Cierto que con las mujeres no quería líos; cualquier trato con ellas resultaba demasiado caro y no estaba él por lujos; su costumbre era aceptar lo que viniera buenamente a las manos; baratito; todo baratito; ¿qué la forastera podía costarle algunas pesetitas? ¡"ecachis! Pero, ¿podía comparar aquel tocinito de cielo, con los hojaldres o con los bollos de su repostería habitual? Bien valía algún sacrificio de boldillo. Empezarían el viaje juntos; estaría con ella en Madrid un tiempo prudencial, y luego...

-... solo deseo que me guarde usted el secreto y... - Maruca se dió una palmada en la frente y exclamó contrariada; } Mi tía está al llegar; necesito hablar con usted despacio y sin testigos; ahora no me dá tiempo a enseñarle a usted el brillante...¿podíamos vernos en el jardín de su casa?...¿o mejor en su casa?...

-¡Sí, claro!...

-Mañana durante la siesta, ¿le parece bien?

Dudó don Horacio: siempre hay quien vea por las calles, y si ella quería tanto silencio tendría que ser por la noche o por la madrugada; ¿pero como no se enteraría su tía y la moza?

-Mi tía duerme todos los días un par de horas y a la moza la puedo mandar a su casa; además que yo no pensaba poner un pié en la calle para eso,..

-¿Pues...?

-¡Qué candidez, don Horacio! ¿Para qué si nó son medianeras las casas?

Don Horacio elevó las cejas. ¡Mecachis! El mismísimo Demnio era la mujer. ¿Había más insinuación? ¿Y no tenía el plan más que pensado? Cuando el río suena, agua o piedras lleva, dice el refrán; y en el pueblo se murmuraba de la forastera; que si desenvuelta, que si moderna, que si libre, que si el padre era un tal y un cual, y que si ella era esto y lo de más allá; que si la guerra y los espías; que... ¡Demonio, y qué olfato tienen las gentes! Pues sí, la señorita resultaba ser todo aquello. Y había pensado en él... Bien, pero él no era tonto, y sabía donde le apretaban las botas; se aprovecharía en lo que pudiera... Todo podría ser que le costase el dinero pero ¡mecachis! se podía comparar aquella mujer con la Antonia que tenía en Cádiz?

-Bueno, don Horacio, mi tía está al llegar, y no me contesta usted; parece que no le interesa mi proposición; y menos que yo quiera entrar en su casa...

-¡Oh, !.. - protestó él.

-Pues lo parece... Entonces ¿conformes?... Ya oigo a mi tía en el portal... Le llevaré el brillante esta misma noche ¿eh?...

-Sí...

A don Horacio no le salían las palabras con holgura. Ni siquiera cuando llegó Lola Onieva, pudo tranquilizarse; hasta tal punto parecía excitado, que ella le dijo:

-Está usted nervioso porque se vá. A usted le gusta Rota ¿verdad? A todos los montañeses les gusta esta parte de España; mis abuelos fueron también de la montaña. Se le toma cariño a esto ¿verdad? ¿Desde cuando no vá usted por su tierra?

-Hace veinte años.

-¿Cuanto tiempo!.. Yo no sé que me pasaría a mí si tuviera que irme de aquí, don Horacio....

.....

Cuando las dos mujeres quedaron solas, separaronse; Lola preguntó si la estaban esperando algunos niños; Aurora la informó de que los tenía entretenidos en el jardín mientras esperaban; guardó Lola el dinero del alquiler y el talonario de recibos y pidió que los niños fueran como de costumbre, al gabinete, para dar las lecciones de Catecismo.

Maruca se fué al jardín con Aurora.

En el jardín, en un ángulo, había un cenador bastante amplio, con

una mesa y sillones de hierro; en otro ángulo había como una especie de gallinero o palomar, donde se guardaban las herramientas que se usaban para el cuidado del jardín; regadera, cubo, almocafre, tijeras, escalera.

Maruca se dirigió allí y ordenó a Aurora que sacara la escalera y que la colocara donde ella le señalase; en la tapia medianera sobre el lado del limonero. Predecía la moza extrañada del capricho. Luego se reía, cuando la señorita subió por ella y se sentó en lo alto de la barda. También reía Maruca, al cada, y durante unos minutos simuló cabalgar jubilosa, ganando una difícil carrera; la cabeza se le engachó varias veces en el ramaje del árbol; cuando le pareció, se bajó y comenzó a charlar con la moza, de sus aficiones a los caballos y a las carreras. La muchacha la escuchaba llena de asombro.

-¿Y tu novio? - preguntó al cabo.

-Mi novio anda de papeleo con don Fortunato... Como nos casamos enseguida...? ¿A qué no sabe la señorita cual es la alegría más grande que tengo?

-¡Toma! Que te casas.

-Aparte de eso. Que vá usted a estar en mi boda.

-A propósito, Aurora, te voy a hacer un regalo...

Y la llevó a su cuarto para hacerle su presente de boda; era algo muy fino y muy elegante; un pequeño envoltorio de tela; la moza se lo acercó a la nariz y aspiró su olor; luego, palpaba con deleite.

-¿Es de seda?

-De seda, claro. Te la regalo sin estrenar.

-¡Ay, señorita Maruca, que alegría tener un regalo tan bonito!... Lo guardaré en una cajita, para que no se le vaya el olor y para que no se estrope

Le picaramente Maruca al decirle:

-Y cuando te vea con ella tu esposo...

Enrojeció la cara de la moza, de puro placer o quizá de pura vergüenza.

-¡Ay, - dijo: - ¿Como me voy a poner una cosa así, señorita? - extendió la prenda sobre su propio cuerpo: - Fíjese señorita, que apenas me tapa.

-¡Qué importa!

-¡Ay, que no! ¡Que no me pondré nunca esa camisa! La guardaré como un recuerdo; la meteré en una cajita para que siempre huela a lo que huele la señorita...

-¡Tonta!

-Señorita, ¿a qué mi novio es muy guapo?

No contestó Maruca.

-Bueno, a la señorita no le puede gustar, porque no es fino, ni sabe hablar, ni...! Pero es más bueno, señorita! ¡Y me quiere más! ¡Y tengo yo una gana de casarme!..

La señorita parecía irritada. Se endureció su gesto y se le enfriaron los ojos. El entusiasmo de la moza crecía por momentos.

-Nos iremos a Aguadulce el mismo día de la boda. Son dos chozos gran-

grandes; en uno guisaremos, comeremos y guardaremos las cosas; en el otro pondremos la cama...

-Vete, Aurora.

-Sí, señorita.

Y salió la moza, preocupada por el repentino cambio de la señorita; como que no parecía la misma de unos momentos antes, en el jardín, jugando a que montaba un caballo, y luego regalándole aquella camisa tan rica, tan bonita, tan cortita; tan cortita que, no se pondría nunca; las señoritas podían usar ciertas cosas, pero ella... Acarició la prenda delicadamente y volvió a aspirar su perfume. Se alejó del cuarto de Maruca.

En el gabinete aún continuaba la señora con los niños. Paciencia tenía para enseñar a rezar a las criaturas. Paciencia tenía con ella también, que algunas veces se equivocaba al contestar mientras rezaban el rosario, porque le entraba sueño. No lo podía remediar. Se dormía. Igual que la señorita Maruca. Solo que, la señorita al empezar, se colocaba muy cómoda en la butaca y cerraba los ojos. La señora ~~XXXXXXXXXXXX~~: le advertía:

-Te dormirás, Maruca.

-No, tía, - y reía.

En el primer misterio. En el primer misterio que daba vencida. A la señora le disgustaba, pero bajaba la voz, tanto que a veces, era como un ronroneo; ella, entonces, sin poderlo aguantar, también cerraba los ojos.

-No te duermas, Aurora, no te duermas...

Paciencia tenía la señora. Y siempre tenía niños para enseñarles. En el gabinete estaba repitiendo incansable lo de cada día.

Sintieron pasos en el portal. Era su Maoliyo. Abrió enseguida y le hizo señas para que aguardase; entretanto, ella fue hasta su cuarto y guardó el regalo de la señorita en un cajón de la cómoda. Luego volvió al portal.

-¿No entras?

-Hoy no. Estamos mejor solos...¿Y la señora?

-Con los niños.

-¿Y la señorita?

-¡Uy, la señorita! ¡Me ha hecho un regalo precioso! Ella está en su cuarto...; me parece que está disgustada por algo...

-¿Contigo?

-¡Quiá!...!Rarezas de ella! Estaba tan contenta y de pronto...

Maoliyo y Urorita se miraron fijamente.

A Maoliyo se le brillantaron los ojos.

Urorita bajó los suyos y le tembló la boca.

A Maoliyo le asaltó un deseo. Le asaltaron muchos, pero solo uno era fácil satisfacer.

Urorita lo adivinó y alzó de nuevo sus ojos prometiéndolo.

-¿Esta noche por la puerta del jardín?

-Pero nada más que un beso...

-Un montón, chiquilla...

Sonrió ella; que sí; un montón; como siempre. A la noche, recorrería las puertas de la casa; todas; las de la azotea; la del lavadero; la de la calle; la del comedor; la de la cocina; la del jardín. En el jardín estaría unos minutos; los justos para abrir y cerrar rápidamente; Maoliyo esperaría en la calle. Más de una vez se habían puesto de acuerdo para besarse. Después ella, cumplida su obligación, daba las buenas noches a las señoritas y se retiraba a su cuarto. Trabajarle le costaba coger el sueño; le sabían los labios a la dulzura y pasión de los de Maoliyo, y en su cintura creía sentir el abrazo nervioso y apretado de su novio. ¡Qué felices eran! Felices como nunca hubiera podido soñar. ¿Como iba ella a figurarse que las cosas irían a pasar como estaban pasando? Los padres de él, tenían un naranjal y una casa muy buena y muy grande donde cabrían todos. Su suegra le había destinado una habitación. Tenían que vivir juntos; por ella estaba segura que no habría disgustos, porque ella estaba acostumbrada desde niña a obedecer y a trabajar sin descanso; pero las suegras tienen una famita...; por algo será...; estaba mejor así, como iba a ser; los suegros en su casa, y ellas en sus chozos, viviendo como unos reyes; ella el ama y él el amo; queriéndose mucho; trabajando mucho, contando siempre con el apoyo de los padres; y andando el tiempo....Andando el tiempo, todo volvería a su lugar; vivirían en el naranjal. A Maoliyo le gustaba más, porque allí había nacido.

-Solamente por eso, no, - decía: - es que esto es más bonito.- y señalaba a todo alrededor.

Sí, que era más bonito; aquella parte era mejor que la de Aguadulce; había pinos, se veía el mar, y Cádiz y Rota. Pasado el tiempo se irían a vivir con los padres y Perico. Eso. Con los críos... Aurorita sintió nuevamente en su cintura el brazo duro e insinuante de Maoliyo; y en su boca, la boca de Maoliyo; y en su garganta, la mano de Maoliyo; y en su pecho, el pecho de Maoliyo. Aurorita, tendida en su cama, pensando en su felicidad, sentíase desfallecer, flojas las piernas y estremecida toda su carne. "Los críos", había dicho él. Y el gozo de la maternidad presentida la inundó.

-Aurorita, luego, dejaremos el chozo y nos iremos al naranjal todos.

-¿Todos?

-Sí, mujer, nosotros y los críos...

Le gustaba a ella que la conversación tomara esos rumbos y dejaba que que él, siempre de palabras, se exaltara relatando todas las cosas buenas del campo de sus padres:

-Nada más abrir los ojos, se ven las dos torres de la Catedral de Cádiz, y el mar, y los pinos. Y al ladito de mi ventana, mi pino...

-¿Tú pino?

-Sí, uno que yo planté; ya dá sombra; más que yo vivirá el árbol; y más que nuestros nietos...Debajo de mi pino, te pondrás tú a coser, y muchas veces comeremos los dos allí...

A Maoliyo le gustaba forjar planes, y soñar despierto. Cuando se enteró del regalo de la señora, no pareció muy satisfecho; luego reaccionó y se alegró mucho. También parecían alegrarse sus padres; aquel día, cuando hablaron él dijo:

-Mis padres esperaban que nos fuéramos a vivir con ellos... Se quedarán solos...

-Tienen a tu hermano Perico.

-A Perico le gusta poco el campo; él es hombre de la mar...

-Que se acomode a la tierra.

-Bueno, sí...Luego mi madre dijo: "Después tendremos aquí a los niños de temporada..."

Cada noche, a Aurora le llegaba el sueño con un cortejo de esperanzas. Cada noche, ahincaba su memoria y reproducía las caricias de su novio. Cada noche, flojo y tenso su cuerpo, lánguido y estremecedor. Cada noche, el cuerpo de Maoliyo, milagrosamente, parecía estar junto al suyo.

.....

Maoliyo no había pasado del portal. Allí hablaron un rato de cosas sin importancia; solo la tuvo el acuerdo de verse a la hora de cerrar, en la puerta del jardín.

Maoliyo se retiró con esta dulce esperanza,

Vagó por el pueblo. Se entretuvo con unos amigos. Hasta que llegó la hora. En el pueblo se había hecho un silencio; se habían cerrado muchas puertas; se habían apagado muchas luces; se había aplacado el rumor de las tabernas. En algunas casas trasnochaban disfrutando del fresco sentados a las puertas; algunos hombres pasaban por las calles y la plaza; pero en el pueblo se había formado ya el silencio majestuoso de la noche y cuajaba en paz y sosiego. Maoliyo se despidió para marchar al naranjal; la noche estaba alumbrada por una suave luna. El mozo se dio trazas para pasar por la calle solitaria donde se abriría la puerta mágica. Se paró y acercó su cabeza al ojo de la cerradura. Por unos momentos. Nada sentía. ¿Se habría entretenido demasiado y se le había hecho tarde a la Urorita? Esperaría unos minutos más, al fin y al cabo por allí nadie pasaba. Ni siquiera lo haría don Horacio, porque don Horacio estaba recogido; se veía luz por una de las ventanas.

Aderció la oreja a la cerradura. Le palpité el corazón con violencia.

Siempre le pasaba igual; ¡qué hermosa era su Urorita! ¡Y como le encendía la sangre! ¡Y como se relamía de gusto al pensar en las caricias que le iba a hacer! Tan tierna, tan suavita, tan mimosa como una gatita. Se acercaba ella. Eran pasos. Los suyos. Venía andando despacito. ¡Qué tunantona, para hacerle mabiar. Acercó un ojo a la cerradura. No veía bien porque estaba puesta la llave. Sin embargo...Miró. Miró. No veía bien, pero le pareció que Urorita no estaba allí...?Quién...? De un salto se quitó de la puerta; podría ser la señora que se habría enterado. La puerta no se abrió. Esperó aún. Volvió a escuchar atento. La luna iluminaba la acera de enfrente y las paredes de las casas de enfrente; se dividía la calle en claridad y en sombra; las almenas que coronaban los pretilos de las azoteas de los Onieva, se recortaban en el suelo, oscuras y graciosas; también se recortaba sinuosa y grácil la sombra del limonero; mientras escuchaba, miraba la línea de sombra en mitad de la calle. Abrió los ojos asombrado. ¿Qué sombra nueva veía junto al árbol? Una figura de persona. Y astuto y ligero, se fué a la acera de la luz para saber quien estaba en aquel momento atravesando de un patio a otro. Y estuvo a punto de lanzar una exclamación, porque había reconocido a la señorita Maruca que, auxiliada por el ramaje, descendía rápida al patio de don Horacio. Corrió otra vez a la parte en sombras; se empinó con la esperanza de escuchar algo. Oyó la voz del viejo:

-Lleve un rato esperándola...

Ella contestó algo en voz muy baja. Luego sintieronse caminar y crujir bajo sus pasos algunas matas secas. Maoliyo no oyó más. Observaba la casa de don Horacio; él conocía bien aquella casa, porque había estado en ella a vender alhajas de la señora. Miró al hueco iluminado. Le pareció estar dentro de la habitación; una mesa delante de la ventana, encima un quinqué encendido, un sillón grande y fuerte, una cómoda con el tablero lleno de manchas y de cachivaches, falto de cajones y de tiradores, un espejo con la luna negra, no sabía si por suciedad de las moscas o por vejez, algunas sillas y una alacena tapada con un cuadro; en aquella alacena guardaba el viejo sus riquezas; en aquella alacena había guardado la cadena de oro que últimamente le llevó de parte de la señora. En la habitación había entrado don Horacio; Maoliyo lo vio acercarse a la ventana para cerrar las puertas y postigos.

Maoliyo bajó la cabeza y comenzó a andar.

.....

La noche estaba clarísima.

En el campo, reseca y grieteada la tierra en los senderos, parecían losados caprichosamente; en las orillas, los matojos se erizaban defensivos y amenazadores; el pinar se divisaba misterioso y encantador. Por entre el ramaje de las copas penetraba la luna trabajosamente. Se divisaban las blancas casitas y las chozas de oscura techumbre, como la peluca sucia e hirsuta de una monstruosa cabeza.

Maoliyo no ponía atención a su caminar; pisaba los matojos que se le ahucian punzantes a los pantalones; crujían bajo sus zapatones algún que otro escarabajo que no pudo esconderse a tiempo en las hendiduras del suelo resquebrajado; pasaba cerca de las casitas y de las chozas sin advertirlas, sin mirarlas; entró en el pinar, sin observar el jugueteo que se traía la luna con las frondosas copas de los árboles.

Maoliyo iba pensando en Maruca. Todas las insinuaciones de ella, que pasaron sin notarlas, se hicieron patentes en aquella hora con acusada insolencia; todos sus intentos de aproximación; todos sus actos, que encubrían una honra desvergüenza. Maoliyo calificó a la señorita de algo más que liviana; soltó la palabrota en alta voz, y la repitió más de una vez, con manifiesta complacencia. ¿Y si se hubiera quedado esperando a que saliera de casa de don Horacio? ¿Y si le hubiera llamado la atención? ...¿Para qué? ¿Que le importaba a él que la señorita fuera o dejara de ser una tía? Para él no había más mujer que su novia: guapa, hermosa y decente. ¿Y por qué no saldría aquella noche a la puerta del jardín como habían acordado por la tarde? Estaba claro; porque la señorita no quiso para poder ella tener el campo libre; la mandaría acostar temprano... ¿Y si Urora estaba en el ajo? ¿Y si Urora la ayudaba en sus indecentes trapiñosos? ¿Y si Urora....? Bueno, que si la Urora estaba de acuerdo con la señorita, la Urora era de la misma calaña que ella. ¡Pero que resinvergonzonas son las mujeres! Mañana hablaría con ella y pondría todo al descubierto. Que de tanto él no tenía un pelo. Y que a él no se engatusaba con un chozo y un melonar.. A ma m...el regalo. Y a la m..la Urora...!Con él iban a jugar!

Maoliyo caminaba sin poner atención en sus pasos, porque sus pensamientos eran sombríos e intranquilos. Dábale vueltas y más vueltas sin encontrar solución; recordaba palabras, gestos, miradas de su novia, queriendo encontrar el engaño y la burla; sentía crecer la indignación en su pecho y tenía que aguantar unas ganas enormes de volver al pueblo para acechar la salida de Maruca y desenmascararla allí mismo.

Maoliyo caminaba lento. Con la cabeza baja. Sin mirar, Sin ver. Así, no pudo alarmarse porque en su casa hubiera luz. Ni porque en la puerta se re-

cortara la voluminosa silueta de su madre. Ni porque en la vereda anduviera su padre, ligero y como temeroso.

Pero sí pudo sobresaltarse al escuchar su voz, muy cerca de él. Alzó la cabeza y lo vió delante, parado ya.

-¿Pasa algo, padre? - preguntó - ¿Y madre?

-Pasar, pasar, no pasa...; yo iba al pueblo a por don Fortunato, pero será mejor que vayas tú que tienes mejores piernas...

-Pasar, pasar, no pasa...Tu prima Casilda quem está de parto; la comadre ya está con ella; pero dice que no se compromete; tu hermano Perico fué al rancho de Pascual a por la tía María y todavía no ha vuelto...Llégate tú a Rota y tráete a don Fortunato...

-¿Andando vá a venir?

-Pues móntalo en tus espaldas...!tienes unas cosas, zagal!

-Podría venir en un mulo, en una burra...

-Don Fortunato se conforma con todo...Anda, anda y vuélvete.

Maoliyo no contestó y se volvió por el mismo camino muy ligero.

Al entrar en el pueblo le asaltó el deseo de pasar nuevamente por la calleja del jardín. Sentía una inquietud aunque se decía y se repetía que a él le importaba un comino la señorita Maruca y que a la Urra ya la arreglaría él. Se acercaba a las tapias. Las sombras se habían extendido a casi toda la calle, solo en la acera de enfrente quedaba además de las fachadas una débil cinta iluminada. Amenguó el paso y sin dejar de mirar a la ventana del prestamista por cuyas rendijas seguía pasando la luz. Instintivamente aguantó la respiración; al otro lado de la tapia alguien caminaba precipitadamente y crujían quejumbrosas las matas secas y resbalaban los chinicos por el suelo arenoso; las hojas del árbol se agitaron violentas; por el tronco subía alguien; Maoliyo, de un salto se plantó en la acera de enfrente a tiempo que en la barda se montaba ágilmente Maruca. Ella volvió la cabeza y miró a la calle; Maoliyo estaba iluminado por la luz lunar y en su boca se le advertía una cínica sonrisa.

.....

Maruca comenzó a bajar por la escalera. Su corazón palpitaba violento. Sus manos, frías, estaban inquietas. Quiso andar por el jardín en dirección a la casa, y volvió para coger la escalera y ponerla en su sitio. Sus movimientos eran nerviosos y su cara parecía de nieve. Luego, sigilosa, se fué hacia la casa.

que parecía la mansión de la paz. Su tía dormía y Aurora también roncaba. Tranquilas y confiadas. Ella en cambio no podría dormir. Ella, tendría que buscar el medio de salir de aquel laberinto. Mayor aún porque Maoliyo la vió saltando la tapia. ¿Y qué hacía el mozo allí a aquellas horas? ¿Rondaba a la Aurora? Se acercó al cuarto de la muchacha y aplicó el oído al ojo de la cerradura para cerciorarse de que efectivamente era ella la que lanzaba aquellos ronquidos atronadores. Entonces, ¿qué rondaba el mozo por aquella calle y a aquella hora tan avanzada de la noche? Porque era tarde, muy tarde. Ella había salido, cuando todos en la casa se recogían. Tía Lola había dicho:

-Estoy cansadísima...; me voy a acostar...

Y ella contestó:

-También tengo yo sueño... - y se entró en el comedor y cerró la puerta que dá al jardín. Luego, entró en la cocina. Aurora, remolona, colocaba tuestos en la alacena. Ella misma le cerró la puerta que también estaba abierta al jardín y la moza protestó servicial:

-Deje, señorita, yo cerraré, porque además tengo que cerrar la puerta que dá a la calleja.

-No te preocupes; está perfectamente cerrada.

-Tengo que ir a la azotea...

-Pues ¡hala! no pierdas tiempo, que nos tenemos que acostar enseguida. Estuvo esperandola mientras subió a vigilar la entrada a los lavaderos ~~que~~ de la azotea. Aurora bajó despacio y diciendo:

-Bueno, nos acostaremos...

La última en cerrar su cuarto fué Maruca; se entretuvo en el tocador y tardó mucho en apagar la luz. Ya parecían dormidas las otras mujeres; tía Lola terminadas sus oraciones apagaba, y durante un rato no dejaban de sentirse unos profundos suspiros; la moza, tenía el cuarto al final del corredor, muy cerca de la cocina; era siempre la primera en apagar la luz; luego, al cabo de un rato su sueño era anunciado con una magnífica trompetería.

Todo eso estuvo aguardando Maruca. Cuando llegó la hora, anduvo en su maleta y tomó un pequeño estuche del que sacó una sortija que se colocó en un dedo; durante unos minutos la estuvo admirando moviendo la mano en diferentes posturas. Le costaba trabajo desprenderse del soberbio brillante.

Se alisó el cabello con coquetería; se humedeció los labios; se entreabrió el escote, ya de suyo bastante grande; enderezó el busto; se miró la cara en el espejo; sus ojos brillaban tremendamente, como si se hubiese traspasado a ellos el reflejo del brillante. Su primo le había dicho: "Tienes unos ojos endemoniados..." ¡Bah!, si no conseguía algo con ellos aquella noche, ¿para qué le servían? Sonrió confiada y ensayó unas miradas llenas de ingenua picardía. Después salió.

La puerta del corredor no había sido cerrada antes, si nó que, simuló la operación; la entreabrió con cuidado y salió al jardín. La luna iluminaba

con bastante holgura; podía andar con seguridad de no tropezar; sacó la escalera y la llevó al sitio preciso. Luego quedó escuchando; en el pueblo reinaba un silencio majestuoso; ni siquiera las aves de los corrales daban señales de existencia; ni el mar, cercano, murmuraba. Subió los peldaños con mucho cuidado; asomó la cabeza a la barda; aguzó el oído; nada; continuaba el silencio y la tranquilidad pueblerina. El vejete le aguardaba al pié del limonero; parecía un gnomo brotado de las yerbas; tuvo ganas de reír, de burlarse, de tirarle una chinita y acertarle en la cabezota. Pero optó por la formalidad, porque le urgía conseguir dinero para salir de aquel asqueroso pueblo; ¿cómo era posible vivir en él sin morir de aburrimiento? Y pensó en la idiotez de su tía Lola, consumiendo antes su juventud y ahora su vida, en vegetar cansina y mustia. Le exasperaba la pasividad estúpida de aquellos seres; ella no sería cogida en las garras pueblerinas; ella, huiría a Madrid, a Barcelona; esperaría a su padre ocupada en algún trabajo lucrativo y tranquilo; la idea de su primo le parecía excelente y le ayudaría a ponerla en práctica como le había prometido.

Don Horacio la saludó efusivo. Muy afable. Le dijo:

-Llevo un rato esperándola...

Y ella contestó con voz muy baja;

-Tuve que esperar a que se durmieran.

Anduvieron los dos, con sumo cuidado, esquivando las zarzas; el suelo era arenoso y tenía muchas chinias resbalosas, sueltas y aisladas. Don Horacio iba delante abriendo camino. Llegaron a una puerta. La empujó él y le indicó que podía pasar. Ella lo hizo. Detrás de la puerta, casi oculta, había un pequeño farol de mano, encendido. Don Horacio cerró la puerta con un chirriante cerrojo y alzó el farol para alumbrar los escalones.

Maruca pudo apreciar mientras subían, que estaban excesivamente gastados los peldaños y muy sucios. Delante de ella, oscilaba monstruosa su propia sombra. En el resplandor se detuvo; la sombra variaba la colocación al compás que se movía el farol en las manos huesudas del viejo. Ella se volvió a mirarle y le acometió repentinamente un asco muy grande; el hombre, respetuoso, le dijo que pasara a la habitación inmediata. Ella obedeció. Se emparejaron allí. Fue entonces, cuando a la joven, a la vez que asco sintió un deseo terrible de salir de allí, donde le pareció estar prisionera de un ser repugnante. Don Horacio, a pesar de su meticuloso acicalamiento, no dejaba de estar ridículo; le brillaba la calva, como si estuviese frotada con aceite; le brillaban los ojos por inconfesables apetitos que ni el respeto con que la trataba conseguía ocultar; le temblaban las manos, como manojillos de sarmientos movidos por el viento; blanqueaba la camisa afinando más su escuálido cuello. Ella lo analizó rápidamente. Ya no podría salir de allí sin intentar conseguir su propósito. El ser que la acompañaba era tan insignificante físicamente, que no podría aguantar un empujón de ella. Se rehizo al comparar y advertirse más fuerte.

Él, abrió otra puerta. Era la de otra habitación que en contraste con

la que estaban, poseía algunos muebles. Le pareció que por la ventana se veían algunas estrellas.

-¿Está abierta? - preguntó.

-Sí.

-Ciérrela. - Y se hizo a un lado prudente.

Él cerró la ventana. Sobre la mesa, delante de la ventana había un quinqué encendido; la mesa era rectangular, con algunos cajones y cuatro patitas torneadas; delante, un sillón de brazos; muy cerca, unas sillas; sobre un testero una vieja cómoda, y un espejo que solo absorbía sombras. Encima de la mesa había un montón de papeles sujetos con una piedra; en otro testero, un viejo sofá, de roída tapicería y muelles hundidos.

Don Horacio ofreció a la joven el asiento de brazos, como sitio de honor; aceptó ella con tranquila sonrisa; la actitud del viejo era extremadamente respetuosa. "Bien, -pensó- al grano". Y comenzó el ataque planteado.

-Mire, don Horacio - y alargó su mano y movió juguetona los dedos, para mejor lucimiento del brillante.

Él lo observó experto. Su rostro no decía nada. La joven notó entonces que el hombre era antes que todo negociante, y esta certeza espoleó su orgullo de hembra.

-¿Quiere verlo en su propia mano, don Horacio?

-Es igual, ..., es igual...

-¿Le interesa comprarlo? Se lo doy casi regalado; por mil pesetas...

Él no delató sus impresiones.

Ella continuó:

-Realmente es una lástima desprenderse de él..., si nó fuera por la necesidad... - calló unos segundos; el vejete seguía en esfinge; ella se impacientó y se irguió; - En fin, si nó le interesa, me voy...

-No, no se vaya...; ya hablaremos de eso...Yo pensaba como usted, que es una lástima que usted se desprenda de eso...Porque, mire, que su tia lo haga ¿qué importancia tiene? Ya es una mujer que poco puede esperar de la vida... Vamos, yo me he quedado con cosas de ella sin pizca de sentimiento...

-Mi tia, le ha vendido mucho?

-Poco, pero bueno...Ló último, ya usted sabe, el collar de oro...

-¿Usted lo ~~mandó~~ fué allí o lo mandó ella?

-Lo mandó con Maoliyo.

-Me gustaría verlo...¿lo tiene aquí?

-Aquí.

Don Horacio abrió un cajón de la cómoda y sacó de él un envoltorio. El collar relució hermoso y tentador.

-Un caballero lo luce en el pecho en un retrato del salón...Pero este collar vá mejor así, ¿verdad?

Y antes de que ella lo pudiera impedir, sintió la frialdad del metal

resbalando por su carne. Intentó quitárselo.

-No, no se lo quite todavía, señorita Maruca, tiempo tiene; déjeselo un ratito; después lo guardaré...

Maruca observó inquieta al hombrecillo.

Pero el hombrecillo, respetuoso y humilde, estaba al otro lado de la mesa mirándola.

Ella quiso terminar:

-Bien, ¿qué me dice del brillante?

-Mucho pide, señorita, mucho...

-No rebajo ni una peseta.

-¿No?

-No.

-Pues mucho pide, mucho...

-¿Me lo dá, sí o nó?

-Le daré algo; le daré algo...

-Mil pesetas. Ni unam menos.

-Bien, bien. Le daré mil pesetas. Se las daré por ser usted señorita Maruca...

Se acercó él otra vez a la cómoda. Tomó una cartera y la mostró. Luego comenzó a acariciar los billetes, fingiendo titubeos. Después se llegó hasta donde ella estaba.

-Mañana me iré de aquí, ¿sabe? Ya lo tengo todo preparado...; usted me dijo esta tarde que ojalá pudiera irse ¿no?, pues si quiere, yo la puedo esperar en Cádiz o en Jerez...

Refase Maruca. Se levantó.

-Vamos, don Horacio, eso lo dije ¡qué sé yo! como se dicen las cosas. Yo me iré a Madrid cualquier día, pero me iré sola.

Se desprendía de la sortija y se la ofreció al hombre.

-Tenga y d me el dinero.

Él la tomó con sus dedos temblorosos; lo observó a la luz cercana del quinqué; movió la cabeza acompasadamente y soltó la joya en la mesa; con un movimiento insospechadamente ágil, había vuelto a la cómoda y sacaba una caja que abrió ante los ojos admirados de la joven.

-¡Cuanta riqueza! - exclamó Maruca palidísima.

-Pues mira, niña, todo para tí, todo... - don Horacio le tomó un brazo y colocó en su muñeca una valiosa pulsera; - todo para tí... - y metía en dedos las sortijas sin escogerlas - todo para tí...

Ella estaba deslumbrada. Había cerrado los ojos presa de vértigo, por que aquella caja era una diabólica tentación. Aquella caja podría ser suya con solo que ella quisiese. Sentía los dedos duros y ásperos pasar por sus manos, con intranquila suavidad; sentía el olor de su cabeza calva, muy cerca de ella; el hombro del viejo se hincaba afanoso en su brazo; la respiración anhelante;

el calor febril; la voz enronquecida...

-...todo para tí...; todo para tí....

Sí. Todo podría ser para ella. Con solo querer. Con solo cerrar los ojos. Con solo prometer.

-...¿te espero en Cádiz?...Dime ¿te espero?...

¿Y a qué se comprometía? podría decir que sí y no cumplir su palabra. Pero, ¿entonces?...

-...dime te espero, reina?

-Don Horacio, yo...

-Dime; habla...

-...yo..., ¿por qué no me dá el dinero de mi sortija? Yo no puedo aceptar esto que usted ha puesto en mis brazos...

-¿Por qué no?

-Porque yo...; no, don Horacio; tendría que pensarlo...

-¿Pensarlo?...¡Bah! Todo está ya pensado, mi reina...

Maruca estaba mareada. ¿Como iba a desprenderse del hombre? ¿Como lo podría separar de su cuerpo? ¿Como podría quitarse de su cintura aquel brazo que la apretaba insinuante y lascivo? Pero don Horacio era enclenque y diminuto y ella fuerte y alta. Con solo un fuerte empujón lo alejaría de ella. Pero las joyas...Las joyas eran magníficas y tentadoras. Las joyas brillaban en sus brazos, en su cuello, en sus dedos. Se desprendería de las joyas también. El viejo era un ser mezquino y ridículo que había tomado el asunto en un plán que a ella le debía avergonzar.

-...ven..., Maruca... - suavemente tiraba de ella; - Ven; me gustas ¿sabes? Desde que llegaste a Rota alteraste mi tranquilidad; yo seré lo que tú quieras que sea; yo te daré lo que tú quieras que te dé; ven, Maruca....

Maruca vió muy cerca el desvencijado sofá.

Maruca, con un esfuerzo brutal, agarró al hombrecillo por los hombros, y lo arrojó lejos. El vejete, cayó al suelo como un pelele y rebotó contra la pata de la mesa de escritorio. Ella quedó mirándolo con los ojos muy abiertos, esperando a que él se levantara.

Don Horacio no se levantó. Quieto. Inmóvil.

Ella se le acercó cautelosa. Y luego le tocó una pierna con la punta de su zapato.

Don Horacio no se movió.

Maruca cogió el farol que apun seguía encendido en un rincón del cuarto y lo ~~maruca~~ arrinó al rostro del viejo.

Tampoco dió señales de vida.

-Lo he matado...Lo he matado...

Horrorizada, con el farol en la mano, echó a correr y bajó los escalones de dos en dos. Quitó el cerrojo de la puerta, dejó donde antes estuvo el farol y se lanzó al patio, presa de un hondo y terrible pánico. Resbalaban

~~69~~ 70

los chinos y crujían las zarzas y las matas bajo sus pies. Cuando llegó al árbol le pareció que todo terminaba. Subió por su tronco, jadeante, impulsiva y pasó su pierna por la barda buscando un palo de la escalera. Repentinamente le asaltó el temor de que alguien pudiera verla. Se agachó cautelosa. Pero ya no había remedio. En la acera de enfrente, en la calle, bañado todo por la luna, estaba un hombre que la miraba inexorable. Ella levantó temerariamente la cabeza y reconoció en el hombre a Maoliyo, que le sonreía cínico y amenazador.

Bajó la escalera y corrió por el jardín. Volvió de nuevo a recoger para colocar la escalera en su sitio. Luego, comenzó nuevamente silenciosamente a andar dirigiéndose a la casa.

Parecía esta la mansión de la paz.

Tía Lola dormía plácida, feliz y confiada.

Aurora, feliz, reoncaba estrepitosamente.

.....

Maoliyo había llegado a la casa del médico y lo llamaba nerviosamente.

Don Fortunato, se asomó a la ventana en paños menores.

-¿Quién es?... - y reconociendo al mozo enseguida le preguntó alarmado: - ¿Qué le pasa a la señora, Maoliyo?

-Es mi prima...; mi prima Casildal que vá a parir...

Don Fortunato desapareció de la ventana; encendió una luz y al poco rato salía con su maletín que entregó al muchacho. Y los dos se pusieron en camino hacia el rancho.

La noche era magnífica, luminosa e intensamente perfumada. El médico caminaba a buen paso y muy seguro, conocedor del terreno.

-Pronto cumplirás años ¿no?

Maoliyo hizo un movimiento con sus hombros. Don Fortunato se rió y dijo:

-Apuesto a qué no sabes cuando los cumple.

Sonrió vergonzoso el muchacho. El médico volvió a reír con más

más fuerza; tanta, que retumbaba en el campo y parecía perforar la espedura graciosa del pinar cercano.

-No sabes, no...Buebo, chiquillo, ni falta que te hace...!para lo que tienes que hacer en el mundo! cuidar calabazas y tomates..., !ah! y juntarte con la Aurorita para seguir llenando el mundo de criaturas... Parece que fué ayer cuando llegó tu padre en una noche como esta, a por mí... Yo estaba recién llegado al pueblo; aquella noche hubo fiesta en casa de los Onieva; allí estaba yo cuando llegó tu padre preguntando por el médico. Él me llevaba este mismo maletín... !Como corríamos los dos por este camino!...!Trabajillo le costó a tu madre echarte al mundo!!trabajillo nos costó a los dos!... Y tu padre parecía un muerto...; y se volvió como loco cuando te cogió en sus brazos y tú llorabas...Tambien yo estaba emocionado....?Cuántas veces he tenido que andar estos caminos para casos semejantes?...En fín, esta es la vñda....

Llegaron muy pronto al rancho de Casilda. Don Fortunato tomó el maletín y entró. Maoliyo quedó en la puerta. Los quejidos de la enferma le atormentaban y se retiró unos pasos para no oírlos; en vano fué su intento, porque en el silencio de la noche los gritos de dolor se notaban tan cercanos como si estuviese en el mismo aposento de la enferma. Comenzó a pasear nervioso. Pensaba en Aurora; le dolía ya los dolores que esperaban a su novia cuando fuera a ser madre, y sintió una profunda ternura por la muchacha mimosa y dulce, suavita y dócil. Su imaginación fue tan potente, que hasta se le humedecieron los ojos y se le agitó el cuerpo convulso.

Paseaba por el pinar como un fantasma. Se paraba a veces, y miraba al cielo donde las estrellas le guiñaban más burlonas que nunca; se quedaba quieto, mirando al mar, brillante como un revoltijo inquieto de plata; a veces la luna parecía bañarse plácida y tranquila; a veces, la luna, se rompía en minúsculos pedacitos; se paraba mirando al frente, donde Cádiz aparecía primorosamente recortada sobre el firmamento; luego proseguía incansable sus paseos.

La prima Casilda se quejaba, aunque muy de tarde en tarde.

Su padre salió de la casa y se le acercó.

-Me voy. Tú espérate a que todo acabe para acompañar al pueblo a don Fortunato.

Maoliyo no contestó. Lo vió ascender con su paso cansado y corto; la cabeza la tenía completamente blanca, como rociada con espumas del mar. Maoliyo se lo quiso representar en aquella noche de su venida al mundo, pero la imagen de sus padres jóvenes no le era fácil y desistió de pensar en ello. Más valía pensar en Urorita; en el caso de Urorita. La quería; la seguía queriendo porque su novia era buena y no tenía nada que ver con los malos pasos de la señorita; más valía pensar en Urorita, De allí a nada...Calculó voluptuoso. !Pobrecilla! Quiso compadecerla pero era entonces más fuerte la idea de su futura paternidad, del gozo de la paternidad, quizá porque ya no se escuchaban los lamentos de la prima Casilda. ?Habría nacido algo?... Entonces se dió un cachete

en la cabeza y calculó: "Por eso mi padre se ha ido ya..." Se rió. ¿Y qué sería? ¿Macho o hembra?

En la casa de la prima Casilda había un nuevo movimiento; más acelerado que el anterior. La suegra había salido apresurada a sacar agua del pozo; el esposo, también salió para volver con un brazado de leña; luego, por la chimenea, el humo salía denso y ascendía violento casi en línea recta; también le pareció que escuchaba risotadas. Y llanto. Un llanto desconocido...

-Es macho, - se dijo en voz alta.

Siguió paseando porque no le parecía que debía entrar en la casa hasta no ser llamado. Y eso que, la madrugada venía fresquita. El muchacho, abrigó su pecho cruzando apretadamente los brazos. De nuevo, la figura de su Urorita comenzó a sonreírle mimosa y gachona. ¡Valía mucho su novia! Y le acometieron unos deseos enojados de estar casado. Porque así, además, quitaba a la muchacha del lado de la tal señorita Maruca. Aquella misma noche se había dado cuenta de todo. En eso iba pensando cuando llegó a casa de don Fortunato. Que la Maruca era una tía indecente. Que la Maruca y el don Horacio...!Si era para troncharse de risa! ¡Si don Horacio estaba hecho un carcamal! ¡Si además don Horacio...! Bueno, que ella era una viciosa; así se comprendía el asunto. ¿Y cuando se vieran al otro día? ¿Qué cara pondría ella? La cosa estaba la mar de bien para él, solo que él, no se aprovecharía de nada...O se aprovecharía, según vinieran las cosas; total, en no enterándose la Urorita...¿Y qué necesidad tenía él de exponerse a darle un disgusto a su novia, por una mujer que parecía una caña de pescar?...

Maoliyo no sabía dirigir sus pensamientos; su cabeza no era lo bastante fuerte para resistir cosas encontradas. Tenía frío. Se había afilado el humo de la chimenea y un vientecillo lo empujaba sobre el tejado. El mismo vientecillo le llevó un agradable olor a café recién hecho; se escandalizó su estómago; se alarmó su nariz.

-¿Cuando me llamaran? - pensaba el mozo impaciente.

A la puerta salió su madre cargada con un cubo que parecía pesar bastante.

-¿Eres tú, Maoliyo?

-Yo.

-Acércate, hombre...

Se acercó saboreando placentero el aroma del café.

-Toma - le puso el cubo en sus manos - tira eso al mar... - y se entró nuevamente en la casa.

Maoliyo saltó los suaves desniveles de la tierra. El cubo no pesaba tanto, pero de él se desprendía un tufillo caliente y espeso. Bordeaba las lindes de los otros ranchos; la luna iluminaba soberbia y las sombras se rendían al pie de los árboles y matas. El mar estaba cerca. Desde lo alto, Maoliyo lo contemplaba amoroso. Y contempló a Cadiz y a Rota. Pronto sería la bajamar y

comenzaría la pesca en los corrales. Él iría a por un Bieldo y un cesto, porque la claridad de la noche invitaba a pescar. Miró ahincadamente hacia Rota: reconocía la azotea de la casa de los Onieva; allí, dormía tranquila su Urorita; tan ajena a todo lo que estaba pasando aquella noche; ajena a la sinvergonzonería de la señorita; ajena, a que él estaba allí con aquel cubo. Y entonces lo izó hasta su pecho y le llegó una nueva tufarada espesa y caliente; lo impulsó brioso hacia las aguas, chocó la masa y su ruido combatió con el del oleaje. Maoliyo miró el cubo vacío, pero sucio aún, y con el mismo olorcillo.

Llegó hasta la casa de Casilda. El cubo lo dejó junto al pozo. Él se atrevió por fin a entrar. Lo acogieron con cariño; el nuevo padre, le ofreció una taza de café. La rehusó el mozo:

-Tengo que ir a por el bieldo y un canasto...

Intervino la madre:

-Tú tienes que acompañar a don Fortunato; tu padre estará al cuidado como siempre y se irá a los corrales con Perico...

Y Maoliyo, sentóse en un tronco de árbol que servía de silla; sus piernas quedaron muy separadas y sus rodillas altas y agudas; tenía la cabeza baja, y no la alzó, ni cuando tuvo que alargar sus manos para recoger el tazón de café que le ofrecía la suegra de su prima, que le preguntaba a la vez:

-¿Te gusta muy dulce?

-¿A él? - hablaba la madre: - ¿A él? Como un lamedor...

La mujer volvió a echar más azúcar. El mozo lo saboreaba con verdadero deleite.

¿Cuanto rato estarían allí de charla?

En el cuatzo de la prima Casilda, continuaba la agitación y la charla cada más animada; luego lo llamaron a él para que conociera al niño y vió un envoltorio de trapos y un trocito de carne color de rosa. La prima sonreíafeliz y desmadejada.

-¿Te gusta mi niño? - le preguntó cariñosa.

-¡Jé...! - contestó Maoliyo y lo volvió a mirar con más atención: -

¡Jé...! - volvió a decir. Y salió de nuevo a reunirse con los demás.

Don Fortunato, guardaba cuidadoso el instrumental en el maletín; lo cerró lentamente; guardó el llavero y le indicó al mozo que podía cogerlo, porque era llegada la hora de la marcha.

Maoliyo se inclinó para recogerlo; pero antes de tocarlo sus manos se incorporó viloentamente para escuchar un ruido conocido pero extraño en aquella hora.

Todas las demás personas quedaron inmóviles y aterrorizadas. Casilda fué la única que habló:

-¿Qué pasa? ¿Qué pasa?...

Eran campanas. Tocaban enloquecidas las campanas de Rota. Tocaban a rebato.

Casilda exclamó:

-¡Ea a fuego!...!Tocan a fuego!...

Todos salieron al campo, para poder localizarlo. Don Fortunato se empinaba sobre sus botas e intentó subir a un árbol. Maoliyo había corrido a un sitio dominante. El humo ascendía denso y violento. Y violento palpité el corazón del mozo. Él, sabía el lugar exacto que ocupaban las casas, las calles, y las plazas del pueblo. Podría jurar que el fuego era en la casa de los Onieva. Por eso gritó, aulló, desde su sitio, echando a correr por mitad del campo

-¡¡En casa de Onieva!!....!En casa de Onieva!!....

También don Fortunato corría por el campo como un pequeño fantoche que rodara.

.....

Maruca tampoco había dormido aquella noche. Todo ocurrió como nunca pensara que ocurriera.

Cuando volvió a entrar en su cuarto, cerró la puerta cuidadosamente y apoyó después su cuerpo sobre las maderas. Todo a su alrededor era oscuro, porque también la ventana estaba cerrada y no dejaba pasar la luz de la luna que fué antes guiando su camino por salas, patios y pasillos.

Maruca apretaba su cuerpo sobre la puerta y apretaba rabiosamente sus párpados y dientes. Así, permaneció mucho tiempo; en la casa todo era silencio, pero en la calle aullaban escandalosos los perros. Ella pensó que, acaso era verdad lo oído tantas veces, que los canes olfatean la Muerte. Y se estremeció.

Alzó los ojos. No veía nada. Quiso acostumbrarse a la oscuridad, para moverse sin necesidad de luz. Tenía la boca seca y amarga. En el comedor guardaban una botella de coñac. Hasta llegar al comedor podría hacer algún ruido y podrían despertarse las otras. Quizá fumando se le pasaría el mal sabor de boca. ¿Donde tenía el tabaco? ¿En el tocador? ¿En la mesita de noche?

¿Y las cerillas?

Anduvo a tientas. Tropezó con una silla. Quedó quieta. Anduvo otra vez. Alargaba las manos. Tocó la fría loza de mármol de la cómoda. Tanteó. Apretó la palmatoria. No estaría la caja de mixtos. Allí estaba por fin. La tenía ya.

La luz fulgió. Osciló. Se achicó. Hasta que su llama fué aquietada, no intentó Maruca, buscar su propia imágen en el espejo que se alzaba sobre el mueble.

Le pareció que veía a una desconocida. Se palpó el cabello alborotado y volvió a estremecerse porque súbitamente recordó que una rama del árbol enganchó parte de su cabellera y que en la precipitación ella no intentó desprenderse de la rama con suavidad, si no que hizo un movimiento brusco que le proporcionó un pequeño dolor; sin duda allí quedaron sus cabellos como prueba de su paso por la barda a través del árbol.

Era absolutamente preciso hacer desaparecer aquella prueba. Era absolutamente preciso que al amanecer, antes del amanecer, aquel mechón de pelo no estuviese allí; aunque no durmiera en toda la noche. ¿Dormir? Se sonrió. ¿Acaso ella lo iba a intentar siquiera?

Un círculo profundo y oscuro rodeaba sus ojos.

Afuera seguían los perros aullando lúgubres y siniestros. Ella se llevó las manos a la garganta. Sus dedos tropezaron con la frialdad y dureza del collar de los Onieva que don Horacio le había colgado. Se lo quitó y lo puso entre sus manos; pesaba y brillaba intensamente. ¿Qué podría valer todo aquel oro? Entonces observó también que sus dedos y muñecas estaban repletos de joyas. ¡Una fortuna! ¿pero el viejecillo se había vuelto loco? Ella quiso matarlo. No lo intentó. Ni lo pensó. Ni lo deseó. Ella lo empujó para librarse de sus caricias. Fué una contrariedad que las cosas ocurrieran como habían ocurrido.

Había que buscar una solución a todo. Había que pensar fríamente en todo. Había que obrar con rapidez y cordura.

Ya consiguió el tabaco. Hundida en una butaca pensaba con ahinco, casi con fiereza.

El mal sabor de boca le aumentaba.

Se levantó. Tomó las joyas de don Horacio y las metió en un maletín que guardaba en el armario.; al abrir la puerta crujió asperamente; era el mismo ruido que hacía siempre y que nunca logró hacerlo desaparecer por más que tía Lola había impregnado las bisagras varias veces con grasa; pero a Maruca le pareció que el crujido había sido amenazador y estruendoso.

-¡Maldito armario!... - exclamó.

Calló sobrecogida. ¿Despertaría su tía? ¿La habría escuchado hablar? Atendió al cuarto contiguo. Tía Lola se movía inquieta en su cama; luego, suspiró suavemente.

Maruca metió las joyas dentro de su maletín que se abría muy silencioso; buscó un departamento semi-oculto; respiró al tocar las otras alhajas; las que su padre le entregó días antes de partir de Roma; también aquello ocurrió en una noche larga en el cuarto de un hotel. Su padre le había dicho a la hora de la cena:

-¿Te duermes muy tarde, Maruquita?

-Me duermo tarde, papá; no te preocupes por mí y ven a verme a la hora que quieras...

Su padre la miró muy fijamente y ella le sonrió comprensiva.

-¿Sabías que tengo que hablar contigo? ¿te lo dije antes?

-No me lo has dicho; lo he adivinado yo...

-¿Y adivinas para qué?

-No.

Ciertamente, que nunca pudo pensar que su padre le hablara para despedirse de ella; para alejarla de él; no lo sospechó. Y se maravillaba que, hasta llegar a Rota, no se hubiera dado cuenta de la transcendencia que tuvo aquella entrevista; porque, él, cuando ya la noche avanzaba tanto que podría confundirse con la madrugada, había llamado con suavidad en su cuarto; ella lo esperaba levantada leyendo un libro y pensando en la broma que le había dado a Félix; en la sorpresa de Félix cuando la llamó aquella noche por teléfono:

-¿Dormías ya, vidita?

-Todavía estoy levantada.

Al otro lado del teléfono hubo una exclamación.

-Estoy esperando a... - y de pronto le asaltó la tentación de mentir a un hombre...

-¡Cómo!...!Maruca!...

¡Que mal rato pasaría el infeliz muñeco! No lo volvió a ver. No lo vería quizá nunca más, porque todo fué precipitado e inesperado. Su padre tocó en la puerta; traía el maletín en la mano y estaba muy pálido; él le dijo:

-.....debes comprender, Maruca, yo necesito casarme con Sara...Pero a Sara le estorbas tú...Todo será cuestión de tiempo...Dentro de unos meses todo habrá pasado y ella misma tendrá deseos de que estés a nuestro lado... Tengo aquí tu pasaporte para España. Desembarcarás en Cádiz y te irás a Rota. En Rota vive la tía Lola; una buenaza; pero tonta....

(Completamente tonta; ya lo había comprobado)

-...con tía Lola vivirás hasta que yo te escriba...Hasta que yo te llame a Madrid o a Barcelona, donde nos reuniremos...

-¿Por qué no te espero aquí en Roma?

-No es conveniente..., se molestaría Sara, ¿comprendes, Maruquita? Es mejor que esperes en España...Además estás junto a la familia y si ocurre algo.

-¿Ocurrir? ¿Qué puede ocurrir?

-Nada, ¿qué puede ocurrir!..Pero nunca se puede calcular el tiempo y consecuencias de una guerra...En Roma todo te sería más dificultoso...

-Pero tú...

-Nosotros, Sara y yo, haremos nuestro viaje de bodas y nos reuniremos allí contigo, ¿comprendes, Maruquita?

No acababa de comprender, pero dijo que sí; asintió a todo; se hizo cargo del maletín; revisó las joyas...

-Una fortuna, Maruquita...pero nadie debe saberlo; menos aún la familia

lia; tú vas allí ?como te diré? completamente pobre; Solo en caso muy preciso puedes hacer uso de ellas, ¿comprendes?

Dijo que sí a todo y guardó el maletín; desde aquella noche las tenía en su poder; junto a ellas puso las de don Horacio.

En la habitación contigua se oyó la voz de tía Lola:

-¿Te ocurre algo, Maruca?

Y Maruca, decidida, como liberada de la oscuridad, dijo:

-Tengo una mala digestión...

-Voy a llamar a Aurora para que te haga una taza de yerba luisa...

-¡Oh, no! ¡No! Iré yo misma al comedor y me serviré una copa de coñac. Lola se removió inquieta en el lecho.

-¿Qué haces?

-Voy a levantarme.

Maruca salió al pasillo y se plantó en la puerta del cuarto de su tía.

-¡Por favor! ¡Me darás un disgusto! Iré yo sola al comedor...

-Bueno, bueno niña...

Maruca corrió por el pasillo, atravesó el patio y entró en el comedor. La luna se iba retirando pero aún iluminaba lo suficiente. Abrió las puertas del aparador y tomó la botella y una copa. Se escuchaban con fuerza creciente los aullidos de los perros. En su cuarto, Aurora, decía alarmada:

-¿Pasa algo?

-¡No! - gritó Maruca muy nerviosa.

Pero a la puerta se había entreabierto y asomaba la cabeza desgreñada de la muchacha.

-¿Está asustada la señorita con los perros?...!Uy, anuncian una muerte!...En la vecindad se vá a morir alguien....

-¡Calla, idiota!...

-¡Uy!...- Aurora cerró la puerta.

También tía Lola estaba en la suya para preguntarle muy cariñosa:

-¿Estás muy mal? - Con yerba luisa te curarías enseguida...

-Déjame ¡por favor! tía...

-Sí, sí... Pero si me necesitas me llamas ¿eh?

-Gracias...Estoy segura de dormirme enseguida.

Maruca se encerró nuevamente. Temblaba con violencia presa de una rabia incontenible, porque todo se iba complicando. Pensó que era necesario para sus planes que todas durmieran en la casa. Había que empezar porque ella misma diera sensación de tranquilidad. Tomó una copa de coñac. Volvió a tomarse otra de un solo trago. ¿Cuántas se bebió? La copa llena la dejó sobre la mesa de noche. Se despojó del traje y se tendió en la cama.

Había que pensar. Había que hacer un plan. Había que preparar una coartada...

¿Cómo? Se agitó muy nerviosa...?Y Maoliyo? ¿Como pudo olvidarse de Maoliyo?

Estaba tan enfurecida que aunque quiso pensar y razonar no lo consiguió. La figura de Maoliyo, en la calle, mirandola con sonrisa burlona, la exasperaba. Y habia que pensar.

¿Qué pasaría al día al día siguiente? ¿Cuándo descubrirían el cadáver?

¡Ah, pero la presencia de Maoliyo era para ella algo como la salvación. Él callaría. Y si no callaba era peor para él. ¿Podría él decir que la vió saltar la tapia? ¿Qué hacía él a aquellas horas? ¿Rondar a la novia? Nadie lo creería. Sería acusado de robo y asesinato...

Se rió satisfecha y se tragó el coñac de la copa. Luego apagó la luz.

"¡Uy, anuncian una muerte...." - habia dicho Aurora al referirse a los perros.

Y Maruca volvió a reír. Tía Lola oyó también las palabras de la moza. A la hora de declarar, las dos señoras repetirían esas frases y la moza no podría defenderse.

¿Qué móvil sería el de Maoliyo? se preguntarian las gentes. ¡Ah, la ambición; el afán de tener dinero; los dos querían casarse y necesitaban pesetas para formar la casa; tía Lola les habia vendido un rancho y ellos ambicionaban agrandararlo y poseer animales y comodidades. "¿Quién lo hubiera pensado!" exclamarían al saberlo. "¡Y parecían los dos tan buenos, tan humildes!"... Tía Lola exclamaría gimoteando; "¿Como iba yo a sospechar una cosa tan horrible? No puede una fiarse de nadie..."

No estaba bien pensar lo que estaba pensando. Ciertamente que no estaba bien, pero habia que salvarse. Entonces comenzó en ella una pequeña y floja lucha con su conciencia. Maoliyo era inocente. Y ella no era criminal. Maoliyo no era ladrón. Ni ella. La lucha fué cada vez más floja. Al final, sus miembros estaban relajados y los párpados le pesaban.

No podía dormir. Tenía que hacer desaparecer aquel mechón de pelos que estaría enredado en la hojarasca. No podía dormirse... Y aunque se durmiera... aquella tarde estuvo ella montada en la escalera y la propia Aurora la ayudó a subir... Pero Aurora callaría eso...

Aurora callaría eso y callaría más cosas, porque también Maoliyo habría de callar. ¡Claro! Callarían todos... Cuando se descubriera la cosa, se lo achacarían a cualquiera.... Justamente, porque don Horacio tendría más de un enemigo dado el tráfico que se traía entre manos... Callarían... Callarían....

Le pesaban los párpados. Era difícil permanecer despierta. Todo era difícil en la vida. La vida misma era difícil.... ¡Oh, y si Félix pudiera enterarse de aquello? Se rió. Se rió en alta voz, y tuvo que llevarse la mano a la boca para no armar ruido. ¿Félix? Eso; ¿qué diría Félix? ¿Y su padre? Se estremeció y le brotaron fáciles unas lágrimas. ¿Por qué no se dormía? Todos callarían. Todos. Hasta los perros. Porque los perros seguían aullando pero sin lastimar ya sus oídos; como si fueran una música arrulladora... Que arrullaban a don Horacio... ¡pobre don Horacio, tan feliz como se le prometía !...

Y Maruca volvió a reír y palmoteó la cama. ¡Tan felices como se las pro-

mejía ! Era un ridículo pelele. Y tenía los dedos duros y torpes. Le parecía verlo de nuevo, caído junto a la mesa, quieto, quieto, ¡muerto!... Era horrible que hubiese pasado así aquello, porque ella no podría salir de Rota en una temporada; el aburrimiento; el hastío; el convivir con los roteños y con la santa de su tía... Santa; santa... A la mañana al darle el beso, le preguntaría tan melosa como siempre;

-¿Que tal la noche, niña?

Y si le dijera....?

-Pues mira, tía; la noche ha sido de lo más variada y divertida; salté una tapia para conquistarme a un viejo verde y después le dí un empujón y lo maté...

¿Y si lo dijera?

Pero no. Callaría. Callarían todos...

Seguían aullando los perros y nadie les hacía caso. Seguirían muchos días aullando; a nadie le extrañaría no ver a don Horacio a quien supondrían de viaje; al cabo de los días, se esparciría un olorcillo especial y una nube de moscas entraría por la ventana....¿no ocurrió así en una ocasión que relataron los periódicos? Algo recordaba... Luego entrarían las gentes; se horrorizarían; se harían muchos cometarios... Y callaría Maoliyo... Claro... Todo era sencillo en la vida. La vida misma era sencilla para una persona valiente y tranquila.

Le pasaban los miembros. Los párpados. Afuera, algo así como una cantinela monótona se le escuchaban a los perros.

.....

No durmió Maruca. Aunque es posible que algunos segundos ~~estuviera~~ hubiera estado dormida. Ella misma no sabría contestar a la pregunta; aunque quizá hubiese contestado que no pudo conseguir atrapar completamente el sueño. Y en esos escasos segundos tuvo que incorporarse en la cama por una horrible pesadilla. Sí; cosa muy natural. Cosa sin embargo que, no merecería la pena de anotarse, si nó fuera porque la pesadilla y la realidad no eran fáciles de separar. Maruca se vió perseguida por una figurilla enclenque que decía: "Ella fué, ella fué..." La figurilla se subió a un árbol y gritó con todas sus fuerzas: "¡Ella fué! ¡Ella fué!" y las ventanas y las puertas de las casas fueron abriéndose y por cada una salía una persona gritando: "¡Ella fué!". Y ella corría, corría.... Y llegó a la playa, y corrió por las orillas del mar. pero el pueblo entero estaba allí también, y se movilizaron todas las barquillas para cerrarle el paso por las aguas. Y ella corrió desesperada por el pueblo y salió al campo, y quiso perderse en los pinares, y los árboles bajaban sus copas queriendo engancharla por el cabello. Y las gentes detrás. Y el hombrecillo gritando... No podía más; estaba rendida; sin fuerzas; agotada.... Le pesaban las piernas, los brazos, los párpados... Y había que correr para ponerse a salvo. Hizo un esfuerzo sobrehumano; adelantó mucho a sus perseguidores. Apenas si podía ya

escuchar la voz del hombrecillo; pero entonces, otras voces más potentes se alzaron con mayores amenazas; los perros y las campanas. Sonaban también unas campanas; tan fuertemente que parecía que las tocaban en su propia cabeza...

Se incorporó jadeante en la cama. Sudaba copiosamente. Se pasó las manos por la cara. Abrió los ojos para despertarse por completo, porque aún le parecía estar escuchando el campaneo infernal. La claridad del amanecer se filtraba por las rendijas. En el patio la claridad había de ser completa. Palmó su frente para obligarse a despertar, para ahuyentar el sonido...

Las campanas tocaban a rebato.

Se escuchaba la voz de tía Lola:

-¡Aurora! ¡Aurora!...

También se escuchó la voz de la moza al contestar:

-¡Señorita!...!Señorita, Dios nos asista!...!Fuego!...

Maruca saltó de la cama y se plantó en el pasillo.

-¿Fuego?...¿Dónde?...¿Dónde?...

Volteaban las campanas. Por encima de la azotea del comedor de los Onieva se elevaba una densa columna de humo.

-Desde el comedor se ve el fuego, señorita, - chillaba Aurora.

Maruca corrió hasta allí.

-¿Pero qué está ardiendo? ¡Habla!

-¿No lo ve la señorita? - y señalaba una llamarada que se alzaba por encima de la tapia del jardín: - ¿No lo ve? La casa de don Horacio...

.....

Las campanas habían levantado al vecindario. Alrededor de la casa estaban todos queriendo prestar auxilio.

Cuando don Fortunato y Maoliyo llegaron, ya se había formado un plan de salvamento y todos portaban cubos llenos de agua, que vaciaban rápidos sobre los muros y ventanas de la casa. La puerta fue derribada. Por las tapias del jardín había a un lado y a otro, escaleras de mano. Parecían brotar las personas portando agua en cubos, en jarros, en palanganas, en los utensilios más dispares y extraños.

La luz del amanecer no amenguaba el fulgor de las llamas, y sí, apretaba más las livideces de los asustados salvadores y expectadores. En boca de todos corria la misma pregunta:

-¿Y don Horacio?

La puerta del jardín de Onieva se abrió y desde allí gritaba Aurora, como enloquecida:

¡Maoliyo!...!Maoliyo!..

Maoliyo formaba parte del rosario de gentes caritativas, llevando un cubo con agua que alargaría al hombre que, montado en una escalera, se la daba a otro que, igualmente estaba montado en otra en el interior del patio y que a su vez se lo entregaba a otro que lo llevaba a apagar la hoguera. Maoliyo soltó el cubo y acudió presuroso al lado de su novia.

-¿Estás muy asustada?

-¡Uy, que miedo!...!Uy, qué miedo!...

Maruca apareció entonces. Aurora exclamó:

-¡Parece una muerta la señorita!... - y agregó vencedora: - ¿Vé la señorita lo que anunciaban los perros? ¡Porque de seguro que don Horacio está ahí dentro achicharrándose...!

Maruca miró fríamente a Maoliyo. Maoliyo rehuía la mirada. Entonces ella creyó comprender toda la verdad, y sintió repentinamente admiración por el tosco campesino, que había sido más listo que ella para borrar huellas. El hecho rápidamente lo situó así: Maoliyo la vio saltar la tapia y se formó el propósito de entrar y robar al prestamista; al verlo muerto le prendió fuego a todo, ¡listo había sido el bobo! ¡más listo que ella! era seguro que no hablaría. y junto a la admiración le nació un sentimiento de repugnancia, porque la conciencia de aquel ser tan elemental era oscura y siniestra.

Lola Onieva apareció también.

-¿Y don Horacio?...!Por Dios, salvar a don Horacio!... - gritaba atribulada.

Maoliyo quería escapar de allí y seguir acarreando agua para no ver a la señorita Maruca, que, apoyada en el quicio de la puerta fumaba nerviosa.

-Cada uno trae al mundo su sino, ¿verdad, Maoliyo...? - y al decirlo, lo miraba fijamente, como queriendo pactar un silencio.

El mozo la miró de soslayo. Estaba pálida la señorita y tenía unas ojeras tremendas y parecía que le temblaban las manos y que su cuerpo, forzosamente tenía que estar retrepado sobre el quicio para no caer. La señorita no pudo haber sido; la señorita entraría allí para sus asuntos más o menos indecentes, pero ella no pudo prender fuego a la casa.

Maruca tiró el cigarrillo y le ordenó:

-Trae la escalera, Maoliyo.

Y él obedeció como un atómata.

Y ella montó uno a uno los palos hasta que su cabeza tocó en el ramaje

je del limonero donde se le quedó enganchado el pelo; saltó la tapia y bajó deslizándose por el tronco al patio.

Desde el jardín Lola Onieva griataba escandalizada, mientras Aurora se subía también en la escalera para mirar curiosamente a la casa de don Horacio.

Maruca y Maoliye iban ya saltando por las yerbas secas, dirigiéndose a la casa siniestrada. Allí, las preguntas se hacían más terribles:

¿Y don Horacio?....¿Y don Horacio?....

Maruca volvió a tener necesidad de apoyarse en la pared.

.....

Don Fortunato tenía mucho trabajo; fueron muchas las personas que no pudieron apaciguar sus nervios con los remedios caseros; el médico era llamado desde las más alejadas casas; los roteños y los veraneantes, tuvieron un amanecer trágico, pero abundante en comentarios. Los más variados. Los más lógicos. Los más absurdos. Don Fortunato iba de una parte a otra. Siempre, al entrar, le decían:

-¿Qué le parece, don Fortunato, la desgracia?

Y don Fortunato, antes de contestar, reconocía al paciente, recetaba y luego decía:

-No me explico como pudo ocurrir...

-Pues dicen.... - ensartaban una serie de hechos más visionarios que reales.

-Pues dicen....

Volvía a escuchar en otra casa.

-Pues dicen...

En el casino también fantaseaban.

-Pues dicen...

En la playa.

-Pues dicen...

En la calle. En la plaza. En la puerta de la parroquia. En el paseo. En cualquier corrillo.

-Dicen...Dicen...

Don Fortunato, al fin, cansado, agotado, sudoroso, llegó a su casa, donde su mujer le esperaba con verdadera y angustiosa impaciencia. Porque también ella había escuchado los comentarios; pero a cada nuevo, se decía: "¿quién cree estas cosas? Cuando venga Fortunato me enteraré de la verdad..."

El comedor tenía las persianas echadas; la parte en sombra del jardín, fué regada; debajo del filtro había puzeto nuevo pañito de encaje almidonado; el cojín del sillón, lindamente mullido; los periódicos y las cartas, cuidadosamente colocados encima de la mesita de mimbres. En la cocina todo a punto. Todo dispuesto para la gran hora.

Hasta que esta llegó, no encontró sosiego Engracita. Así llamaba don Fortunato a su esposa. Quizá porque fuese menuda, pizpireta, hacendosa y graciosa. Quizá por mimo y cariño.

-Engracita, creí que no llegaba la hora...

Sentóse el médico en su sillón y estiró sus cortas piernas. Su mujer ya estaba arrodillada para cambiar sus zapatos por unas cómodas babuchas; luego se apresuró a abanicarlo suavemente; más tarde retiró del comedor los zapatos, la chaqueta y el sombrero. Cuando volvió se venía diciendo: "Ahora me enteraré de todo..."

El esposo ya estaba comiendo un picadillo de rojos tomates; sentóse ella a su lado y comenzó a pizcar con mucho desgano; a ella, la alimentaba ver el apetito tan grande de su esposo y su forma de satisfacerlo. También aquel día fué admirable el apetito del galena.

-Oye, Fortunato, ¡ay que ver la desgracia tan regrandísima del pobre don Horacio!

Silencio.

-...tú estuviste allí; me lo dijo Pepita que te vió...Ganas me dieron a mí de irme a casa de Lola Onieva para ver el fuego...No es que me gusten esas cosas, pero..., en fin... Desde luego que no fuí porque no dejaban de llamar: "¿Está don Fortunato?". "¿Está don Fortunato?". Y yo diciendoles a todos lo mismo: "Anoche lo llamaron al campo y todavía no ha vuelto..." Oye, a propósito: ¿Nació? ¿qué fué?

-Niño.

-También fué ocurrencia que no lo dejara para otra ocasión, porque te has pasado la noche en el aire y la mañana como un negro....¿Y cuéntame, Fortunato, qué dice la gente?

-¿Qué gente?

-¡La gente! La gente...¿Qué se habla?

-¿De qué?

-¡Ay, Fortunato, que no estás en el mundo! Te pregunto que qué se habla de don Horacio, del fuego, del robo, de Lola Onieva...

-¿De Lola Onieva...? - don Fortunato se alzó sobre el sillón como movido por un resorte; - ¿Qué hay que hablar de Lola Onieva? ¿Qué tiene ella que

ver con la desgracia? Solo que la casa quemada es suya y que es una nueva cosa que la pasa a la infeliz....

-!La infeliz!...Pues mira, Fortunato, más se habla de ella que de todo lo demás...

-?Pero me quieres decir...?

-pues dicen que, el fuego no fué casual...Dice que, la casa la tenía asegurada y que ahora...

-!Mentira!!Mentira!...De eso te respondo yo; la casa no está asegurada; y lo que insinuas...

-!Ay, yo no! !La gente, Fortunato, la gente!

-Pues una ordinariéz hacer caso a la gente ?lo oyes? y a mí me disgusta que tú, tú...

-Bueno, cállate!...Comprenderás que si vienen a la casa de una y le cuentan a una...

-!No escucha una! ?Estamos?...Seguro que tu amiga Pepita te ha contado chismes inventados por ella, porque a la gente, como tú dices, no se le ocurre esa barbaridad...Pepita nunca ha querido a Lola.... - y añadió sombrío: - !Ni tú! Hasta hoy no me he dado cuenta...

-A mí me daría igual si nó fuera porque tú...

-?Qué vas a decir?

-Nada.

-Habla.

-Pues mira, te lo diré: que tú tienes más gusto en estar en su casa que en la tuya.

-Eso es verdad.

-?Ves como no lo niegas?

-Siendo verdad por qué iba a negarlo? En casa de Lola no me molestan, no me buscan; me olvido que soy médico...

-Y porque siempre la quisiste tú.

-Sí.

-?Por qué no te casaste con ella?

-Estaba enamorada de otro.

-Y viniste a mí por despecho...

-No. Porque me gustabas. Y porque yo te gustaba a tí.

-Vamos, Fortunato, que no estoy para bromas.

-Ni yo.

Don Fortunato sorbió el último café de su taza y se levantó. Ella lo imitó y ambos tomaron la dirección del dormitorio.

En el, como cada día, estaba el lecho destapado. Don Fortunato con la ayuda de su esposa, comenzó a despojarse de las ropas. Cuando pudo tenderse, exhaló un suspiro de satisfacción y cerró los ojos sosegadamente.

Engracita vertía unas lágrimas.

-!Parece mentira! - gimoteaba.

-¿Por qué te atormentas, mujer?...Mira, acércate. Ahí. Siéntate en el borde ese. Así. Dame la mano. Escucha, tontita; tú y solo tú; ahora y antes. No te miento. Y comprende lo que te digo; a Lola también la quiero; cuando joven me hubiera casado con ella; ahora le tengo lástima...Y voy a su casa porque tengo que ayudarle...Es una mujer, ¿como te diré?; poco práctica; eso es; soñadora Mira, Engracita, es todo lo contrario que tú ¿comprendes? Y te voy a decir más: si estuviera permitido, yo os tendría a las dos....

-¿Quieres callar, grandísimo sinvergonzón?....!Pensar esas cosas a tus años!..

-No; si eso era antes...; ahora no sirvo ni para pensarlo...Y ¡ea! déjame dormir en paz...Estoy rendido; entre la noche y la mañana...

-Hasta luego, Fortunatito...

Don Fortunato no contestó. Cerró los ojos plácido y estiró sus brazos a lo ancho de la cama.

Engracita salió andando con las puntillitas de sus pequeñitos pies. Cerró la puerta con cuidado y se metió en la cocina.

-!No hay que tardar tanto rato en comer... - empezó a reñir a la servidumbre- !Aprisa, aprisa, que hay muchas cosas que hacer!...Hoy con la cosa del fuego están las faenas atrasadísimas... Y si nó, dime Manuela, ¿planchaste las camisas y los pañuelos de don Fortunato?...Y tú, Carmela, ¿limpiaste los metales del patio?....!Hija, que tiene una que estar en todo!..Aligerar, aligerar...Sobre todo tú, Maria, porque tenemos que preparar el bizcocho para que esté listo antes de que lleguen las visitas, porque luego con esto de don Horacio no ha de faltar quien venga a hacerle a una perder el tiempo...!Hija, que yo no sé en qué emplean las gentes las horas que siempre están dispuestas al vísitico y al chismorreo...

Maria, la cocinera, más en contacto con la señora, era más osada. por eso dijo:

-!Ay, que dicen las gentes unas cosas...!

-¿qué dicen? ¿qué dicen?

.....

En casa de Onieva fué don Fortunato bastante explícito. Llegó por la tarde. La reunión fué en el patio.

-Estais muy impresionadas...; demasiado impresionadas... - dijo al llegar, tomando asiento entre las dos. - No hay que preocuparse, Lola...

-¡Pobre don Horacio! Ayer estuvo aquí y me pagó algunos meses por adelantado porque pensaba irse a su tierra para pasar en ella una temporada... ¡Quiere le iba a decir!..Y mira, Fortunato, el pobre parecía muy bueno; no se le conocía enemigos, ni malos hechos... ¡A mí me ha dado mucha lástima de él!... ¡Qué suerte más mala! ¡Sin darle tiempo a nada! Aunque ¡quién sabe, si a última hora se acordaría de Dios!..

-Te repito, Lolita, que no debes attermentarte..; tú, reza y no pienses... Además, que a tí la desgracia también te ha cogido, porque la casa...

-¡AY, no pensemos en eso! ¿Qué vale una casa comparada con el alma de una persona? A mí lo que me apura es...

-Ya sabemos lo que te apura. Pues bien; te prohíbo pensar en eso. Piensa en otra cosa; en como pudo ocurrir, en lo que dice la gente...

-A mí no me importan los comentarios, Fortunato, a mí lo que me importa y qflige es la muerte del desventurado...

-Y a mí, Lolita, y a mí...Pero, mira, yo ando y me meto por todas partes y escucho muchas cosas...Hay que estar preparados para contestar a esas cosas que dicen las gentes...

-¡Bah, ¿y qué pueden decir?

Maruca, funaba, al parecer despreocupada.

-Tú estás muy pálida a pesar del colorete, niña.

-He pasado una mala noche.

-¡La pobrecita mía! Una indigestión...Despierta ha estado...Y luego, unos perros sin dejar de ladrar... ¡Qué noche!... ¡Que nocecita!..

-¿Qué has tenido, niña?

-Pues eso, una mala digestión...Bajé al comedor para coger la botella de coñac.

-¿A qué hora?

-No la sé exactamamete. Pudo ser las dos o las tres...No tuve la curiosidad de mirar la hora.

-¿No notaste nada anormal? ¿Humo...? Olor a chamusquina...

-Nada. Absolutamente nada.

-¿Y después?

-¿Después de qué?

-Después de bajar al comedor; al rato, vamos.

-Me puse mejor y me dormí Me despertaron las campanas...

-¿Tú conocías a Don Horacio?

-Hablé con él ayer por primera vez.

-Era muy enamorado.

-No pude notarlo.

-Se decía que tenía sus trapicheos en Cádiz... ¡Valiente escándalo tiene armado la tal! Como que se ha presentado en Rota y anda diciendo unas cosas. Está empeñada en que el fuego no fué casual; que alguien tenía interés en que muriera; que fué para robarle...

-¡Jesús! ¡Jesús!.. ¿Quién iba a hacer una cosa así?

-Lo cierto es que de haber sido por robar, el ladrón fué muy tonto porque se dejó casi todas las joyas en las manos de don Horacio...

-¿En las manos?

-Sí. A don Horacio lo encontramos junto a una puerta; parece ser que quiso huir por ella y que cayó desvanecido y dejó de existir abrazado a su tesoro. Es extraño que la puerta que dá al patio estuviese abierta. por ella pudo entrar el ladrón. quizá hubo lucha. Caería el reverbero al suelo; se prendería el fuego rápidamente; huiría el ladrón asustado...

-Pero todo eso son suposiciones, Fortunato... pudo ser así, pero sin ladrón...

-La puerta abierta...

-Un descuido.

-Un farol detrás de la puerta...

-Repito que pudo ser un descuido... Don Horacio tropezaría o incluso pudo caerse, ¿por qué no? A su edad, bien pudo sentir un mareo y caer al suelo desvanecido y reanimarse después y asirse a algún mueble y hasta volcarlo sin poderlo evitar, y llenarse petróleo... ¿no pudo ser así? ¿por qué hay que pensar que una persona llegara a robarlo...

-Se piensa porque... - don Fortunato bajó misteriosamente la voz - se sabe positivamente que faltan ciertas joyas...

-¡Dios mio! ¿Quién puede saber eso?

-Lo sé yo. En el tesoro de don Horacio falta el collar de oro de tu casa...

Lola palideció intensamente.

-Ese detalle no lo sabe nadie; solo lo sabemos nosotros y Maoliyo, y ahora lo sabe también Maruca...

-Pero tú...

-Yo no he dicho nada...; tampoco lo dije Maoliyo... Pero la mujer de Cádiz habló; habló y dijo las cosas que faltaban porque por lo que ella dice, ella le proporcionó algunos negocios, y él le había prometido regalarle algunas cosillas... De tu collar nadie hablará a menos que se encuentre al ladrón...

-¡Dios mio! ¿qué cosas!

-¡Sí, que cosas!... pues hay más... Figúraos que se dice que el ladrón se lo pudo entrar por la puerta del jardín ya que estaba abierta, pero que no pu-

do saltar las tapias por ser muy altas y necesitar una escalera, cosa que hubiera llamado la atención de los vecinos; pero que en cambio, pudo hacerlo tranquilamente por tu casa, Lola...

-¿Qué estás diciendo?

-Eso: que entró por tu casa. Y para confirmarlo, existen varios indicios: pisadas y huellas en la tapia medianera; y un mechón de cabellos en el ramaje del limonero...

-¡Dios mío, que cosas!

-Pero no te apures, Lolita; todo el mundo vió esta mañana, que tu sobrina, como una heroína, saltaba la barda y bajaba por el árbol, para ayudar a apagar el fuego; las huellas que existen son de ella y de Maoliyo; y...; vamos ¿quién va a sospechar de ninguno de los dos?...

-¡Ay...! - suspiró Lola Onieva.

Maruca se incorporó en la butaca y dijo:

-¿Y por qué no?... Dígame, ¿por qué no podemos ser sospechosos ninguno de los dos?

Don Fortunato comenzó a reír. Luego dijo:

-Porque dá la casualidad que Maoliyo ha estado toda la noche conmigo en el campo porque a una prima suya le costaba trabajo recibir a la cigüeña... Todas las gentes de aquellos ranchos son testigos de eso...

-pudo hacerlo antes de estar con usted.

-¿Antes? Antes estuvo hablando con su novia...; luego estuvo en la plaza y en casa de Ricardo...

-Entonces quedo yo.

-Quedas tú.

-¿Y qué? ¿No se sospecha de mí?

-¡Mujer!! - se asombró Lola Onieva.

Rió don Fortunato, y también exclamó:

-¡Mujer....!

Maruca se retrepó en la butaca y dijo:

-Entonces, en qué ha quedado todo?

-¿En qué vá a quedar, mujer?...¿Quien vá a hacer caso a una mujerzuela? ...Lo del robo, como lo de otras cosas que se dicen, son tan increíbles que no se tienen en cuenta...El hecho pudo ocurrir más o menos como ha dicho Lola; don Horacio era de constitución endeble; pudo tener con los preparativos de la marcha un trabajo exagerado y continuado; se alimentaba poco por tacañería; pudo tener un desvanecimiento y al caer arrastrar el reverbero...Nada. El caso es que ha ocurrido y que tenemos en Rota un motivo de charla aunque no sea muy amena...

-Entonces, ¿yo no soy sospechosa?

-Claro que no, niña. He dicho esas cosas a título de curiosidad...

-Sin embargo, he podido ser yo...

-¡Maruca!...

-Sí tía, no te escandalices; he sido yo, porque yo, sépanlo bien, era amada por don Heracio y yo lo visitaba; por eso, me esperaba con el farol en la puerta... Era mi amante...

-¡Maruca, te prohibo ese lenguaje!... En mi casa no se habla ni en broma...

-¡Qué tonta eres tía!... Deja que termine de contarlo; yo fui y como no quise hacerme algunos regalos, lo empujé...

-¡Cállate, que me pongo mala!...

-...lo empujé, y cayó al pié de la mesa, aunque luego lo encontraran al lado de la puerta...

-¡Calla, Maruca, calla!..

-¡Que gracioso, tía! ¿Te figuras a los dos?

-No me gusta lo que hablas...

-Calla, Maruca - suplicó don Fortunato - tu tía no comprende que tú también estás nerviosa.

-¿Son nervios, señor doctor?... ¡Oh, que linces! Dan ganas de reír...

-Retírate a tu cuarto, Maruca.

-Está bien, senora tía.... Te aseguro que esto de don Heracio es lo más gracioso que he conocido en mi vida... - y Maruca se alejó riendo.

Lola se abanicó con fuerza. Se había enrojecido su rostro y las venas en su cuello se hincharon alarmantes.

-Lolita, Lolita, no te atormentes... Tu sobrina lo que tiene es nervios; y los nervios le han dado por guasa...

-¡Me está dando un dia! ¡Que si Madrid, que si debo irme, que venda la casa, que la alquile!... ¡Que sofoco, Fortunato, yo no estoy para estas cosas!.. ¡Que me dejen en paz... Y dice que si yo no me voy a Madrid que de todas maneras ella se irá...? Tú no ves Fortunato, cuantos disgustos? ¿Qué vá a hacer esa niña sola en Madrid?

-¿Quiere irse a Madrid?

-A Madrid o a Barcelona ¡que se yo! ¡Ay, que disgustos! ¿Que disgustos, Fortunato!.. Tengo que retenerla; yengo la obligación de velar por ella, ya que no puede hacerlo su padre; es mi deber, ¿comprendes?; mi deber...

-Mira, Lolita; hazme caso; déjala que se marche; por ahora hasta te conviene a tí...

-¿Cómo vá a convenirme? ¿Qué voy yo a hacer en esta casa sola cuando se case Aurora?

-Te repito que te conviene. Figurate que dice algo de lo que acaba de decirnos, delante de Pepita, por ejemplo...

-¡Hombre! Tú mismo acabas de decir que son nervios... ¿quien le iba a hacer caso?

-Yo me entiendo, Lolita... El mundo es malo... Tu sobrina no tiene simpatías en Rota... Quizá por bonita, por distinguida, por su aire de extranjera..;

le tienen envidia... En el pueblo estamos deseando tener motivos de que hablar.. Felizmente lo de don Horacio está resuelto, pero sería una lástima que ella lo echara a perder...

-¿No irás tu a creer que la chiquilla...?

Don Fortunato calló y miró de soslayo hacia las habitaciones de Maruca.

-¿Per qué no hablas?..¿Serías capaz de creer...?

-Mira, Lolita ayúdale a marchar...

-pero contesta; ¿tú crees...?

-No preguntes tontefías, mujer... Te repito; ayúdale a marchar; proporciónale el dinero si te lo pide...

-¿Dinero? Tú sabes que yo...

-Te lo daré, no te preocupes.

-¿pero que interés tienes en que la criatura se marche?

-Tengo interés en tu tranquilidad; quiero que no te veas mezclada en la desgracia del prestamista.

-Es decir, que confieras que en ese existe un culpable... pues si es así, tu deber es ayudar a la justicia para esclarecer el asunto y que se le dé su merecido al criminal...

-Dejen las cosas como van... Y le otre, Dios está arriba y Él juzgará...

-Me estás asustando, Fortunato.

-Siempre fuiste una niña cobarde.

Lola no pudo contestar porque Aurora abrió la cancela para dejar paso a unas señoras que llegaban de visita. Don Fortunato se levantó y después de saludar, dijo, como si reanudara una conversación:

-Bueno, pasaré a ver a tu sobrina.

-¿Está mala? - preguntaron solícitas.

-No anda bien...

-¡Claro, la impresión!...

-Eso debe ser...

.....

Don Fortunato había entrado en el cuarto de Maruca.

Ella estaba tendida en el lecho sobre la colcha, fumando. Sonrió al médico y le indicó con un movimiento de sus dedos que cerrara la puerta. Lo hizo él así, y luego tomó asiento en la silla más próxima a la cama. Ella le guiñó pícaramente y preguntó:

-Reunión de brujas, ¿no?

Asintió el médico con una discreta sonrisa.

Luego hubo un silencio que amenazó ser largo y embarazoso. Maruca lo cortó diciendo:

-Y bien, doctor, ¿creyó usted lo que dije?

-En parte, 'sí.

Se incorporó ella en la cama y exclamó:

-Es usted un hombre inteligente.

-Gracias - contestó con burlesca ceremonia.

-?Y qué parte cree cierta?

-Pudo ser toda. - Echó una rápida ojeada a la habitación y señalando la botella de coñac, dijo: -Anoche bebiste demasiado; precisamente ayer estaba esa botella por aquí, - y con sus dedos señaló una altura.

-Tenía que olvidar.

-Tal vez. O tenias que pensar demasiado.

-Naturalmente.

-Supongo que tienes ya resuelto tu plán. Algo me ha dicho tu tia de tus proyectos de marcha. Creo que llevas razón en todo. El clima este no beneficia tu salud; el levante altera tus nervios. Es conveniente que salgas de Rota.

-Repito, doctor, que es usted muy inteligente.

-Es posible; yo tambien me admiro...He convencido a tu tia para que te deje marchar...?puedo preguntarte que vas a hacer en Madrid sin poseer dinero?

-Pienso trabajar; hay mil medios de trabajar. Yo soy una mujer emprendedora; poseo varios idiomas, cultura y audacia; poseo además una Bonita figura, y puedo casarme ventajosamente ?no le parece? en fín, no ha de faltarme el pan...

-Lo creo. Así que, cuando tú dispongas, te llevamos al puerto y te deja remos en el tren.

-Me parece magnífico. Cuando sea rica le haré un bonito regalo. Es usted mi angel tutelar. !Si supieran en Rota que ayuda usted a salvar a una criminal!..El egoismo de don Fortunato..., !Oh, la tranquilidad y la paz!...!La seguridad de poder digerir bien los platos sabrosísimos de Engracita!...

-?Cuando piensas irte, niña?

-Por mi gusto ahora mismo.

.....

No se marchó en aquel momento Maruca, aunque era su gusto.

Pero fué tan rápido su viaje, que, cuando a la tarde del dia siguien-

te llegó Maoliyo a ver a su novia, se encontró con la sorpresa de su ausencia.

Aurora lo recibió muy compungida y el mozo se alarmó; cuando supo la causa, respiró con fuerza y no es muy atrevido decir que respiró con profunda satisfacción, como si de sus espaldas hubiese resbalado un saco con cien quilos de patatas.

-Parece que no te importa que se haya ido la señorita...!tan rebuena, tan cariñosa!...La pobre, parece que recibió una carta de su papá con malas noticias...; toda la noche estuvo mala; y esta mañana, don Fortunato y su esposa y la señora la han llevado al puerto...!y está la casa vacía sin ella! ¡y yo no hago más que llorar! ¡que no debía una conocer a las personas ni tomarles cariño!...!y qué las cosas no vienen solas!..Una detrás de otra...

Aurorita siguió charlando y gimoteando, mientras que Maoliyo la miraba asombrado y pensativo, porque de nuevo, comenzó su cerebro el difícil trabajo de examinar los hechos relacionados con la noche del siniestro; y de nuevo, la figura de la señorita Maruca, saltando el tapial del jardín, le volvió a inquietar. Todo pudo haber ocurrido, como habían dicho el médico y la justicia; él quería creerlo así, porque era demasiado grande pensar en que la señorita pudo ser la causante de aquello. La señorita, aparte de su forma libre de ser, parecía de buenos sentimientos; porque una cosa era que le gustara, como a cada mujer, encender a los hombres, y otra, lo del crimen. Que la señorita quería irse a Madrid, le constaba a él; ¿y si la señorita fué a visitar a don Horacio para venderle alguna alhaja, sin querer que nadie se entarara? Pudo ser eso; ¡claro que pudo ser! como que, parecía que a las señoras les daba vergüenza decir que no tienen dinero...Él, a calzar. Por él, nadie sabría que la señorita estuvo allí, porque sería buscarle un lío; y además que saldría a relucir que él y la Urorita se veían por el jardín; ¡y eso no! La honra de la Urorita era sagrada. ¡Y qué no daba gloria verla llorando, brillándole los ojos detrás de las lágrimas como dos lúveritos...!)

-...y yo siento mucho que se haya ido...Pues ¿y mi madre? ¡uy, la pobre! ¡parecía que le iba a dar una cosa mala!...Una señorita tan guapa, tan campechana...!En Rota no había una señorita mejor que mi señorita!...!Y yo que estaba disfrutando pensando en que ella iba a estar en mi casamiento!...

(... ¿no estaba la urorita para comersela a bocados?...?En qué pensaba él, más tonto que nadie?...?acaso no estaban los dos solos en la casa?...Y si la empujara hacia el patio?....)

-!Ay, qué haces Maoliyo?...!Cuidado, que pueden vernos!...!Ay, que no! ¡que en el patio no estoy ni un minuto más!...pues bonitas son las gentes que están deseando ver tanto así para despellejarla a una!...!Ay, Maoliyo, que rebrutísimo eres!....

Maoliyo también volvió a la casa-puerta, aunque de muy mala gana y protestando. De mala gana, aunque no lo confesara, también volvió Aurorita. Ya sin gemir y sin hablar de la señorita Maruca.

-Mira, Maoliyo, mi madre hoy me ha dado las planchas para planchar la ropa, y mi cuñada dice que nos vá a regalar la olla y una sartén...Y tú dirás cuando vamos a ir a encalar los chozos, porque luego se echa el tiempo encima..

-¿Tienes mucha gana de que nos casemos, Urorita?

-Sí. ¿Por qué voy a decir otra cosa? Porque mira, Maoliyo, hasta sueño que...- se calló ruborosa.

-¿Qué sueños? ¿qué sueñas?...

-¡Tonto!....- y volvió avergonzadísima la carita.

-Jé, Urorita, pues ¿y yo?....¡Jé...!

.....

Si pasado el tiempo le hubieran ^{pedido} ~~preguntado~~ a Maoliyo que contara su vida, las cosas que le habian pasado, las cosas que habia visto, etec. no contestaría con acierto. Porque para él, la vida se reducía al momento presente. ¿De chiquillo? Dí, Maoliyo, de chico...?

-No me acuerdo de nada...Que dicen que tuve sarampión y que me lió mi madre en una teca colorada, y la colcha de la cama era colorada, y y también la cortina de la ventana, y por la noche a la luz le ponian un papel colorado..; todos parecian que estaban dentro de una tina de sangre...

Y de muchacho, Maoliyo, ¿fuiste a la Escuela?

-Un día...y uno se rió de mí porque yo llevaba a la cabeza el gorro de cuando mi padre fué soldado y yo le tiré al zagal una piedra... Pero yo no tuve que aprender a leer...En el servicio me leian y me escribian las cartas...

¿Y después, Maoliyo?

-Trabajar, trabajar, trabajar y en paz con todo el mundo...

¿Nada más, Maoliyo?

-Y este; mi Urorita....

Y lo diría así: ESTO. Porque para él, solo el momento presente existía. Y ESTO lo era TODO. El presente. Porque quizá sospechara que también ESTO, sería su porvenir.

Un porvenir risueño y dichoso. Lleno de paz y de amor. Un porvenir

que empezaría el día de su boda, y estaría escalonado con todos los días de su vida. Desde el memorable de su casamiento, todos sus días estuvieron presentes en su cerebro y sobre todo en su corazón.

.....

111

Cuando al fin quedaron solos muy cerca del chozo, quedaron parados. Has-
allí fueron acompañados por los padrinos; el hermano y la cuñada de Aurora. La
comitiva se había separado de los invitados cuando la tarde aún estaba clara.
La novia le dió un fuerte abrazo a su madre y se cogió del brazo de la madrina
para salir como huyendo de la reunión. Cuando aún solo habían andado unos pasos
se encontraron por la misma acera con don Fortunato que saludaba a la novia to-
do reverencioso y emocionado:

-Que sea para bien, muchacha.

-Gracias, - contestó Aurorita con un temblor ineportune.

-Que Dios te ayude como mereces, Maoliyo - dijo e médico al novio que
salía en pés de la novia.

-¡Jé...! - y la boca del muchacho se extendió jubilosa mostrando los
blancos y perfectos dientes.

-Guapa es la mujer que te llevas, chaval; guapa y hermosa.

-¡Jé, jé...! - y Maoliyo no cabía en sí de satisfacción.

La verdad que, Aurorita era preciosa y la verdad que aquel día estaba
más linda que nunca; bien peinada, bien calzada - unos zapatitos que compró en
Cádiz, como toda la ropa que llevaba encima, regalo de su suegra que tuvo empe-
ño en llevarla a la capital para equiparla "de lo mejor en su clase". - Pero lo
que más embellecía a la muchacha eran las rosas de sus mejillas, encendidas de
ruberes.

A la salida del pueblo se reunieron los cuatro y comenzaron a charlar
de cosas distintas. Charlaban los padrinos. A veces, Aurorita. Maoliyo, de vez
en cuando, soltaba una carcajada, viniera e nó a cuento con lo que los otros
decían. Los cuñados, se pelearon en broma, y a veces insinuaban, apuntaban de-

talles y motivos, que a Aurorita la llenaban de apuros y que a Maoliyo le hacían mirar con insistencia hacia la lejanía.

El camino no era largo, pero hubieran deseado recorrerlo, para más rapidez, montados en un burrillo o en una yegua, pero no hubo proporción. Maoliyo habló y dijo que lo primero que pensaba comprar si el negocio le venía bien, sería una burra o un burro. Se exaltaron las imaginaciones y convinieron todos en que el animal se les hacía muy preciso para que en su día, cuando el huerto diera fruto, traer la carga y vender en la plaza. También Aurorita expuso sus ambiciones: necesitaba una gallina ponedora; o necesitaba comprar algunos huevos y que la sobrina de Micaela, se los metiera a una gallina que tenía clueca. Entonces Maoliyo habló otra vez, para decir, que su madre en el naranjal les tenía apartados una camada de pollitos, el gallo blanco y tres gallinas poniendo.

-¿Por qué no me lo dijiste antes?

-Porque mi madre quiere darte una sorpresa...

Sonrió agradecida y ufana la novia, y suspiró de satisfacción.

-Que bueno es tener una suegra rumbosa...- apuntó la cuñada.

Se picó el marido:

-Voluntad no le falta a la tuya...

-Yo no he señalado a nadie.

-Por si acaso.

-Te pasas de listo.

-Porque te conozco...

Se apuró Aurorita:

-¿Vais a empezar otra vez?...

-¡Hija, así es la vida de matrimonio! ¡Tú verás...! No creas que siempre vá a ser como hoy...

Entonces Aurorita miró angustiada a Maoliyo. Este le dió cariñoso un codazo en la cintura y la tranquilizó exclamando:

-¡Jé!...!jé!....

Aurorita sintió la paz a su alrededor.

Ya divisaban el hogar; se componía este de dos chozos, con las pueetas enfrentadas y separadas por una pequeña superficie donde se alzaba una morera de grueso tronco y ampuloso ramaje. El campo se volvía arenoso y lleno de cañas que cantaban al son del viento acompañando al del mar. El mar estaba a un paso, bravo, duro, hermoso. Muy lejos se divisaban algunas casas aisladas. La de ellos, los cozos, parecían dos pequeños corchos flotando en un mar de arena.

La tarde se iba acabando. La luna asomaba ya, blanca y redonda. Las gaviotas se regocijaban balanceando en las olas. Muy lejos algún barco intentaba llegar a Cádiz y humeaba su chimenea airosa y apremiante.

-Nosotros nos vamos ya, Urora...

-Está bien.

-Adiós.

-Adiós.

El hermano de la novia le dió una palmadita en el hombro; luego habló muy bajito con el novio. El novio sonreía forzosamente; el hermano de la novia reía a grandes carcajadas. Luego, empujó cariñosamente a su mujer y le dijo:

-Vámonos, tú.

Y también le habló algo al oído, muy chistoso tuvo que ser, porque los dos reían fuertemente. Tanto que, las cañas parecieron quietarse y que unas gaviotas alzaron el vuelo asustadas.

Asustada sí que estaba Aurorita. Con ganas de gritar a los que se iban para que volvieresen. Con deseos de echar a correr tras ellos. Había quedado quieta. Cuando la mano de Maoliyo se posó en su hombro, ella dió un grito,

-¡Tonta!...Soy yo...

Pero hasta la voz parecía otra. Como otro hombre parecía él mismo, que la miraba con unos ojos negros, pero más negros; y brillantes, pero más brillantes; y le reía, y su boca parecía amenazar con devorarla. Otro hombre. Desconocido. Aterrador.

Sumisa y acorbadada acompasó sus pasos a los de él. El árbol ensombrecía las triangulares fachadas de los chozos; las puertas, que estaban pintadas de rojo, parecían negras. Una piedra alta y ancha, estaba adosada a un costado del chozo; entre ella y la pared, crecían frenéticos unos geráneos blancos; Aurorita dejóse caer en la piedra; le temblaban las piernas, como a Maoliyo le temblaban las manos y no atinaba a introducir la llave en el ojo de la cerradura; por fin, abrió.

Maoliyo tenía los ojos negros y brillantes, pero en aquel atardecer, el color y la luz presionaban fuertemente en ellos.

Aurorita sentíase desfallecer. Porque desconocía a aquel hombre que la estaba invitando a entrar.

-No!..!no!...- musitó.

Y él, súbitamente, sintióse hablador, comunicativo.

-?No tenias tantas ganas de casarte?

Ella no contestó. Él se sentó a su lado y la abrazó.

-?Me quieres, Urorita?

-!No!..!no!..

-?Ahora sales con eso? ¡Jé!¡Jé!... - Maoliyo reía con la mar de guasa.

Ella volvió a invitar a que entrase en el chozo. Ella volvió a rechazar la invitación.

A Maoliyo le caía el tufo de su cabello en la frente. Apretó la boca con imperio, decidido, resuelto. Sus brazos eran largos y fuertes. A él no le era difícil tomar a la novia, como si tomara a una niña chiquita, para transportarla. A él no le era difícil. La dificultad, estaba solo en la puerta del chozo, demasiado baja y estrecha. Pero Maoliyo, con el tufo en la frente, como banderín de guerra, estaba decidido.

Ella cerró los ojos y se abrazó a su cuello.

Una gaviota adornó entonces el azul. A Maoliyo le pareció que también era un pajarito tembloroso y asustado lo que llevaba en sus brazos junto a su corazón. Su corazón se movía impetuoso, alocado, grande y tremendo y el corazón de Urorita latía con igual locura.

Ya estaban delante de la puerta. Las piernas de la muchacha colgaban bien enfundadas en finas medias. Maoliyo se inclinó, intentando lo imposible. La puerta era demasiado pequeña. Y entonces, puso a la novia en el suelo y le ordenó:

-Entra.

.....

Para Aurorita comenzó una nueva etapa de su vida feliz. También empezó para Maoliyo. Ciertamente que sus trabajos y fatigas corporales se aumentaron. Ciertamente que la tierra era ingrata, el viento voluntarioso y el clima húmedo. Pero ellos eran fuertes, tenaces, incansables. Y le ganaba muchas partidas a la Naturaleza. ¡Ah! ¿No iban a servir los desvelos de Maoliyo? ¿Los afanes de Maoliyo? ¿El "sin vivir" de Maoliyo?

¿Qué la tierra es arisca? ¡Y qué! Ariscas son las hembras a veces, y se las conquista a fuerza de mimos y halagos. Y como además Maoliyo tenía un profundo pozo junto a sus chozos, de él sacaba el agua, para regar con cuidados maternales su huertecita; y en ella se pasaba horas y horas, enderezando un tallito, estirando unas hojas, limpiándolas de insectos pedazo a pedazo, trozo a trozo; quitándoles el polvo que el levante arremolinó en las plantas; no dejando que nacieran malas hierbas; mulliendo la tierra para que acunase al fruto hermoso, mismamente como Aurorita prepararía la cunita del crío que ya estaba esperando. Hasta escalofríos le daban solo de pensar en eso. Hasta se le nublaba la vista porque se le mojaban los ojos. Por eso apenas hablaba con la Urorita de aquellas cosas a pesar de que ella no desperdiciaba ocasión, desde que le dió la noticia. Una noticia casi de repente. Ya habían pasado más de dos meses desde que se casaron cuando se lo dijo. Habían estado los dos en los corrales recogiendo el pescado; fué un día de abundante pesca; ella había llenado una gran canasta de hermosos pescados, y le había dicho apartando una magnífica dorada:

-Este para la señorita Lola, de mi parte, ¿eh, Maoliyo?

Él, afirmó con la cabeza y prosiguió su tarea.

-...y le dices que pronto iré a verla - y añadió con cierto y marcadísimo retintín: - para lo que ella sabe...

Aunque se dió cuenta de que la muchacha rabiaba por hablar, se hizo el desentendido, y ella insistió:

-...que tengo muchas cosas que contarle....

Maoliyo levantó la cabeza y arrugó la frente, pensando que siempre andaban las mujeres queriendo dar noticias, veradedras o inventadas, como en aquel caso, porque qué podría contar la Urorita si nó que las calabazas iban a estallar de gordas, que las lechugas eran jugosas y parecían árboles de tan grandes, o que las gallinas le ponían a diario aunque los fries ya estaban encima, y que en el corral se pescaba mucgísimo, o que ya tenían el dinero justo para comprar le una chivita al compadre Manuel, o acaso, acaso... ¡claro! ¿cómo no cayó antes en la cuenta? le iría con la noticia de que sus padres le habían regalado una cochina; una cochina que estaba casi criada, pero a la que había que seguir alimentando hasta cebarla en regla. ¡Lo que maquinan las mujeres! Iría la Urorita con cuatro zalamerías a la señorita Lola, para que todos los días le guardara los desperdicios de la comida; le iría con la misma embajada y las mismas cucamonas a unas cuantas señoritas de Rota, y como la criatura tenía labia y salero para cargar un tren, se las camalaría a todas y sacarían la cochinita adelante sin pizca de gasto. Con solo el trabajo de ella, que tomaría una obligación más; la de ir cada día a Rota con el cubo, para recoger de cada casa lo sobrado y traerselo al animal. Era mucha mujer su Urorita. La miró enternecido. Él estaba de espaldas al mar y su blusa se le arrugaba en la cintura y en el cuello como olas macizas de un mar descolorido y sucio; amarrado a la cintura llevaba el pantalón de tosca tela y primorosos remiendos, arremangados en las piernas a distintas distancias de las rodillas; una, descubría la rótula ancha, fuerte, renegrida y callosa; por las enérgicas pantorrillas se derramaban los vellos, formando caminos por donde el agua se deslizaba hasta llegar a los dilatados piés, formando diminutos remansos entre los dedazos gruesos de fuertes uñas como peinetas de rosada concha; mantenía entre sus manos una dorada que despedía reflejos al convulsionar su cuerpo en la larga agonía; también le brillaban los ojos del hombre, con una adoración creciente; y le temblaban los labios, en los que danzaba una sonrisa de complacencia; y el viento agitaba sus cabellos que le caían en grueso mechón en su frente oscureciendo sus ojos.

Aurorita había erguido su busto, envanecida y orgullosa pero sin mirar al marido; suspiró debilmente y susurró:

-¿No aciertas lo que tengo que decir a la señorita? - y cogió la cesta del pescado iniciando la vuelta al chozo.

El sol se aproximaba al mar. El cielo era rubor dandoso. El mar espejeaba. Jugaban las olas. Agonizaban los pescados en el cesto.

Maoliyo iba conociendo a la mujer y por eso sonrió cachazudo; demasiado sabía él, que a ella le gustaba darse tono. Pero a él le gustaba hacerla rabiar. Era uno de sus juegos de amor preferidos. Por eso le dijo afectando indiferencia:

-¡Qué sé yo!...¡Cosas de mujeres!...¡Bah!...

-Pues mira - y comenzó a andar con la cesta cargada en las caderas; - es de una cosa que te interesa a tí tanto como a mí...

-¡Jé!...¡Jé!...

-Sí, sí, ríete!..Pero ¿a qué no lo sabes? - y lo miraba retadora.

Se espoleó el orgullo del hombre. Gritó:

-¿No lo voy a saber?...?Te crees que soy tonto?....

Aurorita soltó la cesta en el suelo, y corrió a abrazar al marido todita emocionada. Se sorprendió el hombre. Gostuvo a la dorada con una sola mano y se vió muy apurado para mantener al animal en ella porque se contorsionaba violentamente. Con la otra mano, Maoliyo, apretó la cintura de su mujer; una cinturita fina - no tan fina, ya - que dividía con elegancia las anchuras de sus caderas y la arrogancia de su busto.

"No tan fina, ya - pensó Maoliyo, abarcandola en toda su redondez, y buceando después en todo el cuerpo femenino; - gordita se está poniendo la zagalá; el campo es sano; y la tranquilidad; y las ganas de comer..."

Tuvo que apartar a la muchacha para sostener al pescado que estuvo en un trís de que se le escapara de su mano. Tambien los de la cesta estaban excesivamente alborotados, y dos, como ágiles equilibristas, describieron un brillante arco en el aire.

-¡Urorita que se salen de la cesta!...

Y Urorita corrió y se agachó para recogerlos; la arena salpicaba los flexibles y plateados cuerpos como dorado sudario.

-¡Uy!...¡Uy!.. - gritaba la muchacha riendo.

Maoliyo mientras, deshacia una caña y ensartaba al pescado grande para llevarlo con más facilidad.

Los dos se dirigieron en silencio al chozo. Más sonrosado el cielo; más cercano a las aguas, el sol; más juguetonas las olas.

Habian llegado.

-Bueno, comerás algo y te llevarás el pescado al pueblo... Y le dices a la señorita que mañana iré a verla...

-Sí, que irás a verla para pedirle que te dé los desperdicios porque tenemos una cochina... - empezó a decir el hombre con tono triunfador.

Ella lo miró de arriba a abajo.

-¿Eso te vas a decir a la señorita? - preguntó irónica.

-¡Claro!

-¡Claro!!... - imitó burlona su voz. - ¡Ay, que tontísimo eres...!

A él se le empezó a abrir la boca.

-Sí, sí: Tontísimo!

Se le abrió más.

-?Pero es que todavía no has caído?

Se le abrió completamente.

¿? por qué le vas a decir eso?

Se animó para contestar:

-Porque tú irás todos los días a recogerlos para engordar ala cochina.

Nonlo dejó terminar:

-!AY que no es eso, Maoliyo!...Mira, a por los desperdicios iré algún que otro día que tenga yo que ir a Rota, pero los demás días te los traerás tú, naturalmente, ya que vas a diario....

Maoliyo, se pasó una mano por la frente para apartar el mechón; se le quedó mirando y pensando, que, verdaderamente la chiquilla tenía razón, y que era natural que fuera él y no ella quien hiciera el acarreo de la comida de la cochina, porque así, de ese modo, ganaban tiempo para otros trabajos; ¿cómo no lo pensó antes él?

-...eso es; de manera, que, desde mañana, ya sabes cual es tu obligación...

-Sí, mujer.

Soltó el pescado en la cesta con los otros.

-Entonces, Maoliyo, ¿no caes todavía?

-?No caigo? ?En qué? - y se abrieron los ojos con estupor.

-?En qué? !Pero qué burrísimo eres....!

Se volvió a acercarse mimosa y tierna como una niña. La abrazó él. Le besó ella. La apretó él. Se estrechó ella. La besó él. Cerró los ojos ella.

Y dijo:

-?Todavía no caes, tontorrón?

Y él tomó su cabeza y alzó tembloroso e incrédulo la fina barbilla.

-!Urorita!!...!Urorita!!...?Eso?...

Cabeceó ella muy ligera, temblorosos los labios y abiertos los húmedos ojos.

-?De verdad,Urorita?,...

Y volvió la cabecita a moverse ligera, afirmando.

Maoliyo le puso ambas manazas abiertas sobre los mórbidos hombros; temblaban sus cuerpos, en una deliciosa agonía; reían sus bocas alegres; brillaban sus ojos esperanzados. La cara de Urorita parecía forrada con la púrpura del cielo. Repentinamente, las manazas de él parecieron aladas de tan suaves y livianas, y recorrieron el cuerpo feliz, con cariciosas e infinitas ternuras.

-!Jé!...!Jé!... - gemía, suspiraba, reía: - !Jé!...!Jé!...!Mi Urorita!

Y de pronto, se separó de ella, con un gesto cómico, y dijo, mientras asía la cesta del pescado:

-!A trabajar!...!Hay que trabajar más, que ya somos tres!..

-!Pero ven acá! ¿Te vas a ir sin comer?

-Sin comer me voy. A la vuelta comeremos los dos. Ahora, a no perder tiempo y a vender el pescado....- la volvió a besar, apasionado y amoroso; - ¡Soy el tío más grande de Rota! ¡El amo del mundo!...!Hasta luego, Urorita!....

.....

Desde aquel día memorable no desperdiciaba Aurorita ocasión de hablar del crío. Maoliyo la escuchaba siempre en silencio, con los ojos muy brillantes y la boca entreabierta. Todo empezaba con el amanecer; a veces, antes; entonces, era cuando él se echaba de la cama muy suavemente, para recoger en el corral el pescado que entró con la marea; ella, sentía que él marchaba y sentábase en la cama, restregándose los ojos dispuesta a seguirle. Y Maoliyo, ordenaba:

-Tú, quieta.

Protestaba ella;

-Voy a ayudarte; habrá luna...

-Está nublado.

-Te sostendré la luz.

-No, no hace falta. Me basto yo solo...Tú quédate a dormir más...

-Yo no duermo más...

-Chiquilla, no son todavía las cinco....

-¿Y qué...?

A veces, él, se imponía; entonces, tenía que enfadarse y comenzar a soltar palabrotas. Aurorita era prudente y cedía diciendo:

-Bueno, como quieras...Pero me gustaría ayudarte, porque la carga es muy grande para uno solo...

Se enternecía el muchacho;

-Hay que cuidar al niño, ¿sabes, mujer?

!Ah, y ya se lanzaba ella con sus misteriosas y sabrosas conversaciones! Que si su prima le habia dicho. Que si don Fortunato la vió y la miró y le dijo que todo iba bien. Que si a la señorita Lola habría que decírselo. Que si pensaba mandárselo a decir a la señorita Maruca. Que si la matrona llevaba muy caro. Que si ella se aviaría de cualquier forma. Que si le pondrían de nombre

Manuel, como el padre...

Cada día hablaban del nombre que habrían de ponerle y ya estaba más que decidido de que se llamaría Manuel, como el padre...

A Maoliyo se le hacía la boca agua y experimentaba un gozo infinito e inefable al oírse llamar padre.

Al amanecer se levantaba Aurorita. Abría la puerta del chozo que les servía de dormitorio y abría el que estaba enfrente y que dedicaban a cocina, comedor y albergue para los pollitos que guardaban en un canasto, y de almacén para los frutos de su huertecita, para los utensilios de trabajo, para menudencias precisas.

En el chozo pequeño entraba, y sacaba a la puerta los avíos para hacer el café; encendía la candela, con tal arte y maestría que era maravilloso ver como soslayaba el peligro de un incendio. La muchacha no sentía pereza; mientras ponía en la lumbre el puchero, renegrido por las llamas y pesado por las granzas retenidas de una vez para otra, sacaba agua del pozo, y colocaba las calabazas, o lechugas, o melones, o patatas, según la época, en el cesto o saco apropiado para llevarlos a vender al pueblo; entretanto, el gallo paseaba con majestad y altivez por las cercanías del chozo, y las gallinas alborotadoras y bullangueras, bajana del árbol que de noche les servía de gallinero; picoteaban afanosas en las arenas apretadas, se perseguiaban cuando alguna, al parecer, había ~~que~~ encontrado alguna comida sabrosa, despreciándose entre sí, y sonsacando livianas y femeninas, al macho complaciente y envanecido.

Aurorita no perdía tiempo. Antes de que el sol apuntase sus primeros rayos, estaba el café humeando en el tazón. Luego, llamaba a Maoliyo que, según las mareas, podría estar en el corral o en la huertecita. Y según donde estuviese, se manifestaba su carácter; era un cambio profundísimo; la misma diferencia que hay entre un hombre de mar y uno de campo; el pescador y el labriego. Maoliyo, como la gran mayoría de sus paisanos era ambas cosas. En el mar se transformaba su aspecto exterior, tanto como su mirada y sus movimientos; y cambiaba su olor caliente, mezcla de aromas y pestilencias, por el fresco de algas y marisco. A Aurorita le encantaba sentirlo junto a ella; a él, le alegraba puerilmente sorprenderla y taparle los ojos con sus callosas manazas.

-Vienes de la huerta, - decía segura.

O bien se encogía, para decir:

-Me escuecen los ojos; vienes de la mar.

Y reían los dos felices y complacidos.

-¡Ayúdame a tender la ropa...- le decía a veces, para reírse de su torpeza.

Al pueblo iban los dos muchas veces juntos. En Rota separábanse para cada cuál dedicarse a sus ocupaciones. Mas de ella eran muy iguales; también las de él. Aurorita siempre llegaba a saludar a la viuda de Brizales y en la casa echaba los grandes ratos. El servicio doméstico de Lola Onieva consistía en una

muchachita prima de Aurorita, que habia cumplido pocos dias antes de entrar en la casa, catorce años; era fuerte y dispuesta; pero Aurorita, al entrar en la casa, comenzaba a verd descuidos y leves suciedades, que durante su reinado de moza, jamás de conocieron. Aurorita entraba muy cariñosa y preguntaba:

-?Quiere la señora que la peine?

Y antes de que Lola contestase, se dirigía la muchacha a toda prisa para el cuarto de aseo.

A Lola le gustaba que le anduviesen en la cabeza porque lo hacía Aurorita con tanta suavidad como diligencia. aquellos ratos habian sido y seguían siendo un recreo para ambas y un momento de diálogo.

Un dia le dijo Lola Onieva:

-?Sabes que tendré que ir a Madrid?

-?Si? ?Está malo el señorito?

-No. Es que se casa.

-!Uy, qué bien!

-?Te dejará "aoliyo venir conmigo?

-!Digo! !Al fin del mundo!... - pero luego, recapacitando, se atrevió a preguntar: - ?Es pronto?

-Tardará todavía...Porque ?sabes? se casa con la señorita maruca...

-!Uy, !... - y luego apuntó una idea: - ?Y por qué no se casan en nota? Es lo natural, estando la señora viviendo aquí...

-Eso les dije yo, pero ellos opinan, y pensando así llevan razón, que en Madrid, como no tienen compromisos, harían la boda sin tatos gastos...

-Eso es verdad, porque !claro! los señores tienen que hacer unos gastos que los pobres nos ahorramos...Pero !vamos! que lo bien visto es que se casen aquí que es donde se les conoce, porque la gente piensa que será verdad o no será verdad que se hayan casado como Dios manda...

La señora exclamó toda ofendida y severa:

-?Como te atreves a decir esa majadería?...Eso nolo puede pensar nadie, criatura...Ni mi hijo ni mi sobrina son esa clase de seres desgraciados...Se casarán por la iglesia y ya se enterará todo el pueblo cuando llegue la hora de las amonestaciones...

Aurorita pronunció unas cuantas palabras de disculpa y durante unos minutos ambas estuvieron calladas. Luego, Lola, volvió a preguntar:

-?Te dejará "aoliyo? Porque, mira, tu prima es muy buena y muy dispuesta, pero mi tranquilidad es tu compañía...

-Descuide la señorita, que esté yo como esté....

Las últimas palabras fueron pronunciadas con un sonido nuevo e insidioso. Lola Onieva se sobresaltó:

-!Ave María purísima! ?Qué quieres decir, Aurorita?

A Aurorita le temblaron las manos y apretó en los dedos los cabellos que tan delicadamente tratara segundos antes.

-¡Me haces daño, Aurorita! ¡No tires así!... Dime criatura, ¿que has querido decir?

-¿pero no lo sabe la señorita? - y plantándose delante de la señora, le hizo observar las nuevas dimensiones de su cintura.

-¡Ave María purísima! - exclamó Lola Onieva, agradablemente sorprendida -¿De qué forma te he mirado que no pude darme cuenta, criatura?

-Pues bien gorda estoy...

-Sí, pero yo lo encontraba natural; en el campo, ya se sabe que se tienen más ganas de comer, y además allí trabajarás menos que en casa, porque allí.

-Pues no crea la señora, allí tampoco puedo cruzarme de brazos...

-¡Ya, ya!... Y dime, estarás muy contenta ¡claro!...? Y como no me lo has dicho antes, mujer?

-me daba reparo.

-¡Bah! Debes estar muy contenta, porque los hijos son bendiciones de Dios...? Y para cuando?

Aurorita quedóse pensando un poco y al fin dijo vacilando;

-Pues a lo mejor será allá para el verano...

-pero sobre qué más?

-Quizá en julio; yo no sé...

-pero bueno, tú...

-Yo se lo he explicado todo a mi prima y ella es la que me ha dicho que será para la Virgen del Carmen.

-Entonces ya tienes nombre si es niña.

-Sí, que tiene; el nombre de mi suegra; Regla.

-Muy bonito, ¿Y si fuera varón?

Aurorita ensanchó su boca con una sonrisa de placer, y dijo, mimosa, paladeando las sílabas:

-Maoliyo, como el padre.

Y nuevamente, sus dedos se ocuparon en peinar los suaves cabellos de Lola Onieva.

-Bueno - dijo esta al cabo de un ratito: - quedamos en que me acompañarás a Madrid.

-Sí señora.

Callaron nuevamente. Aurorita le clavaba las últimas horquillas en el moño; alisaba los cabellos cercanos a las orejas; le despojaba del peinador; guardaba, limpiándolos previamente, los peines; por último, le cepillaba los hombros y espalda.

Luego, plantándose otra vez delante, dijo la muchacha:

-Yo le quiero decir a la señora esto desde que lo supe, y encargué a Maoliyo que se lo dijera porque a mi es que me daba vergüenza; y todos los días le preguntaba yo á él: "Maoliyo, enteraste a la señora?" - "No". Y todos los días lo mismo. ¡Eas cosas! Y yo quería que la señora lo supiera enseguida porque...

que...

Y aquí, la muchacha, enrojeció y quedó cortada.

-Sigue, mujer, sigue...

-...porque, como la señora siempre me prometió ayudarme cuando el caso llegara..., pues, eso.

-?Y qué te hace falta de momento?

-De momento, nada; pero hay que prevenirse de todo. La señora me dijo que la cuna...

Lola se apresuró a decir;

-!Oh, no!. De ningún modo. Yo no he podido ofrecerte la cuna...Te habré dicho que te daría cosas para la cuna, colchón, almohadita, mantas... !pero la cuna!. Es una cuna que le sirvió a mi padre, y a mí, y a mi hijo..., y que servirá a mis nietos...

-Sí, sí, eso es; los avíos para la cuna...Maoliyo es muy mañoso y con algunas tablas él mismo la hará; y si no en un cajón o en una canasta..., lo principal es lo otro...

-pues cuenta con lo principal y con todo lo que yo pueda favorecerte...

-Ya le iré pidiendo... Y a don Fortunato también le tengo que decir algo, porque su señora es muy buena y siempre me ha dicho: "Urorita, yo en lo que se ofrezca..." !Ay, que rebuenísima es ella también!....

.....

Aurorita tardó aquel día mucho en volver a su chozo, porque Aurorita aquel día se dedicó de lleno al comadreo. Con esta palabra se lo dijo a su esposo, cuando pudo hablar con él. Porque la muchacha, muy avispada, muy concedora de las amistades de su señora, sabía buscar y encontrar la ocasión. A casa de don Fortunato, había llegado, toda llena de cumplimientos y cortesías:

-...porque una sabe agradecer, ¿sabe usted, señorita Engracia? porque una le tiene apego a las personas que siempre la han mirado bien; por eso, yo me dije: "Urorita, ahora que tienes tienes, vas a casa de don Fortunato para ver a la señora, y aquí me tiene usted con esto...." - y la muchacha, artera en la conquista, sacó del fondo de la cesta un envoltorio tosco, mostrándoselo a la señora.

Ésta, sonrió vencida por la atención y el regalo inesperado.

-?Qué traes ahí, muchacha?

-Pocas cbsa, señorita, ¿qué voy a traer? ¿qué quisiera una traer? ¡Ay, todo lo que la señorita se merece! Pero ya se vé, una es pobre y una no puede dar mucho...

Mientras Aurorita hablaba, iba desatando los nudos que tenía el burdo paño a cuadros azules y blancos, trozo de un viejo colchón, que ella había reco-sido y cuidaba de tenerlo siempre muy limpio, para las ocasiones; el envoltorio quedó destapado y media docena de huevos, deslumbrantes y gruesos, aparecieron al fin. Los tomó Engracia, delicadamente y los fué colocando en una primorosa cestilla de mimbres.

-Fíjese la señorita, que requetehermosísimos son...!y frescos!..

-¿Tienes muchas gallinas?

-Pocas; pero ya Dios dará más. Mire, señorita, cuando me casé mi suegra me regaló un gallo, algunas gallinas y pollitos; yo me agencié unos huevos y me los ascó una gallina de la sobrina de Micaela, con la suerte de sacarlos todos. Así, que tengo diez gallinas poniendo y veinte y cuatro pollitas...

-Pues sí, que está bien eso, mujer... - y añadió Engracia muy amable: - ¡Cuanto me alegro de que hayas tenido suerte!..

-¡Ay, señorita de mi alma! que sí; un hombre muy trabajador y muy rebue-no; muy cariñoso...!sí que he tenido suerte!...!y para colmo, esto!.. - y Auro-rita, señaló con sus grandes ojos, la nueva dimensión de su vientre.

-¿Sí? ¡Cuanto me alegro!...?Y como lo pasas? ¿Como lo pasas?

-Pues hasta la presente como si tal cosa...

-¡Qué bien!..

Engracia había mirado repetidas veces hacia una puerta por la que se es-taban escuchando voces apagadas y constantes.

-¡Ya están las mozas de palique!... - murmuró: - ¡Como no esté yo enci-ma no hacen nada!..

Aurorita comprendió que la estaba despidiendo, pero ella tenaz y porfia-da, y no se dió por enterada.

-¡Con las cosas que hay que hacer en una casa! - dijo - Ya vé, señorita, yo tengo un chozo y somos dos personas, pero no paro en todo el santo día...

Sonrió Engracia, y aclaró:

-¡Pero mujer! ¿vas a comparar?

-No comparo, si no se puede comparar...!una casa de señores y un chozo!.

-poco habrá que hacer en un chozo...

-En el chozo poquísimo, pero ¿y en la huerta? ¿y los bichos? ¿y el co-rral?

-Eso es cosa del hombre...

-¡Ay, señorita, que le tengo que ayudar mucho, porque se necesita para vivir, que está todo muy caro...

-Mira, no te quejes, que tienes muchas gangas.... - y Engracia apuntó co-su fina mano a la cestilla de mimbres: - Esto mismo....

-¿Esto mismo? ¿Los huevos? ¡Ay, señorita de mi alma! A perra gorda vendo cada uno y a tres chicas dos, y si las gallinas no tuvieran que comer grano, sería un negocio redondo, como dice mi suegra, pero, ¿y el grano? ¿sabe la señorita a como me cuesta medio almud de...?

-¡Anda, anda y no te quejes!... - y mientras, impaciente, iniciaba unos pasos hacia la puerta.

Aurorita abandonó repentinamente la diplomacia, y entró en el asunto que le había llevado hasta la casa del médico.

-Yo no me quejo, si es un decir; si yo, gracias a Dios tengo mucha suerte y todo el mundo me quiere bien y me ayuda...Y eso es lo que le tenía que decir a la señorita, que la señorita se acordara de mí, que la señorita rebuscara algo para ir yo juntando y....

-¡Ay, mujer! ¿Y yo qué tengo? Yo no juve hijos y no tengo nada guardado.

-Si nó nace falta que sea de críos; cualquier cosilla; una sabanilla desechada...

-Yo no desecho, mujer; a mí todo me sirve; de las sabanillas hago paños para limpiar los cristales...

-¡Cualquier cosa, señorita!.. Siempre habrá alguna cosilla que me sirva a mí...

-que nó; de verdad que no tengo...

-A mí todo me sirve...Lo que la señorita vaya a tirar...

Y la señorita se indignó:

-¿Tirar yo? ¿Yo? Yo no tiro nada...; yo miro mucho un céntimo, porque a mi marido le cuesta mucho el ganarlo...

-Sí que es verdad... - y resignada al parecer, comentó: - ¡Y yó que contaba con la ayuda de la señorita! ¡Qué se le vá a hacer!...

Se conmovió Engracia:

-Mujer, algo te daré.... y acercándose a la puerta, llamó y pidió la canasta de la costura de repaso.

-¡Si ya sabía yo, que la señorita Engracia no me dejaba irme sin darme algo!..¡Si la señorita tiene un corazón de oro!... - decía después Aurorita, doblando cuidadosamente un trozo de tela blanca que la señora del médico le entregaba con gesto heróico. - ¡Que Dios se lo pague!..De aquí saco yo dos pañales...

Y cuando despues de repetir muchísimas veces lo agradecida que estaba, des de la puerta, ofreció:

-....y mi Maoliyo le traerá a la señorita un dia de estos, un saco de picón del mejor...!

.....

¿A qué hora llegó Aurorita a su hogar?

Aurorita tardó muchísimo en volver. Ya ni el sol alumbraba cuando ella comenzó a andar por su caminito. ¿Qué diría Maoliyo cuando la viera entrar? ¡Madre suya!...¿Como se aventuró a visitar a tantas personas, si ni siquiera había dejado preparada la comida? Y que en el invierno no es como el verano; en verano, con unos tomates y sal ¡tan campantes!, o con un melón y agua fresca, o un racimo de uvas y un pedazo de queso...; en el invierno todo distinto; y que ella fué aquel día sola al pueblo a por viandas; café, azúcar, pimentón, aceite, sal, vinagre, tocino; a por cosas muy precisas; de nada había en el chozo; todo lo llevaba ella recién adquirido en la cesta; ¡y como pesaba la cesta! ¡hasta sus gotitas de sudor le corrían por la frente! Y el tiempo no estaba de calor, si no de todo lo contrario; pero ella sudaba, además, por el peso, por la intranquilidad que de pronto le había entrado pensando en el recibimiento que le haría el esposo. Cierta que nunca tuvieron ni un sí, ni un nó, ni un más ni un menos, pero también era cierta que ella nunca dió ocasión a nada, hasta aquel día, que era tan tarde... Tan tarde, que ni el sol andaba por el cielo.

Y Aurorita buscó su estela, ansiosa y esperanzada. El cielo estaba gris. Gris acerado. También lo estaba el mar, y Cádiz parecía envuelto en espesos tules negros, y las torres gemelas, blanqueaban como leves y asustadas gaviotas. Hasta entonces no se dió cuenta Aurorita de que el sol no había desaparecido, si no que había sido taponado por grandes y sombríos nubarrones. Como tormenta. Así seplaba el viento, y agitaba las cañas y hacía huir atemorizadas a las ave-cillas, y batía fiero las aguas del oceano. Aurorita se sobrecogió. ¿Estaría Maoliyo en el rancho? ¿Estaría en la mar? Algunas veces se embarcaba en el bote del compadre...¿Y si lo hubiera hecho cansado y aburrido de esperar? Aurorita, llena de remordimientos, apresuró el paso, aunque la cesta pesaba y la cintura la sentía dolorida como si una soga se le hubiera liado para estrangularla.

Bravo y rugiente el mar. Iracundo el cielo. Temolorosas las cañas. Tembloso también el corazón de Aurora. Y ella corría tropezando con las piedras, porque porque solo miraba anhelante hacia el chozo que divisaba ya, redondo y oscuro, como si una nube siniestra se hubiese bajado a su rancho. De Maoliyo no veía ni adivinaba su silueta; en el huertecito no estaba, o quizá estuviese agachado cuidando las plantas? La morera, alta y ancha, balanceaba su copa, donde el ramaje parecía dislocado. ¿Y las gallinas? ¿Qué habrían hecho las gallinas? Si estaban en las ramas del árbol, estarían asustadas y a pique de caerse. ¿Y la cochina? ¿Y los pollos? ¿Y la chiva?...!Madre suya, que cosas podrían estar pasando! ¡Y que faltita hace una mujer en su casa! ¿Cómo pudo ella perder la cabeza hasta el punto de dejar todo aquello abandonado? Y lo peor era lo otro. Lo

otro; que al Maoliyo le hubiera dado por irse con el compadre en el bote, o con su hermanillo; porque lo mismo el compadre, que el Perico eran valientes y no le temian a los temporales.

Casi le saltaban las lágrimas a la pobre a Aurorita, aunque ya estaba tan cerquita de su casa que parecía que podría alcanzarla con solo alargar la mano. Podría eso ser una exageración, pero ~~inexplicable~~ lo era, el decir que si daba una voz, podría oirla si estuviera allí.

-¡Maoliyo!... ¡Maoliyo!...!

¡Madre suya, que requetealegría! Allí estaba el hombre, a la puerta asomado, tranquilo y sosegado, como siempre, y ya a ella no le pareció la choza sombría, sino clara y alegre.

-Acércate, gandul, y cógeme la cesta.... - le dijo ella.

Se adelantó él y la cogió levantandola en alto como si fuera una caña. Ella admiró su fuerza y le sonrió amorosa, y siguió sus pasos con un nuevo aire lleno de presteza y hasta de gallardía a pesar de que la cintura parecía que se le iba a partir. Y a pesar de su cansancio, quedóse parada en la explanadita, buceando en el ramaje del árbol.

-Tú, ¿y las gallinas? - gritó alarmada.

-Aquí se han metido.

Se tranquilizó al verlas arrinconadas en el fondo del chozo que les servía de comedor-cocina-almacén.

-Oye, tú ¿y la cochina?

-¿No la ves ahí? Amarrada de una pata al árbol.

Sonrió la joven, excusando su atolondramiento.

-¿Y la chiva?

-Mírala con las gallinas.

Respiró Aurorita viendo sus temores desvanecidos, y sus tesoros a salvo. Entonces entró en el chozo y se derrengó sobre la silla baja, cerrando los ojos beatíficamente. Pero algo vió, inesperado, que le hizo abrirlos extasiada para preguntar:

-Oye, tú ¿qué es eso blanco?

-¿Eso? - contestó él, soltando en el suelo la cesta - Eso es un trapo que te dejaste tendido en el cordel...

-¡Ay, sí!... - y Aurorita, se dió una palmada en la frente: - Mis enaguas blancas que las dejé puestas a secar... - y luego, se rió con todas sus ganas: - ¡Y mira que haber caído en recogerlas!...

-¡Sí, mujer, si los hombres no servimos para nada!...

-¡Ay, grandísimo pillo, ven aquí que te dé un beso, que te lo has merecido!...

Maoliyo era obediente. Obediente y cariñoso.

Al cabo, ella preguntó cándida:

-Oye, tú ¿y de comer?

-De comer, nada.

-¿Será posible? ¡Por supuesto, que ibas a comer si no había nada en la casa hasta que yo trajera...! Pobrecito mío! Pues ahora mismo te preparo yo la comida; vé encendiendo la candela mientras yo saco las cosas...

-¿Pero qué traes en la cesta?

-Algunas cosillas, Maoliyo, porque mira, para que lo sepas, yo he tardado tanto en volver porque he estado en Rota comadreando ¿sabes?

Y ya, a la vez que el hombre preparaba la candela, sacaba la sartén, le echaba aceite, acercaba un plato, dos pares de huevos y sendos chuscos de pan, la mujer, desde su asiento bajo y ancho, abiertas las piernas para holgura del vientre, seguía sacando cosas de la cesta sin dejar de hablar.

-...porque mira, Maoliyo, "niño que no llora no mama", y pedir no es malo; malo es, robar; y yo, me fui a ver a la señorita ¿sabes? y le conté las cosas y como hablando se entiende la gente, pues yo, al cabo de un rato salí de allí la mar de satisfecha porque la señorita me vá a dar ropitas, una manta, un colchón, un...

Y Aurorita relataba llena de gozo, todo lo que Lola Onieva le había prometido.

-... y yo, le llevé una docena de huevos de los gordos además de las patatas que tú tenías apartadas para ella...

Fueron echados los huevos uno a uno en la sartén por el hombre, y por él fueron sacados fritos y volcados en el plato; quitó la sartén, y colocó sobre las brasas un renegrido y brillante puchero de barro cocido, para hacer el café. Entre la silla de la mujer y el asiento del hombre, había un tosco banquillo, que les servía de mesa; sobre él fué colocado el plato con los cuatro huevos; luego Maoliyo, entregó el pan a ella y puso en sus manos una botella de vino.

-Échate un trago, Urorita.

Lo hizo así la mujer, y lo hizo después él; luego ambos, la emprendieron con los huevos, con tal voracidad que no dió tiempo a que ni tan siquiera se calentara el agua del pucherete.

-...y luego, estuve en casa de don Fortunato...

Se alarmó él:

-¿Por qué fuiste?

-¡Hijo, no te asustes! Fuf, porque siempre, por lo que pueda ocurrir a tí o a mí...; que hay que estar a bien con ciertas érsonas.... Como yo conozco a la señorita Engracia, pues fui con al achaque de que si me acuerdo mucho de ella, que si patatín, que si patatán ¿sabes? ...!Las cosas, hombre! que el día de mañana nadie lo ha visto y que alguna vez lo podremos necesitar...

Maoliyo no se calmaba con sus palabras; al contrario, cada vez se acordaba más en y con más pavor de su prima Casilda.

-¿Pero es que tú crees...? - se atrevió a insinuar.

-¡Yo que voy a creer, borrico! ¡Y que te asustas por nada!...Yo, es,

que te digo, que el día de mañana nadie lo ha visto y que hay que estar bien...

-Ya, ya lo has dicho.

-....y por eso, yo, con mucho saber, pues me he llegado y he echado un rato de palique con la señorita Engracia, le he llevado seis huevos, y le he dicho al salir, que dentro de unos días tú le vas a llevar un saco de picón....

Aurorita prosiguió contando sus andanzas, sus visitas, los regalos que pensaba recibir, los que ella a su vez había hecho:

-....y le regalé a la señorita Pepa, seis huevos...

-....y le regalé a la señorita María otros seis huevos...

Dijo Maoliyo, un poco torpón:

-Yo creí que habías juntado los huevos para venderlos en un solo día..

-Pues no, que ha sido mejor; los he regalado.

Movió él la cabeza; prosiguió él su relato:

-...y a la señorita Pepa le dije al despedirme que tú le llevarías un saco de picón dentro de unos días...

Miró Maoliyo a su mujer, y luego miró al puchero cuya agua empezaba a hervir.

-?Trajiste café?

-Sí, toma; ya viene molido... Esa es otra cosa que nos hace falta; un molinillo para moler café...; tenemos que juntar para comprarlo...

Manióbró Maoliyo y al fin ofreció a su mujer un hondo tazón de café lleno de aroma y muy azucarado. Sirvióse él otro. Lo saborearon ambos. Y ambos dijeron:

-Cuando la chiva pueda tener crías, tomaremos nosotros café con leche. Callaron un momento, mientras gozaban la rica bebida. Luego él, lió un cigarro que encendió en las ascuas.

-?Apago la candela?

-Deja que se consuma, Maoliyo, porque está haciendo fresco...

Y mientras él fumaba, voluptuoso y sensual, ella prosiguió ufana su conversación.

-...y al despedirme de la señorita María, también le dije que tú le llevarías un día de estos un saquito de picón...; conque, ya sabes...

-?El qué?

-Que tienes que hacer el picón para regalarlo a las señoritas...

Maoliyo saltó de su taburete.

-?Regalar picón?...?También picón?...

-!Pero que tonto eres, hombre!...Mira, eso es como sembrar...; y solo el que siembra es el que recoge...Y tú sabes que...!En fin, que las cosas son así, y que yo sé lo que me hago...!

-Sí, sí...; si yo sé que tú sabes...Pero es que así, de pronto, regalar un canasto de huevos y ahora tres sacos de picón, a cualquiera se le hace

cuesta arriba...

-¡Ah, tú verás! ¡Tú verás!...

Aurorita se levantó con gran trabajo y se fué al rincón donde las gallinas se habían refugiado; se alborotaron ellas, e intentaron huir. La mujer se volvió para preguntar:

-¿Miraste cual gallina pondrá mañana?

Hizo el hombre un gesto negativo y entonces ella agachóse para aprehender por la pechuga a una gallina de lustroso plumaje negro, que, confiada no intentó huir como las otras. Sapiente y práctica, Aurorita, iba reconociéndolas una a una, y luego dijo sentenciosa señalando a unas cuantas:

-A esas hay que vigilarlas, que luego se van muy lejos a poner y se vuelve una loca buscándolos... - y añadió somandose a la puerta: - No se vé nada. Es como de noche... - se volvió cariñosa y echándole el brazo al cuello a Maoliyo, le dijo: -¡Si supieras que mal rato pasé cuando me di cuenta del temporalazo...!

Maoliyo no dijo palabra, pero sus labios se acercaron a la mano de ella que andaba hurgándole en las barbas.

-...Yo decía: "Mira que si a mi Maoliyo le ha dado por echarse hoy a la mar..".

-¿yo?

-Sí; que te hubieras ido en el bote del compadre, o con tu hermano...

-Pues aquí estoy...

-¡Gracias a Dios, porque el que esté en el agua estará pasando sus apuritos!..!Mira que si Perico está en el bote!

-No...

-¡que él tiene esas gracias! ¡que parece que presume de ser más que nadie!...?Ves tú lo que son las cosas? A tu hermano le convenía vivir aquí y a nos tros en el naranjal...; porque aquello es unparaíso; aquella tierra con la mitad del trabajo dá mas rendimiento...

Se iluminaron los ojos de Maoliyo.

-...?ves? nestros allí, tus padres en el pueblo tan ricamente, y Perico aquí...

protestó el hermano:

-Eso no puede ser; primero porque esto es de nosotros dos; tuyo y mio; y segundo porque aquello tendremos que partirlo entre él y yo...

-Si yo lo sé; si yo lo sé...!ero lo que yo digo es que viniendo a un acuerdo, este rancho que está muy cerca del mar y de los corrales fuera para él, y para nosotros el otro, dándole encima la demasía...

-¡Bah! Eso no se debe ni de pensar...Ya el tiempo dirá lo que se al.. ¡Si querría yo!..Mira - y Maoliyo se animó: - muchísimas noches sueño que tú y yo estamos allí; y te veo sentada debajo del pino que yo planté, que todavía está muy chiquitillo, pero que ya dá su sombra...!tan hermoso como es aquello!

¡Jozú! ¡Si algún día fuera aquello verdad!...¡Jozú!..

-Oye, tú - y Aurorita, miraba preocupada a la base del chozo - ¿estaremos seguros?

-Estamos seguros.

-Es la primera vez que paso un temporal de estos en el campo...¿Oyes el mar?...

-¡Bah!..Por mucho que se encorajine no es capaz de llegar hasta aquí. - se levantó el mozo, tiró la colilla, la aplastó con un pié, tapó el recoído con una tapadera grande de lata que sujetó al suelo con una hermosa piedra, y estirando los brazos, fanfarroneó: - ¡Y que se atreva, que aquí estoy yo!..

Sonrió Aurorita, vanidosa también, por la confianza y fuerza de su hombre y se le acercó zalamera y felina. Sonrió él también.

Cerraron la puerta del chozo. El viento silbaba dialogando amenazador con las olas; se agitaba el ramaje del árbol, desesperado y convulso. La mujer, atemorizada apretó su cuerpo al del hombre.

-¿Lloverá?

-A lo mejor...

-¿Se estropeará el huerto...

-Con el agua, no; con el viento, sí, porque algunas plantas las arrancarán...

-¡Ay, Dios mío!

-No te apures, mujer...Anda vamos a recogernos...

Entraron en el chozo y encendió la mujer una mariposa. Atrancaron bien la puerta y ambos se dispusieron a meterse en la cama.

-Tiene que ser muy temprano, ¿verdad, Maoliyo?

-Tiene que serlo, pero como no tenemos nada que hacer, lo mejor es acostarse...

-Eso.

Aurorita, antes de meterse en la cama, sepló la mariposa y quedaron a oscuras. Las manos de Maoliyo, tantearon por las sábanas hasta tocar las carnes prietas y suaves de su mujer.

-¿Sabes que estás muy buena, Urorita?

.....

Señó Pedro y señá Regla, estaban en su rancho, esperando a Perico, haciendo tiempo para acostarse.

Señó Pedro, liando parsimonioso un cigarro. Señá Regla dando vueltas por las habitaciones y sentándose de vez en cuando. Así llevaban unashoras. Así tuvieron que llevarse hasta muy cerca de la madrugada. Al principio, molestos, cansados, casi enfadados por la espera; después, preocupados, tristes, nerviosos. Al principio, entre los dos, cruzaban de vez en cuando el siguiente y corto diálogo:

-Vete a la cama Regla, yo esperaré al niño.

-Acuéstate tú, Pedro, que yo no tengo sueño.

-Pero estás cansada.

Callaban. Se movían de un lado para otro. Volvían a sentarse. Se aquítaban un rato. Y luego:

-Vete a la cama, Pedro, que yo esperaré al niño.

-Acuéstate tu, Regla, que yo no tengo sueño.

-Pero estás cansado.

Cansados estaban los dos, porque los dos habían trabajado sin cesar desde el amanecer. A las faenas de la huerta ayudaba Perico, pero el hijo era mozo que gustaba más del pueblo que del campo; y más que del campo y del pueblo, guataba del mar. Por eso Perico, había trabajado siempre con la ilusión de poseer algún día un bote, y luchaba con todas sus apetencias de diversiones hasta conseguir tener uno; primero, en aparcería con un primo suyo, luego, consiguió ser dueño absoluto de él; cuando por primera vez lo miró como poseedor, sintió humedecidos sus ojos y su pecho se hinchó con un hondísimo suspiro; porque Perico, nunca gastó ni un céntimo en una taberna, ni en un estanco; el mozo tenía fama de tacaño; ni las promas de sus amigos fueron capaces de apartarlo jamás de su forma de proceder.

Los padres comentaban entusiasmados:

-El Periquillo vale mucho, ¿verdad, tú?

-¿Qué hará con las perras?

-¡Guardarlas, criatura!...

-Es muy cabal el Perico; sin un vicio, sin una distracción, ni siquiera novia...

-No tiene edad...

-De eso siempre se tiene edad... ¡Aquérdate cuando yo te corría por la playa...! ¡Lo natural!! ¡La vida!!...

-Que no le ha necho todavía ninguna tilín, porque mi hijo es un macho de una vez...

Nadie ponía eso en duda, pero todos comentaban su apartamiento de

las muchachas, su tacañería, su rareza. Aunque la rareza de Perico no era tal; porque la rareza de Perico consistía en abandonar las tareas del campo en la primera ocasión, en bucear por los corrales cuando las mareas lo permitían, en pescar pacíficamente con caña, en salir a pescar en bote.

-¡Este chiquillo!...!que al Perico no le gusta la tierra, Regla!...

-¿ada uno tiene sus gustos, Pedro...

Ya habían fraguado los padres sus planes para el porvenir de los muchachos. Fué ella la que se atrevió un día a decir:

-Mira, Pedro, el día de mañana, el naranjal se lo dejaremos a Maoliyo, y al otro le apañeros en Rota un vivir..

-¿Un vivir...?

-Sí; mira, mi primo Anselmo, que el pobre está como sabes muy padecido y cualquier día se vá al otro barrio, me dijo que pensaba vender su casa... Yo le dije que hablaría contigo...; ya tú ves, que ocasión más buena; podríamos comprar la casa y el día de mañana, dejársela al Perico...; así, él, podría dedicarse al mar, podría casarse, y para los dos hermanos sería la cosa buena, porque el Perico apañaría una tiendecita y vendería cosas de comer, y vino, y hasta pescado...Y nosotros, Perdo, podríamos morirnos tranquilos por dejarlos a los dos bien preparados para la lucha con la vida...

-Todo eso está muy rebién pensado, pero falta lo principal.

-Lo principal también lo tenemos; yo tengo mi calcetín y Perico también tiene el suyo...; y si hablamos con Maoliyo...

-Maoliyo no tiene nada...

-Pero puede vender el chozo y la huerta...

-No querrá...

-¡No vá a querer!...!Si aquello es una miseria!..Tú, déjame a mí que yo hablaré con los dos...

Señá Regla era decidida y rápida. En la primera oportunidad habló con Perico.

-Oye, tú, ven acá...

Receló el mozo, pero se dispuso a escucnar.

-....y ya sabes, entre lo que tú tengas guardado, porque yo estoy segura de que lo tienes; segura, segura; antes, lo tenias en un pañuelo liado entre la viga aquella y el techo; ahora no sé donde lo tienes escondido, pero lo tienes...

-Compramos entre los dos el bote.

-Sí, pero vendéis el pescado...?y eso? ?y ese dinero?

-Yo pienso que el bote sea mio solo.

Paróse señá Regla a meditar, para luego decir:

-Eso lo debes hacer después...; lo primero es lo primero...; te repondremos el dinero que nos prestes...; debemos comprar la casa y asegurar tu vivir, porque la vida...

-Yo tengo pensado lo que voy a ser.

Se alarmó la madre.

-¿Tienes ya novia? ¿Quién es...?

-Yo no pienso en las mujeres por ahora...Yo, lo que estoy es aprendiendo a leer y a escribir...

Hizo ella un gesto ambiguo.

Lo captó el hijo.

-Sí, ya sé que para trabajar aquí - y abarcó con sus ojos el amplio pinar y la prometidora huerta - no hace falta saber de letras...; ni para pescar tampoco...; pero para lo otro, sí...

Palideció Regla; se alteró su corazón con sombríos presentimientos.

-¡Habla, habla, Perico, ¡por Dios!..

-Pues eso, que un día de estos voy a ir a San Fernando para alistarme porque quiero ser marinero...

-¡Ay, marinero!

-Marinero, sí, ¿qué pasa?...¡Y salir de aquí! ¡Y ver mundo! & Y llegar a ser algo!..Si me porto bien, llegaré a marinero distinguido...¿usted sabe lo que es eso?

-No!

-pues ya lo sabrá algún día...por eso ando de noche en casa de don Antonio, que me está enseñando a leer y a escribir...Y la semana que viene, voy a San Fernando a apuntarme...

-¡Ay, Virgencita mia, cuando tu padre lo sepa!..

-¡Y qué?

-¡Ay, hijo de mis entrañas, separarte de nosotros!...

-¡Y qué?

-¡Ay, no sigas hablando, que me haces daño!..¿Cómo voy a poder vivir sin sin tí...?

-Peor sería que me muriera...

-¿Peor? ¡Y saber que vas por esos mares, siempre en peligro, porque siempre hay guerras y cosas malas...?como vá a ser peor, si estaré yo siempre en una agonía?...

-¡Como exagera usted, madre!

También la llamó exagerada el esposo, que pareció tomar la resolución del muchacho con más calma.

-Mira, hace bien la criatura...; que pruebe esa vida, que la pruebe, y cuando se arrepienta aquí tiene su casa...¡Total, lo mismo!

-¿Cómo vá a ser lo mismo, Pedro de mi alma? ¿Como vá a ser lo mismo? Haciendo las cosas como yo pensaba, él, se iría al servicio cuando le llegara la hora, y al volver ya lo tendría todo apañado: la casa del primo Anselmo, su bote, su..., su..., ¡bueno, que se casaría!...

-¡Y no vas tú muy deprisa!, ¡Ni que fueras el tren!...Párate, mujer, párate y no corras tanto...Tú no eres quién para cambiar el sino de las personas.

Y el sino de perico es el mar... Siempre le gustó más el mar que la tierra...! Pero si dá asco verlo trabajar en la huerta! Si no tiene maña ni para atar una lechuga...

-El sino... El sino...

A señá Regla le impresionó mucho el deseo de su hijo, y quería que los días se alargasen y que el tiempo retrasase su marcha, mientras ella se volcaba en mimos, en cuidados, en contemplaciones; todo le parecía poco para el regalo del hijo que se le escapaba en pós de la aventura marinera; y hasta llegó a odiar al mar, y enloquecía con sus rumores, y aborreció el pescado. Sus quehaceres estaban en la huerta, ayudándole al esposo; y sus afanes, en quitar de su vista todo lo que patentizara el poderío de su rival, por eso, no estaban donde siempre estuvieron, las redes, las velas, los palos, las cañas, sinó arrinconadas en el cuartichín de los tiestos y aperos.

A Pedro, en cambio, le nació un nuevo sentimiento: el del orgullo. Y por eso perdía más de un minuto hablando con sus vecinos, de las cosas que pasaban "por ahí". Los amigos, le escuchaban con admiración y asombro.

-?Como te has enterado de eso, Pedro?

-!Toma! Por el Diario.

-?Tu sabes leer?

-Mi perico sabe.

Los otros aumentaban su extrañeza y escuchaban embobados las noticias.

-...los alemanes tienen un cañón que alarga más que de aquí a Cádiz, y lo llevan a la Francia...!Hay un jaleo armado!...

-Oye, oye..., ?y aquí?

-!Cualquiera sabe!...Eso mi Perico nos enterará...; a la tarde venisse por mi casa, que nos vá a leer...

Orgullosa andaba el padre. Y tímido ante el hijo. Apenas le mandaba realizar labores en la huerta; procuraba hacerlo él todo para que el muchacho descansase.

Perico estuvo en San Fernando. Y en Cádiz. Y sus ojos contemplaron con ojos de propietario los hermosos barcos anclados en el muelle, igual que el padre mirara en la huerta las rubias calabazas. Perico ansiaba que llegara la hora de vestir su traje de marinero, su gorra de marinero. Atravesaría los mares. Conocería tierras extrañas. Volvería a Rota por temporadas, causando la envidia de todos sus amigos. ?Sus amigos? Pocos tenía. Los de su edad no pensaban nada más que en el mujeriego y la guasa. Solo don Antonio pudo llegar a ser amigo suyo; también a don Antonio le gustaba la mar y había sido en su juventud un aventurero. Como que la vida no se merecía vivirla sinó así, como él pensaba gozarla, y no como la vivía su familia, pegada a la tierra, como encerrados en una cueva sin salida, sufriendo con los vientos, con el sol, con las lluvias; encorvadas las espaldas; arrugadas las caras; endurecidos las pies y las manos. Él sería como don Antonio; primero a correrla, después a disfrutarla.

Porque don Antonio, era un viejo hombre de mar lleno de experiencia. Vivía con su mujer y su hija, en paz y tranquilidad, gastando de sus rentas, que aunque no grandes, eran lo suficientes para no obligarlo a trabajar. Don Antonio se pasaba el tiempo paseando y pescando. Algunas veces acompañado por Perico. Hablando poco. Esperando pacientemente. A Perico le gustaba por igual pescar y hablar con don Antonio, porque siempre era un aprendizaje. De esa amistad le nació el deseo de ilustrarse. Por la amistad, don Antonio, se quitaba horas de asueto para servirle de maestro.

-Tu hermano siempre ser'a un pobre hombre pegado a las faléas de su mujer... - le decía cuando por casualidad hablaban de él - Tú no caigas... Las mujeres sirven, para lo que sirven, y ya me entiendes... Fórmate, crece, hazte independiente... Todo lo demás te vendrá solo... Y desconfía muchacho...

Perico le escuchaba con religioso silencio; algunas palabras no las comprendía, pero le gustaba oirlas. Y la vanidad de don Antonio crecía, se agigantaba y tomaba y tomaba vuelos inesperados. A veces se exaltaba y terminaba diciendo:

-Ya comprenderás algún día...; ya comprenderás algún día...

Daban grandes paseos cuando el tiempo impedía la pesca y cuando se cansaban de estar junto al mar, sentados en las arenas o en las piedras. En ocasiones, guardaban grandes silencios, que el muchacho respetaba como si fuesen maravillosas conferencias; otras, hacía preguntas sobre los viajes que hizo, y que él ~~manifestaba~~ pasaba por su imaginación como una cinta de mágico multicolor.

En Rota decían, "que don Antonio no tenía buena la chimenea". Señó Pedro y señá Regla, algo de esto se figuraban, pero a él, le enorgullecía que su hijo tuviese una amistad de tanta valía, y a ella le daban barruntos de que algo bueno sacaría el muchacho del trato con un señor tan fino. Así pensaba la mujer, hasta que supo las ideas del futuro marinero; desde aquel día, don Antonio pasó a ser un enemigo, como el mar, como las redes, como el bote.

Perico le habló a don Antonio aquel mismo día. Fué a buscarlo al sitio de costumbre; allí estaba sentado sobre una piedra, con las manos cruzadas. Perico llegó de puntillas y con mucho cuidado sentóse también y se dispuso a mirar. Las aguas del mar habían dejado al retirarse, pequeños charcos en las húmedas arenas. La soledad era absoluta y el silencio muy grande. Por eso los cangrejos alzaban sus cuerpos y corrían a esconderse entre las piedras. Era una ocasión magnífica para cazarlos con solo alargar lamano. Uno muy hermoso, tan quieto, tan inmóvil, que se diría un guijarro, si los varales truncados de su cuerpo no se reflejaran en el próximo charquito, tenía acorralada a una almeja; en aquella pequeña porción de tierra se estaba desarrollando un drama. La almeja entreabrió sus conchas; el cangrejo adelantó unos milímetros; encerróse ella como única defensa; se aquietó nuevamente el cangrejo. Y así pasaron muchos minutos; cerca de una hora; se volvió a entreabrir la almeja una vez sin que se alterase la quietud del cangrejo. Más de una vez lo hizo, sin que el cangrejo se alterase. Pero el

drama estaba a punto de terminar, porque arteramente, el cangrejo, sirviéndose de una mano como de brazo armado de tenazas, había cogido una piedrecita pequeña insignificante, casi invisible, y esperaba astutamente, a que la infeliz almeja, confiada e inocente, se abriese de nuevo iniciando la retirada. La ocasión no tardó: al abrirse las duras conchas, lanzó el enemigo el arma, que fué a clavarse en el blando y apetitoso cuerpo, tembloroso esperando ser devorada por no poder volver a encerrarse.

Don Antonio se volvió con los ojos brillantes, colérico e indignado:

-¿Ves?...¿Ves?... - se levantó de las piedras y comenzó anadar: - Así es todo, muchacho; el fuerte se traga al débil...

Y los dos comenzaron a caminar a lo largo de la costa.

Perico escuchaba con más atención que nunca; porque Perico no concebía que ~~nixne~~ en el mundo hubiese seres que gozaran haciendo daño. En todo acto quería ver un motivo, unacauda que lo justificase.

Don Antonio estaba más exaltado que nunca.

-¡Tú que sabes del mundo! ¡Tú no has visto mundo! Ni siquiera has visto una guerra. En la guerra se disfruta matando; cuanta más sangre, mejor...!La defensa! ¡La defensa es una pamplina! Se hace daño porque gusta hacerse...!que sí, muchacho!...Y no solo las personas, que somos malas desde que nacemos, sino entre los animales...

-Eso sí; los leones, los tigres...

-Ríete de eso. Yo he contemplado un acto cruel ejecutado por un pajarillo...Estaba yo en el campo un día sentado a la sombra de un árbol; por el suelo un escarabajo pelotero cruzaba trabajosamente; de pronto, un pajarito bajó del árbol; yo me quedé quieto para no asustarlo; se acreció al escarabajo, le quitó la pelota y lo dejó tumbado patas arriba. Yo pensé ¿desde cuando son enemigos estos animales? El escarabajo pudo volver a su postura normal y quiso rodar nuevamente la pelota; y bajó otra vez el pájaro y repitió la hazaña. Hasta tres veces lo hizo ¡el sinvergüenza! ¡el g^auón! ...Hacía el daño por el gustazo de hacerlo, no por necesidad de defensa...Creéme Perico, el mundo está lleno de cangrejos ambiciosos y de pájaros con malas ideítas...

Justamente esas eran las palabras que en rota usaban al referirse a don Antonio: "malas ideítas". por eso tenía pocos amigos. También sabían los padres de Perico lo de las "malas ideítas", pero no daban crédito a las lenguas que hablaban envidiosas. Aunque el hijo en los últimos meses parecía algo distanciado de los suyos; y con el bote estaba siempre que le era posible en la mar; y durante la noche, se pasaba las horas con la luz del reverbero encendida leyendo en unos libros muy gordos que alguien le prestaba; y la impaciencia por abandonar su hogar y su pueblo, ya no podía ocultarla.

-Si tuviera novia... - suspiraba señá Regla.

-Sería lo mismo mujer, cada uno trae su sino...

Señó Pedro y señá Regla podrían llamarse felices; eran dueños de una tier

rra jugosa y maternal; tenían salud; tenían algunos ahorrillos; tenían a su Maoliyo casado con una moza muy cabal; tenían a Perico, listo, valiente, honrado.

Podrían haber sido muy felices.

Cada noche, muy temprano, se recogían los tres. Pero como si hubiesen sido solo dos, porque el muchacho se encerraba en su cuarto y quedaba aislado.

A pesar de eso, señá Regla y señó Pedro, se hubieran sentido aquella noche, como las otras, tranquilos por saber al muchacho bajo el mismo techo. Los padres, sentados, con la puerta cerrada porque el viento era frío y violento, esperaban intranquilos ya, la vuelta de Perico. Era una noche tenebrosa; desde el atardecer, se posesionaron las nubes del cielo y se desataron furiosos los vientos. Señá Regla había dejado la comida del hijo al calor del hogar; luego, anduvo para hacer tiempo, en el cuarto poniendo en orden las cosas.

Iban pasando las horas y se acercaban otras, preñadas de angustias.

-Vete a la cama, Pedro, que yo esperaré al niño...

-¿Qué le habrá pasado?

-Nada, hombre ¿qué le vá a pasar? Él no es hombre de amigotes, ni de peas, ni de trifulcas; él es tranquilo...

Rumiaban los actos del muchacho. Se entristecían. Se esperanzaban.

Afuera, el temporal, crecía endiablado y fiero. Rugían los pinos; silbaba el aire; hasta sentíase el bramido del mar.

-¿Llevará?

-Es fácil.

-¿Aguantará el chozo de Maoliyo este viento?

-Otros más fuertes aguantó antes...

Y las horas, aunque lentas, seguían pasando, crueles e inexorables. Crecían las angustias, las impaciencias. Y se alteraban los padres a cada nuevo ruido que podría ser el anuncio del hijo. Era una larga noche. La tremenda noche de una espera impaciente y desconfiada.

-¿Se habrá escapado por ahí...? - se atrevió a pensar en voz alta señá Regla.

Señó Pedro pudo calmarse, porque señó Pedro había ido a casa de Casilda a preguntar si por casualidad lo habían visto aquella tarde en el pueblo. Y el marido de Casilda dió la noticia: Él lo vió en la puerta del Compadre.

Así lo aclaró señó Pedro a señá Regla. Y ella pareció calmarse de momento, pero luego, dió en pensar en lo que hablarían los compadres, que siempre se juntaban para sacar el bote a la mar. Y pensando, pensando....

Señá Regla ya no tuvo sosiego, ni paz, ni quietud. Señá Regla, se levantó para encenderle una vela a la Virgen del Carmen para que a su Perico no le ocurriera desgracia alguna.

-¿Rezamos, Pedro?

-Reza tú..., eso es cosa de ~~hombres~~ mujeres.

-Y de hombres, muy hombres - contestó ella retadora.

-¡Bah! El de Arriba nos conoce a todos.

-Reza conmigo, Pedro...

-Luego...; cuando acabe el cigarro...Reaa tú y yo te escucho...

Señá Regla tomó entre sus dedos un grueso rosario que colgaba de un clavo en la pared del dormitorio. Sentóse luego y cruzó los brazos.

El silencio entre ellos se hizo nuevamente y por eso era más patente el ruido estremecedor de la naturaleza. El reverbero iba consumiendo gas y mecha y su luz era cada vez más débil, tanto, que, cuando señó Pedro daba una chupada a su cigarro, la punta brillaba y producía un amplio círculo iluminado fugazmente

-No puede ser, no puede ser, - gritó de pronto señá Regla.

-?Qué te pasa, mujer?

-que voy a buscar a mi hijo; que no puedo aguantar más; que me consumo esperando; que necesito saber...

Tambien señó Pedro se levantó y se asomó a la puerta. una ráfaga de viento los azotó.

-mujer, como quieres que el muchacho se haya puesto en camino con este tiempo?

-Nunca le temió ni al agua, ni al frio, ni a nada...

Tampoco temieron los padres a nada en aquella ocasión. Estaban apoyados en la pared de la casa, mirando ansiosamente en todas direcciones. La puerta comenzó a abrirse y a cerrarse impulsada por el aire; la luz del reverbero se consumió al primer soplo que entró por la puerta; las faldas de señá Regla, se hincharon como una vela; voló la gorra de señó Pedro; tuvieron que engancharse de brazos para no ser arrastrados por el vendavañ.

-?Vamos a buscarlo, Pedro?

-?Y a donde vamos a ir, mujer? No se vé...Estará en casa del compadre Señá Regla murmuró:

-O con el Compadre en el mar... - y al decirlo, prorrumpió en un llanto convulso.

Señó Pedro no contestó.

Ninguno volvió a hablar durante un buen rato. El viento pareció ceder un poco; el bramido del mar se hacía más bajo, como el de los naranjos, el de los pinos y los silbidos del aire.

Señó Pedro y señá Regla, enlazados sus brazos, de pié apoyados sobre la fachada de la casa, esperaban. Toda la noche, larga, infinita, terrible. A lo lejos, muy lejos, saltaron leves unas lucécitas. ?Luciérnagas? ?puntas de cigarrros? Perico no era fumador. Perico no podía ser...?Quién, entonces...?

Señá Regla, comenzó a andar, para acortar rápidamente distancias, Señó Pedro la llamó:

-Son personas que van a casa de Casilda...

-?De Casilda?...?De Casilda...?

Señá Regla no dejó de andar.

Tampoco los hombres dejaron su marcha. Y antes llegaron ellos. Minu-

tos antes. Los suficientes para llamar a la casa de Casilda. Los justos para que el marido de Casilda abriera y preguntara. Los bastantes para que Casilda, al enterarse, lanzara un grito.

Así fué.

Por eso, señá Regla, que corría ansiosa de noticias, pudo escuchar a su sobrina; se le a su sobrina.

Señá Regla cayó al suelo, como si el viento la abofeteara y tirara de ella, mientras Casilda, repetía;

-¡AY, que desgracia tan grande!...!Abogado!...!Ay, cuando se entere mi tia Regla!...

.....

A Maeliyo tambien le dieron la noticia antes de que amaneciera. Aún estaba dormido cuando llamaron a la puerta de su chozo. Aurorita tenía abiertos los ojos y atentos los oídos. A la muchacha le fué sospechoso un pequeño y conocido ruido al lado del árbol; fué la cochinita que gruñó molesta y desconfiada, como si a falta de perro se sintiese responsable de la vigilancia de todo aquello. Aurorita se incorporó en la cama y escuchó con mayor atención, hasta comprobar que dos o más personas susurraban algo.

-¿Serán ladrones? - susurró - ¿querrán llevarse la cochina o las gallinas o la chiva?...?pensarán que con el temporal no nos daremos cuenta de nada

Miró a su hombre que dormía plácidamente y le contrarió el pensar que forzosamente había que despertarlo, cuando él se las había prometido tan felices al disponerse a dormir.

-Mañana, hasta que no apunte el sol, no tengo que levantarme... - había dicho.

El animal atado al árbol había cesado de gruñir; no se escuchaba sino el rumor del viento y el del mar. Aurorita pensó que todo había sido imaginado, y tendiose de nuevo en el lecho, aunque estaba segura de no poder dormir nuevamente. Había sido para ella una noche difícil, porque fué la primera que pasó en el campo con un tiempo tan revuelto e inclemente. Al principio le

había conversación al marido para sentirse algo más segura, pero Maoliyo era hombre de pocas palabras y a ella se le agotaron los temas; la repetición de ellos, cansaba su oído, que al final ni las caricias continuadas e intencionadas, ni siquiera sus cómicos aspavientos de miedo, pudieron impedir el sueño profundo de Maoliyo.

-¿Volará la choza?

-¡Quiá...!

-¡Y pensar Maoliyo, que nosotros estamos aquí tan requetebien y algunos pobrecitos las estarán pasando negras!...!Ay, que no puede una dormirse pensando esas cosas!...

Ya su nombre no la oía, y roncaba casi armoniosamente. A ella no le parecía así; al contrario; su pavor aumentaba; y cuando no podía más, zarandeaba su nervudo brazo y exclamaba pegando su cuerpo al de él:

-¡Tengo miedo, Maoliyo!..

Varias veces paró su sueño para decirle lo mismo. Él, comprensivo, murmuraba unas frases cariñosas, y la abrazaba tiernamente. Pero Maoliyo se cansó también de tantas interrupciones y quiso frenar para siempre los nervios de su mujer.

-¿Quieres dejarme en paz, Urorita?...¿Quieres no ser más idiota?...Pero vamos a ver, ¿a tí te pasa algo? Dí: ¿te pasa algo? Contesta....

¡Ay, que mal rato estaba pasando Aurorita con el genio de su marido! ¡Quién le hubiera dicho a ella que le iba a gritar él de aquella forma!

-...contestax.

-Que no me puedo dormir...

-Pues aguántate.

Aurorita separó su cuerpo tembloroso del cuerpo rígido de aquel ser tan duro de corazón.

-pero vamos a ver, mujer, ¿por qué no te puedes dormir? ¿Estás mala?

-No.

-Entonces...

-Que doy en pensar, en que tú y yo, estamos disfrutando de cama y de techo, mientras que otros...

-¡Qué se chinchén otros!...!Serás idiota!...!que se chinchén! A cada uno le llega su hora...!Serás idiota!...

Lloriqueó ella.

-¿Ahora lagrimitas?...- se decidió heróico - Mira, a dormir, que mañana habrá que arreglar en la huerta los desavíos que está haciendo el temporal.. ¿Dormirás, Urorita? - dijo con repentina dulzura.

-Sí. - musitó ella.

Se abrazaron de nuevo y ella fingió al ratito que dormía.

Y durmió. Estuvo durmiendo hasta que el gruñido de la cochina la despertó.

De nuevo había creído sentirla. Pero ya sin duda. Cerca de la choza

cuchicheaban unos hombres. Se incorporó en la cama dispuesta a todo; se bajó y calzó rápidamente sus alpargatas que encontró tanteando en el suelo; sobre su camisa echóse la falda y la blusa; abrochándose los botones estaba, cuando creyó escuchar claramente estas palabras:

-Habrás que despertarlos...

Y también creyó reconocer la voz del primo Felipe.

-¿Quién se lo dice?

Escuchó.

Entonces, Aurorita, pensó en su madre, vieja, ciega y muy delicada de salud; pensó en su tía Rosario que por la tarde la vió y la encontró muy mal; pensó en sus suegros, a quienes no veía desde hacía más de una semana; pensó en Casilda, en el marido de Casilda; pensó hasta en la señorita Lola.

Antes de que los hombres llamaran en la puerta, ella la entreabrió, preguntando alarmada:

-¿Qué pasa?...¿Qué pasa?...

Luego, al recordar aquellos momentos, se decía, que toda su inquietud de aquella noche fueron anuncios de la desgracia. Aurorita sintió mucho la pérdida de su cuñado Perico, y el dolor de sus suegros, y el silencio de Maoliyo. Porque todos hablaban del muchacho; todas contaban cosas; todos referían sus proezas; y elogiaban su forma de ser, su formalidad, su donaire, su simpatía; todos decían sentir pesadumbre por haber sido la muerte del muchacho de una forma tan trágica y violenta. Todos. La madre. El padre. Sus familiares. Sus vecinos. Todos menos su hermano, que escuchaba en silencio, y si acaso, si se veía muy acosado por preguntas y por consideraciones lastimosas, decía:

-¡La vida!...Que cada uno trae su sino...

.....

En Rota no se hablaba de otra cosa en aquellos días; la gente de mar, la gente de campo, los de comercio, los artesanos, la clase selecta. Y a todas horas.

En el patio de la casa de la familia de Aurorita se comentaba así;

-El Perico era un loco. A nadie se le ocurre echarse a la mar en un día así...

-El Perico se creía más valiente que nadie...Más que todos nosotros. Nos quería dar lecciones a los demás...

-El Perico era un niño.

-¿Pero y el Compadre?...¿No sabía el Compadre que era muy expuesto?

-¡El Compadre!...¡Y qué casualidad que él solito se salvase...

-¿No pensarás...?

.....

En cualquier corrillo;

-La juventud, ya se vé, no piensa en el peligro...

-El Perico era muy echado pálante...

- ?Y qué hará el Compadre con el bote que era de los dos?
 -Ya se entenderá con señó Pedro...Señó Pedro no tiene ni un pelo de tonto..
 -?Y como demonios ocurría la cosa?
 -Y que casualidad que se salvara el Compadre...
 -El Compadre tiene mucho conocimiento de la mar.
 -Pero es mucha casualidad...
 -No querrás dar a entender que el Compadre...

.....

En cualquier esquina:

- !Qué lástima de muchacho!
 -Que donde está el cuerpo está el peligro.
 -Pero, hija, que el mar estaba que daba miedo! !Mira que hizo una noche!..
 Yo no pude pegar un ojo...Se quedó sin cerrar la puerta de la azotea, y toda la noche, !plaf! !plaf! !plaf!...!Jesús!
 -Dicen que el muchacho era un poquillo oscuro...
 -Eso dicen.
 -...que no tenia novia, que andaba con ese don Antonio que tú sabes que dicen que es tan extravagante...
 -Eso dicen.
 -Y lo que se dice tambien es que el Compadre...
 -?Qué? ?Qué?...
 -!Qué sé yo!...!Las cosas! !que en el mundo hay de todo! que dicen que se pudieron salvar los dos, o ahngarse los dos...
 -Pero Dios dispuso...
 -Pues eso es: que dicen que es mucha casualidad que se salvara solo el Compadre...
 -Entonces!uy! !uy! !uy!...!qué cosas!..

.....

En cualquier tienda:

- El bote era de los dos...Pero se rumorea que el Compadre le debía al Perico algunos dineros...
 -Ah Compadre le gusta divertirse...No hay corrida de toros en el puerto que él no vea; y no falta a la feria de Jerez, ni...
 -Dicen que el Perico le pidió su dinero porque se iba a ir de marinero y además quiso venderle su parte del bote y tuvieron un disgusto...
 -Pues yo lo que digo, que el Compadre, siempre fué una buena persona, amigo de todos, y que siempre estaba dispuesto a hacer un favor a cualquiera que se lo pidiera...
 -Sí, sí...Pero, !las cosas!...

.....

En casa de Lola Onieva:

-¡Pobrer Perico!! Y era tan bueno!... Aquí venía poco, no le pasaba como al hermano, que, ¡claro! como tenía la novia conmigo...

-Dicen que era rarillo...

-Ganas de hablar que tiene la gente, Pepita; el muchacho era corto de genio; criado en el campo; siempre en su trabajo... De chico venía mucho... Yo lo preparé para hacer la primera Comunión, ¡y era más listo!...! Que pena que haya tenido una muerte tan mala!..

-¿Tú sabes que andaba mucho con don Antonio?

-No; no lo sabía...? y qué?

-¡Mujer!.. Don Antonio no es una persona como Dios manda...

-¡Ave María!

-Sí; por eso se rumorea que el tal Perico era una alhaja...

-¿Qué podemos saber nosotros?

-¡Hija, Lela, siempre estás en la Luna!... Pues para que sepas que hasta se dice que si el Compadre que iba en el bote con él tuvo la culpa de...

-¿Quieres decir que...?

-¡Ay, yo no! ¡La gente!...

.....
El padre Martín y don Antonio:

-Tú tratabas algo al muchacho, ¿no, Antonio?

-Sí. Lo trataba y le llegué a tomar cariño... Ya sabe P. Martín mi vida, y ya puede comprender porque tenía necesidad de querer al muchacho...

-Sí.

-Estaba lleno de ilusiones y tenía grandes esperanzas en la vida. Ha muerto lleno de felicidad porque no ha llegado a conocer el mundo; para él no existía la maldad, ni la mentira, ni el engaño, ni el odio.

-Yo estoy muerto de pena, Antonio... El muchacho era de Rota y yo apenas lo conocía; no lo traté... Y temo que no quisiera bien a la Iglesia...

-A él no le inquietaba ni la Iglesia, ni los curas; como si no existiera...

-¡Qué pena, Dios mío! ¡Qué pena!...! Y tantos que hay como él!.. Y son almas encomendadas a mí...

-Murió con todas sus ilusiones lozanas; lleno de fé en el porvenir...

-¡Calla! ¡Calla, Antonio!...

.....
El Padre Martín y el Compadre:

-Me resisto a creerlo... Me parece mentira que todo haya pasado así... Aquella tarde estuvimos pensando irnos al puerto para divertirnos antes de que se marchara a la mili... Pero no quería; yo porfié; y él, que nó. Estaba empeñado en echarse a la mar. "Que nó, Perico, que no, que es muy expuesto..." Y él dale que dale; "que si el pescado que trajéramos lo venderíamos caro; que si nadie aldría

a pescar en una tarde así; que si yo tenía miedo... "Pues vamos allá"... Y las olas jugaban con nosotros; pero los dos érmos fuertes y arrojados... Yo aquella tarde le habia entregado el dinero que me faltaba para terminar de pagarle su parte; el bote era mio y me daba no sé qué que se destrozara... "Vámonos a tierra, Perico".. Tambien él sintió miedo y me dijo: "Vámonos a tierra, Compadre..." ¡Pero ya era muy tarde!! Demasiado tarde!..? Pero, como pudo ser así? ?Y por qué no fui yo en vez de él?...? Qué hago yo en el mundo?... Él era joven, tenía el mundo por delante ?per qué tuvo que ser él y no yo? ...? Qué hago yo aquí?....

-Los designios de Dios, hijo mio....

.....
Maoliyo no hablaba. Cuando no podía evadirse de contestar, exclamaba:

-¡Ha vida!! Que cada uno trae su sino!..

Pero a él, todos los conocidos, le hablaban creídos en que estaban obligados a abrirle los ojos a aquel bendito de Dios.

-...porque es natural que el padre no barrunte nada, ni la madre...; ¡pero el hermano! porque vamos a ver....

-...tú sabias, Maoliyo, que el bote era de los dos?...?Y tú te das cuenta de que ahora la mitad de tu hermano es la tuya?...

-...te das cuenta de que el Compadre debe pagarte la parte de Perico? ?Como no vas y hablas con él de la cuestión?

-Y que él, como perro viejo, no se negaría a dártela?

-Le conviene no disgustarte...

Con Aurorita, las conversaciones eran más atrevidas;

-...porque después de todo, ahora, el naranjal no hay que partirlo....

-¡Jesús! ?Quien piensa en eso?

Aurorita se escandalizaba, pero tuvo que oirlo muchisimas veces. Muchisimas veces hasta que las gentes comenzaron a olvidar el suceso. Así, de pronto, todos callaron. Hasta quizá el mismo Compadre fuera olvidando los trágicos detalles de la noche fatal.

Señó Pedro y señá Regla no. Él, trabajó con más ahinco en la tierra que nunca fué bien querida por el malogrado muchacho; ella, se afaná en rezar. Y ya toda la vida que tenían por delante sería dedicada al recuerdo de aquel hijo, más amado, por más esquivo.

A Maoliyo la muerte de su hermano, le proporcionó muchos dias tristes y anduvo caviloso mucho tiempo. Pero a Maoliyo, la vida le acarreaba muchos goces sin pedirselos, casi sin desearlos. Su trabajo y el amor de su mujer eran más que suficientes para ir borrando pesadumbres.

-¡La vida! ¡El sino de las criaturas!...

.....

¿Y el suyo?

Vivir. Oscuramente. Pobre. Humilde. Inclinado en la tierra, palpando los terrones, abriendo surcos y hoyos, hincando plantas, plantando semillas. Mirando esperanzado al cielo; alegrándose con la buena lluvia; temiendo con el mal viento; e con el agua inoportuna o roncera; pendiente del sol y de las nubes para cosechar sus frutos; amar estos frutos, como si partes de su cuerpo fueran; enorgullecerse con su hermosura, con el peso, con el color; y henchir su vanidad al escuchar un elogio. Vivir para esto. Para cuidar su tierra. Y también para sentir la llamada y la querencia del mar: expectativo de horas y mareas; en lucha con los peces, que se encaraban con su pericia y defendían su vida.

Todo escuramente. Humilde. Olvidado. Pobre.

Pobre o rico ¡quién sabe! porque si la naturaleza no se mostraba complaciente con sus trabajos, él sabía conformarse y aguantar; ¿pues qué? ¿no valía más que todas las riquezas y tesoros del mundo, su Urorita y lo que esperaban?

Lo que esperaban se hacía notar de día en día. Aurorita ya ni podía andar derecha, sino echada hacia atrás la espalda, para guardar el equilibrio difícil. Iba haciéndose redonda. "a cara ancha; la barbilla, desbordada; los hombros en plano; el pecho, exuberante, como las caderas y las nalgas. Pero guapa. Cada día más guapa y más dispuesta para ayudarlo a Maeliyo. Pasaban los meses y se iba acercando el día. Aurorita, prevenida, avizora, lo tenía todo dispuesto

-Avisaremos a la mujer, no?

-Según venga la cosa, Maeliyo, porque todo cuesta un ojo de la cara...

Yo espero que la prima Casilda venga y entre ella y

-Entre ella y mi madre...

-Tu madre no está para trotes desde que ocurrió la desgracia de tu hermano...

Para Aurorita no había inquietudes. Bueno; que no había más inquietud que la suya propia. La que le producía constantemente las inefables llamadas del hijo anunciado y querido. Todo lo reducía a su atención. Y todo lo que le pasaba le parecía extraño, sobrenatural, único. Señá Regla le hablaba continuamente del desaparecido Perico; señá Regla lleraba, mientras trajinaba incansable en sus muchos quehaceres domésticos; a veces, se paraba, y le decía entre grandes congajas;

-¡Su sino!...!pobre hijo mio!...!Y tener que conformarse una!...!Con lo

que se quieren los hijos!..Ya tú quieres a es ¿verdad?...¿verdad, que ya lo quiere

Aurorita se llevó las manos al vientre para proteger al hijo; fué un movimiento natural defensivo; y le pareció verle pequeño, desvalido, aterrado y

solo. Aurorita comprendió aquel día el dolor de su suegra, y las lágrimas que derramó fueron sinceras y amarguísimas.

-Mi niño no será del mar - se dijo a sí misma. - Mi niño vivirá aquí...

Y Aurorita salió a la puerta para abarcar con la vista la maravilla del campo, que se le ofrecía verde, esplendoroso y maternal. Aquí la ~~exha~~ explanada, con su piedra cuadrada adosada a la pared, bajo una de las ventanas; aquí, el pozo, reluciente de cal, con su brocal cuadrado y la piletilla junta; aquí, el rosal; aquí, el pino pequeño aún, pero que ya daba sombra; allí la hilera de los seis pino flandes, con el encaje de sus hojas y su aguda punta; allí, los melocotones enanos; y luego el naranjal. ¿Le haría falta a su hijo andar entre los botes ni en los corrales? No. Sus hijos no se moverían del campo. Ellos andarían en aquel y en otros campos, si las cosas seguían viniendo bien.

¿Y por qué no les iba a seguir viniendo bien los asuntos? Hasta la presente, no podían quejarse de nada; comían, bebían, vestían y hasta tenían sus dineritos ahorrados. Claro, que, ellos, con lo que daba la tierra y un poquillo más, estaban mantenidos; beber, lo que se dice beber, pues si alguna vez se encantaba tomar algún vasito, que alguien les diera, ellos lo tomaban, y pare usted de contar; y vestir, ¿qué necesitaban? todo lo tenían nuevo; la ropa de trabajo, la otra ropa, y algunas predecitas guardadas para las ocasiones; la ropita chica ya la tenía toda reunida; y todas las demás cosas preparadas; el jabón, la alhucema, la colonia, una palangana, dos toallas; en fin de todo; lo que se dice de todo; no faltarle un detalle, pues hasta se había procurado una escupidera.

El día que apareció con ella en el chozo, se rió mucho, porque Maoliyo, como siempre, empezó a registrar en la cesta, y cuando la vio hizo muchos aspavientos, y aquella noche quiso estrenarla y ella tuvo que andar lista para que no la tocara.

-Que nó, Maoliyo, que nó...Que eso es para lo que es...Que luego, en esos casos, gusta una tener de todo lo preciso...Que tú lo haces como siempre fuera del chozo...

-Sí!...!Con el frío que hace!..

-pues hazlo en la cubeta...!valiente señorito!...

Ella era precavida y dispuesta. Ella estaba en todos los detalles y primores. Y las cosas le iban viniendo muy bien y Dios seguiría ayudándoles como hasta allí.

Llegaba el tiempo de los tomates. El trabajo se hacía más pesado, pero ellos tenían salud y ganas de trabajar. De sol a sol. Sin descanso. Sin respiro.

Maoliyo llevaba al pueblo las canastas llenas de tomates; pasaba por entre las otras huertas, y al paso comparaba las tomateras con las suyas; todas muy buenas, todas muy trabajadas, muy vigiladas. Pero ninguna como la suya, donde las cañas que la rodeaban parecían cortadas a medida, y clavadas en la tierra como si hubieran hecho un bordado; en las de ellos, le costaba al aire trabaji-

el entrar y hacer de las suyas. De las cañas cuidaba Aurorita; era labor de ella. Gosa delicada y fina, hecha con un primor exquisito. Casi tanto como él, trabajaba ella en la huerta y en la casa. Tenía la choza como un palacio; por dentro blanca de cal, la cama muy limpia, las ropas muy limpias, el suelo muy relimpio; por fuera, con sus flores, sus macetas de claveles, la corraletilla de los cochinos limpia y sin apenas peste, las gallinas gordas y brillantes, y la cabra hermosísima y a punto de parir, para más bienestar. Como ella. Como la Urorita, que, ya según decía estaba fuera de cuentas. ¡Qué gloria tener una mujer como la Urorita! Allí estaba; de reina de los chozos, más gorda y más hermosa..., tan hermosa y tan gorda que no tenía con qué compararla; ¡unos colores en los cachetes! ¡unos labios de cereza! ¡una papada! ¡un morrillito, con unos caracolitos que le caían del moño!... ¡un pechazo! ¡unas anchuras!... A Maoliyo le salían con mucha facilidad palabrotas, cuando estaba contento y cuando no lo estaba. Cuando pensaba en su mujer, se le exaltaban sus entusiasmos, y las palabrotas surgían arracimadas. A veces ella, le decía:

-¡Eres más mal hablado...!

-¡Jé!... ¡Jé!... - le placían hasta las riñas de ella. Porque Urorita era de una suavidad encantadora, y hasta sus enfados tenían sabores amorosos.

El calor había llegado. Con el calor habían llegado a Rota muchos veraneantes. Con los veraneantes, las ventas aumentaban y eran más fáciles porque vendían directamente. Tenían sus marchantes fijos de otros años todos los otros vecinos tuyos que podían defenderse de vender sus productos a la fábrica de envasar. Pero Maoliyo, conocía a muchos, y Aurorita decía tener hasta amistad con muchas señoritas de Sevilla.

Aurorita fué con Maoliyo una tarde a Rota y fué comprometiendo a algunas familias para que esperaran diariamente las cosas de su huerta y los huevos frescos de sus gallinas. Maoliyo se encargaría de llevar las cosas a la misma puerta, con su mujer o solo.

Un día tuvo que ir solo. A tiempo de partir para el pueblo, preparadas las cestas, ella dijo:

-Hoy no voy yo.... Y llégate a casa de mi madre y haz que avisen a la prima Casilda...

-Pero...

-Rarilla estoy, rarilla...; y no estaría de más que Casilda se diera una vuelta por aquí...

-Pero...

-No te asustes, hombre; lo natural después de haber estado todo el día lavando; mira ese montón de ropa - y le señaló una silla donde muy bien dobladas estaba la ropa apilada - son de tu madre; estuve en el naranjal ayer y me dió lástima de tu madre, que no está ya para nada, y me la traje; ya está lavada, más blanca que la espumita del mar.... Me duele aquí - Aurorita se llevó ambas manos a los riñones y no pudo disimular un gesto de dolor.

-Pero...

-¡Hala! ¡Hala! A Rota a vender esas cosas y a ir a por la prima Casilda....

Aurorita quedó sola. Sacó agua del pozo para darle de beber a la cabra; el animal bebió con ansiedad y luego dejó oír un balido quejumbroso. Aurorita creyó adivinar y la miró compasiva. Siguió con sus quenaceres, siempre pequeños pero continuos. La muchacha andaba con dificultad; y con más dificultad se inclinaba al suelo para recoger cualquier cosa. A pesar de eso, se llegó a la huerta y estuvo revisando las tomateras y recogió algunos tomates que ya habían llegado a su punto de madurez. El bajarse y levantarse a cada momento la fatigó mucho y agotó sus fuerzas que ya eran muy escasas.

La cabra parecía llamarla ~~lastimera~~ lastimera; Aurorita se le acercó y la examinó con mucho detenimiento.

-¡José!...Tendré que dar una voz para llamar a alguien no sea que se le desgracie la cría...

Oteó en las próximas huertas. Llamó a varios. El viento no dejaba que su voz se oyera. Entonces decidió acercarse a la choza más próxima, porque no le parecía bien que la cabra pariera sin que una persona con experiencia estuviese allí. Echó a andar. La cabra volvía hacia ella sus ojos y abría sus patas; le temblaba el lomo brillante de sudor.

Aurorita decidió de pronto volverse. No para compadecer al animal, ni para intentar ayudarlo, ni siquiera por curiosidad. Aurorita decidió volverse, porque su hijo quería también nacer; estaba resuelto a nacer en aquellos momentos, sin esperar a su padre, ni a la prima Casilda tan experimentada en aquellas cosas de alumbramientos, ni siquiera a las vecinas de las chozas. ¿para qué? Si él, era una criatura impaciente, ~~si su~~ su madre era valiente y lucadora.

Aurorita, miró de soslayo al animal, se agarró a una rama fuerte del árbol poniéndose muy colorada, se agachó luego junto a la candela para atizarla colocó en ella una olla con agua limpia de la que antes había sacado del pozo; volvió a sujetarse a algo y a ponerse colorada, y penetró en la choza sin poder llamar a nadie, porque el aire no le ayudaba, y el hijo estaba decidido a nacer rápidamente y a ella le sobraban bríos y valentía.

.....

A Maoliyo le llenó de gozo la llegada, para él inesperada, del hijo.

De gozo también a la abuela ciega. De gozo y dolor a los abuelos paternos. Todos habían acudido a conocerlo; solo la abuela ciega no pudo participar de la hermosura del crío, pero la supo apreciar por su peso, bastante grande. La prima Casilda y todas las primas y primos y sobrinos. Llovían los parabienes y los obsequios a la parida. Y se multiplicaron los consejos y las observaciones.

Alguno dijo chuscamente:

-El periquillo es de la misma quinta que los chivos, porque nacieron casi a la par...

Sí. Al chiquillo lo llamaron Pedro en memoria del malogrado Perico. Aurorita fué muy conforme con el cambio de nombre y pensó que a otro hijo le pondrían Manuel como se llamaba el padre. Aurorita esperaba tener muchos hijos.

-Dios dará para todos - decía muy convencida.

-Ya lo creo, que dará; por lo pronto, mira, ya tiene el periquillo oficio para el día de mañana...

-¿Cual?- preguntó la madre intrigada.

-¿Cual vá a ser, mujer? ; Cabrerito. Guardará las cabras...

-¡Y un cuerno...! - Aurorita contestó exaltada. Porque resultaba, que ya Aurorita tenía hechos sus planes para el futuro del hijo: - Mi niño no guardará cabras...

-Lo harás Almirante - se mofó Maoliyo.

También Aurorita, reservaba su buen repertorio de palabras gruesas; en aquella ocasión, soltó una enorme, y dijo después:

-...mi niño no guardará cabras...que sepas, que cuando el niño esté en edad, ya habremos vendido las cabras y tendremos una vaca....!Y eso! ¡Ahí lo tienes; mi niño será vaquerillo!!

Sonrió el espose.

-No corras tanto, mujer, no corras tanto...Me estás resultando muy ambiciosa...

-¡Tú verás!...&Tú verás si me salgo con la mía!...

Y a punto estuvo de ser así; porque a punto estuvieron varias veces para comprar una vaquita. Pero las cosas no eran siempre razonables. Y por otra parte, Aurorita, dió en traer cada año un hijo. Ya tenían además de Pedrito, una Aurorita, una Reglita, un Maoliyo, un Juanito, una Milagros...Ella perdía la cuenta de los hijos que tenía. Con muy mala suerte, porque después de nacer y criarse como soles, se morían de cualquier cosa: empacho, diarrea, calenturas. Mala suerte. Quizá pasaron de la docenas los hijos que le nacieron y solo le vivían tres; Perico, Regla y Juan. Por eso, y por otras muchas cosas, no llegaron a comprar la vaca; cuando ya tenían las cosas a punto y el dinero reunido, una nueva desgracia venía a estropearlo, cuando nó una mala cosecha, o un gasto de enfermedad, que si bien fueron pocas las enfermedades, no faltaron.

Con Perico, Regla y Juan, Aurorita y Maoliyo se sentían muy felices. Y si la vida, al continuar, sembró penas, disgustos y muertes, los tres hijos,

-como tres luceros - alumbraban sus dias dichosos.

.....

Ni a Maoliyo ni a Aurorita se les podía preguntar qué cosas les había ido ocurriendo en el transcurso de su existencia; lo mismo uno que otra, hubieran dicho:

-Ná; naíta...

-Pero vamos a ver, criaturas, yo tengo que escribir sobre vuestras vidas; yo quiero contar cosas de vosotros; tengo necesidad de rellenar unas cuartillas y no quisiera inventar....Vamos tú, Aurorita, habla....

-Ná; naíta....Lo corriente: penas, fatigas, trabajos. ¡lo corriente! Me han nacido doce hijos; se me han muerto nueve y muchos que no llegaron a nacer...Son unos hijos muy buenos; Perico ya le ayuda al padre y vá mucho a trabajar al naranjal con el abuelo; pronto entrará en quintas; está hecho un real mozo y ya mariposea; quizá, quizá, que la chiquilla de la prima Casilda lo pesque; pues se vá a llevar un hombre cabal como su padre y como su abuelo...!Podrían vivir los otros! ¡qué lástima! Pero Dios lo dispuso de otra manera; se los llevó chiquetitos, gordos y lustrosos que daba gloria verlos...Los que viven se criaron también hermoísimos y son buenos y dóciles...?Y mi Reglita? Sirviendo anda ya en casa de Onieva...!una joya es mi niña!...Como que la señorita Maruca se la ha querido llevar a "adrid con ellos..; la señorita Maruca y el señorito Luis se casaron...

-??

-!Digo! Si la gente se malicia las cosas que van a pasar...Se casaron en "adrid y vienen todos los veranos a Rota...Él, tan lacio como antes y ella tan zamboretúa como siempre...!Con un postín ya unos lujos!...Y como siempre, empeñados en llevarse a la madre a Madrid, y la señorita Lola, también como siempre empeñada en no moverse de Rota y haciendo novenas para que el Señor le dé nietos...Y...!qué mal pensada soy! ?Por qué ha de tener una esta mala condición de dar en avilar lo peor?...!Dios me libre de inventar! Lo que pasa es que yo, cada vez que he ido a saludarla y le he llevado al crío más chico, ella le ha hecho muchas fiestas y muchos regalos y yo me he dejado caer preguntando: "Y la

señorita ¿cuando vá a traer hijos al mundo? "¡quita! ¡quita! - me ha dicho ¿qué haría yo con un niño?" ¡Y lo ha dicho con un tono!...!Jozú, que mal pensadas somos las personas!

-Pero, Aurorita, ¿por qué no cuentas tus cosas?

-!Si yo no tengo nada que contar! que la huerta; que los bichos; que los corrales; que el pueblo; que la familia; que los hijos....Lo corriente; lo diario...Un año igual a otro año, con solo una diferencia; que los hijos van para arriba y nosotros para abajo...Ahí está maoliyo; casi no parece el mismo; fino como una cana; arrugado como una pasa; el pelo como la ceniza; los ojos más adentro; dale que dale al azadón, al hacha, al almocafre; sin domingos ni días de fiesta; sin días y sin noches; casi sin hablar para no perder tiempo. Poco hablador era antes; menos lo es ahora; de novios tenía yo que sacarle las palabras del cuerpo a fuerza de triquinuelas; al principio de casados, todavía daba alguna conversación; también se le oía el metal de la voz cuando los niños eran chicos: "Mira, nene, mira que pajarito", les decía haciendoles monerías con las manos; los chiquillos se reían; pero no les decía otra cosa; esa era su única gracia; como que yo le decía algunas veces: "Hijo, Maoliyo, hubieras sido bueno para retratista"...un poquillo desaborío que es, pero eso no se puede remediar; él no es gracioso ni cuando se emborracha...; bueno, esto de emborracharse es un decir, porque él no prueba el vino sino muy de tarde en tarde...Ahí está Maoliyo; casi no parece le mismo; los años pasan; en lo único que no varía es en su afición al trabajo; ya casi sin necesidad trabaja, porque mis suegros no paran de decir que nos vayamos al naranjal, que ellos ya están viejos para la brega; pero es lo que yo le digo, que son tres hijos y que a los tres hay que dejarlos apañaditos; allí está el Perico, trabajando con los abuelos y allí debía estar Reglita ayudándole a la abuela y no tendría yo que ir de vez en cuando a echar una mano...; pero a la Reglita la tengo con la señorita Lola y me gana veinte reales y está mantenida y quitada de los campos y aprendiendo a ser una mujer, que milagrito será que no aprenda hasta a escribir, porque ya vá juntando las letras...Aunque bien mirado eso no le sirve a una pobre para nada, pero como el saber no ocupa lugar...

-??-

-?Y qué quiere usted que le pase a una? Lo corriente: lo diario; ¡la vida! que una no sabe de aquí, siempre liada que si los tomates, que si los melocotones, que si los higos, que si las calabazas, que si los melones...El trajín de una...Y luego, las enfermedades, las muertes, ¡como todo el mundo! Pasar, pasar, lo que se dice pasar, gracias a Dios, no nos ha pasado nada hasta la presente; solo la muerte de mi cuñado...pasarle cosas a la señorita Lola, y más al hijo, y más a la señorita Maruca; pregúntele a ella; a ella; a la señorita sí que le han pasado cosas, ¡pero cosas!...Y allí en Madrid le estarán pasando también porque dicen, que el marido le mete en la casa a la otra, ¡líos! ¡muchos líos que hay en el mundo! ¡y mire usted, que la señorita Maruca está guapa! ¡más guapa que nunca!.....

.....

Más guapa que nunca, había dicho Auroriña.

Más guapa que nunca, decían cuantos la conocían.

Lo decían don Fortunato, y Engracita, y Pepita y don Juan. Hasta Lola Onieva se lo decía a ella misma.

Y Maruca se reía cascabelera y juguetona; y a veces preguntabale al marido con finísima ironía:

-¿Y tú, que opinas, Luis?

Luis asentía con la cabeza y la miraba un poquitín burlón.

-También tú has mejorado con los años, Luis - le advertía ella; y añadía después: -¡claro, la buena vida!...

La buena vida. ¿Y qué vida llevaban sus hijos en Madrid?, se preguntaba Lola con mucha frecuencia. Se lo preguntaba a sí misma, llena de perplejidades, porque ellos le responderían con evasivas:

-Negocios..., negocios...

-En Madrid hay muchos medios de trabajar...

-Con la guerra europea se han abierto muchos caminos...

-Negocios, negocios...

Negocios. ¿Y qué negocios? A Lola le asustaba la respuesta y no se atrevía a indagar; hasta se asustaba cuando don Fortunato o Pepita, ahondaban en sus preguntas; era preferible no saber toda la verdad. Lo que sí era realmente palpable, esa que nadaban en la abundancia; le habían reparado la casa, habían levantado la que vivió el desgraciado don Horacio, habían comprado algunas casuchas cerca de la playa y terrenos para edificar. Maruca era emprendedora y decía que en Rota hacían falta chalet cómodos y lujosos para alquilarlos en verano. Lui le dejaba la iniciativa en todo. Sin duda de ninguna clase aquellos negocios les dejaba bastante dinero y gracias a ellos, todos los meses, Lola recibía un giro que mantenía airosa su economía.

Las temporadas que el matrimonio pasaban en Rota resultaban muy amenas. Constantemente había visitas en la casa; y se obsequiaba con meriendas y cenas a los amigos. Se hablaba de todo. Se discutía de política y de guerra, aunque la guerra ya había pasado; de toros y de teatro. Don Fortunato siempre fué aficionado a la fiesta. Cuando en el puerto había buena corrida, él no faltaba; al día siguiente, en el casino, en la rebotica o en casa de Onieva, decía:

-¿Sabéis cuantas cosas se empeñaron ayer en Rota para ir al Puerto?

Y enumeraba gran cantidad de objetos que sabía llevados a empeñar. Y todos se escandalaban primero, para comprender después generosos:

-Es que la afición es muy grande...

-Perque El Bomba es un torero de verdad...

Luis Brizales Onieva vivía al margen de estos entusiasmos; él, era un hombre lleno de cordura y ecuanimidad; censuraba estos arrebatos y sabía colocar en medio, cualquier sentencia fría; o bien recitar engolado y altivo:

Mientras nos ocupamos
de estos asuntos tan seriamente
en el campo del Moro
sangre española corre a torrentes,
pero, qué nos importa
que al mundo entero
lo parta un rayo,
si estamos convencidos
que el Bomba mata
mejor que el Gallo.

-¡Hombre, Luisito, no querrás tú ahora cambiar la forma de sentir del pueblo....!y mira que bien te has aprendido eso de las chirigotas!..

Luis Brizales Onieva, se exaltaba defendiendo sus ideales. Don Fortunato, ladinamente, al principio gozaba irritándolo, pero después, aparecía como convencido de las razones que el otro daba y terminaba la discusión en la mejor armonía. Muy enterado parecía don Fortunato de las aficiones dominantes del joven. Parecía que todas sus ilusiones y gustos estaban entre escenarios y alegres sitios de reunión, y solo en conversaciones de aquellos temas se animaba, tanto que, a veces se excedía y solo la intervención oportuna de Maruca ponía freno a sus confidencias; por ellas, llegó don Fortunato a adivinar en qué clase de negocios trabajaba la pareja.

.....

A Aurorita le pidieron su hija para que marchase a Madrid. Ella se lo dijo a su vez al padre, por pura fórmula. Pero Maoliyo, antes de pronunciar una palabra, movió enérgica y negativamente la cabeza.

-Pero escucha, hombre; es por el bien de la chiquilla; que vea mundo, que disfrute, que se divierta; que tiempo tiene en la vida para bregar y sufrir trabajando...?Cuando se le vá a presentar ocasión mejor? ¡Ir a Madrid con la señorita Maruca!...

Maoliyo no dejaba de mover la cabeza.

-...una señorita tan cariñosa, tan rebuena, con tantísimo dinero...Yo conozco a la señorita y sé que es buena como el pan de rosca...Pero vamos a ver, - alzó algo irritada la voz, - porque haz de ser tan oscuro? ¿Por qué no vas a dejar a la chiquilla? Habla por lo menos, hombre....

Maoliyo se levantó y echó a andar hacia la huerta,

-...pero, quieres reventar de una vez? Habla. Dí.

Y Maoliyo habló:

-Con la señorita no vá la niña ni a la gloria...

-¡Serás bestia! Como sinó la hubieras tratado! ¡Como sinó la conocieras!

-Per eso.

-¿Pero qué sabes tú, criatura?...¿Qué piensas tú?

-Lo que uno piense...

Y Maoliyo no quiso aclarar más. Se fué a la huerta. Y se negó aquel día y todos los demás a autorizar el viaje de su niña.

-Que nó...que nó...

A Aurorita le daba mucha rabia, pero tuvo que conformarse y pasadoxx algún tiempo se alegró de tenerla cerca, en el mismo Rota, porque al parecer, las cosas del mundo no andaban muy firmes; se escuchaban cosas que no parecían ser ciertas.

-¿No sabes lo que pasa?...Dicen que en los pueblos de la sierra han quemado las iglesias y van a matar a los curas...

Maoliyo la miró irónico.

-¿Y tú te lo crees?

-Me lo ha dicho la señorita Lola... (La pobre lloraba más!..Y yo lo que digo, que quetienen que ver las iglesias y los curas con las cosas que dicen que pasan...

-Tú a callar - pero él aprovechó la ocasión: - ¡Au, Urorita, ahora es cuando nosotros nos vamos al naranjal; que lo que sea de uno, sea de todes...

Aurorita enderezó el busto y arrugó los labios. Él la miró de reojo y estrechó el entrecejo.

-¡Ya hemos nombrado la bicha, ¿no, mujer?

Volvió ella la espalda sin contestar; prosiguió él:

-Mira que es manía la tuya...Otra mujer en tu lugar saltaría de contenta al escuchar lo que yo te digo, y tú erre que erre en las mismas...Yo creí que al pasar el tiempo te volverías razonable...

-Porque soy razonable - y Aurorita se volvió majestuosa para hablarle de frente - es por lo que me mantengo en mis trece...¿Cuántas veces te he dicho, Manué de mi alma que el "casado, casa quiere" Nos iríamos con tus padres, y a lo primero todo muy bien, pero después, cada una con su genio....

-Mi madre no tiene genio...

-Ni yo; pero lo sazaríamos las dos...Viviríamos en un infierno; o nos pelearíamos a las claras o nos pudreríamos por dentro...Y todavía, que los dis-

gustos fueran entre nosotras dos, pero como tú habrias de ver que meteráis baza tu padre, tú y los niños...

-¡Tienes unas cosas!..

-Tengo unas cosas!..En nuestro chozo estamos los dos muy bien; tú el rey y yo la reina...Pero ven acá, pedazo de tonto: ¿nos falta a nosotros algo? ¿no tenemos de todo lo que necesitamos? ¿no estamos muy bien mirados por todos los que viven en los chozos de por aquí cerca? ¡Pues entonces!...

-Pero mi madre ya es vieja, y lleva pasado mucho...Allí todos juntos..

-Que nó, Maoliyo, que nó...Si está vieja y torpe que se lleve con ella a una hija de Casilda que vive muy cerquita; y a tu padre le ayuda ya el Perico Maoliyo no quería discutir. Aurorita era demasiado terca.

Pero a él le gustaba la paz y procuró no volver a hablar sobre aquello Su paz se alteró, sin que él pudieran evitarlo, cuando su padre un dia dijo con amargura:

-¡Como se está poniendo la cosa! ¡Qué de sangre vá a correr!..

Maoliyo, que estaba fumando, siguió dando chupadas lentas a su cigarro y miró a la lejanía con sus ojos profundos y pasados. La primavera estaba muy avanzada y los dias se alargaban alegres. El naranjal parecía rociado de oro. El pinar, umbroso y recoleto, ofrecía su cándido verdor. Toda la naturaleza se realizaba en aquellos dias.

La familia estaba reunida en la explanada disfrutando de la deliciosa temperatura. Señá Regla, oronda, ancha y morena, estaba sentada en una sólida silla de asiento bajo; a su lado Aurorita, tambien gruesa y morena, estaba sentada encima de una piedra; sobre el escalón, los dos hombres, señó Pedro y Maoliyo. Aunque todos callaban, todos presentían que habia llegado la hora de hablar sobre un asunto de gran interés para toda la familia, y Maoliyo esperaba que de un momento a otro se plantease la cuestión.

Aurorita, como su suegra, parecía muy complacida, en disfrutar de la tarde con los brazos cruzados sobre la bóveda del vientre.

Señó Pedro, volvió a decir:

-¡Qué de sangre vá a correr!..

Tampoco Maoliyo se alteró al parecer. Tuvo que escuchar a su padre decir:

-Lo siento por Perico!..

para que dejase de fumar rápido, y preguntara:

-¿Qué pasa con el niño?...?Se mete él en algo....?

-Él, nó; pero lo meterán...; lo meterán...

-No...

Aurorita lo miró abriendo mucho sus ojos, como si por primera vez extrañase la parsimonia cerebral de su esposo. Tambien la miró a ella su hombre. ¿Por qué se asombraba? ¿qué de raro tenía el que él no se diera cuenta de lo que le querian decir? Aunque algo atinaba a comprender, porque tonto no fué nunca;

Maoliyo volvió a mirar a su mujer y luego a sus padres. Viejos estaban ya. Muy viejos. El tiempo pasa sobre las personas haciéndoles daño. Allí estaba el pinito que él plantó siendo un crío; su padre le cavó un hoyo y le echó la tierra luego, mientras él sostenía la varita corta y tierna; tan corta que se podía aplastar con solo levantar una pierna; y tan tierna, que sus dedos al presionar algo más podían doblarla; y abatirla el viento y ahogarla la arena. Allí estaba el pinito; ya hasta era capaz de pelearse con el levante; no les temía a las arenas, disfrutaba albergando pajarillos, y hasta servía de amparo y sostén a la retama que se cobijó a sus pies. Allí estaba; cada año más alto su tronco, y más espeso su ramaje. Y allí estaban sus padres: agachados, faltos de fuerzas, llenos de arrugas, amenguando de año en año el camino del cementerio. Y parecía que no había pasado ni un solo día desde aquel en que su padre y él estuvieron plantando el arbolito: era el padre entonces, alto, fornido, estirado, marchoso; más alto que él, más fornido que él... Bueno, no podían compararse, porque en aquel tiempo su padre no tendría ni treinta años, y él, a la zazon quizá estuviese rondando los cincuenta; y quizá no; él no llevaba muy bien las cuentas de los años. Pero era un viejo ya.

Y Maoliyo, se miró las manos, cruzadas de gruesas venas, y hubiera deseado contemplarse en algún espejo su cara.

Contempló la de su mujer. ¿Qué edad podría tener la Urorita? ¿Así la suya. ¡Y como estaba la pobrecilla! ¿Quién diría que era la misma? Claro y canoso el pelo; arrugada la frente; sin brillo ni picardía los ojos; falta de dientes y muelas la boca; sin color los labios; flojas y terrosas las orejas, como los cachetes y como la barba, donde crecían pelos rebeldes, iguales en negrura y abundancia a los que se extendían por el bigote. ¿Quién conocía a la Urorita? Si ya ni le pegaba el nombre demasiado bonito para ella. Los años pasaban por las personas estropeándolas. Y era una lástima que tuviera que ser así.

Señó Pedro, volvió a insistir al notar el largo silencio del hijo.

-Tú, Maoliyo, ¿te das cuenta de como se pasa el tiempo?

-Eso estaba pensando...

-¿Y no te apura el que Juanito esté pronto en edad de irse al servicio?

-Como es una cosa que tiene que ser... Ya lo hizo el Perico cuando le llegó su hora...

-Es una cosa que tiene que hacerse, pero es una cosa que en los tiempos presentes tiene guasa, porque tal como está la política, ¡se vá armar una! y el pate, como siempre, lo pagaremos nosotros, pero tampoco a los soldados les vá a hacer mucha gracia.

Aurorita dió un hondo suspiro.

-Yo he pensado Maoliyo, y en esto tu madre está muy conforme con mi parecer, he pensado que dejéis el chozo y vivamos todos juntos... Y si Perico se casa puede irse allí...

Maoliyo carraspeó, echó un salivazo, tiró la colilla, y dijo:

-Pensado lo tenía yo también; pero pensado para cuando se case Perico o para cuando vuelva el Juan del servicio...Porque resulta que aquel huerto está que es un paraíso; y resulta, que los corrales están allí mismo, como quien dice, y Rota a un paso; total, que...Pero enfín, si usted padre, tiene empeño, pues nos venimos la Urorita y yo, aunque vayamos allí cada vez que haga falta...

Púsose muy contento senó Pedro, y alabó sená Regla su voluntad. Aurorita comenzó a charlar disimulando su contrariedad.

-!Como que lo tenía que pensar el hombre!...Y yo, me paso la vida metiéndole ganas para venir aquí...Antes no pensaba nada más que en venirse al naranjal y ahora parece que está atado a los chozos...

-Y lo estoy - interrumpió Maoliyo, con vehemencia: - Y lo estoy...Se le toma cariño y apego a la tierra que uno vé a diario; a nosotros nos entregaron aquello como si hubiera sido un jaral; y parecía que allí no íbamos a criar nada; y ya ves, media vida hemos estado allí, alrededor de aquellas plantas y hemos hecho un paraíso...Allí han nacido todos los hijos; allí hemos llorado y allí nos hemos reído...Le tengo ley a los chozos y me cuesta trabajo arrancar, despegarme de aquello...

-Es para mejorar, Maoliyo...

"Es para mejorar, Maoliyo," había dicho ella ladina y engañosa. !Y que fueran las mujeres capaces de mentir con aquel descaró! !Y que encima él tuviese que representar el papel de dengoso! !'amos, que la Urorita era de aúpa!... Sabiendo además el disgusto que a él le daba. Era en lo único que no habían llegado nunca a un acuerdo. Antes, cuando murió su hermano, hablaban de vez en cuando de lo mismo y siempre con igual resultado. Aurorita era demasiado testaruda y dominante; y él siempre cedía, no porque ella pudiese más que él, porque si a él se le pusiera en la cabeza marcharse al naranjal, lo haría por encima de todo, de disgustos, de llantos, de amenazas, pero él no quería en su casa la guerra y cedía siempre. Y apenas si hablaban ya de la cosa. Porque la Urorita tenía una manera de decir las cosas que era mejor no oír. Una vez dijo:

-Si te empeñas, tendremos que irnos al naranjal; pero, hijo, no debías correr, porque cualquier día dispone Dios las cosas de forma que hay que hacerlas...Ya ves tú, nosotros antes, pensando en que el naranjal teníamos que paró tirlo entre el difunto Perico y tú, y ya ves, de la noche a la mañana...Conque.

-?Qué quieres decir?

-!Hombre! Yo no le deseo la muerte a nadie, y menos a tus padres, que ojalá vivan muchos años, pero como es ley de vida que...

-!Habla!..

-Si nó tengo nada que hablar, Maoliyo...Si ya te digo que Dios no permita que ocurra una desgracia...Si ya tú sabes que yo quiero mucho a tus padres porque ellos se portan muy bien con nosotros, pero que cada uno en su casa y Dios en la de todos...

Aurorita no se explicó bien, pero a Maoliyo le pareció comprender. Cier

to, que ella no deseaba que faltasen sus padres, pero cierto tambien que a ella le gustaría ser allí la que mandase, sin que la suegra le estorbase ni con su sombra. Ciertamente, que era difícil la paz entre dos mujeres con igual mando y categoría dentro de una misma casa. En fin el tiempo diría la última palabra.

Pero el tiempo iba pasando sin arreglar nada. Y allí estaban las dos igualmente gordas, sanas, con muchos años por delante. Señá Regla con la cabeza blanca; Aurorita, solo gris. Señá Regla, con muchísimas arrugas en la cara y gran torpeza en las piernas; Aurorita más estrida y diligente.

"Es para mejorar, Maoliyo..." A Maoliyo le lastimó la intervención de la mujer, porque zarandó su paciencia, muy grande siempre, pero con un límite. ¿Qué podría pasar, si le quitara la máscara a su mujer? Asomó una sonrisa irónica a sus labios.

Señó Pedro habló de nuevo:

-Parece que estás alegre...

-Que la cosa tiene gracia, padre; muchísima gracia...

Se volvieron a los chozos sin arreglar aquello. Aurorita estaba muy seria y Maoliyo muy cabizbajo. Cuando terminaron todos sus quehaceres y se dispusieron a descansar, comenzaron la charla. Una charla en la oscuridad; tendidos ambos en la cama; muy cerca los cuerpos; las palabras salían lentas y meditadas, entre grandes pausas.

-Entonces, Maoliyo, qué habeis decidido con la mudanza al naranjal?

-Nada.

-¡Tanto como hablaste!..Yo creí que habíais quedado en algo seguro...

-Eres tú, mujer, la que tienes que dar la conformidad.

-¿Le has dicho a tu padre que soy yo...?

-El cree que soy yo el que no quiere ir.... - y añadió reconviniéndolo.

- Yo nunca te he dejado a tí en mal lugar.

-¡Ya decía yo!..

-¿Y qué...? ¿Qué piensas?...

-Ahora menos que nunca...De aquí no debemos movernos por muchísimas razones...Primera y principal porque estamos más cerquita del pueblo...

-Mira, no me vengas con los achaques...Dí que no quieres...

Aurorita soltó un taco y se movió malhumorada en la cama.

-....que si nosotros no tuviéramos pan que llevarnos a la boca, lo buscaríamos en el naranjal o en el fin del mundo; que si ellos no tuvieran con qué alimentarse, yo era capaz de todo por darles alimento a los dos - otre taco - que estamos muy bien como estamos; que si necesita una mujer que le ayude, que se lleve a la hija de Casilda; pero yo no, ¿te enteras? yo no; porque ella es muy buena y muy santa, pero guarda su alma en su almario; y yo, un dia tengo un semblante y otro dia tengo otro....!y que nó!...Que te digo que las dos no podemos estar bajor el mismo techo porque las dos somos muy mandonas y las dos querríamos llevar la batuta...

Señá Regla quizá no fuese así; su apariencia bonachona, su sonrisa amable, sus palabras cariñosas, hacía creer que era en extremo dócil. Pero Aurorita hablaba muy segura. Segurísima. Aurorita comentaba un día con la prima Casilda el carácter de su suegra, resumiéndolo así:

-Las pillas al tiente y las mata callando...

Y Casilda, mofletuda y grande, riendo, hizo un gesto de conformidad.

Aurorita se matuvo a distancia. Eso sí: solícita, cariñosa, trabajadora y amable. Cuando la situación social se agravó, insistió tanto en que dejaran el naranjal, que consiguió que señá Regla se quedara a vivir en la casita que en Rota le compraron al pariente Anselmo. Señá Regla en el pueblo, no hacía absolutamente nada porque Aurorita no consentía que trabajase y ella lo hacía todo. Y cuando la situación se resolvió en guerra civil, vivieron todos juntos en la misma casa, menos Perico que fué movilizado, y Juan que también lo fué y Reglita que no quiso abandonar la casa de los Onieva..

En aquellos días de terror, lo mismo las dos mujeres que los dos hombres no salieron de la casa, ni hablaron con nadie. Fueron mudos espectadores de lo que les sucedía a los demás, y daban gracias a Dios de no verse mezclados en sucesos, ni complicados en nada, ni molestados por nadie.

Fueron pasando los días interminables de la guerra. Fueron viendo como iban faltando de sus hogares los hombres que los mantenían; los hombres que habían sido esperanzas de muchos.

.....

IV

La guerra lastimó dolorosamente sus sentimientos y los hizo vivir en una cruel zozobra. Señó Pedro y Maoliyo, volvieron a sus trabajos camperos, dolorados los hombros y en tensión los brazos. Las mujeres continuaron en la casita de Rota, frente al mar, frente a Cádiz. Sin periódicos ni radios porque no eran personas que supiesen leer, ni podían permitirse el lujo de tener un receptor. Las noticias, unas falsas, verdaderas otras, las buscaba Aurorita, en las casas de sus conocidos. Eran noticias que no sabía captar en su valor exacto. Para elle era inútil escuchar avances o retrocesos militares; ella no comprendía. Ella calculaba la victoria o la derrota, por otras noticias, que veía cerca de su carne, dañando sus fibras más delicadas, haciendo palpitar con violencia su corazón. La derrota la encajaba, en cada muerte que iba conociendo; la victoria, en cada carta o mensaje particular de sus hijos. Otra cosa no entendía. Quizá a Maoliyo le ocurriese lo mismo, aunque él, como señó Pedro, anduviese recordando sus tiempos de soldado, y enumeraba hazañas y valentías.

Varias veces volvieron Juan y Perico a Rota, fanfarrones y cuentistas; posiblemente, pudo ser verdadero todo lo que contaban y que a los demás les parecía tan fantástico; posiblemente, pudieron atribuirse acciones de otros camaradas, valientes y heroicos; y posiblemente todo pudo ser para encubrir sus temores, para engañarse a sí mismos, para no desesperar, al pensar que podría llegar un día rondador y traicionero que segase sus vidas; que no les permitiese gozar del amor de la familia, de la novia, de la delicias de sus tierras. Varias veces volvió Perico. Y Juan. En cada una, el amor de la madre se renovaba en rebeldías e incertidumbres. Allí estaba la guerra ganada; en la presencia de sus hijos.

Aurorita no quería saber nada de los demás, ni siquiera de don Luis Brizales Omieva, el hijo de su señora. Aunque veía que la madre lloraba desconsolada por ignorar su suerte.

Un poco se compadecía Aurorita; un poco, porque no era insensible; pero pero ella, no quería saber de los demás, hasta que alguien le explicara, por qué habían de exponerse sus hijos sin culpa de lo que ocurría.

Aurorita supo un día algo, que hostigó su orío, muy apagado desde que empezó la lucha; que despertó aquel sentido práctico que siempre tuvo de las cosas. Lo supo por casualidad. Lo supo, porque mientras ella cuidaba un día de la limpieza del chozo, vió que unos militares andaban por aquellos alrededores. A la mujer le picó la curiosidad y no paró hasta averiguar lo que allí ocurría. Lo supo de pronto. Y más pronto decidió su plan. Y luego, todo madurado y resuelto, dijo al marido:

-He pensado que desde mañana dormiremos los dos en los chozos.

Maoliyo se sobresaltó:

-¿Te has disgustado con mi madre?

-¡Quiá! Tu madre vé muy bien todo lo que yo hago o dispongo.

-¿Entonces...?

Aurorita le expuso su proyecto con toda clase de detalles. A todo asentía el hombre muy convencido y muy satisfecho de las grandes ideas de su mujer; señá Regla y señó Pedro convinieron en que el asunto era de perlas y que había que empezarlo cuanto antes.

Al día siguiente, estaba Aurorita instalada en su palacio. En "su puesto de mando", como dijeron más tarde los soldados de la nueva Batería. Porque lo sabido por Aurorita aquellos días en que cambiaron sus planes de vida, fué, que el Ejército disponía la instalación de unos cañones en aquel punto de la costa que lindaba con sus propiedades, para vigilancia y defensa de la misma. Todo fué realizado rápidamente. Un día llegaron unos camiones con soldados - ¡ay, si hubieran llegado su Perico y su Juan! -; levantaron lo que serían aposentos para dormir y todo lo de más urgencia. Las maniobras no eran entendidas por la mujer; ni siquiera por el hombre, que cuando ella le preguntaba algo, solo sabía decirle:

-Son artilleros, ¿no los ves?

¡Valla, si los veía señá Aurora! Porque eso fué la primera cosa que ocurrió allí: el cambio de nombres.

-¿Como se llama usted, señora?- le preguntó uno que se había llegado hasta su chozo.

Era la primera vez que le hacían una pregunta semejante; en toda Rota la conocían por Urorita y así la seguían llamando. Rara era la persona que en Rota no tuviera un mote y por él, más conocida que por el nombre de pila y los apellidos; pero ellos siempre fueron Maoliyo y Urorita.

El soldado le volvió a preguntar, creyendo que la primera vez no oyó la mujer.

Antes de contestar, meditó ella en la facha que presentaba, con sus canas, su gordura, su falta de dientes. Y decidió decir:

-Me llamo Urorita...

-Y su esposo? ¿Tiene usted esposo?

-Él se llama Manué... - y señaló para el huertecito- aquél es..., aquél que está liado con los tomates y con los melones...

Desde ese día, dejaron de ser Maoliyo y Urorita, para convertirse en señó Manué y señá Urorá.

A la noche lo comentaba ella con mucho gracejo:

-¿Sabes?...Desde hoy te llamas señó Manué...

-¡Jé!...¡jé!..

-Y yo, señá Urorá...

-¡Jé!...¡jé!...

También reía ella, hasta que repentinamente quedaron serios al considerar que el tiempo no había pasado sin dejar su marca; que ya no eran unos niños para llamarse Maoliyo y Urorita; aquel soldado, brutalmente, les había obligado a hacer estas consideraciones, que antes no fueron hechas ni al ver envejecer a los amigos, ni al ver crecer a los hijos, ni siquiera al contemplar se ellos mismos; cuando más, él, había compadecido a su compañera despojada de galanía y frescura, pero la seguía nombrando Urorita, cariñoso y tierno.

Repentinamente habían quedado callados. Luego, las manos de él, callosas y ásperas, anduvieron torpemente, con la torpeza que produce lo inesperado y triste, entre las ropas de ella; y tocó un hombro ancho pero blando; grueso el brazo, pero flojo y en vaivén el paquete muscular; llegó a los senos, fofos, aplastados y derramados, como formados de una pasta gelatinosa.

-¿Qué haces, Maoliyo?

El hombre dió un suspiro y exclamó doliente:

-¡Lo que esto era antes...! - y al decirlo, sacudió un seno colgante, que fué a descansar en la ancha y deforme cintura.

La mujer se picó un poquito:

-Tampoco puedes presumir tú...

-Tampoco - consedió él sosegadamente: - pero yo nunca pude presumir; en cambio, tú...¿quién pudo nunca compararse contigo? Esta cintura, la abarcaba yo con un solo brazo; y este pecho, se quedaba siempre para arriba, redondo y duro como una piña; y esto - anduvieron los dedazos tanteando entre los pechales - ¿quien dice que esto es aquello? era como un botoncito rosa....? te acuerdas...?

La mujer seguía picada:

-También es gana de ponerse idiota...

-¡Qué cosas!... En otro tiempo, con solo acercarme a tí, te ponías nancita como una gatita a la que se acaricia el lomo....

-Que nó tengo gana de guasa.

-Ni yo. Yo estoy muy serio. Me gustaría volver a la juventud, aunque tuviera que estar en la guerra con tal de que tú volvieras a tener la hermosura de antes...

-Oye, Maoliyo - y Aurorita, pareció que reflexionaba algo-: Dime,

Maoliyo, ¿a tí te han dado de beber en alguna parte?

Se ofendió él:

-Yo estoy sereno...Lo que pasa es que me he puesto triste de pronto.

-¡Eres más raro!..Vamos a seguir con lo que estábamos hablando y déjate de tristezas y pamplinas...Escúchame, mañana te vas a llegar a La Mina y te traes media arroba de vino.

-Pero...

-Yo tengo dinero...Te traes también de cualquier sitio en que los vendan, unos vasitos chicos, como para beber...

-¿Pero quién vá a beber?...Explícame.

-Si nó hay nada que explicar; vasos y vino, ¡eso es!...Tú me los entregas a mí, que de lo demás me encargo yo...

Señó Manué, encogió las piernas para reirse.

-¿De qué te ríes?

Señó Manué se rió hasta con hipo.

-Habla, ¿de qué te ríes?

Señó Manué, no podía hablar de tanta risa.

-De mí no será ¿no?...

Señó Manué palmeó en su hombro, muy alborozado.

-¡Ah! Conque, ¿de mí?...

Señó Manué pudo al fin hablar:

-Una cantinera sin dientes, sin pelo y ¡con bigote!...

-¡Qué malage tienes, gachó...! - y señá Urora, también se reía con alborozo.

-Las cantineras siempre han sido jóvenes, ya lo decía la copla ¿te acuerdas?

Cantinerita, niña bonita,
ya que te quiero, dame fiao
dos cajetillas, tres medias copas,
y aluego un beso ya está pagao.

Las cantineras eran hembras de eso, de regalos y de besuqueos...¿te acuerdas de aquella zagala de Julia, la del ventorrillo? Era muy bien hecha y muy bonita; dicen que la vieron en el moro....¡qué gearra aquella!...Pues ¿y esta?...

El recuerdo de los hijos, apaciguó sus carcajadas, y nuevamente la melancolía se apoderó de ellos.

-Dios quiera que los niños encuentren una persona como nosotros para que los saque de apuros...

-Ahora no es como entonces; ahora vienen del frente gordos y fuertes y eso es la mejor señal...

-...porque yo no les voy a chupar sus ahorros; yo seré considerada; pero mi ganancia la tengo que defender....

-Los soldados tienen poco dinero y consumen poco...

-...alguno vendrá que esté más desahogado que los demás, y que sea más delicado también para las comidas...

-...son jóvenes, y la juventud puede con todo y a buena hambre no hay pan duro...

-...yo me prepararé con todo lo que hace falta; tú arrimarás leña al otro chozo, y yo veré como se presenta la cosa desde el primer día...

-...pero en fin, yo con hacer lo que tú digas, allá tu si la cosa sale mal; por mí no ha de quedar...

-...que estoy cierta de que esto es un negocio seguro; y sin apenas trabajo; yo me plantaré en el chozo y aquí irán llegando poquito a poco; tú verás; tú verás, Maoliyo...!Ay, que voy a tenerme que acostumbrar a llamarte Manué...

-Y yo a tí Urora.

.....

Señá Urora, amaneció llena de bríos. Mojó su cara en agua sacada del pozo y alisó sus canas. Ordenó un poco el dormitorio al que no pensaba volver hasta la hora de acostarse, y se colocó en su puesto de mando: una candelita, un lebrillo con agua, un puchero para el café, una olla con la leche que previamente había ordeñado señó Manué, un recipiente con azúcar, algunas tazas y algunas cucharas. Señá Urora sentóse en su silla baja - de Las Huertas de Benamahoma, fuertes y bonitas - y esperó pacientemente los acontecimientos que no tardaron en desarrollarse conforme al plan previsto.

El primer soldado que apareció y asomó su pelada cabeza por la puertecilla del chozo-cocina-almacén, fué un mozo de buena presencia, de semblante simpático, de sonrisa insinuante y de modales correctos.

-Buenos días, señá Urora...

-Buenos días... - y señá Urora extendió amigable sus descoloridos labios poniendo en primer plano de su cara su desarrollado y frondoso bigote.

En el chozo había una mezcla de olores de muy distintas clases;

olía a recoba, a leche cruda, a legumbres húmedas y viejas, a melones aromáticos a calabazas frescas, a especias, a suciedad, a humo, a sudores humos, a macho cabrío, a tahona y a café recién hecho. El soldado dilatava su nariz goloso y apretaba su boca, y hacía un esfuerzo con la imaginación para deglutir el manjar exquisito. Para el soldado, el café de la señora Urorra, fué como bíblico plato de lentejas.

-¿Se puede pasar, señora Urorra?

-Pasa, pasa zagal... - díjole ella campechanamente, aunque de la primera ojeada supo ver, que la persona que tenía delante, pertenecía a una clase distinta a la suya. Pero señora Urorra, empleaba su nueva arma: la inocencia, la sencillez, la incomprensión: ¿qué sabía ella, quien podía ser un señorito, quien un sinvergüenza, quien una persona honrada? Ella estaba decidida a no comprender más que el lenguaje de las pesetas.

Pasó el soldado y preguntó:

-¿Podría usted hacerme un buen café?

-¡Digo!..!pobrecillo! ¡Una obra de caridad se hace por cualquiera!.. ¡Y aunque a una no le sobra el dinero!.. entretanto hizo además de coger una basta y descascarillada taza .

Al soldado le supo mal el ademán porque no le gustó el recipiente, y quiso aclarar que no solicitaba un regalo, sino un servicio que pensaba pagar religiosamente.

-¿Cuanto me vá usted a llevar por un buen café? con leche?

-Tres gordas, hombre.

-Como estas.

Señá Urorra alargó su mano, tomó el dinero, lo guardó en un hondo bolsillo escondido entre los pliegues de su falda, y cogió después la taza que antes no había llegado ni a tocar. Púsolá encima de un banquillo que hacía las veces de mesa; cogió el colador y un cazo de aluminio de mango largo, que introdujo en el puchero donde reposaba el café; lo llenó y lo vació en el colador hasta mediar la taza.

-¿Mucha leche? - preguntaba, mientras con otro cazo igual sacaba leche de la olla.

-Un chorreoncito nada más...

El muchacho veíala hacer sin disimular su sorpresa y su inquietud acerca de la limpieza de todos aquellos cacharros.

-Toma, échale tú el azúcar....

Lo hizo así el mozo, y luego devoró el desayuno con el tierno panecillo que recogió antes en la Bateria.

-Gracias, señora Urorra... - dijo al despedirse.

-No hay de qué, muchacho; y ya sabes, lo que se te ocurra que yo pueda servir no hay más que decírmelo; aquí tengo huevos, vino, pescado...

Señá Urorra tuvo que servir aquella misma mañana varios desayunos. Des-

de su puesto de mando, sin moverse de su silla baja, hacía todos los menesteres; con solo tres tazas dió café a más de diez soldados; cuando uno de la devolvía vacía, ella tiraba los restos al campo, y luego introducía en el lebrillo del agua, agitandola, y la llevaba de nuevo de café y de leche. A la hora del almuerzo, ya había llegado señor Manué con el vino, los vasos y algunas piezas de pan.

-¡Juy, qué mañana, Maoliyo!... Mete la mano aquí y saca el dinero, hombre...

Metió la manaza él, entre los pliegues hondos de la falda, y sacó un puñado de calderilla.

-Mete otra vez; hay más...

Obedeció el hombre y volvió a sacar más cuartos.

-Cuenta, cuenta...

Contó tres montones de a peseta, y los fué colocando en el banquillo.

-¿Ves? - le brillaban los ojos a señá Uroa llenos de codicias y victorias - ¿Ves?... Ahí tienes: tres pesetas y tres gordas que te quedan en la mano...? Te parece bien o no te parece? Todo eso me lo he ganado yo sin menearme de aquí... Me gastado tres paquetes de café, alguna azuquilla y unos chorreones de leche, total, ni una peseta... Ahí tienes..., ahí tienes...! Y sin menearme de la silla!...

Señó Manué miraba con estupor las monedas por él apildas y ganadas por su mujer, a quien también miraba con adoración creciente.

-¿A como le has llevado por el café?

-A tres gordas cada uno.

-¿No es carillo...?

-¡Quiá!...! pero fíjate que taza más grande! Y luego la comodidad para ellos, que sin apenas salir de ahí se lo encuentran calentito y recién hecho...

No salía de su asombro señó Manué. Ella, envalentonada, comenzó de nuevo a ordenar:

-Llévate la damajuana al otro chozo, y allí mismo llenas las dos botellas que tenemos y te las traes aquí...

Quiso opinar el hombre:

-¿Por qué no se queda todo el vino aquí? Es menos trabajo y no está uno expuesto a derramarlo...

-Conviene que los muchachos no sepan que tenemos tanto vino; con dos botellas tienen el avío y no beberán más de la cuenta, porque a mí no me gustan las guasitas...

Aumentó la admiración de señó Manué hacia su costilla. Valía mucho aquella mujer y sabía dar en el quid de todos los detalles. Obedeció ciegamente, mientras ella preparaba el almuerzo con mucha prisa. Cuando aún no

no estaba ultimado, se presentó allí un grupo de soldados diciendo:

-¿Qué?...?Nos podremos tomar unas copitas?

Bajó la vista señor Manué y esperó a que ella contestase.

-Sí, muchachos, poquillo hay, pero podeis disponer de él ¿verdad, Manué?...Anda, échales tú el que haya... - y añadió muy sonriente: - Hoy no se cobra el vino por ser la primera vez; hoy convidamos nosotros ¿verdad, Manué...?

He ahí una cosa que señor Manué no supo comprender de pronto, y ni después, cuando ella se lo explicó de mil medios:

-...que sí, Manué, que sí...Que no crean que somos agarrados... Ellos se han quedado tan agradecidos, y como han sido pocos, pues hemos quedado como unos reyes con poquísimos gastos...

-¿Y si vienen más?

-Pues si vienen más, decimos muy tristes que se nos acabó el que teníamos ¡y tan campantes!.. Y mañana, tú veras, como este chozo vá a parecer un cuartel...

No comprendía señor Manué los métodos de su mujer; él, no veía la necesidad de tener que regalar casi cerca de un litro de vino. Ella terminó por decirle, que del mundo sabía él poco, y que la dejara a ella bandearse sola.

-¿Pero, no se aquí todo lo que tú dices? - contestó él con súbita indignación.

Se hacía lo que ella quería, porque él era un buenazo sin pizca de mundo, sin picardía, sin malicia. Y se seguiría haciendo aquello y más cosas todavía.

-....porque mira, zagal, los hombres son los que tienen que dar la cara; conque tú, en cuanto termines de comer, coges el caminito de la Batería y te presentas allí al teniente...

-¿Yo?...?A qué voy yo allí?...

-Al negocio. Tú vas ahora mismito, antes de que se te adelante otro, que la gente es muy lista y está deseando ver donde hay una perrilla para rebañarla...Conque, tú vas; te ven los soldados; alguno te conocerá; tú le dices que quieres hablar con el teniente, o capitán o quien mande...

-¿Yo?...?Pero te has vuelto loca?...?Qué tengo yo que ver con el teniente?...

-¡Claro, que tienes!..!Digo!..Tú te llegas y hablas con él; gracias a Dios, ni a tí ni a tu padre ni a ninguno de la familia cercano, le ha pasado nada con el Movimiento, conque, eso llevamos a favor, y no todo el mundo puede decir lo mismo...Le dices que tenemos una guerta aquí y otra en el otro lado, y que lo que necesitan se lo podemos vender...Ellos no necesitan que se les ofrezca nada, pero siempre está bonito adelantarse una...

Abrió señor Manué los ojos, comprendiendo, que desde entonces, ya no necesitaba llevar la mercancía al pueblo y que hasta los soldados irían a por ella al huerto.

-¡Ah, vamos hombre, ya vas viendo claro!...!Si por eso hemos venido

aquí...? Pero tú te creíste que era por guardar la huerca de los robos de los soldados? ¡Quíá, hombre!.. Era por esto, si nó que yo no dije desde primera hora, no fuera que alguien al anterarse nos pillara la vez... Pues le vas a decir también al teniente, que todo el pescado que necesiten se lo venderás tú...

Saltó desconcertado el hombre:

-¡Urrora!...!Urrorita!...

Aquí soltó un taco de los buenos la señá Urrora, y siguió después:

-...?qué pasa?...?qué pasa?...?No están ahí mismo los corrales? ?No pescas tú de día y de noche? ?Vas a consentir que un vivales se te adelante?..El pescado te lo comprarán a tí...

-?Pero como voy yo a coger pescado para tanta gente? Algún día podrá ser, pero otro...

-Cuando cojas bastante, cumplas como un caballero, y cuando la pesca no sea buena, que se fastidien ellos y que coman otra cosa ?estamos? Y que siempre hay tiempo para pedirle a los otros ayuda...

-No puedo comprometerme...

-Si nó tienes que comprometerte; tú le dices al que mande en eso, que tú pescarás para ellos, ¡y hemos terminado! !Y, nala Manué, a meter mano en el asunto antes de que se te adelante alguno!..!Si yo no fuera mujer! !si yo tuviera unos calzones puestos!...!amos, que a mí no me dá miedo de nadie!...!Ea!..

-Urrora, lo dices de una forma, que uno no puede callarse...

-Pues habla y revienta, pero vete ya, hombre, vete y habla con el teniente...

Señó manué se levantó de su asiento y quedó en la puerta parado unos segundos. Luego, sacó el tabaco y comenzó a liar un cigarro, que encendió en la candela que ardía dentro del chozo. Le dió unas chupadas. Se rascó la cabeza, se colocó mejor la castorita gris que se la cubría, y enderezó sus pasos hacia la recién nacida batería

¡Ah, si señá Urrora no hubiera tenido aquel agudo sentido comercial! ¡Y aquella simpatía tan grande que le hacía perdonable sus pocos escrúpulos de limpieza en lo que se refería a tazas, vasos, y platos! Ella conversaba con todo y se interesaba por sus asuntos; algunos soldados eran casados; muchos tenían novias formales; todos deseaban reunirse con la familia aunque fuesen unas horas todos se comportaban disciplinados y correctos, y hacían proyectos para cuando se terminase la guerra. Ninguno hablaba de ella en el chozo de señá Urrora. "a primera vez, la mujer había dicho:

-No nombrar la sogá en casa del ahorcado...? que tengo dos hijos dando tiros...

-?En qué frente, señá Urrora?

-En Estafeta.

Se rieron ellos. Y ella, muy segura de lo que decía, explicó:

-Las cartas me la escribe una señorita que sabe mucho, la señorita Lola, y en el sobre pone siempre Estafeta; por cierto que debe ser un pueblo muy

grande porque allí tengo a los dos hijos, y dá la casualidad que todos los soldados de Rota están en Estafeta, y ni siquiera se ven...

Señá Urorra no comprendía las sonrisas de los muchachos. ¡Más guasones eran!

En el chozo no se habló de guerra. En el chozo o cuartel general de señá Urorra, la vida transcurría feliz, tranquila y pacífica. Si había temores, incertidumbres, hastío y cansancio, ella no se enteraba, o no quería enterarse como ocurrió la vez en que el practicante, entró alborozado porque le habían concedido un permiso de sábado a lunes.

-¡Gachó, bien merecido lo tienes, con lo que hiciste anoche..- dijo un amigo.

Señá Urorra que sentía una inclinación especial por aquel muchacho de sonrisa insinuante, de semblante simpático y de modales correctos, preguntó curiosa, y el amigo la enteró:

-...anoche estuvo vigilando con otro...Se pensaba que el JOSE LUIS DIEZ pasara por aquí...; que podría pasar por aquí...

El soldado agradeció la muda admiración de señá Urorra. Las mujeres siempre ven actos heroicos en lo que son simples actos; igual le ocurría^a la otra mujer, a su mujer, cuando él se lo contara. "Porque yo, para poder venir a verte, me he pasado una noche entera vigilando el mar, con el fusil dispuesto". Su mujer, ¡ah, su mujer! como sabría calibrar su gesto! "Porque lo hice por tí; y me pasé la noche a la orilla del mar, pensando en tí y en este momento de felicidad". Su mujer, quizá diría: "¿Y viste al JOSE LUIS DIEZ?" "No; no llegó a pasar." "¿Y si hubiera aparecido por allí? ¿Qué hubiérais hecho?" "Figúrate..." tendría que contestar evasivo; sonreía al pensarlo, sin contestarse a sí propio la misma pregunta que se hizo tantas veces en la noche, en el día, y en todos los que le quedaran de vida. ¿Qué hubiera hecho de aparecer el temible barco enemigo por la costa?

Señá Urorra, como mujer, vió un acto heroico y lo admiró más. La otra mujer, la suya, vería una prueba muy grande de su amor. El teniente había premiado su acto valeroso. por eso se veía lleno de contento en el chozo de señá Urorra.

-Me voy de permiso...Y yo quería una cosa señá Urorra, si pudiera se:

-Habla, zagal.

-Yo quería llevar a mi casa un saco de patatas; escacean tanto...

-¿Sabes que está el quilo a una peseta y dos gordas?

-A como sea las pago yo.

-Trato hecho.

-Y ahora quiero que me dé usted un huevo con patatas fritas.

-¿Malo el rancho de hoy?

-Que sopla un levante del demonio y todo el guisote está lleno de arena...

-¡Bah, que tú eres muy señorito...Pues una peseta te cuesta ¿sabes?

.....

Señá Urora se fiaba de los soldados y les daba crédito ancho; las cuentas no las apuntaba pero las conservaba en la memoria y sabía exactamente cuanto le debía cada uno; ellos pagaban siempre aunque tardaran en hacerlo; solo el practicante pagaba en el acto, pero no por este motivo le guardaba ella más consideraciones que a los demás; las consideraciones eran por otra índole y completamente desinteresadas; solo porque era atento, servicial, simpático, atrayente y porque le daba muchos ratos de charla.

-Entonces , ¿es verdad que tienes permiso?

-De verdad.

-Y oye, eso del barco ¿qué? ¿estabáis muy asustados? ¿podía pasar algo?...

El soldado se rió y el otro exclamó:

-¿Pasar algo?...¡Jozú!... Si pasa y suelta un pepinazo no queda un soldado en la Bateria para contarle...

-¡Ave maría purísima!...- y se santiguó llena de pavor.

Ellos siguieron comentando y ella escuchando con muchísima atención. Lo que oyó la impresionó tan fuertemente, que, cuando llegó señó Manu e, tuvo que hablarle.

-¿Sabes, Maoliyo? En un trís hemos estado de perder el negocio esto

-¿Por qué? ¿Ha dicho algo el teniente? ¿Ha pasado algo?

-Una cosa horrorosa...Aquí lo han contado ellos ...Dicen que esta noche iba a pasar un barco de los rojos...; que menos mal que no pasó; porque si pasa y suelta lo que llevaba encima se vuela todo esto....!ay, yo hasta mala me he puesto!..

Le agradó a señó Manué la noticia. Precisamente aquella mañana en Rota habia estado unos minutillos de palique con su madre que decía tener deseos de verse otra vez en el naranjal, pero con una persona de toda confianza porque ella con los años y las penas no servía para nada; prometióle el hijo

nacer algo en su favor, y le pareció que el miedo que sentía su mujer, venía de perlas para incitarla a abandonar los chozos.

-Yo sabía que esto podía pasar algún día; la guerra tiene estas gracitas...Y nosotros debíamos irnos de este peligro...Y yo no estaré tranquilo sabiendo que tú te asustas...

-¿Qué yo me asusto? ¡Quita, Hombre!...?A mí me puede pasar algo? Cuando llegara lo que sea echaba yo a correr y se acabó...Pero lo que te digo, es que ^{si} esta noche pasada hubiese ocurrido algo a estas horas nos habíamos quedado sin negocio, ¿estamos?

-Estamos. Pero yo te digo que el negocio no es nada si peligras la vida...Y que tú debías estar en Rota o en el naranjal...; en el naranjal mejor todavía...Allí con mi madre...

-¡Ni lo pienses! Mientras que yo pueda ganarles a mis hijos unas pesetillas no me muevo de aquí...

-Es que mi madre quiere irse al campo...

-Que se vaya.

-Es que debe irse con una mujer....

-Yo no seré esa mujer.

-Podría serlo Reglita que tiene capacidad para llevar una casa.

-Mira, "aoliyo, parece que tú no estás en tus cabales; ¿como vamos a tener cara para decirle a la señorita Lola, "venga mi niña y hágase usted la pascuala si no encuentra otra moza que la sirva?"....Nosotros tenemos que agradecerle muchísimo a la señorita, porque sinó hubiera sido por ella no tendríamos estas tierras...; a tí te consta que fué un regalo que nos hizo...?Y vamos a hacer esa perrería con ella?...!Vamos, hombre, que quien no es agradecido no es bien nacido!..

-La señorita puede encontrar otra criada...

-pues no lo creas...; hay mucha necesidad en el pueblo, y con esto de los hombres en la guerra faltan brazos en el campo; las cosas no son como antes...Mira, antes una muchacha ganaba dos duros y estaba bien, pero ahora se ganan cuatro y cinco; Reglita está para todo y solo cobra un duro...Pero la señorita no puede pagar más porque ya no recibe dinero de Madrid que le mandaban los hijos, y nosotros no podemos exigirle....Con Reglita que no cuente tu madre...!Vamos que no le hago yo ese feo a la señorita...!Hasta ahí podríamos llegar...!

Señá Urra estaba enfadada de veras y señó Manué pensó que sería mejor dejar las cosas como estaban. El negocito marchaba viento en popa; a la Bateria llegaron más soldados que reforzaron la clientela; los muchachos eran buena gente, y en su mayoría veteranos y casados; formales y cariñosos. Algunos encontraban en el chozo calor familiar; Urra tenía labia para entretener a un regimiento; claro, que muchas veces estaba por allí la Reglita, y la Reglita era moza de fuste. De fuste y de agallas para el trabajo; había salido del mis-

mo calibre que la madre. A veces, se presentaba en el chozo muy arregladita, con su melenita corta y sus labios pintados - ¡jé!...una cosa la Urorra nunca hizo; una cosa que ponía la boca más bonita, pero que dejaba señles al besar; ¡jé! una cosa que todas las mujeres hacían ¡la moda!! y había que conformarse y no decir nada - se presentaba la Reglita con su melenita corta, su boca pintada, sus medias transparentes...¡jojú!! como se ponían los zagales de la Patria! como moscas acudían al chozo; y para todos tenía una palabra, un movimiento, una mirada; ¡la madre, clavada! ¡Era mucha niña, su niña!

Lo mismo decía señá Urorra: mucha, mucha niña, la niña. Traía revuellos a los soldados; eso sí, de buena manera; Reglita era decente, modosa, recogida; ninguno de aquellos hombres podría decir lo más mínimo de la niña. ¡Y tan trabajadora!! Tan rebuena! Los soldados habían encontrado en los chozos sus propias casas y su propia familia; en todos los apuros, en todas las necesidades ¿qué quiere decir en todo? acudían a señá Urorra.

-¿Me quiere pegar este botón?

-¿Quiere coserme la ~~gorra~~ borla del gorro?

-¿Quiere lavarme la camisa?

-¿Quiere...?

-¿Quiere...?

El negocio de señá Urorra se había ampliando a medida que las visitas de Reglita fueron menudeando. O acaso...Lo cierto era, que un día, el soldado de ojos verdes y pelo enlutado, se le quedó mirando a la chiquilla; y a la chiquilla le rebosó el color en los cachetees de su cara; y señá Urorra, que sabía y entendía el lenguaje de los ojos y las respuestas de los rubores, se alarmó y no se sosegó hasta tener un aparte con el galán.

-¿De donde eres tpu, zagal?

-De Jerez.

-¿Y allí en qué trabajabas?

-En las bodegas...; en las viñas...; en lo que encartaba.

-Tú estarás casado como los otros ¿no?

-Yo soy soltero.

Pudo sentirse la respiración de señá Urorra, entrando en un compás de tranquilidad y esperanza.

-¿Tienes mucha familia a quien mantener?

-Lo que gano es para mí solo. Mi padre tiene su trabajo y mis hermanos están colocados...

Señá Urorra largó el resto:

-¿Y la novia? ¿Te casarás pronto?

-Yo no tengo novia. Cuando pase la guerra habrá que pensarse en casarse uno...

Señá Urorra lo miró con una blandura nueva en ella; luego, la sonrisa se hizo casi permanente en ella.

A los pocos días de estas indagaciones, y de otras más que hizo por otros conductos, señá Urorra, tras los desayunos, dispuso que el señor Manué dejara la huerta por la cantina, porque ella tenía muchísimo que hacer en Rota.

A Rota fué. A casa de Onieva. La señora la atendió como siempre que iba y se dispuso a preparar las cosas para escribir las cartas, como era costumbre. Ruborizóse señá Urorra y negó con la cabeza.

-!Ah, ¿no vienes a eso?

Señá Urorra, sentía un incendio en sus carrillos, en su frente, en su cabeza, en su cuello. Y comenzó a hablar, balbuceando:

-Yo...yo...yo venía...Verá la señorita...Una está ya vieja para ciertas cosas y trotes...Una no puede con la carga...Una se tiene que ayudar de alguna forma...El perico en el frente necesitando muchísimo; el otro también en el frente sin dejar de pedir...Y una tiene que ingeniarse para ganar una perrilla. Yo les lavo la ropa a los soldados...Y no puedo lavar ni lo mío...Eso es: yo no estoy para esas cosas...Y había pensado...

Lola Onieva escuchaba con atención sin comprender la razón de aquella retahíla dicha con tanto embarazo.

Reglita, en la puerta del comedor escuchaba sorprendida y anhelante. ¡Si su madre hubiera pensado que....!

Pues sí; eso había pensado la madre, y lo hizo saber de corrido:

-...mi Reglita se viene conmigo para ayudarme hasta tanto que yo me mejore algo; mientras, yo ya le he hablado a una hija de mi prima Paca, y se puede venir, aunque mi Reglita venga todas las semanas para el lavado...

Reglita se ocultó en el comedor para tapar su alborozo.

Lola acusó la sorpresa; le dolió la resolución de la madre. Y dijo:

-¿Quieres decir que te llevas a tu hija?

Asintió con la cabeza la mujer.

-Lo comprendo, ¡claro! gana poco...Pero yo no puedo darle más...

-No es eso, señora ¡por Dios! Sinó fuera porque yo no me puedo valer, ¿como me iba yo a llevar a mi Reglita? La señora antes que nadie; de rodillas se le sirve a la señora, porque se lo merece; ¿pero no comprende?...Yo no me puedo valer...Yo, yo...

Muchas cosas dijo señá Urorra. Muchas cosas prometió también.

Y las dos, madre e hija, se encaminaron para los chozos.

La primera, con cierta tristeza que no conseguía alejar; la segunda, con gran alegría que no intentó disimular.

La noticia cundió en la Batería con la rapidez del rayo. Al jerezano le dieron bromas. El jerezano las agradecía y estaba muy contento; la roteña le gustaba a él muchísimo aunque le causaba cierto respeto y temor; demasiado formal para tan pocos años; ni admitía cuchufletas, ni siquiera un cumplido; y era bonita de cara y bien hecha de cuerpo; trabajadora, limpia, callada, ¡ah, la roteña, como lo tenía cogido sin ella misma saberlo! El jerezano estaba muy contento.

-¿A qué no eres capaz de pagarnos una ronda en el chozo?

Pero el jerezano era capaz de todo, y estaba dispuesto a gastarse los ahorros para ser rumboso con sus compañeros.

-Convido a quien quiera venir...

Sonaron ¡olé! ¡vivas! y entonaron la Chaparrita.

Señá Urora los sintió venir. Diligente y gran estratega dispuso que Reglita se fuera al lebrillo, junto al pozo, a lavar.

-Tú a tus trabajos...Que no se te ocurra venir aquí mientras est en e ellos...Que una mocita es como un cristal que con solo el vaho se ampaña...

Y Reglita se mantuvo fiel al mandato materno. Desde el lebrillo sentía la conversación y escuchaba las coplas. ¡Y qué coplas! De Torremolinos habian llegado otros soldados con los cañones. Eran veteranos y sentíanse orgullosos. Atronaban la choza con sus voces; ella conocía las coplas porque se cantaban en Rota desde que ellos cada domingo al llegar en el camión, las cantaban por las calles. Pero aquel día, todas le parecían mejor; acaso porque la voz de Miguel el jerezano, era caliente y melodiosa.

Las niñas Torremolinos
le dicen al Comandante
si se van los artilleros
nosotras vamos delante.

(¡Qué niñas más entremetidas las de Torremolinos!) Reglita no le gustaban)
Y el Comandante les dice
con mucha serenidad

(¡bien, por el Comandante!)

Si se van los artilleros
la Falange quedará.

A Reglita le daba mucha risa la copla, hasta cuando la cantaba ella. Solo que aquel día no pudo ni siquiera sonreír, ¿qué hubiera pensado de ella Miguel el jerezano, que estaba allí mismo, delante del lebrillo mirándola? Se hizo la desentendida, y comenzó ~~axxx~~ restregar la ropa con un brío nuevo y amenazador.

-Niña, e le dijo Miguel - Hoy tengo que hablar unas palaoritas contigo.

-Ya puedes empezar...

-No, porque no quiero que escuchen esos... - y señaló a los del chozo.

-Pues entonces...

-Pues entonces mañana domingo por la tarde aquí mismo...

-Bueno...

Y se despidieron con unasonrisa.

En el chozo entonaban música de la Chaparrita; pero la letra era otra; una letra que jamás podría olvidar Reglita:

Batería la de Regla
entre cañas y entre piedras

y algún que otro melonar
 tiene artilleros de fuste
 la gente por Aguadulce
 denominan el lugar.

A Reglita no le inquietaba la guerra, ni la vida, ni siquiera la actitud hosca y distante de su padre que no fue gustoso con su arribada a los chozos. Las había recibido diciendo:

-?De modo que te has traído a la niña?

-(....)

-?De modo que no querías que se fuese con mi madre al naranjal y te la traes aquí?

-(....)

-?De modo, que tú que estás en todo, no has caído en que aquí los soldados se van a soliviantar y que ella vá estar en lenguas?

-(....)

-?De modo que me madas callar a mí?

-Sí, Manué, más vale que te calles. Me he traído a la niña porque no puedo con la carga...

-?Y por qué no nos vamos todos al naranjal? Estarías descansada y todos a gusto...

-!Qué tenga una que escuchar estas cosas!..

-!Y qué tenga uno que decir a todo que sí...!

Era la primera vez que Reglita vió a su padre enfadado. Pero aún así, a ella no le inquietaba lo más mínimo; porque Miguel el jerezano....!ah, Miguel el jerezano! Unos ojos verdes, un pelo negro ondulado, una nariz recta, una boca, una barba, un cuerpo, un aire, una gracia, una labia, ?no era para que una mujer perdiese las ganas de comer y de dormir? Solo que ella, estuvo desganada y desvelada muy poquito tiempo, porque él, tardó muy poquito tiempo en decidirse y hablar despues con el señor Manué y la señá Urora.

Que la señá Urora se sorprendió es cosa que hay que mencionarla pero no creerla. Señor Manué si creyó en la ignorancia de su mujer, porque la de él era verdadera, y así, al quedarse solos, él le dijo:

-?Qué te parece la niña? Que calladito se tenían los tórtolos la cosa...!Te la das de lista y te la han pegado!...

Señá Urora conservaba un orgullo muy grande porque cuanto planeaba se resolvía siempre a su favor. por eso contestó:

-Que sepas, que cuando me traje a la niña de la señorita Lola, era porque yo sabía que esto iba a pasar...Que yo - y señá Urora púsose el índice derecho muy cerca de un ojo - tengo mucha vista...Que sabía que el Miguel es un hombre de bien, trabajador, decente y que quiere a la niña con buen fin...!Y ya está!..Que conste que esto lo he hecho yo...

Señó Manué la miró con hondísimo respeto. !Qué mujer la suya!.. !Que manera de hacer las cosas bien! !Que suerte la de él haber dado con ella!

?De qué se podría él quejar? De nada. Bueno, sí. Del capricho de no querer ir al naranjal. Ya era capricho el de ella. ¡Con lo bien que estarían allí! Aquel campo, aquella cas, aquel pinar, aquellas vistas!...Allí nació él; allí se crió; allí pasó su mocedad; allí deseó vivir siempre; y morir allí...!Si Dios quisiera llevárselo al naranjal aunque fuese para cumplir sus dias!...

.....

En la Bateria se presentía el noviazjo de Miguel el Jerezano con la niña de la señá Uroora. Cuando se supo todos dieron la enhorabuena a cada uno; hasta al señó Manué, aunque al señó Manué apenas le hablaban, porque era un hombre reconcentrado y silencioso; señó Manué se comunicaba más con gestos y movimientos que con palabras. Solo lo escucharon hablar en una ocasión, y con poco agrado; fué cuando le mordió en una mano un alacrán; dió unos saltos, descompuesto, loco de dolor, entre aullidos y blasfemias; el practicante de la Bateria le aplicó una inyección. A los muchachos no le era simpático aunque le reconocían honradez y tesón para el trabajo; ellos le observaban de continuo; comentaban su esclavitud a la tierra; la delicadeza para cuidarlos; el celo para cumplir su obligación, despreciando el descanso, el sueño, la lluvia, el frio, el viento. Admiraban su constancia en la huerta, sus cuidados paternales; y su valentía en la noche siniestra, rugidor el mar y voluntarioso el viento; salía del chozo desafiando a la noche, al mar, al viento; caminaba por las dunas con una tea encendida que planataba en el corral, humeante y pavorosa, cuando lo permitía el temporal; su silueta se recortaba turbulenta, con los zancos de sus piernas desnudos, el mechón blanco de sus cabellos revuelto en la frente y el tridente de palo en otra mano. A la hora de la bajamar, iba señó Manué al corral; aunque las horas fueran las más inauditas de la noche; caminaba como un demonio escapado del infierno.

Señó Manué no tenía simpatías entre los muchachos de la Bateria, aunque reconocían en él, buenas dotes de trabajo, honradez y tesón.

Los soldados dieron la enhorabuena a cada uno. Y señá Uroora, rumbosa y tal, los fué convidando a una copa de tintorro. Señá Uroora, decididamente era muy simpática. Como era simpático el dueño de ~~LAM~~ LA MINA, que en Rota, cada

domingo los invitaba también. A señá Urora había que sacarle coplas, como ya se las habían hecho al dueño de LA MINA.

.....

Señó Manué recibió un día un recado urgente de parte de la señora viuda de Brizales. Estaba él trabajando en la huerta y señá Urora, un tantico molesta, por no ser ella la preferida como otras veces, aunque comprendía que la señora estaría resentida con ella por haber sacado a la Reglita de la casa, por que desde entonces no tenía buen servicio.

-No encuentra moza, porque las paga muy mal, ¿quien ha visto que en estos tiempos le dé cuatro duros a una mujer para todo?

Señá Urora nunca pronunció estas palabras, pero las pensó más de una vez, y se enfadaba porque las personas no fueran comprensivas y fueran viviendo según los tiempos.

Cuando señá Urora recibió el mensaje para señó Manué calculó que se trataba de pedirle para que influyera en la vuelta de Reglita, o quizá para pedirle algún dinerillo, porque desde que empezó la guerra no había recibido ningún giro de los que le mandaban los señoritos; ella comprendía, que casi tenían obligación de ayudarle puesto que ella les había regalado el ranchito, pero aunque lo comprendía, sentía un cosquilleo en el estómago que no le sentaba nada bien.

-Pra qué te llama la señora, Manué?

-Quiere que me alrgue al puerto para recibir a la señorita Maruca...

-¿La señorita viene? ¿Qué me dices Maoliyo?

Señó Manué no contestó y volvió a sus faenas, y por más que señá Urora lo estuvo sonsacando a todas las horas que se le presentaban, no consiguió saber más. Porque más no sabía señó Manué. Él se había presentado en la casa y había dicho:

-Aquí estoy a lo que mande la señora.

Y la señora (!Ojú, como estaba la señora de consumida!) le hizo tomar asiento en una de aquellas butacas del patio y comenzó a hablar:

-Mira, Maoliyo, tú ya sabes la desgracia de mi hijo muerto en una che-

ca, y sabes también que, gracias a Dios, Madrid es nuestro... ¡Ea! ya comprenderás que mi hija, la señorita Maruca, se viene aquí conmigo....

La señora lloriqueó unos minutos. Él, no pronunció una sola palabra de consuelo, porque le era imposible hablar; a veces, en la garganta ocurría algo raro; a él, le estaban entrando ganas de abrazar a la señora y decirle:

-¡Ea! se acabó todo. ¡No más penas. Usted, con nosotros al chozo, para hartarse de comer, para estar descansada, para no oír penas... Allí con la Reglita siempre cantando, con los soldados siempre de chirigotas y guasa, allí vivirá usted en la gloria...

Porque señor Manué, conocía la casa de Onieva palmo a palmo; mueble a mueble; y señor Manué, había echado una mirada a su alrededor y había notado faltas: dos arcones grandes en donde guardaba ropa y quién sabe cuántas cosas más faltarían en la casa. Estaba vestida con un traje negro recosido y unas zapatillas muy desgastadas; sus ojos enrojecidos, achicados, rodeados de arrugas; la boca sumida; el pelo tan escaso que dejaba ver por todos lados el crepé añadidos; y las orejas con unos aretes insignificantes de plata.

-El último oro que tenía lo entregué al Ejército de Franco - le había escuchado decir un día.

La señora estaba mala vestida y peor alimentada, Desde que estalló el Movimiento Nacional ¿de qué vivía? Desde que el buenazo de don Fortunato murió, ¿quien le ayudaba a vivir? Ya Reglita lo había dicho en la casa alguna vez cuando iba:

-La señora ha vendido hoy una sábana de hilo.

-¿A quien?

-A una forastera... A una familia que vive en el chalet de don Fortunato...

-¿Cuánto le ha dado por ella?

-Veinte duros.

De vez en cuando llegaba Reglita con una noticia parecida. Movía señor Urrora compadecida la cabeza. Señor Manué apretaba la boca, y sentía ganas de echar a correr hasta la casa, para decirle:

-No venda usted nada, señorita Lola; espere a que acabe la guerra y vengan sus hijos de Madrid y pueda usted volver a vivir bien; y mientras, véngase al chozo con la Urrora y conmigo o al naranjal con mis padres...

Pero, ¿quien le decía eso a la señora? ¿quien le iba proponer que viviese allí a vivir sin comodidades, mano a mano con la Urrora? ¿Donde la iban a acostar? Y en el naranjal ¿quien la iba cuidar? No podía ser eso así; seguirían las cosas como iban; llevándole a la casa de todo lo que podían: huevos, leche, patatas, tomates, pescado, leña y picón ¿Y el aceite, pan, carne, luz? Tendría que encogerse de hombros sin poder remediar nada. Y para colmo la llegada de la señorita Maruca que vendría para hacer más difícil el asunto.

-Sí, la señorita Maruca viene conmigo...; por eso te llamo Maoliyo, pa

ra pedirte un favor; yo no tengo a nadie en el mundo a quien recurrir; no te tengo más que a tí y a la Aurora...Pues tú verás; me dá mucho apuro de que la señorita venga sola desde el Puerto...?no podrías tú esperarla en la Estación? ¡La pobre!...!figúrate, mi pobre hijo!..

Señó Manué prometió hacer lo que le pedía la señora y además no admitió el dinero que intentó darle para el tren; lo rechazó con un ademán muy humilde pero muy digno:

-¡Jé, señorita!..Yo me encargo de todo...!jé!...

Por eso no habló con la señá Urrora ni una palabra sobre el asunto.

Y a la mañana siguiente, cuando se disponía a salir le dijo:

-Urrora, necesito algún dinerillo...

-?Vas de juerga, compadre? - le preguntó ella burlona.

-Voy al Puerto a esperar a la señorita Maruca,...

-!Avermaría! Creí que no vendría tan pronto...

-Dame algún dinero, mujer.

Se lo dió ella al parecer muy dispuesta. En el Puerto estuvo unas horas hasta que llegó el tren de Madrid. ?Cuanto tiempo hacia que no veía a la señorita? Muchos años, porque cuando ella venía algunos veranos a Rota, él no la veía siempre. La última vez la encontró por los corrales dando un paseo por la playa; se había cortado el pelo, había engordado un poquito y parecía hasta más joven; como que él no la conoció; tuvo que hablar ella para saber quien era.

-Maoliyo, buenas tardes...

Al pronto quedó extrañado de que una forastera lo llamase por su nombre. La forastera se le iba acercando y le sonreía amigable.

-?No me recuerdas, hombre?

-Jé!....

(Claro que recordaba! !La señorita Maruca! !Concho, que no pasaban años por ella! !Más guapa que nunca! Y con la misma costumbre de pasarse la lengua por los labios; y redondita y rellena...!Sí que estaba buena la señorita!

-!Pero, Maoliyo, no se te ocurre decir algo?...Habla, hombre.

-!Jé...!

La señorita venía paseando con un grupo de amigas por la playa, pero ella se había adelantado y estaba sola con él, cerca de los corrales, descalzos ambos y metidos en agua hasta las pantorrillas.

-?U Aurorita? ?Cuantos hijos teneis ya?

-Ella está buena...

-Dile que venga a casa a verme...Ella me quiere...Tú nunca me has querido...

-!Jé...!

La señorita Maruca se apresuró a despedirse porque se acercaba el grupo de sus amigas:

-Y me alegro de verte, hombre; un dia vendré para verte pescar...?Te

acuerdas Maoliyo de aquellos tiempos?...

Y él no contestó. ¿Qué iba a contestar? ¿Le iba a decir que se acordaba de todo? De todo. Hasta de don Horacio. ¡Buena lagartona estaba hecha la señorita Maruca! Porque habian pasado los años y ella seguía igual de comprometedor y de coquetuela. ¡Claro que estaba de dulce! Que fué capaz de alterarle los nervios. que fué capaz de avivarle la sangre. ¡Como se hubiera reido de él si hubiera visto a la noche, cuando se acercó a la Urra hecho jalea, y ella le dijo:

-Pero, Maoliyo, ¿a que vienen estos arrumacos?

-¡Jé!...Urrita...¡Jé!...

Y que no paró hasta saber la ~~razón~~ la causa de las repentinas vehemencias de su hombre.

-¿Has visto a alguien? ¿Has hablado con alguien?

Se admiró de la agudeza de su mujer; ¿como le iba a ocultar su encuentro en la playa, si a la Urra no se escapaba nada?

-Hable con la señorita Maruca...

-¡Ya!...¿Y qué habeis hablado?

-Cosas...Nada de particular...

-Está guapa la señorita ¿eh, Maoliyo?

-Bah!...

-¿Bah? ¿Vas a decir "bah" camandulón? Está guapa, porque siempre lo fué, y con los años, se ha puesto gordita y dá gusto verla...

-¡Jé!...No está mal...

-¿Y de qué habeis hablado?

-De los tiempos antiguos...; habló ella...

-Ya me lo figuro; tú no eres hombre de muchas palabras....¿y, que recordaba, dí?

-Eso: los tiempos antiguos...

-¿Y tú?

-Yo me acordé de tí...De cuando salías por la puerta del jardín..., de aquellas cosas...

-Entonces era yo mejor que la señorita, ¿verdad, Maoliyo?

-Entonces y ahora, mujer...

-¿Sí?...

-Sí..., sí..., ¡jé!..

-Maoliyo que te quiero como el primer día...

-Pues y yo...¡jé!..

¡Como se hubiera reido la señorita Maruca si los hubiera visto! ¡Como se hubiera reido de saber las cosas que pasaban entre ellos!

Desde aquella época, unos cuatro años, no la veía. Por eso, en la Estación del Puerto., al ver que llegaba el tren donde ella venia, se alteraron sus pulsos y latió apresurado el corazón. ¿Como vendría? ¿Qué huellas habia deja

do en ella las penas? ¿qué palabras tendría él que decirle? ¡Esto sí que le apuraba y hubiera sido un acierto traer a la Urra para recibirla!

El tren había llegado. A las ventanillas estaban las gentes asomadas; él, miró con rapidez.

Seguramente que la señorita se había quedado en Madrid porque él no la veía por parte alguna; ni en las ventanillas, ni en las plataformas, ni en el andén.

Miró al tren que emprendía de nuevo su marcha; y él, también inició la suya, hacia el tren que en la vía de la costa, esperaba salir pasados unos minutos. Se unió al grupo que marchaban a tomarlo. Entonces sintió que lo llamaban:

-¡Maoliyo!...

Se volvió. Era la voz de la señorita Maruca. Y era la propia señorita Maruca la que estaba a su lado, aunque se resistía a reconocerla.

-No parezco la misma, ¿verdad, Maoliyo? - y le sonrió tristemente.

-¡Jé, señorita, está igual, igualita!...

-Gracias, Maoliyo;..Abrázame, hombre...

Y ante el desconcierto de él, ella le echó los brazos al cuello y descansó la cabeza en su pecho. ¡Las cosas de la señorita! ¡Igual, igualita que antes! Y también olía bien, y también tenían picardías sus ojos, y también seguía humedeciendo los labios con la lengua.

-¡Si supieras, Maoliyo, cuanto he sufrido!...!Si supieras el hambre que he pasado!..

-¿Hambre, señorita...! - se indignó el hombre.

-Sí, Maoliyo... - y bajó ella por primera vez sus ojos con humildad para decir como en súplica; - Desde ayer que un soldado me dió un bollo no pruebo bocado...

Señó Manué soltó un taco estupendo. Un taco que hizo sonreír a la señorita, por su espontaneidad salvaje.

-!...! Jamón le doy ahora mismo a la señorita!..!Ahora mismo!..

Señó Manué se revolvió para ver en donde podría adquirir el manjar ofrecido.

-Espéreme, señorita...

Señó Manué preguntó en la cantina. En la cantina le valoraron un bocadillo de jamón y un vaso de leche. Él hizo sus cálculos y contó el dinero que le había quedado después de comprar el billete de vuelta a Rota. Se enfureció porque la tacañería de señá Urra le impedía comprar el bocadillo. Llamó a la señorita y le dijo:

-¿Sabe? un vaso de leche nada más...En Rota ya será otra cosa...

-Está bien Maoliyo, está bien...

Ella se acercó a la cantina, mientras él vigilaba el equipaje. Ella miró al interior del establecimiento sin ver lo que buscaba. Preguntó:

-¿Tienen jamón?

-En bocadillos.

-Deme uno envuelto en un papel...

El cantinero se lo envolvió como ella había pedido. Pagó y se reunió con señor Manué, que no advirtió la compra, y que todavía quería encontrar palabras de disculpa:

-Esa cantina es una porquería; no tienen de nada; solo leche; ¡una porquería de cantina!..

Sonrió Maruca y le dijo:

-Pero es una leche riquísima, Maoliyo, ¡riquísima!..

Montaron en el tren. Maruca iba asomada a la ventanilla muy emocionada. Con los ojos muy abiertos para empaparse del paisaje. Hacía comentarios con señor Manué.

-¿Ves? ¿Ves tu tierra? Tiene incongruencias y ternuras infantiles...

-¡Jé!..

Le sonrió la mujer. Demás sabía ella que él no entendía sus palabras, pero sí, sus sentimientos; y seguía señalando montículos, chozas, huertas, retamales, pinares.

-Aquí puede olvidarse la guerra...Aquí es fácil sonreír...Y dan ganas de gritar alegremente...Me gusta tu tierra, Maoliyo, tiene la gracia de una danzarina; es toda ella como un corazón llena de contrastes: la arena estéril, junto a esos almendros, estos pinos, esos melocotoneros; el retamal baldío, junto al viñedo y la huerta...Y esos chozos, Maoliyo, tan llenos de amor....

Hablaba en voz alta, sabiendo que él no podría captar sino su alegría. Y se volvió para mirarlo y agradecerle aquel jamón que sus medios no le permitieron comprar. En el departamento viajaban unas personas; entre ellas, un niño que comía con voracidad un trozo de pan untado de manteca. El estomago de Maruca se alteró y sus ojos se posaron con gula en el envoltorio que adquirió en la Estación del puerto. Lo alcanzó, y disimulando cuanto pudo, lo metió en su bolso. Señor Manué iba mirando el paisaje. Ella se escondió en el retrete: como si hubiera ~~entrado~~ entrado en un comedor de lujo; allí sacó el bocadillo y lo devoró ansiosamente.

A señor Manué le hacía gracia escuchar a la señorita; era como si hubiera vuelto a sus años mozos; cuando él tenía el pelo negro y su Urora lucía como una rosa recién abierta; le hacía gracia oírse llamar Maoliyo, cuando ya los años le daban categoría de señor Manué. La señorita no lo sabía, y al enterarse se habría de reír mucho ¡más guasona fué siempre! ¡Y más zaborotúa! ¡Qué de cosas tendría que contar!! La vida y las penas varían a las personas pero a la señorita no la cambiaba nadie. Igual, igualita. Lo abrazó a él...¿qué diría la Urora cuando se enterrar? Fué un abrazo de hermanos, de agradecimiento, de alegría. Y parecía una sombra de aquella señorita que él vió la última vez en la playa por los corrales; ahora estaba delgada, amarilla, con los ojos hundidos...Y a pesar de eso, sonreía. Ya estaba otra vez en el pasillo delante de la ventani-

lla:

-¡El mar! ¡Rota!... - había exclamado alegremente.

Él se había levantado. También él miraba por la ventanilla, pero por la de frente a ella, porque él no miraba al mar, sino a la tierra. Miraba el naranjal y la casa de sus padres. ¡Lo bien que podrían estar todos allí! ¡Un sitio tan bueno! ¡Los caprichos de Urorra! ¡Las cosas de Urorra!...Y porque él no quería meter disgustos...Si quisiera ya hacía tiempo que se nubieran despedido de los chozos.

En la Estación de Rota, esperaba la señorita Lola, ¡y la Urorra! ¡y Reglita!

.....

Por lo que todos decían la guerra terminaría muy pronto. Todos los decían esperanzados y deseosos de que así fuese. La vida se iba haciendo muy difícil y todo encarecía y faltaban muchas cosas necesarias.

Señá Urorra seguía aumentando sus ganancias y sabía que aunque la guerra terminase, el Destacamento continuaría allí. Y ellos también. Ellos tendrían que estar por lo menos hasta que licenciasen al jerezano y pudieran casar a la niña. Por su gusto, señá Urorra, no se iría de allí nunca. ¡Se hablaban tantas cosas! que si faltaría el pan, como ya faltaban las patatas, el jabón, el aceite, el azúcar, las telas. Ella tenía que buscarse harina, y que por lo menos en su horno no faltara el trabajo; por lo menos a ellos que no les faltara el pan, y si había que venderlo...Era un nuevo negocio que se le venía a las manos; ¡como iban a tirarlo por la ventana? Que la cosa no tardaría en llegar...

Señó Manué no fué de su parecer.

-¿Como vamos a hacer y vender pan teniendo encima a los soldados?

-Callarán por la cuenta que les tiene...

-¿Y el teniente? ¿Se vá a hacer el tonto el teniente?

Meditó señá Urorra. Vacilaba. Luego decidía:

-Cuando llegue la hora hablaremos...

Señó Manué calló, pero vió que ya no era tan difícil su traslado al naranjal. Y su vida trabajosa, continuaba su ritmo habitual. El trabajo en la huer-

ta; la pesca en los corrales; las ventas en la Batería; los mandados al pueblo; el deseo de las vueltas de los hijos; el proyecto del casamiento de la hija. Aunque esto no era seguido por él, tan de cerca como lo era por la madre. Entre Reglita y señá Urorá, existía un constante intercambio de ideas; y una serie de tapujos y misterios que él no alcanzaba a comprender, aunque más tarde fué enterado por su mujer:

-Reglita se está preparando su ajuar...Él quiere casarse en cuanto lo licencien...

-Pero a la niña no le hace falta correr, es muy joven...

-A la niña le hará falta algún día...Los hombres van a estar tan escasos como todo...

Él callaba. ¿Qué iba a hacer? Al novio de la niña no podía ponerle reparos; algunos meses llevaba tratándole y siempre se portó bien; que entendía la huerta, le constaba a él, porque más de una vez estuvo ayudándole en las faenas. ¿Qué iba a buscar para su Reglita? Ni el Rey de España era bastante para su niña, según sus deseos; pero si a ella le gustaba el Miguel y al Miguel le gustaba ella, ¿qué había que hacer sino decir a todo que bueno?

Y eso había dicho él: que bueno. Y allí estaban las dos, la Reglita y la Urorá, siempre de misterios y de tapujos. Algún día le iba a él a darle por enterarse. Un día. Cualquier día.

Llegó uno.

Ellas estaban junto al arca, revolviendo unos trapos. No lo sintieron llegar. Quedó junto a la puerta, escuchando sus risas. Porque se reían las dos, aunque la que lo hacía con más fuerza y más gana era la niña.

-A ver, a ver que me pruebe eso...

Y estaría probándose algo, porque se la oía decir:

-¡Mira por donde me llega!... - y reía más y más.

Y luego:

-Pues es bonita....Y muy buena tela...?Y tú no la estrenaste nunca, mamá...?

-?Yo? ¡Quita, hija! ¿Como iba yo a ponerme semejante indecencia? ¿Como iba yo a tener valor de presentarme delante de tu padre con una cosa así, que apenas tapa?...Ahí está, desde que me la regaló la señorita Maruca!...

-?Y la señorita Maruca se ponía eso tan cateto?...

¡Como reía la niña!...!Y como mentían las mujeres! Porque señó Manué supo de pronto de qué se trataba: justamente del regalo de boda que la señorita le hizo a la Urorá. Y tenía valor ella al negar que la había estrenado... ¡Las mujeres!...Sonrió señó Manué al recuerdo. Se habían acostado, como cada noche con la luz apagada; ella primero y él después; en la cama había un olor especial, un olor muy fino; él dijo:

-?Pues no me huele a la señorita Maruca?

Y ella dijo:

-Enciende la luz, Maoliyo.

-¿Qué te pasa? ¿Quieres algo?

-Que enciendas.

Encendió la vela. "altó de la cama la Urorita y se plantó delante de la luz.

-¿Te has vuelto loca? ¿Qué haces?

Porque la Urorita, medio desnuda, estaba haciéndole monerías.

-Pero, bueno, zagala, ¿quieres decirme qué es lo que te pasa?

-Este - y señalaba la camisa.

-¿Y esto que es?

-¿pues no lo ves?...Mira qué preciosa, tócala...

Tocó él. Sí que era suavita la tela, pero ¿y sus carnecitas?...

-Ven aquí, Urorita...Mira, tonta, que yo no quiero que te pongas estas cosas; que tú a mí me gustas por tí.... - y se enfadó al sentir el olor tan cercano a su nariz - ; Ya te estás quitando esta porquería que me hueles a tu-nanta...

Las dos seguían hablando de lo mismo:

-...se ponía esto tan cateto?...

-Te la regalo para que te la pongas tú...

-¿Yo?...Tendría que arreglarla...; es demasiado larga...

-¡Niña...!

.....

La noticia llegó una mañana muy temprano a los chozos. Tan temprano que hacía solo unos minutos que seña Urora se había despertado y llamaba a su hija y a seño Manué.

-¡Ay, he tenido un sueño más malo!..Soñaba con la señorita Lola!.. que subió al cielo y que se puso a llamar a las puertas y no le abrían; y ella lloraba, y rezaba ¡y nada! Hasta que por fin, le abrió un hombre muy viejo; digo yo que sería San Pedro, porque tenía unas barbas muy blancas y muy largas, y la carita muy sonrosada; ¡y nada! que no quería dejarla pasar; y la señora, venga llorar y llorar; y yo ¡madre mía que apuro sin poderme mover!...Y entonces apareció un angel como los que se ven en los Nacimientos, que iba por estos

campos, por estos de Rota, llamando a la gente; a mí me hizo señas y me encontré de pronto tocando en la puerta del Cielo, y a mi lado a los vaqueritos y vaqueritas, y a muchos pescadores, ¡y en fin, casi todo Rota estaba allí desganitándose para que abriesen las puertas! Y no paramos hasta verlas de par en par, y entonces, la señorita Lola, nos decía: "¡Gracias, gracias!", y entró...

Muy impresionada estaba la señá Urora; y su impresión fué mayor, cuando llegó un hombre montado en bicicleta, diciendo:

-Vengo de parte de la señorita Maruca, la de Onieva, porque la señorita Lola se ha puesto muy malita...

-¡Avermaría! - exclamó señá Urora; y mostrando sus brazos arremangados dijo: - Fijarse, fijarse: el vello de punta....

Reglita se dispuso a ir al pueblo con su padre. La madre quedaría al cargo de todo, porque las obligaciones contraídas con los soldados de la Batería, eran ya sagradas. Con su disgusto quedaba, porque ella quería a la señora mucho y sentía que le ocurriese cualquier desgracia; acordaron que volverían pronto para darles noticias y para turnarse, porque de ningún modo consentía ella que llegara la noche sin que ella se hubiese presentado en casa de la señora.

-Niña, Reglita, tú no te muevas de la casa; tú te quedas allí para lo que puedas servir a las señoritas...

Reglita dijo a todo que sí, y mientras su padre daba un rápido vistazo a la huerta, ella hizo un pequeño lio de ropa, que dejó sobre la piedra que les servía de poyo junto al chozo; luego anduvo unos pasos y subió repechando hundiendo los pies hasta los tobillos en la arena; en lo alto, una cordalada de agudas pitas marcaban sus esbeltos triangulos verdes, punzantes y suaves, nacidas en un lecho de rubia e inconstante arena; el fondo movedizo de agua, ponía una nota de gracia y frescura; desde allí se divisaba Cádiz, fulgente, esplendorosa, naciendo de un glorioso incendio; Rota, con el señorío grave de torre, con la brillantez de su playa, con la gracia infantil de sus pinares, y luego los corrales, la atrevida punta de la candorosa tierra en el bravío mar; y la Batería. La Batería. Cañas y pinos, piedras y arenas. Y las arenas, fijadas al suelo por las uñas de león, como una enorme y quieta gusanera oscura

Reglita gustaba de acercarse a las pitas. En la Batería la divisaban rápidamente y avisaban al galán, y el jerezano acudía a la cita con el gozo de lo inesperado.

Aquella mañana también, pero extrañado de la hora, le preguntó desde lejos:

-¿Pasa algo?

-Que me voy al pueblo.

El jerezano atravesó el campo, apartando las cañas a su paso, como un viento furioso.

-Sí, que me voy ahora mismo con mi padre y no sé cuando voy a volver

-?Pero qué pasa?

-Nada. No te alarmes. Que la señorita Lola, donde yo estaba, parece que se ha puesto muy mala y nos llama...

-P^ues tú no te vas.

-Vamos, Miguel, no te pongas guasón...Yo me iré ahora mismo y ya sabes, que no sé cuando puedo volver; a lo mejor esta noche, o mañana...; conque, adiós

-?Y te vas a ir así?

-!Como así!

-?Sin un besillo siquiera?

-!Anda, zagal!...Para que nos vean los soldados...

-No; no nos ven...; ahí, detrás de las pitas...

-!Ni pensarlo!...Nos vería mi madre...

-!Y qué! ?se iba a asustar? Sabe Dios ella...

-Punto en boca; mi madre, no; primero, porque antiguamente no había esta libertad de ahora; y segundo, porque a mi madre no la conoces tú...

Miguel se había acercado a ella y la estrechaba cariñoso una mano.

-?Cuando nos casamos, Reglita?

-Cuando se acabe la guerra...

-?Y por qué nó antes?

-?Antes?

-Antes. Se arreglan los papeles y pido permiso...

-Mira, Miguel las cosas por sus pasos contados...

-Que tú no me quieres, Reglita...

-!Miguel!...

Señá Urora vió a los mozos claramente. Señá Urora sonrió emocionada.

Todo igual. Como antes. Como siempre. Y recordó las sabrosas y fugaces entrevistas en el jardín de los Onieva. Cuando ella era una pollita, la piel estirada, los cachetes rojos, como los labios, el pecho duro y alto, la cinturita !ay, la cinturita, y como le gustaba estrechársela al guasón de su novio! !Su novio! !Qué cambios tan grandes!...!Y pensar que Reglita, ahora como un pimpollo, ahora como de dulce, se tendría que ver como ella, vieja y fofa! Señá Urora, disimuló haciendo como que daba de comer a sus gallinas, pero a señá Urora no se le escapó detalle: la cinturita tapada por el fuerte brazo del macho, los hombros perdidos en el otro brazo del macho, los cuerpos juntos, las bocas juntas, y una manita de ella jugueteando con una oreja de él. !Lista salió la niña! Y la boca de señá Urora dilatóse más de lo acostumbrado, y los vellos ásperos y largos de su labio tomaron una posición casi horizontal y algunos hurgaron con levedad de vilano en su nariz.

Señá Urora sintió la tos nerviosa de señó Manué, y pensó que tal vez el padre pudiese ver también a la niña, por lo que se volvió rápida para decirle:

-Espera, que ya viene Reglita - y luego alzando la voz gritó : - !Niña!...!Niña!...

Bajó Reglita con rapidez increíble el montecillo; venía colorada, sonriente, brillantes los ojos negros. Señá Regla, creyóse obligada a decirle algo:

-?No podías pasar sin decirle adiós? Ya es gana de no hacerte persona... Las mujeres tenemos que saber guardar el sitio...

-Nos hemos visto por casualidad...Él asomó por allí y yo me acerqué...

-!Sí!- estaba persuadida de que debía regañarle; - !Qué casualidad!... !Mucha casualidad!...En mis tiempos....

Y calló repentinamente porque los ojos de señó Manué la estaban mirando con una recóndita malicia. Y a la mujer, le pareció escuchar la voz cálida y grave de aquel, su Maoliyo:

"-Esta noche por la puerta del jardín?..."

"-Pero nada más que un beso..."

"-Un montón, chiquilla..."

Todo igual. Como antes. Como siempre.

.....

Maruca esperaba sentada en el gabinete fumando con incontenible nerviosidad. Cuando se presentaron señó Manué y Reglita los hizo pasar a su presencia.

La muchacha con una emoción de circunstancias, exclamó nada más llegar:

-?Y la señora? ¿puedo ver a la señora? Me quedaré con la señora el tiempo que sea preciso...

-La señora descansa ahora...; está muy mejorada...Me parece muy bien que que te quedes con nosotras...Entra; entra por ahí y hazte cargo de la casa...; tu prima ha salido a comprar carbón...

Reglita desapareció por el interior.

Señó Manué continuaba de pié y con la cabeza descubierta, en la misma puerta del gabinete.

Maruca lo invitó a entrar.

-Pasa, Maoliyo, y siéntate aquí, en el sofá...Nosotros somos amigos...

-Señorita...

-Pasa, Maoliyo...Tú eres un amigo...!Si supieras qué consuelo tan grande es poder decir: "Mi amigo..."

Adelantó señor Manué unos pasos y se detuvo sin cubrirse aún.

Ella se levantó, y dominadora, lo cogió de un brazo y lo obligó a sentarse.

Señor Manué dejóse hacer, asustado.

Durante unos minutos el silencio fué completo, porque ella parecía muy preocupada.

Él miraba a su alrededor, lleno de una respetuosa admiración. El gabinete era elegante y cómodo; los sillones y butacas de pesada caoba y rica tapicería; una bellísima mesa de juego; una soberbia consola, con sus ramos de conchas y caracolas dentro de finísimos fanales; y el dorado reloj, parado; en las paredes cornucopias y grabados; del techo, pesada araña de cristal; sobrio y rico; espléndido y sencillo. Señor Manué estaba embargado de respeto y de emoción.

Al fin, preguntó:

-?Y a la señora qué le pasa?

-!Ah, pues mira, no sé!...Yo estaba anoche desvelada...Tuvimos una sobremesa demasiado larga ¿sabes?...Anoche, por primera vez, desde hace mucho tiempo, sentí que mi estómago estaba total y completamente satisfecho...Ayer hicimos unas comidas muy buenas: por la mañana, pan frito y café con leche, pero café de verdad, ¿sabes? legítimo...En el almuerzo nos hartamos: sopa de tomate y gallina dorada; fué un banquetazo...También merendamos, también,...Otra vez café con leche y unas tortas que la muchacha trajo...Y a la noche una cena de príncipes: lonchas de pechuga y un par de huevos pasados por agua y ¡natillas!...!Ah, Maoliyo, tú no has pasado hambre!...!Tú no conoces la crueldad de la guerra. Es horroroso...No hablamos y no pensamos más que de comida...!Es horrible!...Por eso, anoche, satisfecho el apetito, tuvimos una sobremesa larga....

Maruca aplastó el cigarrillo en el ceninero, y miró largamente al hombre.

-Desde que he llegado, mi tía, no habla de otra cosa que de mi marido que en paz descanse; a toda costa quiere saber informes que yo no puedo darle porque los desconozco...Yo sé bien poca cosa de lo ocurrido...Poquísimos...A Luis no lo detuvieron en mi casa...

Maruca quedó pensativa largo rato. Luego dijo:

-?Para qué atormentarme? ?Para qué atormentarla? Yo le he dicho: "Sí, tía...; fué así, como a todos...; estábamos acostados; los dos; llamaron a la puerta; abrí yo; preguntaron por él; quise negar; me apartaron a un lado con los fusiles; grité; lo abracé llorando....Y nada más...Se lo llevaron". - "?Y no volviste a verlo?" - "No." - "?Y no hiciste por verlo?" - "Sí..." Y se atormenta y me atormenta haciendome preguntas...Y supone que no le digo la verdad...?Como se la voy a decir? ?Cómo si yo no sé como ocurrió?

Maruca volvió a encender otro cigarro.

Señó Manué se atrevió a decir:

-?Entonces....? - y calló atemorizado.

-Entonces, te lo diré a tí...?Y para qué?...?Para qué seguir? Mi pobre tia está muy grave...Y te he mandado llamar para pedirte que me ayudes...

-A mandar, señorita.

-Gracias, Maoliyo...Quiero que pases por mi chalet y pregunes por don Rafael; don Rafael es un forastero que me tiene alquilado aquello; dile de mi parte, que, estoy conforme y que te entregue a tí la señal...Ya sabes, t te dará un dinero que traerás pronto porque me hace mucha falta...

Le hacía muchísima falta, porque ya solo diez pesetas guardaba en su bolso y no eran suficientes para atender los gastos que se le avecinaban. Ella quería, al vender, dar la impresión de que no le apremiaba una necesidad urgente; y eso, solo podía conseguir, adelantandose, antes de que fuera del dominio público la gravedad de su tia; de otro modo no podía serr.

Hacái dos dias que estuvo en la casa el inquilino del chalet. Don Rafael daba un a gran sensación de nobleza; era simpático y cordial. La entrevista, en el salón se deslizó amable y fácil. Maruca esperaba que de un momento a otro, el forastero le dijese cual era en concreto elobjeto de su visita. Hasta que por fin él se levantó diciendo:

-Con su permiso....

Y se acercó a la consola para mirar de cerca unas figuritas que la adoraban. Maruca sonrió cuando el otro dijo:

-Estas ánforas son de porcelana.

-Sí. En casa todo lo que hay es auténtico.

El forastero alargó su mano para asir delicadamente la figura.

-?Se venderian...? - preguntó tímido.

-Si lo paga bien, sí.

-?Cuanto?

-Ofrezca usted.

-?Cien pesetas?

-Es poco.

-?Ciento cincuenta?

-Es poco.

-No doy más.

Callaron ambos.

Maruca calculaba rápida cuantas cosas podría adquirir con aquellas pesetas: azúcar, aceite, carne...Mentalmente, hizo un menú succulento y abundante. No podía desaprovechar la ocasión. También ella se levantó y se acercó a la consola y se puso al lado de don Rafael; y admiró su vitalidad casi animal de hombre satisfecho; y la tirantez de su piel, el brillo de sus ojos, la sensación de poderío. Volvióse ella para ver su imagen en el amplio espejo; y tuvo curiosidad de verse muy cerca para comprobar una vez más las arrugas de

su piel y la flacidez de sus mejillas, y la opacidad de sus ojos. Necesitaba comer, Necesitaba aquel dinero. Cogió las figuritas de porcelana y les quitó el polvo con su pañuelito de encaje. Luego, las puso en las manos de don Rafael diciendole con voz fría, casi metálica:

-Tenga. Treinta duros, ¡dá igual!..

Se alborozaron los ojos y las manos de don Rafael.

Maruca, al tomar el dinero comenzó a reír.

Don Rafael no advirtió su risa, porque él estaba muy ocupado ojeando el salón.

Maruca encendió un cigarro y dejóse caer lánguida y cansada en una butaca.

El forastero pareció encaprichado por un cuadro; era el retrato del bisabuelo Onieva.

Maruca lo tasó:

-Quinientas pesetas.

Él hizo una mueca extraña. Ella se impacientó.

-El cuadro vale mucho más; cuando llegue a faltar del salón se notará su ausencia; ya hace más de un siglo que está ahí colgado.

Don Rafael ofreció por él menos de la mitad. Y ella no quiso seguir hablando de la venta del cuadro.

Cuando quedó sola, llamó a la moza y le dió cien pesetas, ordenando:

-Vete y tráete una gallina, y huevos, y jamón, y azúcar...Tráete lo que encuentres; hoy nos hartaremos.

Al sentarse a comer, se sorprendió Lola Onieva.

-¿Esto qué es, Maruca? ¿Ha caído el maná?

Maruca le habló de muchas cosas pero no le contó la verdad para evitarle un mal rato. Estaban las dos muy contentas de poder satisfacer las exigencias de sus estómagos.

Fueron unos días completos aquel y el siguiente, porque pudieron hacer seis comidas consecutivas. Todo hubiera marchado perfectamente, si a Lola Onieva, no le hubiese dado por hablar con machacona insistencia de su hijo. Maruca le contó algunas cosas, pero la intuición maternal, no se satisfacía y adivinaba fallos y contradicciones.

Terminó la sobremesa y ambas decidieron recogerse. La moza retiró el servicio y anduvo muy ligera para acostarse.

Lola Onieva se metió en su cuarto, se desnudó y se tendió en el lecho. Maruca subió a la azotea para pasear.

Los pasos de Maruca sentíanse ligeros y nerviosos en el techo del cuarto. A Lola Onieva le parecía sentirlos sobre su cabeza, y no conseguía el sueño. Comenzó a recordar con marcado regusto amargo, la conversación sostenida; una conversación que no aclaró sus ideas sobre la muerte del hijo. Ella quería saber detalles, todos los detalles. Maruca decía y se contradecía y Lola había llegado al convencimiento de que le ocultaba algo. Vió claramente que además no habían sido felices en su matrimonio, que sus relaciones habían sido guardado una extraña turbiedad.

Lola Onieva se removía inquieta en el lecho. Los pasos seguían en la azotea; eran ya pausados, lentos, sosegados; como si la muchacha estuviese paseando placenteramente. ¡Qué rara era su sobrina! Nunca la pudo comprender. Poseía una frialdad aterradora. Siempre que le hablaba del hijo terminaba diciendo:

-No te atormentes... Aquello pasó... El presente es solo lo inquietante - y añadía despues: - ¿podremos comer hoy?

Maruca tenía una frialdad demasiado grande. Y Lola suponía que le sería muy difícil convivir con ella.

-Soy una mujer práctica.

¡Pobre Maruca, sin otras aspiraciones que pasar la vida cómodamente! Lola la compadecía.

Continuaban los paseos en la azotea. "No podré dormir, si continúa paseando; no estoy acostumbrada a dormir con ruido". Sentóse en la cama; sentíase mal; tal vez comió demasiado; sí, tal vez; ella, aún en los tiempos en que su despensa estuvo bien aprovisionada, fué sobria en las comidas, sobre todo en la cena. ¿Como pudo comer tanto? Le pesaba el estómago y le dolía mucho la cabeza. Reconocía que comió con exceso; ciertamente, que ya la mesa en sí, era una incitación. Maruca encendió la araña del comedor grande, y puso los dos candelabros de plata, cada uno en un extremo de la mesa, que había cubierto con el más rico mantel que tenían. Aquella tarde rebuscó en arcas, diciendo al final:

-¿No conservas ningún mantel de hilo, tía?

Se le encendió la cara al contestar:

-Sí, tengo aquí el mejor ... - y le indicó el cajón de una magnífica cómoda.

Maruca hizo muchas exclamaciones, porque realmente era lujoso.

-Lo que no comprendo, tía, es como lo guardas....

-Me cuesta trabajo venderlo...

-¡Bah!..!bah!..Hay que ser prácticos...Prefiero un par de chuletas sin manteles, a manteles sin chuletas...

Y ella no quiso contarle la historia romántica e íntima de aquella tela; bordada por una Onieva que no llegó a disfrutarla; luciendo siempre en las grandes solemnidades; ¡ay, aquellas fiestas que en los veranos celebraban los Onieva en Rota! ¿Para qué recordar? Solo al insinuar algo, comentó la nuera con sarcasmo:

-¿Solemnidades? ¿Y qué mayor que la de esta noche en que cenaremos lonchas de pechuga, huevos y natillas?...¿Cabe mayor solemnidad en estos tiempos?..

La dejó hacer sin proferir más palabras; Maruca era un torbellino; a Maruca había que dejarla hacer su gusto. Y...¿que mal había en ello? ¡La pobre había pasado mucha hambre y era lógico que quisiera olvidar aquella pesadilla! Por eso no protestó cuando, a la hora de la cena, llamó a la muchacha y le dijo:

-Anita, peina bien a la señora...

Y ella se dejó peinar; y ella, admitió un pequeño y artificioso buclecito sobre la frente; y ella, admitió el traje de raso negro que Maruca descolgó del armario. Y ella sonrió, al mirarse en el espejo y ver un espectro de ella misma. ¡Qué vieja estaba! Hasta entonces no vio su vejez en toda su fealdad; ¿donde se ocultaba la serenidad y gracia que siempre tuvo en sus ojos? Y la tersura de su cutis, y el señorío de toda su figura...Era una máscara triste lo que miraba en el espejo, y la sonrisa huyó de sus finos y descoloridos labios.

-¡Ah, tía! Resultas pasada de moda, pero encajas perfectamente en el marco sin brillo de tu casa...No te falta sino lucir en tu pecho el célebre collar de oro de los Onieva...

Lola se estremeció ligeramente. Y luego dijo:

-¡El collar! No debí venderlo...Hice traición a la familia...

¿Por qué habló? ¿por qué habló?

Maruca le apretó los hombros con cariño; cuando Maruca se mostraba cariñosa era deliciosa; Maruca le apretó los hombros y le acarició la barbilla. Ella miró embobada a la sobrina; la sobrina tenía un poder muy grande sobre ella quizá porque era su estampa física; quizá porque tuvo todo lo que a ella le faltó en su juventud: seducción, coquetería, atrevimiento; quizá, porque pensaba que de haber sido como su sobrina, su marido la hubiera querido con la honda pasión que siempre había deseado; ella había sido una bonita muñeca; solo eso. Ella no supo corresponder al ardor de su esposo; ahora lo comprendía, cuando solo quedaba de su cuerpo el débil armazón, y el pergamino de su piel arrollado, y escaso como el cabello; ahora lo comprendía; ahora comprendía ciertas frases que su esposo lanzara despectivo; siempre había sido una pobre mujer, vencida antes de la lucha. ¡Si ella hubiese sido como Maruca, audaz, decidida, valiente! ¡Una mujer práctica! ¡Oh...! Sonrió Lola con suavidad.

-Te ries, tía; te sientes feliz....

-Te admiro, hija mia...; decididamente te admiro...; deja que recree mis ojos observándote...

Maruca se movió ágil y felina. Era una escultura perfecta y palpitante; era bellísima y estaba vestida maravillosamente; su melena blonda caía sobre sus hombros como una cascada de oro.

-Eres preciosa...

-Me falta un detalle importante, tía; alguna joya...

-¡Bah!..

-Tú en las cenas solemnes de tus buenos tiempos te adornarías...

-Eran otros tiempos...

-Te pondrias el collar de oro...

¡Oh, por qué era nombrado nuevamente el collar! Lola Onieva volvió a estremecerse. Y volvió a decir:

-No debí venderlo...Hice traición a los Onieva...

Maruca la besó en la frente y le dijo:

-Vamos a cenar y luego hablaremos...

Entraron en el comedor. Lola quedó sorprendida y escandalizada.

-?Pero...?

Maruca no la dejó hablar.

-?Qué? La vajilla de la más fina porcelana; los cubiertos de maciza plata; la cristalería de transparente y musical baccarat...!Ah, pero sin vinos! !Qué le vamos a hacer! Y dá casualidad que ni tú ni yo bebemos...En cambio, mira cuantas flores...He arrasado el jardín. Vivamos el momento presente, tía; vale la pena, cuando nos espera una succulenta cena...

Succulenta fué. Ella, Lola, comió demasiado. Por eso le pesaba el estómago y le dolía algo la cabeza; por eso le sería difícil dormir, aunque Maruca dejara de pasear.

Y durante la cena, la conversación se deslizó fácil. Hablaron después del hijo; de la muerte del hijo. ?Como no quería Maruca ser más explícita al relatar? Se le figuraba que le ocultaba alguna cosa. No parecía satisfecha de su experiencia matrimonial; se refería a Luis, como podría referirse a un conocido, simplemente. En la vida que hicieron en común existieron muchos fallos. Ella, la madre, quería estar enterada de todo. De todo. ?Por qué había dicho Maruca, en un momento de arrebató aquellas frases..? Se arrepintió enseguida, pero ya las había dicho...?Como fué?...?Como fué....?

!Ah, el estómago no aguantaba el peso!..Estaba muy mal....

?Como fué?...?Como habló Maruca? Le pareció en aquellos momentos un demonio; le brillaban los ojos, verdes y endiablados; tuvo un gesto duro y cruel en todo su rostro. Parecía que no se daba cuenta de que la estaban escuchando. Y habló nerviosamente; fué la única vez que la había notado nerviosa. Hablaban del hijo. Su voz había adquirido una agudeza casi metálica.

-...el amor es lo menos importante en la vida...

Sí, lo dijo así; y ella, atónita exclamó:

-¡Oh...!

Maruca se rió, fuertemente, escandalosamente, con ordinareiz, y dijo muchas cosas más.

-...afortunadamente, Luis, compartía mis ideas....

Y ya no la interrumpió mas. La dejó hablar; escuchó sus disparates, mientras pensaba compasivamente:

"¡Dios mio, que mal le ha hecho la guerra a esta criatura....!"

La compadeció. porque desde niña anduvo huérfana de besos; porque anduvo siempre encerrada entre las paredes de un convento, envidiando a las niñas que tenían familia; porque luego anduvo con la poco ejemplar compañía de su padre, por tierras extranjeras; porque una guerra la dejó huérfana, y otra, viuda. La compadeció.

-... a mí no me importaba; yo era capaz de soportarlo todo menos la traición...; entendámonos: no me refiero al amor; era otra clase de traición; odié entonces con toda mi voluntad....

Odió. Odié, había dicho la pobre niña. ¿A quién odió? ¿A quien creyó odiar?

-...odié a los dos: a él y a ella, y me propuse vengarme...

Estaba trágica, dura, cruel.

Lola sentíase mareada. Como si hubiera bebido algo muy fuerte. Apenas podía oír. Todo lo que decía Maruca era tremendo.

-...y llegó la hora...Todo ocurrió como yo deseé...La guerra me liberó...Yo me enteré muy tarde; muy tarde; cuando vino una madrugada y llamó en mi puerta; yo me eché de la cama pensando: "Si es él, le daré albergue, pero he de torturarlo; le dejaré pasar; lo albergaré..." Y abrí la puerta; me hice a un lado; entró...

-¿Luis? ¿Entró Luis?

-Ella...Entró ella; era un insulto de los grandes su presencia en mi casa...Ella me lo contó todo, todo...Fué ella la que me dijo como había ocurrido...Yo me reía...

-¿Te reías...?

-...porque la veía sufrir; porque la ví humillada....

-¿Quien era ella?...¿Pero, y mi hijo?...¿Qué pasaba?

-...me reía..."Hemos pasado hambre, decía".-"Yo tambien", le contestaba. "Hemos sufrido cada madrugada una terrible agonía"...

-¿Quien sufría así? ¿Mi Luis?...

-...y yo me reía. Entonces, me lanzó la acusación; "Tú lo denunciaste..."

-¿A quien? ¿Tú? ¿Qué denunciaste? ¿A quien?

-... "nadie sabía donde estaba Luis, sinó tú"... y yo me reía...

-¿Te reías?...¡Maruca!...¿Denunciaste a mi Luis?...¿No lo cogieron

en tu casa?... ¡Maruca!...

Maruca abrió los ojos con estupor. Maruca intentó sonreír delicadamente. Y dijo:

-¿Qué te pasa, tía? Estás muy alterada...

-Haz dicho unas cosas raras... Quiero que las repitas...

Maruca estaba muy pálida.

Con la cucharilla apuró las natillas que quedaban en su plato, y las saboreó con deleite.

-¿Qué te pasa, tía? No te atormentes... Hablaremos despues con tranquilidad... Las natillas estaban riquísimas; sírvete otras poquitas...

-Háblame ¡por Dios! de Luis...

-Luego hablaremos tía; o mañana... El momento presente es delicioso, no lo echemos a perder... Para mañana también tendremos una buena comida...

-Haz dicho...

-¡Oh, no, tía... Yo no he podido decir nada más que tonterías; hablar de la guerra me excita demasiado... A veces, quisiera contarle todo de una vez, y quedarme tranquila...

-Sufriste mucho, ¿verdad, niña?

-Sufrí... Pero el momento que vivimos, tía, es delicioso... Y es posible que no podamos repetirlo... Tendremos que vender la mantelería; ahora es una buena ocasión... Tendremos que vender la vajilla, y todo esto que nos rodea

-¡Maruca...!

-¡Bah, tía! Tú estás ya acostumbrada a desprenderte de cosas...; pero no eres buena vendedora...; ¿sabes a qué delamos las comidas que estamos haciendo desde anoche?: A las ánforas de porcelana que estaban en la consola del salón...

-¡Oh...!

Maruca se volvió a reír. Lola bajó la cabeza y luego habló:

-¿Quieres rezar conmigo el rosario, Maruca?

-Me dormiría; prefiero pasear por la azotea... Hasta mañana, tía, que pases buena noche....

¡Buena noche! Hacía muchísimo tiempo que ella no se había sentido tan mala. Necesariamente tendría que devolver la comida. Sería conveniente llamar a Anita; la muchacha le haría una tacita de yerbaluisa, que siempre le había sentado muy bien; pero le daba lastima despertarla; iría ella misma a prepararse algo; y tal vez, el solo movimiento al andar por la casa, sería suficiente para aliviarla bastante.

Por eso se levantó Lola Onieva y sobre su camión se echó un mantencillo de lana, para no enfriarse. ¡Qué diferencia de ella a su sobrina, dando paseos por la azotea, con mangas cortas y telas finas! Ella en cambio, tenía que tener mucho cuidado, porque un enfriamiento a su edad podía ser fatal; no es que lo sintiera por él mal en sí, sino porque las circunstancias eran muy

difíciles, y si vivir era penoso, ¡qué no sería, con una enfermedad larga y costosa!

Encendió la luz del pasillo y anduvo por él. La puerta del cuarto de Maruca estaba abierta. Se detuvo en el umbral. Nunca fué curiosa. Nunca se preocupó por las cosas de los demás. Pero entonces se quedó parada, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no entrar. La luz del pasillo iluminaba en parte la habitación. La tentación fué excesiva.

"No es malo, no es malo", se decía, sin adelantar un paso.

Y nuevamente la conversación durante la cena, tomó ímpetus en el recuerdo. Y la sensación de misterio, de secreto, se hizo aguda. ¿Dónde guardaba Maruca su maletita pequeña? La dejó en su cuarto; de eso estaba segura porque en el que se guardaban las maletas y baules, no estaba. ¿Y en qué sitio del cuarto? ¿Y por qué la guardaba? ¿Tendría en él cartas, recibos, documentos? Y tal vez, guardara algo de su hijo...

Lola no sabía exactamente qué era lo que predominaba en ella; el dolor de cabeza, la pesadez de estómago, o el deseo apremiante y doloroso de saber.

¿Saber qué? ¿Qué?

Lola entró y se paró junto al armario. La llave estaba puesta. Tiró de la puerta. Un perfume intenso le llegó mareándola más. Tanteó afanosa. Allí estaba el maletín del secreto. Lo sacó y lo llevó a la zona de luz que entraba del pasillo.

Los pasos de Maruca continuaban en la azotea.

El maletín tenía abierta la cerradura; lo abrió; dentro todo estaba en desorden. Metió la mano para rebuscar papeles. Su cuerpo fué recorrido por un escalofrío al contacto de sus dedos con algo metálico. palpitó su corazón con violencia; también con violencia corría su sangre para agolparse en la cabeza; sin duda estaría coloradísima, pues sentía que le ardía la frente, la cara, el cuello. Sus dedos tiraron de algo que palpaban.

Tenía en sus manos el collar de oro de los Onieva. Le pareció, de pronto, saber toda la verdad.

Y dió un grito. Y cayó al suelo. Y arrastró una silla que hizo un gran ruido.

Nada más.

.....

V

Tres días y tres noches estuvo Lola Onieva luchando con la Muerte. Y esta fué la vencedora. A partir de aquel día, señá Urorra volvió a sus quehaceres en el rancho; señó Manué no pudo despegarse tan fácilmente de casa de Onieva, por que la señorita Maruca necesitaba de él con mucha frecuencia y él se prestaba servil a todo. La señorita, fué vendiendo uno a uno cada mueble de la casa. A veces la salida de uno coincidía con la llegada de señá Urorra, y al lamentarse esta, decía Maruca:

-¿De qué me sirve?...Necesito comer...

-¡Ay, pero la señorita Lola, le tenía tanto cariño!..

Ella no. Ella no sentía ningún cariño por aquellos objetos y se iba desprendiendo de todos. Vendería la casa, demasiado grande e incómoda; y luego marcharía a Madrid; alquilaría los chalet durante los veranos.

Y pasó mucho tiempo. El más difícil. Y ocurrieron muchos sucesos sin importancia apenas, en el seno de la familia, ~~xxxxxxxxxxxx~~ porque,

Murió la madre de señá Urorra.

Regresaron licenciados Perico y Juan.

Casó Perico al poco tiempo.

Murió señá Regla.

Casó Reglita con el Miguel.

Nació el primer nieto, hijo de Perico,

Y el segundo, hijo de Reglita.

Murió señó Juan.

Se casó el hijo Juan.

Todos estos sucesos naturales, lógicos, esperados, transcurrieron, mientras ya terminada la guerra, se recrudecían las dificultades.

Los afanes de señó Manué y señá Urorra, se dirigían a mantener vivo, acogedor y caliente, su hogar. Por eso, él no descansaba a ninguna hora, y ella se deshacía ingeniándose para seguir ganando unas pesetillas. Ya, ni señó Manué mencionaba el naranjal, ya había perdido todas sus esperanzas de ir a vivir

allí, y envidiaba la suerte de Perico y de Juan, que estaban al amparo del abuelo.

Pero señá Uroora, un día, decidió que cambiara la vida. Y lo que ella se proponía, siempre salía bien. Señó Manué la escuchó con un gran pasmo; le parecía todo como un sueño, y en su interior, sintió que se avergonzaba de su alegría, porque esta se la debía al hambre de los demás.

Señá Uroora cocía pan en un horno pequeñito, cada dos días. Fué un nuevo negocio, porque el pan que cocía señá Uroora y que amasaba Regliña, era solicitado por los soldados al principio; después, algunos vecinos de los chozos, le compraban también. La dificultad del negocio estaba en la harina, en el trigo. A señá Uroora le dió por cavilar y darle vueltas al asunto. Hasta que un día se entrevistó con la señorita Maruca que aún no se había ido a Madrid por las dificultades de abastecimiento en la capital; en Rota, se defendía bastante bien.

Señá Uroora un día, se entrevistó con la señorita y se lamentó de su mala suerte:

-...porque mire, señorita, si yo tuviera trigo, yo era capaz de ganarme a diario de siete a ocho duros...

Maruca la escuchó con atención. Y luego le ofreció procurarle que no le faltara el trigo y participaría de las ganancias en la proporción que acordasen.

Señá Uroora ya tenía planeado y decidido el asunto cuando aquella noche le habló a su esposo.

-Estoy pensando una cosa, Manué...

El hombre se sobresaltó. Estiró sus piernas y quedó rígido bajo las mantas esperando a que ella soltase lo que fuera.

-Estoy pensando en una cosa que ya en tiempos tú me dijiste que debíamos hacer...

El hombre no adivinaba a donde iría ella a parar con tanto preámbulo.

-Pues verás..., resulta, que si nosotros amasamos pan y le vendemos...

Ella esperó su reacción; él seguía callado.

-Porque resulta, que ahora, con eso de las raciones, y unas cartillas y unos cupones...!ay, madre mía, a donde iremos a parar!..pues resulta, que el pan lo vamos a ver de refilón. ..Yo he ajustado la cuenta así por encima y podríamos ganar de cinco a ocho duros diarios....

Señó Manué dió un bote en la cama y soltó una picardía.

Picardía que repitió señá Uroora, añadiendo después:

-!...! ?Qué te parece?

-?Y el trigo?

-Ya está hablado lo del trigo y lo de la harina.

-?Y la Bateria que la tenemos encima?

-No la tendremos.

-?La cambien?

-Cambiamos nosotros, Manué...Nosotros nos iremos al naranjal...Después

de todo, la familia debemos estar reunida,...Y que tu madre no está ya para nada; así que, nosotros al naranjal....

Y como él guardara nuevamente silencio, ella dijo:

-No parece que te haya hecho mucha gracia la cosa...

Señó Manuel no podía hablar de emoción. Lo que únicamente pudo hacer, fué tomar el brazo de ella y apretarlo fuertemente contra su pecho.

-Tú verás, Manuel, tú verás que vejez más buena vamos a tener; ¡como príncipes vamos a vivir!

.....

Ni siquiera cuando llegaron al naranjal dejó señó Manuel traslucir su emoción; tuvieron que pasar muchas semanas para que él manifestase abiertamente su alegría.

De día repartía las horas entre los chozos y el pueblo. A la vuelta sentábase junto a su padre y escuchaba lo que se hablaba en la casa. Señá Regla se remozó con la llegada del hijo y descansó en su nuera. Se sucedieron unos años preñados de felicidad y de ganancias fáciles, porque era mucho el paz que todos los días salía para el pueblo clandestinamente,

Algunas veces, señó Manuel se levantaba a media noche sobresaltado.

-¿Qué te pasa, hombre?

-Soñaba que estaba en el chozo..; y quería asomarme por aquí para saber si es verdad...

Ella reía. Él también. Era como un gozo infantil.

Todos eran felices en la casa. La más señá Urora, que, capitaneaba aquello, como antes capitaneaba en los chozos; lo que ella disponía se agogía con respeto y alegría; su suegro, en ocasiones comentaba con los vecinos:

-Mi nuera es una mujer de primera clase...!Lástima que no hubiéramos estado siempre juntos...!Claro, que entonces no habrían hecho los dineritos que tienen!...!Es mucha mujer mi nuera!..

Hubiera seguido la felicidad siempre de no ocurrir lo que ocurrió.

Murió señá Regla y después murió señó Juan; pero no fueron estas muertes lo que alteró la dicha de la familia; la pérdida de señá Regla primero,

y la de señó Juan más tarde, fuéron muy sentidas, pero no fueron capaces de alterar aquella felicidad sinó momentáneamente.

Fué lo otro. La pasividad repentina que le entró a señá Urorra; fué, un no querer hacer nada; un no tener gusto para nada; un cansancio, al parecer sin causa.

Señó Manué se alarmó y pensó si estaría mala su mujer.

-A mí no me duele nada...Yo estoy buena...¿vanamos mucho dinero, ¿para qué nos vamos a aperrear?

A señó Manué no le convencian estas razones. Y cavilaba. Cavilaba. Señó Manué comenzó a perder el sueño, porque su mujer no dormía y se pasaba la noche suspirando. ¿Podría tener motivos para suspirar? ¿No tenían casados a los hijos mayores? ¿No tenían dinero para todo lo que quisieran? ¿No tenía la Urorra sus buenas prendas de oro guardadas? ¿No tenían una despensa repleta de todo lo mejor?

-A mí no me duele nada...Yo estoy buena...

Señó Manué no se levantaba ya de noche para gozar con la certeza de que por fin vivían en el narajjal; ni se sentaba ya con aquella placidez y regocijo de antes a la sombra de su pino; ni se paraba a echar un cigarro con los vecinos; ni siquiera con señó Diego, que era tan amigote y tan cariñoso.

-No tengo gana...Estoy buena...

Pero señá Urorra comenzó a perder el apetito y a enflaquecer. En pocos meses, señá Urorra, no pareció la misma. Entonces se dejó que la visitara un médico. Y el médico habló despues con el esposo y los hijos. Algo de lo que él dijo barrunataba ella. Cuando le hicieron comprender que tal vez si la operaran se pondría buena, ella se negó rotundamente.

-Eso es sacaperras...; sacaperras...; a mí no merajan para luego querer cobrar una millonada; que cuesta mucho trabajito ganar el dinero para que luego se lo quieran llevar los médicos con sus manos limpias...

No hubo medio de convencerla. Ni siquiera Maruca pudo influir, cuando gué llamada por señó Manué. Pero la tranquilidad relativa de la familia era que el médico no aseguraba su curación. Señó Manué, a pesar de eso, insistía;

-No siempre se vá a hacer tu voluntad, Urorra; alguna vez se tiene que hacer lo que yo mande...

Señá Urorra soltaba un taco y reía burlona.

.....

A señor Manué se le hundió el mundo cuando ella le dijo un día muy apurada

-Habría que llamar al Cura, Manué, porque una aunque haya rezado poco es cristiana; y una, aunque haya vendido estraperlo, es decente y honrada; una, nunca robó; una...

-Urra, ¿crees que está muy mala?

-!...! no estoy muy mala todavía, pero me pondré, ¿y quieres dejarme morir como a un perro? ¿crees que se debe avisar al Cura cuando una está más allí que aquí?...Anda, Manué, a por él; quiero hacer todo como Dios manda.

Señor Manué, caminó hacia el pueblo, con los ojos cuajados de lágrimas.

Señá Urra quedó en la casa disponiendo como había que recibir al sacerdote. Reglita se ocupó de ejecutar sus órdenes.

-...y cuando el señor Cura termine de confesarme, tú le tendrás preparado un buen café...

-Sí, mamá - lloriqueó la muchacha.

Pero señá Urra quiso aclarar bien la orden.

-Que sea café, café, café...

-Sí, mamá...- llorando a chorros.

-Del que tenemos guardado en el cajón alto de la cómoda.

-Sí, mamá...

-Y le pones el azucarero por delante lleno de azúcar para que él se la eche...

-Sí, mamá....

-¡AY, hija, Reglita, que con lágrimas no se hace nada de provecho!..El día que yo falte...

-¡Mamá...!

.....

Faltó señá Urorra.

?Como pudo sobrevivirla señó Manué?

Todo fué trabajoso desde entonces para él. Ni la vida tenía interés. Ni el sol brillaba como antes. Ni el mar era tan hermoso. Ni siquiera la sombra de su pino era agradable. Solo los recuerdos y los pensamientos de señó Manué tenían esencia.

Señó Manué se volvió solitario; sacaba una silla y sentábase a la puerta, sin pronunciar una sola palabra, ni siquiera cuando los hijos le dieron la sorpresa del retrato de su Urorra; era una ampliación muy bonita; la gente hacía muchos elogios de la belleza de su mujer; a veces él decía:

-No era maleja, no.

Y la miraba sin encontrar la belleza que los demás exageraban.

-No era maleja, no.

Pero su belleza, era recóndita, fina, secreta; era algo que los demás no sabrían apreciar nunca, ni siquiera los hijos. Porque su Urorra, había sido algo así como la tierra que él estuvo labrando toda su vida: generosa y fértil, a despecho de vientos inclementes, a despecho de arenas entrometidas; de frutos dulces y herosos; de frutos que no admitían comparación con otros; frutos humildes; patatas, calabazas, boniatos, melones, tomates, pero saturados de hermosura, de forma, de sabores, de aromas, de colores. Sí; así fué su Urorra humilde y grande.

Señó Manué fué pasando sus días con una tristeza muy grande. Uno de sus hijos le dijo un día:

-Mamá hubiera seguido ocupandose de las cosas...Si viviera mamá...

Tambien él volvería a tomarle agrado a las cosas de la vida. Y poco a poco, le fué ganando el naranjal, los pinares, la huerta, las casitas blancas esparcidas por el campo, su pino, el trozo de mar, la silueta blanca de Cádiz, la grsosa y grave de Rota; y la salida del sol, como una aspersion de oro y la puesta del sol, cubierto el cielo con la galanía de todos los colores. Todo era digno de amarse. Todo era digno de parar en ello la atención. A veces, él mismo se sorprendía hablando en voz alta:

-¡Jé!...Urorrita, ¡si vieras como está la huerta! Este año no la vá a ganar ninguán! ¡Si tú la vieras!...¡Jé!,,,

Y miraba asombrado en derredor suyo, buscando algo, como una respiración, como un suspiro; algo que pudiera ser palpable. Y sus ojos se posaban por fin en el pino que él plantó y lo adornaba imaginariamente; allí podría estar la Urorra; con el nietecillo en la falda; llamando a la nuera: "Mira, tráeme los avíos que le voy a lavar el culo a este sinvergonzón"! Allí podría estar repasando la ropa; recosiendola; hacuendo encajes y monerías. Allí podría estar esperando que él se le acercase para reñirle cariñosamente: "Muy remolón andas tú, zagal..." Allí podría estar. Y allí se llegaría él a echar un cigarrito, callado, mirando a lo lejos. Y le diría a ella: "?Sabes que racionaron el taba-

co del estanco?" Y seguramente contestaría ella: "Mientras haya de contrabando"... - "¿Pero sabes que me cuesta el contrabando un dineral?" - "Habrá que dedicarse a vender tabaco, Manué; vender tabaco de Gibraltar es un buen negocio. Yo me encargaré de eso..." Seguro que ella pensaría así. Seguro. Pasarían las horas juntos. Llegaría la noche, y después de cenar, se irían los dos a la cama. "Reza, Manué, que ya te queda poco para dar cuenta a Dios de tus cosas". - "No me acuerdo de las oraciones, Urra..." - "Dí conmigo; Padre nuestro..." - "Padre nuestro..." Y rezarían juntos; y se darían calor sus cuerpos. Al volverse en la cama tropezaría el uno con el otro. Una felicidad que se les escapó antes de gozarla plenamente. La Urra se fué cuando más falta le iba a hacer; cuando se estaba haciendo demasiado viejo.

-No era maleja, no.

Todos la recordaban con cariño. Hasta la señorita Maruca que, a veces paseaba por aquellos campos y pasaba un ratito en la casa del naranjal. Todavía se conservaba casi como una cuarentona; ajustado el cuerpo, teñido el pelo, pintados los labios.

-Hola Maoliyo ¿como lo pasas?

-Vamos tirando, señorita...

Se presentaba la nuera y le ofrecía unatacita de café.

-No puedo tomarlo; tengo la tensión alta...

-Déjese de tensión, señorita...; una taza de café, siempre es una taza de café...

-Gracias, gracias pero no la voy a tomar...

Y luego la señorita empezaba a decir:

-Me he quedado sin muchacha... A lo mejor por aquí en el campo sabéis de alguna que quiera venir a mi casa...

-Difícil está eso - contestaba la nuera - la gente no quiere servir; ya no es como antes...

-Desde luego, ya muchachas como Aurora y como Reglita no se encuentra

-Yo - se atrevió la mujer - si la señorita no encuentra el avío, mientras, le puedo mandar a mi Reglita...; es muy chica pero...

-Gracias, gracias; ya te avisaré...

.....

-Los veraneantes nos hacen difíciles algunas cosas, ¿sabes, Maoliyo? Ayer tuve invitados en casa y compré para el almuerzo lenguados; me costaron a

treinta pesetas el quilo...

Señó Manuel soltó el gran taco de las sorpresas.

-Sí, Maoliyo, sí... - y añadió recordado; - ¿Te acuerdas de aquellos que tú nos llevabas vivos a casa? Y que nos regalabas además... Tú, Maoliyo, siempre fuiste un señor.

-¡Jé...!

-Un señor! Te lo digo yo...

Lo decía ella. Y no lo decía con afán interesado. Ella no necesitaba de él para nada. Vivía bien de sus negocios; unos negocios blancos y limpios. poseía varias casas que compró en vida de su marido y que preparó para alquilarlas en el verano; también obró la casona de los Onieva; la dividió en departamentos; edificó en el jardín; y en el erial de casa que vivió don Horacio; y en la casa. Maruca era hábil y práctica. Vivía desahogadamente en Madrid y en Rota. Maruca no tenía necesidad de halagar a nadie. Y Maruca le había llamado señor. Y él había sonreído.

La sonrisa de Manuel era tan escasa, que más parecía una mueca. Señó Manuel hablaba poco, pero le gustaba escuchar. Y sobretodo escuchar a la señorita Maruca, que llegaba al naranjal, como llegó la primera vez al pueblo; como un torbellino aventador; llenando su atención; sacudiendo enérgica sus recuerdos más caros; reviviendo horas felices. Ella, impuesta al tiempo, teñidas sus canas, cuidada su cutis y ajustadas sus carnes, era la vida. Le hablaba de las cosas del pueblo, de los chistes que corrían, de los sucesos del mundo. ¡Ah, la señorita Maruca como conseguía la sonrisa parca de señó Manuel!

-Aquí, Maoliyo, hace falta una radio...

Rosita saltó de gozo.

-Unaradio, abuelo, una radio!

Señó Manuel se resistía. ¿para qué? ¿para músicas? Cada uno lleva la suya en el corazón.

-La tuyae es triste, Maoliyo...

-Sí.

-Pero te debes a los hijos, a los nietos... Ellos tienen que vivir de otra forma...

-Sí.

Ellos vivían de otra forma. Ellos vivían en un mundo muy separado del suyo. Y hasta parecían hablar otro lenguaje.

-La vida cambia su ritmo, Maoliyo... Y los momentos presentes son los que hay que vivir en toda su grandeza...

.....

Señó Manué paseaba de vez en cuando por el pinar. Y descansaba al paso en alguna casita; y parecía interesarse por todos los conocidos.

-?Fuiste A Cádiz, Maria?

-Fuí, señó Manué.

-?Y qué dijo el médico de la niña?

-Poca cosa: que tiene que ponerse unas inyecciones de cal...

-?Cal?!qué inventos!...

Se paraba cuando en alguna casa encontraba un nuevo vecino.

-?Este chiquillo de quien es?

-De mi prima Francisca.

-?De temprada? Parece flacucho...

-Sí, lo ha visto el especialista, y como tiene una manchita en el pulmón izquierdo, nos lo hemos traides de Rota...

-Haz hecho bien.

-Le mandaron vitaminas, reposo y alimento...Y yo le dije a mi prima: "¡Pamplinas!En el rancho con los míos, se pondrá como un sello"...Y ahí lo tiene uste, contento y alegre....

Señó Manué paseaba de vez en cuando por el pinar porque no le gustaba mucho parar en su casa, desde que pasaban cosas; porque en la casa pasaban cosas. Muchas: su nuera era buena, pero muy mandona; su hijo, muy bueno, pero demasiado débil; los niños muy hermosos, pero muy diabólicos; el mayor no quería nada con el campo; el mayor era un estilo a su tío-abuelo Perico, que una noche tormentosa se ahogó en el mar; a la Regliata, tampoco le gustaba el campo, y pasaba las grandes temporadas con sus abuelos en el pueblo, y como ellos no tenían para mantenerla, y la chiquilla andaba siempre buscando casa para servir. Estas eran las cosas que pasaban. Las que no debían pasar. ?Por qué el Juanito se criaba como un gñfílllo en Rota? Cuando esta pregunta, un día, la hizo en alta voz, su nuera se puso furiosa.

que su niño estaba con sus abuelos, pobres pero muy decentes; que si su niño no quería trabajar en la huerta, no había que obligarlo, porque en el mundo había muchas cosas en qué ocuparse. que su niño no era un golfillo; que ganaba sus buenos cuartos haciendo de todo: de mandadero, de esperar en la Estación a los trenes para recoger maletas, de ayudar en los bares, ?qué quiere decir de todo? que su niño tenía ambiciones porque....

-....porque hoy día, tal como están las cosas, no se puede andar por el mundo, si nó se sabe leer y escribir; y Juanito, con lo que gana, vá por las mañanas a casa de don Carlos, que es un señor que sabe de todo lo que haya que saber; y mi Juanito, cuando menos acordemos, nos vá a dar el alegrón de tenerlo en una buena colocación, ganando mucho dinero sin apenas trabajar, porque ¡ay que ver lo penoso que es el campo!..

Señó Manué apuntó tímido y apabullado:

-Pero' Juanito podría vivir aquí con nosotros...

-Eso sí: vivir todos juntos es lo mejor y lo más barato...Pero, ¿qué se hace con él? ¿se vá a dar la pobre criatura esas caminatas todos los días?

!Como exageraba la mujer! Esas caminatas las daba él a diario y más de una vez en el día, y su hermano Perico también las dió; y las dieron sus hijos...¿de qué familia eran sus nietos?

-!Si el chiquillo pudiera comprarse una bicicleta....

Sonrió señor Manué y murmuró:

-!Qué cosas!...

-qué cosasa ¿verdad? Usted puede decir lo que quiera, pero su padre ya está dispuesto a comprarla a plazos o como sea...!digo, una cosa tan preciosa!..

-!Una bicicleta, mujer!...Toda la vida del mundo, un campero ha querido tener a lo más un burro...

-!Y qué? Al burro hay que darle comida...

Señor Manué alzó la cara y salió de la casa. !Vamos a él con esas cosas! !Una bicicleta para el niño...!

Señor Manué suspiro y volvió su vista a contemplar toda aquella tierra tan querida; la suya, y las otras de alrededor. Le dolía el despego, el desamor de sus propios nietos al naranjal, que él anheló toda su vida. Su familia creía que él guardaba dinero y estaban muy equivocados; su Urorra y él se pasaron los mejores años de su vida trabajando sin descanso; como todos los roteños; humildes y felices; labrando la tierra áspera e inconstante, viviendo estrechamente en chozos...!ah, no tan estrechos, no tan estrechos...Recordaba que una señora forastera se acercó un día a curiosear en la casa, asomó la cara con muchos remilgos a la puerta, y exclamó espantada:

-¿Como podeis vivir en estas estrechuras?

Y la Urorra con aquella gracia que Dios le dió, contestó:

-Mejor y más anchos que en un palacio vivimos; dentro del chozo a dormir, y todo lo demás aquí fuera, y mire usted, mire usted que grande es todo esto - y abarcaba señalando al mar.

Los mejores años de su vida, él y Urorra, como las demás parejas del pueblo, los pasaron trabajando sin tregua. Considerando y agradeciendo a la tierra sus beneficios; tasando en su valor, cada gota de sudor derramada; cada esfuerzo de sus músculos; cada mimo maternal a las plantas; cada desvelo.

Él y Urorra.

Señor Diego y su mujer.

Joaquín y la suya.

Y todos. Y cada uno. Con sus familias.

¿Qué pensarían ellos si supieran que la suya renegaba del naranjal y de la huerta? ¿que despreciaban al campo?

La señorita Maruca dió su opinión también; pero en la señorita era

natural que pensase así, porque ella se crió de otro modo.

-Mira, Maoliyo, debes dar gracias a Dios porque tus nietos no quieren seguir tus pasos...Porque ellos quieren liberarse de la esclavitud de la tierra nada buena...

Señó Manué se levantó de su asiento.

-¿Qué no es buena esta tierra?...?Ha dicho usted que no es buena esta tierra?

Sonreía Maruca.

-He dicho que no es buena...

-Parece mentira que usted diga eso; parece mentira....Vamos a ver, ¿donde encuentra usted unos tomates más gordos y más colorados que los de Rota? Maruca se rió con insolencia; luego se puso seria.

-No hables esas cosas, Maoliyo, que duelen...Que me parece verte a tí y a la Aurora, sin descanso, cuidando las tomateras como si fueran de oro; y luego te he visto a tí y a ella, recogiendo los con mucho cuidado para que no se reventasen, y teníais la respiración fatigada y difícil; y te he visto, a tí, y la he visto a ella, y he visto a otros rotenos, a pleno sol, sudando y sin aliento, acarrear esos mismos tomates hasta la fábrica que los iba a envasar...¿Cuanto os daban por ellos? ¿Se podían pagar todos vuestros desvelos y fatigas? Dí, Maoliyo....Deja, deja que ellos se busquen la vida de otra forma y que la tierra no ocupe todos sus trabajos...

-Pero no por eso la tierra es mala...

-¡Qué sabes tú de eso!...Te ciega el cariño que le tienes...Es bonita, es caprichosa....Mira, Maoliyo, si se pudiera valorar en dinero este paisaje - y Maruca extendía su enjoyada mano con un movimiento gracioso; - este sol, este aire, este aroma, este cielo, estos maravillosos desniveles de la tierra, no habría dinero en el mundo para pagarlo...Pero ¿qué sabes tú, de una tierra rica? de una tierra agradecida? de una tierra que dé sin trabajarla de este modo agotador?...Te repito que, debes dar gracias a Dios porque tus nietos quieren y pongan los medios para liberarse...que sean otros los que trabajen penosamente y no los tuyos....

Con la señorita Maruca no se podía hablar de aquellas cosas, porque ella no había nacido allí, ¿qué cariño podría tenerle a aquella tierra? La señorita venía todos los años a Rota por costumbre, porque los canvalaches de la vida la echaron para el pueblo, ¡sí lo sabría él, que la conocía bien! La señorita vió allí un medio de hacer dinero y nada más. Ni cariño, ni apego, ni nada

En cambio señó Diego...

Señó Diego era otra cosa muy distinta. Él quería al campo...

-.....sí lo quiero...Creo que me moriría si tuviera que salir de aquí...No me gusta ni poner un pie en el pueblo...Cuando el invierno pasado estuve tan malito, se empeñó mi hija Amalia en llevarme a su casa..; ya tú ves, con ella no me hubiera faltado ni gloria; ella vende algunas cosillas, vino,

tabaquillo...; que viven muy rebién; pues yo, que nó; que me quiero morir aquí, Manué de mi alma, aunque me tengan que llevar atravesado en unas angarillas para enterrarme...Que yo nací aquí...

Señó Diego quería al campo.

Tambien lo quería Joaquín.

-....porque yo no me apaño a vivir fuera de aquí, señó Manué...; y eso que la mayoría de mis hijos han nacido en Rota, porque mi mujer es muy dificultosa para los partes y desde que murió don Fortunato nacen en el pueblo; pues a mí me pincha el pueblo; el pueblo es para un ratito, pero vivir, vivir, lo que se dice vivir, eso, aquí dentro - y señalaba una casita diminuta - y aquí fuera...

Así pensarían también sus hijos; solo que su nuera era mandona y su hijo Juan demasiado blando; y qué ellos creían que él tenía dinero guardado. ¡Como iba a tener dinero! Ellos ganaron, pero también gastaron mucho. ¿Quién pagó los ajuares de los tres? ¿Quién pagó enfermedades y muertes de la familia? ¿Quién si nó él? Dinero quedaba poco; el preciado para cualquier cosa que se le presentase; ellos tenían que pagar médico y medicinas...Dinero quedaba poco, pero allí estaban las huertecitas prometiendo ganancias si se las cuidaba bien. Estaban sus hijos muy equivocados. Y mucho más equivocados los nietos.

.....

La señorita Maruca llegó una tarde al naranjal. La acompañaba una señora .

Señó Manué se extrañó mucho al verla.

-Creí que ya estaba la señorita en Madrid...

-Este año no me iré...A tratar de ese asunto vengo a tu casa; porque la señora que me acompaña no quiere quedarse el invierno en Rota, y se marcha a Madrid...Y yo quería que Reglita, tu nieta, se quedara conmigo, porque la verdad es que en Rota no encuentro ninguna persona de confianza que se quede en casa para dormir...

Estaban los dos solos sentados junto al pino. La otra señora se quedó conversando en la casa con la nuera.

-Ya estarás enterado de que lo de los americanos es un hecho, ¿no?...

Señó Manué arrugó la frente y apretó la boca.

-¿No? ¿No estás enterado?...!Ay, eres el hombre más feliz del universo!..Lo que no me puedo explicar yo misma es que te tenga tanta afición, cuando te considero un bicho raro...Porque eso eres tú; un bicho raro....?Te acuerdas de nuestra juventud?...!Ay, siempre he rabiado por preguntarte una cosa! Cuando me casé con mi primo, en Madrid, un día, hablando de nuestro pasado y de nuestros amoríos, me hizo una serie de preguntas que tenían la mar de gracia por insensatas..; y cansada, le dije: "¿A que nó aciertas de quien estuve enamorada una vez? La única vez que he estado enamorada." Él nombró a mucha gente y yo negaba siempre; hasta que le dije: "De Maoliyo el de Rota..." Y mi primo soltó una carcajada...

Señó Manué sintióse molesto y nerviosamente dijo:

-!Jé!...!Cosas de la señorita!..

Maruca estaba seria. Seria y triste. Como la tarde.

-Sí, Maoliyo...; ha sido el único sentimiento noble que yo he guardado en mi pecho...!Ya ves, yo!...Después te aborrecí y te deseé los mayores males...Luego, ahora, te he empezado a querer y creo que hasta podré llegar a ser buena como eres tú y como lo fué la Aurora...

Señó Manué la miró conmovido.

-He aquí una cosa - dijo ella cambiando el tono de su voz - que no vá con mi carácter; la sensiblería...Podemos hacer caso omiso de lo que acabo de decirte, porque de otro modo, tendría que contarte muchas cosas que ignoras en parte, o que finges ignorar...!Oh, que cara más rara me has puesto!...?Crees que me refiero a don Horacio? ¿Crees que fué verdad aquello que se dijo, o crees que fuí yo la que prendió fuego a todo? Dí. Habla.

-Yo no pensé nunca nada malo de la señorita.

-Hiciste bien. Y es verdad que nada malo hice...Algún día hablaremos de aquello y de otras cosas...Es posible que en otra ocasión no me vea ridícula...Porque lo estoy; terriblemente ridícula con esta cosa de novela rosa... Hablaremos de lo que me trae aquí; quiero que tu nieta me acompañe este invierno que pasaré en Rota porque me interesa mucho el plán americano...Tú ya estarás enterado ¿no? Es algo apasionante...Al principio parecía que iba a ser Puerto Real el sitio elegido pero ya han decidido que sea Rota...!Oh, es maravilloso! Yo estoy entusiasmada. Es la riqueza que se vuelca en el pueblo; es la liberación de los campesinos pobres, ¿te das cuenta, Maoliyo?

Señó Manué la miraba asombrado, sin comprender y ella continuaba hablando, hablando...

?Cuántas cosas contó la señorita Maruca?

?Cuántas cosas desde aquel día contarán los vecinos cercanos al nara-jal?

?De cuántas cosas estaba enterada la nuera que la tenían tan contenta

¿Y el nieto Juan?

Señó Manuel escuchaba impávido e incrédulo todas aquellas noticias. Señó Manuel asistía como espectador, a las suposiciones, y aún a los cambios que se iban operando en el pueblo.

-Han llegado unos americanos con unos marinos...!Traian unos coches!..

-¿Y qué han hecho?

-Nada; pasearse por el pinar y por los alrededores del naranjal del señó Manuel...

-¿Nada más?

-Nada más.

Y otro día:

-Esta mañana estuvieron americanos en estos campos...

-¿Y qué querian?

-Nada. Pasear y mirar...

A señó Manuel no le agradaba escuchar esas cosas porque presentía un cambio en la vida de Rota; le parecía una profanación aquellos coches tan lujosos en la humildad de aquellos campos.

-¿Cuándo van a dejar de venir esos americanos? - se exasperó un día.

Y la nuera habló:

-Ojalá que empezaran ya los trabajos que dicen...

La mirada de señó Manuel fué de desprecio. Y ella que la divertió dijo para sí:

-Es tan torpón, tan cerrado, que no se dá cuenta de nada...Ahora mi Juanito podría tener suerte y compraría la bicicleta.

Y le habló así con el hijo. Un muchacho guapo; gallardo, listo. De todo estaba enterado él !como que lo que no averiguase en los periódicos, lo sabía escuchando y preguntando! Juanito le contestó seguidamente:

-Ya estás antigua, mamá. Yo no quiero por lo pronto una bicicleta. Yo lo que necesito es aprender a conducir coches para encargarme luego de un camión...Y cuando las obras se acaben, me colocaré de chófer con algún señor...

-!Hijo, que miedo!..!Siempre de acá para allá por las carreteras!..

-!Y tan ricamente! Peor es ir de acá para allá sirviendo café y vino en un bar, como estoy ahora...Pero todo tiene su fin...Esta noche tengo colocación nueva; estaré en el cine vendiendo entradas...A mí el trabajo no me pesa.

!Ay, si lo pudiera ver el abuelo, que siempre había dicho que su Juanito era un golfillo! Si el abuelo era de lo que no había otro en el mundo! que solo estaba satisfecho viendo a las criaturas empapadas en sudor, y agachadas las espaldas; era incansable para el trabajo; hasta viejo, como estaba ya, no paraba un momento, ni dejaba parar a nadie; él, a por comida para los conejos; él, sacando a la cabra a pastar; él, cuidando de que las gallinas no se alejasen; él, la carguita de leña; y el poquito carbón; y el picón; y la composición de puertas; y el arreglo de las herramientas, y el vigilar la huerta; y

el naranjal; y' todo; porque el viejo no paraba. Y cuando no tenía trabajo, lo buscaba; y cuando se iba por el campo, siempre hacía algo: recoger palos, recoger plantas. No estar quieto. Ni dejar a nadie quieto. ¿Per que no se iba una tempradita con la hija y el yerno o con la otra nuera? ¿Per qué tenía ella que aguantar sola la carga? Y aguantar además, que los otros pensaran que ellos se estaban aprovechando del dinero del viejo; y eso no era verdad. Era mucho lo que tenía que aguantar... Después de pasar su vida de joven allí encerrada sin disfrutar del pueblo, de un paseo, de un cine... A su hija no la metía ella en el campo, ¡cá! su hija, a disfrutar de la juventud... ¡Ay, si llegaran de verdad los americanos y se hacía todo lo que se estaba diciendo!..

Juanito sabía entender la vida; a la senna de estar colocado en el cine de taquillero, se presentó en la casa con un reloj ¡y de pulsera!...

-¡Chiquillo!...

-Me hace falta como el comer, mamá... Yo necesito estar al tanto de las horas, porque mi trabajo lo requiere...

-Pero el dinero...

-Lo he comprado a plazos... También he comprado a plazos una gabardina; en casa de la abuela la tengo... Con lo que tenía junto y un adelanto que pedí... Además a don Carlos le dije que me esperara que este mes no podía pagarle...

-¡Y pasar mi hijo tantos apuros teniendo un abuelo con dinero!..

-¡Bah! El abuelo es un tacaño... Cuando se muera tiene que dejar el parné aquí... Ya verás, mamá, ya verás cuando empiecen a trabajar los americanos ¡vamos a nadar en oro!..

Un poquillo exagerado le parecía su hijo. Pero, ¿y si fuera verdad? Allí estaba la Reglita queriéndose salir de casa de la señorita Maruca para colocarse con los americanos y ganar seiscientas pesetas ¡seis billetes de a veinte duros todos los meses! ¿Como iba a ser posible eso? Infundios de la gente. Eso no sería posible nunca.

.....

También lo pensaba así señor Manué; infundios de la gente. Y un día

salió del naránjal para el pueblo porque quería hablar con la señorita Maruca, que desde que fué por allí y le dió la noticia, no habia vuelto más. Y él quería saber cosas de verdad. Y no lo que decian por decir, las gentes.

En casa de la señorita entró con algún recelo. Ella estaba sentada en un pequeño gabinetito, hojeando un libro. Le sonrió y le dijo:

-Aquí me tienes repasando inglés para cuando lleguen los americanos... He aquí un medio que yo poseo de ganar dinero, dando clases de inglés...; con pequisimo trabajo de mi parte...

-Pero es verdad lo de los americanos?

-Es verdad. Yo tengo alquilados dos chalet para ellos; les he escrito a los sevillanos que me los alquilaban los veranos...figúrate que un mes de alquiler me supone más del doble de la temporada...

-Pero...

-¡Ah! Es una suerte para Rota...; tú verás; Rota se ha convertido de la noche a la mañana en el pueblo más famoso del mundo; pero vá a ser un quebradero de cabeza para las dueñas de casa, ¿a como vamos a pagar el pesadado, la carne, los huevos, la fruta, los tomates? ¿donde vamos a encontrar una muchacha de servicio? todas se irán con ellos, y harán muy bien; yo con menos años era capaz de convertirme en asistenta, aunque se revolviensen los Onieva en sus tumbas; poco trabajo y un sueldo espléndido; sería cosa de no despreciarlo... ¡Ah, se imponen las lavadoras, los aspiradores de polvo...A Rota la cambian.. ¡Pobres amas de casa...Habrá trabajo y sobrará para todos los hombres, y veremos llegar obreros aquí desde los puntos más lejanos de España...Es una oportunidad que teneis los roteños para vender a buen precio los últimos tomates, porque ya no los comeremos más...

-¿Cómo!..

-Como lo oyes. Los americanos se encargarán de liquidar todas vuestras tomateras...

-¿Pero...?

-¡Alégrate, Maoliyo! Liberan al campesino...; os liberan...; se acabó la esclavitud a la tierra; el trabajo agotador y poco remunerado...¡Ah! Todo vá a quedar muy allá; se olvidará pronto; como hemos olvidado casi absolutamente aquellos años de hambre...?Tú te acuerdas todavía, Maoliyo? Aunque tú no pasaste hambre; yo sí, a pesar de que tú y aurora traíais a casa cuanto podíais...Pasamos hambre...Y ya ves, todo parece olvidado; los niños de ahora, no saben el significado de esa palabra; ahora vemos por las calles prozos de meriendas que nadie se agacha a recoger; entonces, ¿te acuerdas? ni una sola cáscara de plátano se veia por la calle...Ahora vemos por los paseos a la Justina y a sus hijas y la saludamos con respeto porque no nos acordamos ya que, un dia, siendo joven y guapa, escapó de su casa y se fué al campo...; a un campo muy lejos. Y llegó allí y se ofreció para guardar vacas...?Recuerdas como era la Justina? fina y delicada, como una figurita de porcelana de aquellas que compraba don Rafael re-

buscando en las casas que fueron pudientes de Rota...?te figuras a la Justina guardando vacas a cambio de un chusco de pan?...

Señó Manué parecía muy preocupado.

-Me vas a decir ^{que} además dejó que gozara el vaquero de su cuerpo...

El pan escaceaba tanto que no eran suficientes su oficios de guardesa para conseguirlo...Ella también lo olvidó ya...De aquellas cosas nadie nos queremos acordar; tampoco yo...; yo no me ofrecí para guardar vacas; yo me ofrecí totalmente; no admití dinero; siempre exigí una buena cena...?Tú lo sabías, Maoliyo

Señó Manué la miró inexpresivo.

-?Te enteras de lo que te he dicho? ?No? ?Eres ~~XXXXX~~ bueno o eres tonto, Maoliyo?..

Señó Manué no pareció comprender bien.

-Te decía, que todo aquello lo hemos olvidado ya...También olvidareis vuestra esclavitud..

-?Pero es que quiere usted decir que los campos...?

-Eso quise decir; que los campos van a desaparecer.

Señó Manué se afianzó a los brazos del sillón que ocupaba.

-?Y...qué campos?

-Los de ese lado.

-?Dónde está mi naranjal?

-Justamente.

-!No consentiré yo una cosa así!...

-!Tonto! Tendrás que venderlo si les interesa...

-Que los demás hagan lo que quieran,; yo no vendo; aquello es mio..

-Tendrás que vender...

-!Aquello es mio!!...

-Vamos, no seas chiquillo...

.....

Mortalmente pálido salió señó Manué de casa de la señorita Maruca. Ella le había despedido en la puerta dándole afectuosas palmaditas en la espalda.

Desde aquel día no tuvo sosiego el pobre campesino. Desde aquel día anduvo desorientado, atisbando en las propiedades vecinas, vigilando los caminos, acechando a los forasteros. Fueron meses de crueles y lentas agonías. Fueron tormentos indecibles los que sufrió escuchando conversaciones.

"¡Si tu supieras Urora, las cosas tan malas que cuentan!"

Unas cosas horribles.

-Los americanos traen unas máquinas que levantan una casa entera en un minuto por sus cimientos...

-Los americanos traen unos camiones tan grandes como trenes...

-Los americanos traen...

-Los americanos traen...

Él no podía creer aquellas cosas que decían; hasta que tuvo que creer algo más doloroso, porque lo presencié personalmente.

Joaquín vendió su casa y su campo. Él dijo que la tuvo que vender a la fuerza. ¡Mentira! A la fuerza nadie vende. Joaquín vendió. Le dieron mucho dinero por aquello y se iban a vivir a Jerez donde montarían un negocio que les iba a dar mucho. Cargaron en un camión los muebles y todas las cosas de la casa; hasta un gatito que la niña chica crió con biberón. Cuando Joaquín tuvo desocupada la casa, reunió a toda la familia en la puerta y les dijo con la voz muy temblona, como si fuese a llorar:

-Mirar esto; mirarlo bien; porque nos vamos y nunca más volveremos a ver esto, ni la casa, ni la huerta... Pensar que un fuego hubiera acabara con todo...

La mujer de Joaquín lloraba como si llorase a alguien que se le hubiese muerto; lloraba a gritos desgarradores; y los hijos de Joaquín, también tenían los ojos mojados; y el mismo Joaquín se había llevado un pañuelo a los ojos y se le movían los hombros con una profunda congoja.

Señó Manué se volvió irritado a su casa, sin querer atender la conversación de señó Diego, que caminaba a su lado.

-Mañana viene el ingeniero a verme a mí... Pero yo no venderé... Yo no soy un lila como Joaquín... A mí me tienen que hacer pedazos...

Señó Manué no le contestaba. Estaba muy irritado. Aquella noche se negó a comer.

Fueron muchos días amargos y ~~tristes~~ tristes. Temblaba al solo pensamiento de que el ingeniero llegase a visitarlo como le anunciaban sus hijos y ¡ay! le anunciaba su corazón. Se enrabiaba cada que algún vecino se acercaba a despedirse de ellos.

-...porque nosotros nos vamos ya; hoy se acaba el plazo para dejar la casa y la huerta...

Señó Diego apareció también un día; venía muy pálido y había enflaquecido mucho.

-...también yo...; también yo he tenido que dar mi brazo a torcer;

y eso que me defendí cuanto pude, pero con esta gente no hay nada que hacer... ¡y mira que me defendí!..

Mucho se defendió señor Diego; primero defendió el lugar que quiso conservar a toda costa; luego defendió el valor de la finca;

-... porque a mí se me ocasiona unx perjuicio muy grande... Consiento en que la finca en sí no valga nada, es decir, que valga lo que dice el señor ingeniero, y mirándola así está bien pagada; pero es que yo, pensaba pedir un dinero a un amigo, para hacer obra ¿comprende? hacer algo así como una especie de hotel, porque si las cosas que se dicen que van a hacer en Rota, son verdad, aquí vendrá mucha gente que tendrá que meterse en alguna parete... Y en ese caso, no me expropia usted una casucha y una huertecilla, sinó un negocio muy bueno y saneado, porque una especie de hotel que yo pondré aquí...

De nada le valió. Solo que le concedieron un plazo, como a todos, para desalojar aquello.

-...!si vieras Manué, como está de hermosa la huerta! hay unas patatas así de altas; hoy desenterré algunas, que ya están como mi puño; pero muchas están chiquititas, como ciruelas, ¡y pensar, Manué de mi alma, que tengo yo mismo que arrancar todo aquello! ¡yo mismo! ¡bueno, yo en persona no podría porque estoy seguro que me daba algo y me moría! llamaré a los chiquillos; echaré a los animales para que lo destrocen y coman antes de que se empleen las máquinas...?Y la fruta? ¡Todo Manué de mi alma, todo! Y si yo me hubiera hecho caso no hubiera sembrado nada allí, y por lo menos me ahorraría esta pena tan grande...

Señó Manué tenía astutamente pensado un plan; con él no hablaría jamás el ingeniero, porque, él procuraría no estar nunca en la casa cuando llegasen. Aunque lo amenazaran de muerte...?pues no era aquello que estaba sufriendo, una muerte lenta?

.....

Una tarde llegó el ingeniero, y él, encargó que dijeran que estaba en Rota. Y al día siguiente aguardó al ingeniero con un gran palo tras la puerta.

"Aunque me metan en la cárcel, Urota,; yo no vendo; ¡no vendo! ¡a ver

quien es el guapo que me hace vender a mí!..."

Y Juan y Perico, que se dieron cuenta de las locas intenciones de su padre, a viva fuerza entre todos, lo desarmaron y comenzaron a darle consejos:

Que no podía resistirse. Que la Guardia Civil, vendría a obligarle a que firmara la conformidad en un papel; que uno, un tío de Casilda, se había negado a vender un choze y un pedazo de huerta que más bien era retamal, y no le valió de nada, si nó de todo lo contrario, porque se lo expropiaron y encima no le dieron ni un céntimo. Que él no podía negarse. Que cuidara de no enfadar al ingeniero, porque podría ser todavía peor, y perder todo...

Señó Manuel sudaba copiosamente. Cayó en un sopor alarmante. Perdieron fuerza sus párpados y todos los miembros de su cuerpo languidecieron.

Varios días estuvo señó Manuel sin querer pronunciar ni una sola palabra, ni siquiera injuriosa para los que le desposeían de su edén. Ni tomaba alimento, ni quería descansar en la cama.

Cuando al cabo llegó el día dramático, al llegar ser la hora de firmar él lo hizo; y lo hizo lento, floja la mano, como desfallecido; pero muy apretadas las mandíbulas; muy fieros los ojos.

Y luego, se levantó con extraña energía y salió al campo, y comenzó a andar muy ligero, casi despavorido, y corría sorteando impedimentos y obstáculos.

-¡Papá! ¡Papá!... - gritaba corriendo tras él, Reglita.

-¡Papá! ¡Papá!...- llamaron gritando los hijos.

Y el pequeño de Juan corrió también llamando:

-¡Abuelo!...¡Abuelo!...

Señó Manuel corría enloquecido por el campo. Pasó junto a una casa que ya estaban demoliendo; junto a una huerta, que ya había sido pasto de las cabras; junto a un choze solitario, sin niños y sin animales; junto a unas máquinas que estaban funcionando diabólicamente.

-¿A donde vá ese viejo loco?

-Es el señó Manuel, el del marañal.

-Que ya habrá tomado los cuartos...

-A celebrarlo irá a cualquier taberna...

Reglita le perseguía gritando:

-¡Papá!...¡Papá!...

Señó Manuel quedó parado un momento, indeciso. ¿No había por allí una senda que llegaba hasta la casa de Ramirez? ¿Se había desviado sin darse cuenta? ¿Dónde estaba? Buscó con la vista la casa, la senda, la huerta... Solo un montón de escombros... ¿Sueño? ¿Locura? ¿Qué había pasado?

-¡Papá! ¡Papá!...

Se volvió señó Manuel para preguntarle decir:

-Cref que estaba en lo de Ramirez...

-Sí; y esto era lo de Ramirez...

-¿Qué dices...?

Tenía los ojos desorbitados y temblorosas y amenazadoras las manos.

-Aquí estaba lo de Ramirez...; ahí, la senda; allí, la casa; allí, la huerta...

-¿Entonces....?

-Americanos, papá...; americanos en Rota...

A señor Manué le temblaron las piernas; vaciló; como un borracho; como un pelele; como un herido de muerte.

Señor Manué al fin quedó tendido en la tierra de escombros.

.....

VI

Me será muy difícil olvidar mi primer viaje a Rota; también me será muy difícil relatar las impresiones de aquel día, porque fueron muchísimas, muy variadas y muy intensas.

Doas días antes, justamente el 29 de marzo, Luis se acercó a mi rincón favorito donde yo estaba realizando pacientemente una labor de punto y me dijo:

-El día 1 vamos a ir a Rota unos cuantos con Juanito Ruiz, para visitar la Base...

Pregunté quienes eran en total los que iban. Luego apunté:

-¿No se admiten mujeres en la expedición? Me gustaría ver Rota, todavía vieja...

Luis no me contestó. Pero yo aguardé el día de la partida muy esperanzada, y con mucha ilusión; aquella mañana de primero de abril, desde muy temprano me vestí un traje a propósito para viajar y esperé.

Luis vino sonriendo para decirme que el coche esperaba en la esquina de la calle, y que me acompañaría Pepita, la hermana de Juanito Ruiz; a mí me alegró contar con la compañía de Pepita; ella, quizá no tenga aún ni la mitad de mis años; le profeso una verdadera simpatía, y además me ha tenido mucho tiempo preocupada con su manera extraordinaria de crecer; era hace un par de años, una chiquilla, con unos ojos maravillosos y una cara seductora, pero excesivamente delgada y alta; daba lástima verla crecer. Ya no. Ahora produce admiración ver su ~~enorme~~ esbeltez y la gracia de sus movimientos.

También Juanito es joven; casi podría ser mi hijo; le parece a su hermana; los mismos ojos claros, el mismo cabello negro; mientras Pepita me habla respetuosamente de usted, Juanito me tutea; Pepita siempre me habló así; el tuteo de Juanito es nuevo; puedo asegurar que desde que está colocado en Rota; podría parecer galantería, si él no fuese tan despreocupado con las fórmulas corteses. Juanito es encantador. Quizá, porque siempre que lo veo, lo recuerdo pequeño en un día de Reyes; en su casa había aquel año un alboroto enorme,

que él solo armaba, porque la ocasión no era para menos; él tenía sus dudas respecto a la veracidad de los regalos por los Magos; pero a él le constaba que su mamá aborrecía las pelotas en la casa porque ni espejos, ni cristales, ni macetas respetaban; y sin embargo, entre los regalos de aquel año destacaba exóticamente, una hermosa pelota de goma:

-!Que me digan a mí ahora que son las madres y nó los Reyes quienes hacen los regalos! - y saltaba loco de alegría.

Aquel primero de Abril, me esperaba junto al coche; me hizo gracia su atuendo americanizado; sonreía pícaro y poseído; era el más joven de la expedición. Los otros, eran dos más: Carlos, estudiante de Medicina, y Antonio, un portorrealeno que escribe crónicas de futbol en algunos periódicos. Al final de la calle Ancha, un final con jardines de palmeras y geráneos vulgares junto a las aguas juguetonas de este atlántico infantil y caprichoso que acaricia a Puerto Real; al final de la calle Ancha, repito, estaba parado un coche que hace servicio hasta Rota, transportando operarios. Recordé entonces, la exclamación del amigo Pierre cuando lo vió la primera vez:

-!Oh, un tranvía de Paris!...!Oh, cuantas veces me he paseado en él!..

!El tranvía de Paris! !quien pudiera desempolvar recuerdos! !quien pudiera hacer un paralelismo entre aquellos bulevares y esta carretera que vá de Puerto Real a la Base.

Carlos, alto y grueso iba muy incómodo en un transportín; pero iba disfrutando porque la conversación era amenísima. Yo escuchaba en silencio, y daba gracias a Dios porque aquel día circulaban poquísimos camiones americanos por la carretera.

Llegamos por fin a la Base. Confieso que no soy capaz de decir las cosas que ví allí. Recuerdo que era un día magnífico de sol y que hacia un viento traidor y frio. Juanito Ruiz habia dicho al poco rato de salir del puerto de Santa Maria:

-Mirad las alambradas; ya estamos en la Base..

Frente a las alambradas, esparcidas caprichosamente, habia unas casitas monísimas de construcción moderna y reciente. Juanito iba diciendo los nombres de quienes vivian allí, rodeados de pinares; de estos pinares, casi hermanos de nuestras incomparables Canteras. Juanito iba hablando sin cesar. Yo no sé las cosas que decía, porque yo solo atendía al paisaje que me habia ganado completamente:

-?Y ahí qué habia? - pregunté.

-Ahí y allí, y más allá, y todo aquello y lo otro, las casitas y los campos de los roteños...

-!Ah!...!

No sé por qué dije !ah! tan bobamente. Por decir algo, que no delatara mi emoción, porque de pronto, casi nos salió al paso los restos de una casita; una humilde casita, que me pareció una doncellita desnuda: sin techo, sin

rejas, sin puertas, y muchos escombros."!Ah!", lo dije bobamente, pero era necesario ocultar con alguna palabra pueril, mi deseo de suspirar.

No sirvo para decir lo que oí. Mis acompañantes sí escuchaban y parecían enterarse, porque de vez en cuando alguno decía:

-Es extraordinario...

-Es maravilloso...

Y alguna vez, Antonio, sonriendo y guiñando a los demás, decía:

-!No nos está metiendo camelos Juanito!...

Y Juanito Ruiz se exaltaba:

-?Camelos? ?Camelos dices tú? Te digo que las cifras esas son exactas.

-Deben serlo - apuntaba Luis o Carlos.

El coche avanzaba por una carretera orillada de pinares. La abundancia de estos bosques en este rincón gaditano siempre ha sido grande. Recuerdo haber leído en las Memorias de Hanteri, aquel navegante italiano enamorado de Cádiz y de Puerto Real, que desde aquí a Jerez, en aquellos años del mil quinientos, en la carretera no se veía el sol por la enorme espesura de los pinares que la escoltaban.

De pronto, Juanito, exclamó muy alborozado, quiero decir, con una mayor explosión de entusiasmo:

-!Atención!..En cuanto salgamos de este callejón - (se refería prosaicamente al delicioso acoso de los pinos) en cuanto salgamos de este callejón, vamos a ver los ~~tetrápodos~~ tetrápodos...!

La palabreja, nos hizo arrugar el entrecejo. Y Antonio volvió a decir:

-Camelos, no, ?en, Juanito?

Juanito no contestó, si nó que apuntaba con su dedo, con una renovada admiración; se volvió hacia mí:

-Mira, Paula, de noche, con la luna y el mar...!fantasmas parecen!.. Yo me vengo a verlos siempre que puedo...Es algo escalofriante de bonito...

("!Qué me digan a mí ahora, que son las madres....")

!Que me digan a mí, que este muchacho saturado de prosaísmo, no es un lírico...!

Nos bajamos del coche y fuimos a ver los tetrápodos; se ahilaban junto al mar en dilatado arco; Juanito explicaba su función técnica. Carlos los miraba muy seriamente:

-parece un congreso de pájaros bobos...

Destacaban inmaculados, brillantes sobre las rubias arenas.

-?Congreso de pájaros bobos? No me gusta; prefiero que sean gaviotas...

-No se parecen a las gaviotas.

-?No?

Y todos, como puestos de acuerdo, buscamos con la vista, la silueta grácil y blanca de la gaviota.

-No las hay. Por aquí ya no hay ni gaviotas, ni peces; se asustaron y

huyeron...

Verdad. Era un cielo muy azul, pero sin los trazos fantásticos y bellos de las aves.

-Algunas veces hemos visto correr por allí - y señalaba un punto cercano a la playa de Rota - como si alguien los persiguiese, a los delfines...

Asustados irían. Asustados como nosotros. El ruido de las potentes máquinas era atronador, mezclado con los bocinazos de los camiones. Juanito seguía explicando:

-Esa grúa gigante es la mayor del mundo...

Y comenzaba a barajar cifras astronómicas de pesos. Algo que mareaba la cabeza más firme, y la mía, para los números no tiene firmeza. Visitamos los distintos departamentos: máquinas, máquinas, máquinas. En un lado, una, cargaba de piedras un camión, con tal precisión, que parecía tener cerebro, y parecía saber exactamente y por sí propia, cuando y como tenía que abrir sus garras, o despegar una especie de cogedor casero, o una pala que parecía alisar suavemente un bloque de mantequilla, cuando eran piedras monumentales y agresivas, ¿cuanto pesarian, Juanito Ruiz? Él decía en quintales y toneladas los pesos de arenas, de piedras, de cemento. Máquinas, máquinas y motores; piedras arenas, gravas, hilos metálicos, correas sin fin.

-Vamos a la oficina central.

Ascendimos en coche, porque dentro de la Base, las distancias son respetables.

La oficina central era una sencilla caseta cuadrada, de madera, y de amplios ventanales en los cuatro costados. El señor americano que estaba al frente de aquello, no había llegado aún. En las esquinas de la casita, casi de juguete o por lo menos para jugar dentro a las muñecas, habían sembradas unas flores en unos diminutos arriates. La figura del americano se me hizo muy simpática.

-¡Oh, sí, - dijo Pepita, que ya lo conocía - y é mismo riega las plantas...

Las plantas tenían abiertas unas flores amarillas anchas, sin relieves, como una muchacha fea y desgarbada; pensé que, quizá, por mimetismo, por la amarillez de la arena, de las piedras, de la grava, pero como una liberación del cemento que almacenaba en cantidades fabulosas el almacén de enfrente; o como un desafío, al anuncio de la Muerte, que campeaba al lado del surtidor de gasolina; como una llamada de angustia, de dolor, por todas aquellas hermanas que antes reinaron en aquellos bosques y que habían sido condeanadas a no nacer jamás; a pesar del riego, del cuidado y de la protección del levante por medio de cañas, parecían las florecillas amarillas, una chica fea, sucia, desgarbada, inhábil para el amor.

¿Qué hablaron los hombres allí? Nuevamente los asombros ante las cantidades, ante los números, ante los proyectos. Tampoco me enteré. Mi atención

estaba puesta en un estanque que el señor americano habia improvisado allí cerca. El agua muy limpia y dentro de ella los simples patos con sus hembras, nadando orgullosos y confiados, ¿sabrian que los peces tuvieron que huir?

Pero decididamente el señor americano tenia todas nuestras simpatías y a todos nos hubiera gustado saludarle.

-Le gustan mucho los animales; y a su esposa tambien; él mismo recoge los huevos de las patas...

Y subimos otra vez al coche; nos fuimos al muelle que se estaba construyendo; y allí. coches, camiones, máquinas...

De pronto, como una deliciosa y pueril incongruencia, aparecieron por allí unos hombres empujando carretillas de mano. ¡El hombre! ¡Qué descubrimiento! ¡Qué alivio! El hombre se nos reveló de pronto, con la ironía grave de su trabajo primitivo.

Antonio dijo:

-Esa carretilla parece pura guasa...

Lo parecía. Pero no. Era una cosa muy seria, la aportación rústica del hombre, corregidor de máquinas.

Visitamos las oficinas: los escritorios. Tan americanos. que nos pareció que asistíamos a un cine. He de recordar que aquel era un día de relativo asueto por ser fiesta nacional. Por eso, los camiones y coches parados ocupaban un sitio que para sí hubiera querido un Estadio en un día de buen partido. Se me ocurre decir esto, porque allí nos encontramos con varias figuras de la afición futbolística; no en vano, uno de nuestros componentes, era repórter. ¡Que lástima no haber prestado atención a lo que decían, porque me parece recordar, que varios de aquellos muchachos eran o habian sido ídolos de la afición, y estaban colocados allí, porque ganaban muchísimo dinero; tambien Carlos se encontró compañeros empleados en aquellos trabajos.

Estuvimos en la cantina. Lo de cantina es porque no recuerdo el nombre que Juanito Ruiz le dió; el saber que allí no se vendía vino ni cerveza, nos hizo desistir de almorzar a estilo americano.

En Rota fué una comida sabrosa y economica, sin relatividad; auténticamente barata; y rica; sobre todo la corvina al horno; y en la mesa se habló de que Antonio, en tiempos de guerra anduvo por Rota en una Batería, nueva entonces.

-Me gustaría volver por allí - dijo - vivian cerca un matrimonio en unos chozos que se portaron muy bien con nosotros los soldados... Ahora se alegrarán de vivir en esos campos, porque los que vivian en donde ahora está la Base, han tenido que sufrir lo suyo...

Observamos que se empleaban aún en el mismo Rota, muchas palabras inglesas, sobre todo, al despedirse, se alzaba la mano hasta la altura de la cabeza y se hacía oscilar y decir:

-O key..

Nosotros también saludábamos así. 209

En el pueblo, en el paseo del Muelle al que me asomé para contemplar la bravura del mar, hablé con un hombre; le pregunté si él conocía a alguno de los que le habían expropiado sus tierras...

-Yo...A mí...

Lo miré como si fuese ¡qué sé yo!, y le dije:

-Se lo pagaron bien ¿verdad?

-Sí, lo pagaron bien, pero... - se entristecieron sus ojos - pero el dinero no es todo en la vida...Cuesta mucho trabajo, señora, muchísimo trabajo, pensar en aquello sin llorar...; sobre todos a los viejos...Yo, tengo una tranquilidad: que vendí, no por gusto ni necesidad, sino a la fuerza...

-Bueno, pero en cambio, mire usted cuanto bien de está haciendo, cuanto se engrandece el pueblo; figúrese el primer puerto de Europa...

Y luego le dije para distraerlo de sus pensamientos melancólicos:

-Pronto saldrá usted hablando el inglés; ¿le gusta el inglés?

Y él contestó, con naturalidad, con la viveza y adaptación andaluza:

-El inglés es bonito...Más sencillo que el español; en español mucho dón y dón; en inglés, con un misti, estamos terminados...

En la Base de nuevo. Anuncios y advertencias en carteles muy grandes y llamativos, que nos producían asombro y a veces risa.

-Todo aquí está americanizado...

Decir esto le gustaba mucho a Juanito Ruiz. También nosotros lo empezamos a decir; y verdaderamente era cierto: ¿donde estaba el camperito meteño? Siempre veíamos mozos de cabelleras brillantes y largas, de camisas a cuadros, de pantalones vaqueros y hasta de pechos y brazos tatuados, de relojes de pulsera, ¿donde se escondían los camperitos de Rota?

-Todos trabajan en la Base, conducen camiones y saludan "O key"...

Nos acercamos otra vez a las máquinas. Ahora en un pinar. Observé que un muchacho joven explicaba a un hombre viejo y muy asustado, lo que todos estábamos viendo. Era un pinar pequeño; eran unos árboles llenos de gracia, agrupados, de redondas y altas copas. Dentro del pinar, funcionaba una máquina; al volante iba un joven que nos miraba con aires de superioridad; parecía una máquina inofensiva, pero iba clavando en la tierra unos agujones de hierro que buceaban crueles en las entrañas de los árboles; delante, el pinar parecía sonreír, como un niño que no teme; detrás de la máquina, quedaban los árboles tumbados, con las raíces trágicamente al aire...El viejo miraba como nosotros y lanzó una exclamación de dolor; el joven, lo tomó de un brazo y lo alejó allí. Las raíces desnudas parecían implorar compasión. Me pareció terrible pensar que el pinar, como el hombre, lloraba, una pérdida dicha; la de seguir viviendo donde habían nacido.

Visitamos las casas, los chalets, los cuarteles y las pistas de aterrizaje para aviones. Tan grandioso todo, tan espléndido, tan acabado y magní-

fico, que, nos sentíamos empequeñecidos, apabullados, azorados. Todo perfecto; no podría nacer ni unayerba sino con una autorización especial; no podría formarse ni un insignificante charquito aunque diluviase, aunque se desbordase el atlántico. Todo perfecto. Perfecto y grandioso.

Montamos en el coche para volver a casa. Y de pronto, la silueta anacrónica de un camperito; sus pantaloncitos oscuros, su chaquetita deslucida, su castorita de color gris; arreaba a un burrito; un burrito de estampa bíblica, pero cargado su serón de amapolas; se recortaba la silueta del grupo formado por el hombre, el animal y las amapolas abiertas como goterones de sangre, en el fondo urbanizado de la pista de aterrizaje. Nuestro coche pasó muy cerca. Antonio, sacó la mano, saludando, y dijo:

-!Como te vas americanizando, hijo....!

.....

Paula Contreras

Puerto Real abril-septiembre 1957.

firmado: Paula Contreras.

Calvo Sotelo, 62

Teléfono, 14